

A person in a dark jacket stands with their back to the camera on a dirt path in a misty forest. The trees have autumn-colored leaves, and the atmosphere is hazy and golden. The text 'EDUARDO SOTO-TRILLO YO NUNCA' is overlaid in the center in a bold, sans-serif font.

**EDUARDO
SOTO-TRILLO
YO
NUNCA**



YO NUNCA

Eduardo Soto-Trillo



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para los míos

*Después de nueve siglos
todavía es firme lo mandado.
Las chozas del pueblo
llenas de las armonías del trabajo
agachadas, cual tigres
desde lejos lo respetan y lo acatan
aguardando que los muros se desplomen
y riéndose mientras por lo bajo...*

MANUEL CURROS ENRÍQUEZ

Y Dios dijo a Satanás: ¿No has reparado
en mi siervo Job, que no hay otro como
él en la tierra, varón perfecto y recto,
temeroso de Dios y apartado del mal?

JOB 1, 8

Amar es dar lo que no se tiene a quien no es.

JACQUES LACAN

PRIMERA PARTE

Cabeceaba.

Había sentido como si, de repente, un rayo divino hubiera atravesado la gran cúpula de la sala de audiencias y se hubiese posado sobre él iluminándolo. El secretario del tribunal había ido anunciando los temas a medida que su mano derecha sacaba, temblorosa, una a una, las bolas de la bolsa de terciopelo. Después de tanto tiempo memorizándolos, con solo oír el número, aparecía en su cerebro la ficha del tema correspondiente. Los quince minutos de gracia concedidos para poder hacerse los esquemas habían continuado bajo esa misma luz cegadora, mágica. Se acordaba incluso de los puntos y de las comas, de los subrayados en el papel con colores fluorescentes. Acto seguido, los somnolientos miembros del tribunal regresaron. Eran apenas las cuatro y media de la tarde, su interpretación había comenzado.

Por fin, tras casi cinco años de intentos, su voz había sonado segura y entera bajo la amenazante araña de frío cristal que sobrevolaba su cabeza. El primer tema era el de derecho constitucional, después, los dos de civil y, al final, los dos de penal. Definiciones, textos literales de los artículos con su numeración correspondiente, algo de doctrina y un poco de jurisprudencia explicativa. Con la ayuda de su fiel cronómetro, y empuñando el bolígrafo a modo de batuta, había tenido que organizar y dosificar su impaciente verborrea para poder encajarlos todos en el tiempo previsto, una hora escasa. Si se equivocaba de camino, o se paraba en seco en alguna pendiente, enseguida oiría la infame

campanilla sonar estrepitosamente de forma anticipada decretando la muerte espiritual del opositor. Una montaña rusa de alto riesgo.

Esta vez, sin embargo, el presidente del tribunal lo había escuchado con atención desde el primer asalto. Para el segundo, no obstante, había pasado el relevo a la señora tan arreglada de su derecha, que imaginó magistrada en alguna capital provincial de la Castilla profunda. Y así, sucesivamente, habían de pasarse el mando de un miembro al otro del tribunal con el único fin de poder dormirse lo justo sin dejar por ello de examinar entre todos al aspirante con el máximo rigor.

Él, sin embargo, bajo esa luz desconocida, había conseguido encaramarse sobre la ola con tal destreza que, mientras cantaba los temas, había podido observar incluso cómo alguno de ellos consultaba los códigos o echaba miradas al presidente para ver si ya dormitaba o simplemente buscar su aprobación. La campanilla de plata brillaba peligrosamente, y en aquel decorado de mármoles verdosos, todos sentados en sillones isabelinos de inmensos respaldos, se había sentido como Alicia en su particular y tenebroso país de las maravillas. O lo invitaban a tomar el té o le cortaban la cabeza, pero él siempre estaría en sus manos. Ese era el terrible precio de su sueño.

Y estaba solo. No había nadie afuera esperándolo. A nadie le importaba ya si aprobaba o suspendía, solo a él. Qué diferente de las veces anteriores en que se había examinado. Su madre siempre insistía en acompañarlo. Parapetada tras sus gafas de sol, perfectamente maquillada y perfumada, sonriendo con seguridad a su lado, causaba expectación nada más entrar en la sede del Tribunal Supremo. Sus largas piernas pronto atraían la atención de los conserjes. Ella enseguida congeniaba con ellos o con las madres, padres, novios o novias de los otros opositores convocados mientras él, avergonzado, prefería perderse por los pasillos fingiendo repasar el temario.

En ese instante, volvió a repetir mentalmente el artículo 526 del Código

Penal que castigaba a todo aquel que, faltando al debido respeto a la memoria de los muertos, violara sepulcros o sepulturas, profanara cadáveres o sus cenizas, o al que, con ánimo de ultraje, destruyera, alterara o dañase urnas funerarias, panteones, lápidas o nichos... No se había olvidado de nada.

Luego, tras haber señalado el último rasgo de los delitos contra la libertad religiosa, justo cuando el minuterero había cumplido su radial recorrido, la campanilla había sonado jubilosa. Esta vez, había ganado. Hasta ese instante, el destino le había arrebatado todo como un lobo hambriento. Ya nunca más volvería a las penumbras. Ser juez solo dependía de uno mismo y había dejado de tener ninguna excusa. Solo le quedaba entregarse a su causa con los cinco sentidos o hundirse para siempre, irremisiblemente. Pero, cuánto habría querido que ella le hubiese visto salir, por fin, triunfante de la sala. Sentir su mirada de aprobación y de orgullo plenos. Algo que no recordaba haber tenido nunca, no porque su madre no lo hubiera sentido, sino porque probablemente no pudiera permitirse a sí misma expresarlo por pensar que era perjudicial para él. Habrían disfrutado tanto haciendo juntos el paseillo entre los demás hasta la calle...

Abrió lentamente los ojos.

El autocar carraspeó un momento devolviéndolo al paisaje que discurría tras la ventanilla. Los viejos montes torneados, los bosquecillos de robles cercados por las masas de pinos, y, como ermitaños, algún castaño solitario y majestuoso. Todo verde, brillante, límpido bajo el sol de junio, como si sus recuerdos fueran mentira, una absurda pesadilla. Pero no, alternando sobre las laderas, se veían también amplios retazos despejados, casi yermos, aunque en esa época del año estuvieran moteados del amarillo o del malva de los tejos y retamas en flor. Eran las viejas heridas de lejanos incendios. Suspiró. Por lo menos no eran manchones negros o pardos, no había tristes cadáveres de árboles. Los últimos veranos debían de haber sido lluviosos. O quizá las

gentes del lugar, por fin, habían dejado de maltratar a su tierra, la tierra de su madre. Mamá. Ella solía hablar de esta desgracia con la agresividad del amante despechado, no había nada que hacer, eran peores que los animales. Solo les preocupaba lo suyo y en la medida de su valor de mercado; si el monte ardía solo incumbía al propietario. La historia de la región era la de una lucha constante entre la mezquina codicia de sus habitantes y el ánimo inagotable de la sufrida naturaleza.

Respiró hondo, llenándose de energía. Recostó de nuevo su cabeza sobre el cristal y se quedó dormido.

—¡Pare! ¡Pare, que yo me bajo aquí!

Se despertó asustado y sacó la cabeza por el pasillo entre los asientos. Un hombre de mediana edad, vestido con ropa de caza, y, por el acento, forastero, avanzaba hacia delante. El conductor ni se inmutó.

—Lo siento, señor, pero no puedo parar. No estoy autorizado. Además, es peligroso. ¿No lo ve?

Estaban bordeando un precipicio; un río turbulento serpenteaba abajo entre las rocas. El hombre llegó junto a la cabecera del vehículo.

—¡Pare ahora mismo! ¿No ve que me están esperando?

—Pero ¿quién coño le está esperando? Si aquí no vive nadie. —La voz del conductor sonó ahora nerviosa, y redujo la marcha.

El forastero no se arredró. Se le notaba furioso.

—Me está esperando Dios, gilipollas, ¿es que no se da cuenta? ¡Pare ahora mismo!

El conductor se volvió para mirar al hombre un segundo y su rostro se llenó de espanto. Frenó inmediatamente el autocar y abrió la puerta delantera. El hombre descendió. Mientras reemprendían la marcha, él observó por la ventanilla cómo cruzaba la carretera y comenzaba a subir casi a la carrera las peñas de la montaña. Un loco, pensó, ¿de dónde habría escapado? Una

repentina sensación de lástima le embargó. Su familia andaría desesperada buscándolo por todos lados. Aquella comarca era sin duda un lugar seguro en el que esconderse, desaparecer.

Estaban descendiendo ya al valle de Olas. En breve estarían en Ramil, su núcleo urbano principal, el ombligo familiar. Todo seguía igual y, sin embargo, su mirada no se cansaba de recorrer las fachadas de las casas o de perderse entre los caminos que daban a la carretera. Huertos bien cuidados y repletos de berzas y patatas, rubios campos de maíz, frutales cargados de ambrosía. Así, a primera vista, parecía un lugar de cuento, un lugar soñado. Se recostó y disfrutó del sosiego que empezó a fluir por sus venas.

El autocar entró por la calle principal y dio la vuelta en la plaza de la iglesia para aparcar. El bocinazo del conductor le sacó bruscamente de su ensimismamiento, haciéndole recordar la única razón por la que había decidido regresar. Ramil era el ambiente perfecto para preparar el siguiente examen de la oposición, el definitivo. Naturaleza, tranquilidad y buenos alimentos. Y, encima, ahora lloviznaba. Maravilloso.

Recuperó de la bodega una maleta grande con ruedas. Del hombro llevaba colgada la mochila con el ordenador y los apuntes.

—¿Seguro que no venía nadie más en el autocar?

Se giró pensando que le preguntaban a él. Una mujer de unos cuarenta y tantos, alta, de melena larga castaña, vaqueros ajustados y botas de montar, atractiva, hablaba con el conductor. Como si sus ojos le hubiesen rozado, ella también lo miró un segundo. ¿De dónde habría salido aquella sirena?

—Luisito, eres tú ¿verdad? ¿Cómo estás? Cuántos años sin venir. Ya me dijo tu tía que llegabas, no veas lo contenta que está.

—Hola, hijo, te acuerdas de mí, ¿no? Cuánto sentimos lo de tu madre. Antón no está, qué pena, ahora vive en Barcelona.

Dos mujeres, cuyas caras sonrosadas le sonaban vagamente, lo besaron

afectuosamente. Aquellas sí que eran locales de pura cepa: fuertes, anchas, invencibles a cualquier adversidad, su edad podía ser cualquiera. Lo mismo cavaban una zanja que cosían un mantel o hacían una empanada. Y todo con el mismo afán y laboriosidad, ya descansarían en la tumba.

—Qué guapo te has puesto, claro que ella era una belleza, la pobre...

Luis se deshizo de ellas como pudo y echó a andar por la plaza. Un piloto rojo se había activado en su memoria, algo aprendido desde su más tierna infancia vivida entre aquellas gentes: el chismorreó era el alma de Ramil. Les encantaba hablar de los demás, a media voz, entre sonrisas beatíficas, bien o mal, daba igual, y casi siempre con segundas, sobreentendidos y nombres figurados, un lenguaje solo apto para iniciados. Cuántas veces le habían regañado luego en casa después de uno de aquellos interrogatorios en apariencia inocuos, y siempre cariñosos, de algún vecino. La consigna familiar era no contar nada, no saber de nada, callar. Y, en esos momentos, le convenía aplicarla más que nunca. Solo había regresado para poder estudiar con tranquilidad y, en ningún caso, para dar explicaciones sobre sí mismo o sobre su madre.

El caserón familiar se encontraba al final de una calle estrecha. El muro de piedra de la finca rebosaba de glicinias. Su olor era tan penetrante... casi psicotrópico. De pequeño, jugaba a hundir la cabeza entre los racimos color violeta, dejándose embriagar hasta marearse. Quería evadirse, desaparecer. Tenía gracia, aquellas inocentes flores habían sido su primera droga. Al llegar a la cancela, junto a uno de los dos escudos ovalados que la flanqueaban, volvió a ver la cabeza de piedra incrustada. Sus rasgos eran los de un monstruo mitad león, mitad serpiente. Sus fauces abiertas invitaban a meter la mano en su interior hueco. A él siempre le había dado miedo hacerlo. Su

abuelo contaba que nadie conocía el origen de aquella escultura, pero que probablemente era celta. La gente debía de utilizarla para hacer ofrendas a los dioses y pedir deseos. Al pasar, como solía hacer el abuelo, la acarició. «Merlachoca», dijo para sí. Ese era el nombre por el que la casa era conocida en el valle.

Abrió el portalón de entrada. Otro aroma de la infancia lo envolvió: el de la madera centenaria mil veces encerada y lentamente macerada por la eterna humedad de las paredes. Contempló la escalera de piedra con sus escalones mellados. A esa hora de la tarde todavía se hallaba iluminada por el ventanuco del descansillo. Cuántas tardes había pasado sentado en su poyete, oteando el valle a través de la vidriera y dejando volar su imaginación. Oyó un ladrido. La puerta del salón se abrió y su tía apareció en el umbral. Loira, su perra, corrió para lamerlo. El sonido de la lejana televisión inundó la estancia de una extraña cotidianeidad. En nada había cambiado aquella mujer, la encontraba igual. Quizá un poco más entrada en carnes, pero en absoluto gorda. Sin embargo, su imagen era distinta, más cuidada. Las eternas perlas colgaban de sus lóbulos como dos gotas de luz, pero su cabello, teñido de un suave dorado, lucía perfectamente peinado. Un ligero toque de carmín marcaba sus ajados labios. Su alegre vestido estampado terminaba en un audaz volante nunca imaginado en su austera tía. ¿Se había arreglado así para recibirlo? ¿Qué estaría tramando? Incluso la notaba alegre, exultante. Le desagradó. Había esperado verla de negro y ojerosa, la imagen clásica del luto en los pueblos. Luis soltó el tirador de la maleta y avanzó hacia ella con aire serio entre los ladridos de júbilo de Loira:

—¿Qué tal todo? La carretera sigue igual de traicionera, no la arreglarán nunca. —Había decidido mostrarse frío, distante.

—Qué delgado estás, y qué pelos traes. Si tu madre te viera... La verdad es que prefiero no saber cómo te las arreglas solo ahora. —Hicieron el gesto de

besarse sin llegar apenas a tocarse. Ella lo observó inquisitivamente, como si quisiera comprobar algo que siempre había sospechado.

Luis vio su propia imagen reflejada en el gran espejo dorado. Sí, había perdido peso en los últimos meses y hacía más de un año que no pisaba una peluquería. Su melena revuelta no desentonaba con su chaqueta de pana y sus vaqueros gastados. Pero todo eso era producto del azar, del destino, nunca se había preocupado por su aspecto. Su piel, descolorida, seguramente se mimetizaba con el blanco apagado de sus apuntes. El brillo febril en sus ojos verdes, más bien pequeños y ligeramente rasgados, delataba largos períodos de ansiedad. Debía cuanto antes marcar los límites:

—Ya te dije por teléfono que no quiero que hablemos de mamá. No quiero discutir. Necesito estar tranquilo para preparar el siguiente examen. Empiezan en septiembre. —Notaba el tono de su voz como un látigo sacudido en el aire, lacerante.

Cogió de nuevo sus cosas para subir enseguida a su habitación. Ella siguió rígida en medio de la estancia.

—Los años que llevas con esas oposiciones... A ver si esta vez es de verdad y las sacas. —De golpe, Luis recordó lo desagradable que podía llegar a ser aquella solterona. Siempre se había sentido legitimada para asestar puñaladas a diestro y siniestro. La crueldad entendida como una forma de sinceridad. Por eso estaba sola. En ese instante, se arrepintió de haber regresado, tenía que haber recordado que su tía tenía la virtud de sacarlo de quicio en el peor momento. Si al cabo de unas semanas la relación con ella se hacía imposible, no tendría ningún reparo en largarse de nuevo a Madrid.

—Hay gente nueva en Ramil. Ahora esto está más animado, ya verás. —Su tía volvió a sonreír con la comisura de los labios como si buscara a toda costa superar ese primer encontronazo.

Luis no se dio la vuelta y comenzó a subir la escalera. Ahora le tocaba a él

decir la última palabra.

—Me da igual, no he venido aquí para ver a nadie.

La mujer entornó los ojos con sarcasmo, no se creía nada. Llamó a la perra y volvió a encerrarse en el salón. Luis alcanzó el piso superior y recorrió el largo pasillo haciendo crujir el suelo de madera a su paso. Todas las puertas estaban cerradas. Tras ellas, todos los armarios estarían igualmente cerrados. En aquella casa, todo tenía su llave, su pudor, su historia secreta. Cuánto le había intrigado en otra época. Había llegado a forzar alguna cerradura solo por el placer de sacar a la luz absurdos tesoros, viejas glorias. Pero él ya no sentía ninguna curiosidad. Le daba igual. Ese mundo había dejado de atraerlo. Ya solo le transmitía podredumbre, decadencia, hastío. Formaba parte de un sistema ahora en rápida descomposición.

Los restos de un antiguo castillo dominaban el valle de Olas desde una colina. Ramil quedaba a sus pies, acurrucado en torno a su parroquia, y extendiendo sus múltiples brazos de tejados y piedra por los caminos que desembocaban en la plaza principal. Alrededor, fincas de labranza, arboledas, casas desperdigadas que llegaban hasta las oscuras faldas de los montes donde luchaban, enredados, bosques de pinos y de eucaliptos. Del lado del ocaso, el valle se abría descendiendo hasta la cercana ría que conducía al océano.

Luis, sentado sobre un sillar de piedra caído, se liaba un porro. El sol languidecía sobre el filo del cielo. Un ladrido desesperado rompió la quietud del atardecer. Otros le sucedieron como si una voz de alarma se extendiese por todo el valle. Pero él siguió con su laboriosa tarea. Luego, lo encendió con cuidado y le dio una profunda calada. Inmediatamente, en su cerebro se activó una energía reparadora de angustias. Cuánto la necesitaba. Contempló el crepúsculo. El valle de Olas se moría lentamente. Ya no había niños que jugaran por sus campos. No quedaba ningún joven. Hacía años que todos ellos se habían marchado a la búsqueda del ansiado progreso en las ciudades. Era penoso. Para el capitalismo agonizante, aquel rincón del mundo era totalmente prescindible, inexistente. Él lo tenía claro. De ser engullido por un terremoto, nadie lo echaría de menos. A efectos mercantiles globalizadores, aquel paraíso y la nada representaban lo mismo.

Por uno de los caminos, observó cómo un hombre muy alto, de largas barbas y melena canosa, entraba presuroso en el pueblo. Llevaba un abrigo largo, negro, echado sobre los hombros a modo de capa. No le sonaba de

nada, era un forastero. Pobrecillo, era la imagen viva del hombre del saco según la somera descripción que, cuando era pequeño, su tía le había hecho de aquel malvado que acechaba en los lugares solitarios. Si entonces hubiese visto a alguien así por allí, habría salido corriendo espantado a esconderse. Serio por dentro. Lo más probable es que aquel tenebroso hombre del saco solo fuera otro curioso atraído por los últimos restos del paraíso rural. Alguien con ganas de paz y aburrimento.

Luis entró en el bar. Una balada pop sonaba suavemente. Como esperaba, junto a los ventanales que daban a la plaza se hallaban las mesas de siempre con viejos jugando a las cartas, las mismas servilletas de papel arrugadas y tiradas por el suelo. Sin embargo, se sorprendió. Las paredes, pintadas ahora de colores chillones, lucían rostros de cantantes de moda. Varias luces indirectas habían jubilado al cadavérico neón. Alucinado, pasó en silencio hasta el fondo bajo la escrutadora mirada de los viejos del lugar. Detrás de la barra había un chico joven, rubio, con cara de bebé, que contrastaba con el aro que llevaba en la sien, el pendiente y la camiseta negra ajustada que aprisionaba su incipiente barriguita. Tampoco le recordaba a nadie que hubiera visto por allí en otra época. Gente nueva, ya se lo había advertido su tía. Enseguida percibió que el chico le estaba echando una mirada de arriba abajo con una fuerte carga sexual.

—Hola, ¿te pongo algo?

Por un momento, se sintió cohibido y pensó en irse a casa, pero la alternativa no era muy apetecible. Impulsivamente pidió una crema de orujo con hielo y se sentó en un taburete. Se giró para no tener que soportar la mirada del chico. El menos viejo del grupo de las cartas seguía observándolo sin dejar de acariciar un babeante perro de caza pegado a sus rodillas. Seguro

que todos sabían ya quién era él y estaban deseando interrogarlo. Prefirió recuperar la posición inicial en el taburete. Por el espejo de detrás del camarero, ahora adornado con muñecos galácticos de plástico, reconoció en una esquina, sentada en una mesa apartada, a la atractiva mujer que había visto al llegar hablando con el conductor del autocar. A su lado estaba sentado el presuroso hombre del saco, con su abrigo negro sobre los hombros. Él parecía estar un poco alterado. Agitaba los brazos al hablar, hacía aspavientos. Ella asentía sin apenas parpadear. En sus labios se esbozaba una sonrisa de comprensión. Era como si aquella mujer observase con interés clínico los movimientos de un animal salvaje dentro de una jaula en un zoológico.

—Y te lo digo así porque al director me lo conozco muy bien: todo lo que expone es una mierda, sí, una mierda. Ellos son todos unos catetos, igualmente podían estar vendiendo chorizos en un colmado. Pero también a vosotros os toman el pelo. A todos, sí, porque claro, está muy bien eso de pasearse por allí un sábado a ver qué hay y tragároslo, sea lo que sea; basta que haya cuatro focos colgando del techo, un trozo de chatarra o de tubería retorcido, eso sí, con un título provocador o misterioso, un poco de música étnica o dodecafónica de fondo, y que os digan que es una instalación, ¡una obra de arte!, para que os volváis a casita satisfechos. Viva el arte conceptual, qué asco... —Descargó su rabia golpeando con el puño en la mesa con tanta fuerza que a punto estuvieron los vasos y las tazas de café de saltar por los aires.

Todos en el bar se sobresaltaron y lo miraron alarmados. Al hombre del saco le dio igual y continuó hablando. Ella tampoco se inmutó.

Al beber, Luis se cruzó con la mirada de sátiro del camarero.

—Los artistas, ya se sabe, todos, unos pirados. —Tal y como estaba deseando, el chaval aprovechó la oportunidad para presentarse a sí mismo—. Me llamo Pablo. Soy de Valencia. Se me nota, ¿verdad? Llegué aquí el otoño pasado huyendo de la crisis a ver si encontraba un trabajo y me ofrecieron este

bar tirado de precio. Y aquí estoy, a empezar desde cero como sea. ¿Te gusta cómo está quedando? Todavía está un poco a medias, pero es cuestión de tiempo. Los viejos van a flipar, ya verán lo que soy capaz de montar aquí.

El típico gay tirándole los trastos muy sutilmente, pensó. Lo que le faltaba. Pero el chico tenía un cierto punto gracioso, y era sin duda un soplo de aire fresco en aquel ambiente petrificado. Se relajó. Mientras el joven le describía sus nuevas ideas para el bar, su mano se movía nerviosa manejando un ratón. La mágica pantalla de un ordenador portátil asomaba por encima de la barra.

Oyó un ruido de sillas a su espalda. El de la barba se había levantado, se marchaba.

—Enseguida que me llamen, te aviso. Si no, los llamaré yo, ya te contaré. Conmigo que no jueguen.

Ella lo abrazó afectuosa para despedirse. Después, con gesto de madre, le dijo:

—Tómate mejor dos esta noche. Hazme caso. Y descansa. Las decisiones importantes llevan su tiempo.

El hombre se ajustó el abrigo negro sobre los hombros y salió del local. Ella se dirigió hacia el lado de la barra donde estaban ellos.

—Pablo, cariño, ponme un ron con cola. Pero flojito, ya sabes.

El camarero frunció los labios, haciendo un mohín de niña perversa.

—Carmen, te presento a Luis. Acaba de llegar al pueblo, pero su familia es de aquí de toda la vida. Dice que viene a estudiar unas oposiciones, aunque me suena a cuento.

Los dos se observaron con detenimiento. Ninguno quiso reconocer que se habían visto antes.

—Hola. Bienvenido.

Realzados por el trazo negro del rímel, en sus ojos se mezclaban, como en un lago de montaña, los reflejos azules con los pardos. En sus gruesos labios

espejeaba un brillo de purpurina anaranjada. La espesa melena castaña le caía sobre la espalda. Una madona, una tierna madona. Quiso descender la mirada por su cuello —el escote se abría a un mundo que adivinaba poderoso—, pero un extraño miedo se lo impidió. Se sentía intimidado.

—¿Qué oposición estás estudiando? Desde luego, esta paz no es fácil de encontrar en muchos sitios.

Él le explicó entrecortadamente que hacía oposiciones a juez.

—Descubrir la verdad. Decidir sobre la libertad de los culpables. Apasionante. —Ella suspiró, abriendo mucho los ojos.

Luis se sintió más seguro.

— ¿Y tú?

Carmen, con un giro de cuello, echó la melena hacia atrás.

—También me dedico a descubrir la verdad, pero no la que se ve a simple vista, sino la que va por debajo de la piel. —Hizo una breve pausa, como buscando el suspense. Luego sonrió—. Soy la fisioterapeuta de la zona. Alguien tiene que cuidar de esta gente, los tienen muy abandonados.

Por un instante, la sirena posó su mirada sobre el grupo que jugaba a las cartas; el mirón no paraba de vigilarlos.

—Aunque parezcan fuertes y salgan cada mañana a trabajar la tierra, haya temporal o brille el sol, son muy vulnerables. Se exponen constantemente y pueden tener caídas y golpes en cualquier momento. Yo llegué a Ramil un poco antes que Pablo, pero casi no conozco la comarca porque no he tenido tiempo de hacer excursiones, aunque todo esto es precioso. Lo digo con vergüenza, tengo mucho trabajo.

Luis sintió un pinchazo en el estómago. Aquello parecía un cabo que ella le estuviese lanzando y él debía agarrarlo con fuerza. Luis se lanzó entonces a describir la comarca de Olas, sus monasterios y castillos, cubiertos de hiedra y de leyendas, recordando las historias que contaba su abuelo. Y, por supuesto,

también estaba la ría, sus estrechas playas de arena sedosa escondidas entre los pinos. Mientras relataba las maravillas del lugar, se dio cuenta del tiempo transcurrido, del agujero negro en el que había estado los últimos años de su vida, alejado de aquel paraíso para la naturaleza y la memoria. Aunque había habido razones de peso. La vida era siempre contradictoria.

—Pero el agua estará helada, ¿no?

De manera fulminante, Luis experimentó una fuerte pulsión sexual.

—Es solo la primera impresión —respondió—. Si te gusta nadar o bucear, enseguida te acostumbras. Es más, te lo pide el cuerpo.

Ella se acariciaba la cadena que llevaba en el cuello. Estaba coqueteando con él.

—Sí, tiene que ser muy estimulante, mejor que muchas medicinas.

Aquella mujer le gustaba. Le gustaba mucho. Por un segundo, la imaginó desnuda. Sí, sí, follarían en la playa. Sintió de inmediato una fuerte descarga de adrenalina. Hacía tanto tiempo desde la última vez... Además, aunque no tuviera nada que ver con Marta, se parecían. Ella también le inspiraba calma, ternura, lo que él buscaba. Tenía que intentarlo, y se aventuró sentenciar:

—Las medicinas son una trampa, otra forma de consumismo.

La sirena de melena castaña cambió de expresión, como si, por sorpresa, una puerta interior se hubiese entreabierto y tuviera que estar alerta para lo que pudiese aparecer por detrás. Pero, en lo que parecía un acto reflejo de autodefensa, dio un sorbo a su copa y rápidamente regresó a su enigmática sonrisa, adoptando ahora un tono casi profesional, como si él fuera uno de esos pacientes que necesitan que se lo expliquen todo.

—La medicina se basa en pensar que solo somos química, un compuesto de distintos elementos. Si nos encontramos mal, es porque algo nos falta o nos sobra en nuestra composición. Curar es reequilibrar, eso es todo.

Algo le decía que ella no estaba siendo honesta, que, de alguna forma,

buscaba provocarle con esa verdad absoluta. Luis decidió tirar más del cabo, implicarse más aún a costa de su estómago, que ahora se encogía como si se asomase por un precipicio.

—Pues, en mi humilde entender, la química es una mierda. Siempre he vivido rodeado de medicamentos, y en muchos casos no valen para nada. Es regalar el dinero a las multinacionales farmacéuticas.

En la mesilla de noche de su cuarto, en la estantería del baño, en los cajones del tocador, en los estantes de la cocina, en su bolso, las pastillas habían sido parte del decorado en el que su madre actuaba, y, por ende, también del suyo. Aquellas cajitas y botes, aparentemente inocentes, rotulados con nombres retorcidos, «tómame», «trágame», habían sido su día a día. Ahora, en la distancia, lo vio como un sucio exhibicionismo contra su ingenuidad. Apagó inmediatamente esas imágenes en su cerebro. Aquello era el pasado, y al día siguiente tenía que empezar a estudiar, ese era el plan. Por eso estaba allí, por nada más. Se sobrepuso.

—Perdona, me tengo que ir ya, se me ha hecho muy tarde y aún no he deshecho ni la maleta.

Qué coraje le daba irse en aquel momento. Tenía que verla otra vez.

—¿Nos vemos por aquí otro día?

Ella entonces se puso rígida. Lo miraba como antes había mirado al energúmeno de la barba, como si lo observase tras un microscopio.

—Claro. Esa es otra de las ventajas de vivir en un pueblo, lo raro es no verse.

Luis, envuelto en una nube tóxica de súbito enamoramiento, se dirigió a la puerta del bar. Chocó con una mesa y sin querer pisó el rabo al perro del viejo mirón, que gruñó lastimosamente.

—Lo siento mucho, no lo había visto.

Al cerrar la puerta, se volvió un instante. Carmen y Pablo cuchicheaban

entre risas.

Había luna nueva. El firmamento titilaba silencioso vigilando cada uno de sus pasos. Respiró profundamente. En realidad, se sentía bien, muy bien. Había hecho lo correcto al regresar, allí estaba a gusto. Por primera vez en mucho tiempo tenía el convencimiento de que su vida iba hacia alguna parte. Y encima caras nuevas en Ramil. Y esa mujer, Carmen. Todo fluía. Se sintió eufórico.

Más que farolas, Ramil poseía pequeños faros que señalaban el camino a los navegantes de sus calles empedradas. También, tras los portones y las ventanas, los filos de luz encuadraban, desdibujados, el aparente vacío de la noche. De forma mecánica, comenzó a liarse un cigarro mientras caminaba. Aun ciego, habría podido volver a Merlachoca sin problemas. Tantas veces había corrido, y, a veces, tropezado y caído en aquel empedrado con sus amigos del pueblo. De pequeño, su vida allí había sido siempre un no parar. Revoloteaban ansiosos, de un lado para el otro. Subían al monte, cogían las bicicletas, corrían por los campos. Aquellos días le llenaban de energía para el resto del año. Aunque al llegar cada verano a Ramil por vacaciones, los primeros días le invadía la timidez. Se sentía absurdamente cursi, remilgado, un marciano ante aquellos salvajes maravillosos. Para ellos, él siempre había sido un forastero, el niño de Madrid. Su duro acento de la capital lo delataba enseguida. Cuánto lo había odiado. Había incluso llegado a ensayar a escondidas en el baño el canturreo del habla local, sus expresiones vibrantes y cortantes como guadañas batiendo el aire. Aquella lengua despreciada que su familia solo hablaba para parodiarla en un chiste o para comunicarse en las aldeas más recónditas. Todo por sentirse un igual. Sin embargo, cuando venían a buscarlo a Merlachoca, el ánimo de sus camaradas se apagaba. Entonces, se

volvían cautos, vigilantes, tenían miedo de su abuelo. Luego, llegaba septiembre y debía abandonarlos. Se sentía tan mal que rara vez se despedía, simplemente desaparecía como los ladrones en la noche.

Hablar de pastillas le había puesto un poco nervioso. Las pastillas eran ella, ese extraño mundo en el que solo entraba él, su hijo, como si también participase, de alguna forma, de su trastorno. Cuántas ganas tenía ahora de fumarse un porro, de vaciar su mente y relajarse. Pero debía evitar más de uno al día. Como mucho dos, si realmente no podía aguantar más. Y siempre al final de la jornada, cuando ya había terminado de estudiar. Ese había sido el trato con su madre después de su último suspenso, y quería mantenerlo, le había venido bien. Su capacidad para memorizar se había multiplicado por arte de magia y había aprobado. Ciertas drogas eran buenas en su justa medida. Más aún, en determinadas circunstancias, eran de urgente necesidad. Cuánto fariseísmo había... Él siempre defendería la legalización de la marihuana y del hachís. Por lo demás, ella nunca se había quejado de sus aficiones. Faltaría más, no era una hipócrita. Él se habría reído en su cara, pues, de alguna manera, ella también era una drogodependiente. Lo único que la sacaba de quicio era el olor, decía que era igual que el del pasto quemado y la alteraba. Aun en invierno, abría de inmediato las ventanas cuando lo encontraba fumándose un porrito. Aunque tenía que reconocer que, a veces, sobre todo desde su muerte, en alguno de esos días en que todo se venía abajo en su cabeza, se había saltado ese estricto régimen de consumo. No conocía otro remedio para recuperar la serenidad, ese esquivo nirvana.

Tras el muro de una casa abandonada, un perro lanzó un aullido de dolor terrible. Luis se detuvo, estremecido, como si él mismo lo hubiera provocado sin darse cuenta. ¿Por qué maltrataban a los animales? ¿Era parte de su natural salvajismo? No se oía a nadie. Habría querido entrar y ver qué pasaba, pero no se atrevió. Recordó que en ese mundo al que acababa de regresar, animales

y plantas, incluso los hijos, eran considerados patrimonio particular en todo el sentido del término «propiedad». Y como decía el Código Civil, la propiedad implicaba el derecho pleno a disponer, a destruir, y también, por supuesto, a maltratar. Si se enfrentaba con el dueño de aquel pobre perro, saldría mal parado. Enseguida lo pondrían en su sitio. Y si encima él se lanzaba a hablar de los derechos de los animales, incluso se reírían en su cara. De repente, oyó una respiración angustiada del otro lado del muro. El amo del animal. Lo mejor era largarse cuanto antes. Continuó andando. Su estómago seguía contraído, retorcido. Le dolía.

Su tía, desde su sillón, armada con el mando a distancia, cambiaba de canal compulsivamente. No encontraba ningún programa a su gusto, aunque tampoco les daba mucha oportunidad. El sonido de la televisión, como un amante posesivo, no admitía ningún respiro, reclamaba toda su atención. Loira, a sus pies, dormitaba. El revistero, como siempre, se hallaba atestado de publicaciones del corazón. Se las hacía traer desde Arealonga todas las semanas. En la mesita de al lado, la lámpara de pantalla de pergamino rojo también era otro faro solitario en la noche de Ramil. Él se sentó a su lado, en el sofá, deseoso también de sumergirse en las imágenes, sin más.

—¿No quieres cenar? Sagrario te dejó todo listo en la cocina, solo tienes que calentarlo en el microondas. —Los ojos de su tía volvían a escrutarlo. Él ni siquiera se molestó en devolverle la mirada.

—No tengo ganas.

Ella abandonó el mando sobre su regazo y le sonrió maliciosamente.

—¡Qué, ¿vienes de tomarte una copita en el bar?!

Aquello era lo que le faltaba. No le iba a consentir ni una. La iba a tratar de tú a tú, y mejor desde ya mismo.

—Me tomo las copas que me da la gana, tía. Pero no te preocupes, nunca me emborracho. Habré salido a mi padre.

Se levantó y, sin volver la vista atrás para comprobar el efecto de sus palabras, salió del salón a grandes zancadas. Subió la escalera corriendo y se encerró en su cuarto, dando un fuerte portazo.

Por las noches, cuando llegaba a casa después de pasarse el día en la biblioteca empollando, su primera tarea era registrar los armarios de la casa en busca de botellas. Era su particular juego del escondite. A veces no le resultaba fácil. Por alguna razón que nada tenía que ver con su estado, el ingenio se le debía de agudizar y el rastreo le llevaba su tiempo. Ella solía estar ya echada en su cuarto, inconsciente.

Abrió la ventana de par en par. Se ahogaba. Ahora sí que se fumaría el porro tranquilamente. Los astros lo seguían vigilando. Lo dicho, se daría un plazo de unos días más. Si la convivencia con su tía se hacía imposible, se largaría a Madrid sin perder un minuto más.

La bruma se deshacía, dando paso a un sol todavía temeroso. El portalón chirrió al empujarlo mientras sujetaba a Loira para que no se escapase. Respiraba a placer el aire fresco de la mañana. Para su sorpresa, le recordó al efecto de la maría en sus pulmones: un buen chorro de energía que mezclase las ganas de hacer muchas cosas con una eufórica levedad. Había dormido bien. En realidad, la vida era mucho menos complicada de lo que nuestras obsesivas mentes fabricaban. Se encaminó hacia la plaza. Los días que hiciese bueno, estudiaría en el monte, ese era el plan. Llevaba al hombro la mochila llena de apuntes y, bajo el brazo, una vieja manta de lana enrollada.

Estaba deseando empezar a estudiar los temas de derecho procesal. Los grandes abogados no eran otra cosa que meros vigilantes astutos de la forma procesal y no del fondo del asunto, que era siempre libremente interpretable. A su preparador de la academia, un magistrado jubilado bastante engréido, le encantaba proclamarlo y se deleitaba en los detalles de los casos con los que ilustraba sus afirmaciones sobre el sistema judicial. Omitía en todo momento, por supuesto, los nombres de las partes implicadas, aunque, con ojos pícaros, solía soltar alguna pista sobre sus identidades si resultaban ser personas conocidas. El truco consistía en estar al acecho del menor error, consciente o no, del juez, del abogado de la otra parte, o de cualquier oficial del juzgado que no llegaba a fin de mes, para «metérsela», como solían decir luego con jactancia. Un plazo mal contado, una prueba mal practicada o un documento sin los correspondientes sellos o firmas y, rápidamente, un recurso de nulidad interpuesto en el momento oportuno daba al traste con todo el procedimiento.

Y era tan fácil cometer un error, con o sin intención... Y luego estaban los documentos clave que, sin explicación aparente, desaparecían, «extraviados», solían decir, como si en los juzgados vivieran duendes caprichosos escondidos entre aquellos estantes polvorientos repletos de rebosantes carpetas. Los casos de peso como los de corrupción política y los que afectaban a las grandes empresas a menudo terminaban así, sutilmente finiquitados. La justicia, entonces, sin todavía haber siquiera abierto la boca, enmudecía para siempre injusticiada, punto final. Después, el tiempo borraba las huellas y los acusados recuperaban su honor, faltaría más.

En fin, aquello era un arte; un arte que se cobraba muy caro al cliente, como es lógico, sentenciaba el viejo magistrado con sorna. A Luis le entraban arcadas al escuchar aquel discurso del horror como si se tratase de algo normal, incluso gracioso. El Estado de derecho era otra quimera que se había vendido al pueblo, pobres ilusos. A la mayoría de sus compañeros de academia les daba igual, era indignante. Se reían sin pudor de aquellas tristes historietas de corrupción judicial sin entrar en el porqué. Para Luis, eso era un signo evidente de su falta de auténtica vocación por la justicia. Solo buscaban seguridad ante la creciente incertidumbre laboral, un puesto de alto funcionario bien remunerado. «Sois vosotros los que sois así», querría gritarles a la cara. Pero se tragaba las ganas. No era el momento. Ya se encargaría él de poner las cosas en su sitio cuando aprobase la oposición, esa era su misión.

—¿Eres el hijo de Beatriz?

Frente a él se encontraba el mirón de la noche anterior en el bar.

—Soy Antonio. ¿Qué tal estás? Tu madre y yo fuimos muy amigos cuando éramos jóvenes. Tú y yo no nos conocemos porque pasé muchos años trabajando en Alemania. El año de mi vuelta fue el último que vosotros vinisteis a pasar el verano.

Su perro, un perdiguero muy cuidado, comenzó a ladrar como un loco. Solo la correa impidió que corriese tras una chica que pasaba por la calle en bicicleta en aquel momento. Otra forastera. Pelo corto, pantalones de chándal, zapatillas deportivas, la mirada vagamente perdida. En la distancia, una adolescente soñadora.

—Es la que está restaurando la ermita. Una tía rara, de las que no habla con nadie en el pueblo. Parece un marimacho —Antonio abría mucho la boca al hablar y enseñaba los dientes al igual que su perro—, pero algo habrá que hacer con ella, ¿no te parece? —Sus labios se retorcieron en un gesto obscuro.

Luis sintió asco. Reparó entonces en la ropa de marca que llevaba Antonio. No era el típico lugareño aislado de la modernidad. Vaya viejo verde pretencioso. Imposible que su madre hubiera sido amiga de aquel sujeto. Decidió cortarle para largarse cuanto antes.

—Bueno, me voy, que tengo prisa. Ya nos vemos.

Al cruzar la calle para alejarse, sin embargo, un agudo bocinazo lo echó para atrás, pegándole un susto de muerte. Un potente vehículo todoterreno pasó por delante de él. En el interior, conducía un hombre calvo con gafas. Hablaba solo, ajeno a todo. Luis, en su foro interno, le deseó lo peor. La negligencia causaba más daño que la intención. Por un instante, pensó en lo que habría sido de su vida si ese coche se lo hubiera llevado por delante. Todo se habría acabado. Por aquel imbécil.

Azul.

—*Nullum crimen, nulla poena sine lege*. Este principio clásico del derecho penal viene recogido en el artículo 25.1 de la Constitución y en el artículo 10 del Código Penal. Nadie puede ser condenado por acciones que no constituyan delito según la ley vigente en ese momento... —Su voz se elevaba

sin miedo hacia el cielo. El viento norte soplaba con fuerza. Las nubes trotaban gozosas desde el océano pasando por encima de su cabeza como una exhalación. Cuando iba embalado, conseguía convertirse en un auténtico robot. Era lo que le pedía el sistema para aceptarlo en su seno como juez, que separase nítidamente el corazón de su mente, su inestable realidad interior de la impecable ley que había de aplicarse a ciegas. Y así era; si estaba inspirado, recitaba con precisión los temas bajo la sabia guía del cronómetro mientras su alma vagaba libremente entre sensaciones, recuerdos, imágenes. Ese sería el secreto de su futura felicidad: escindir-se en dos mitades inmiscibles, para siempre.

La chica de la bicicleta, la restauradora de la ermita, surgió de entre los pinos al otro lado de la hondonada. Ahora corría a paso ligero. De sus oídos colgaba un cable hasta uno de sus bolsillos; iba escuchando música. La expresión de su rostro, sin embargo, era muy seria, preocupada. Su mente no estaba allí, disfrutando de la naturaleza, sino en algún lugar no tan placentero. Aquella chica era peculiar, sin duda, como había dicho el tal Antonio. La camiseta se pegaba a su breve pecho casi esbozado. El pantalón corto se ceñía a sus duras piernas de garza carentes de caderas y de muslos. Sería como abrazar a un muchacho, nada donde agarrarse, nada donde amamantarse. Lo opuesto a Marta, de senos grandes, pendulares, pezones abiertos, caderas como anclas.

Le atraían las mujeres como Marta, como Carmen, que olían a leche hidratante, poderosas, con historia. Solía conocerlas en las fiestas privadas en las que solía trabajar de camarero los fines de semana para poder pagar sus gastos. Bodas, cócteles, cenas de empresa, veladas íntimas; en palacios, pisos, despachos; con vistas al Retiro, al Campo del Moro, en urbanizaciones de las afueras, en fincas de caza. Como decía Alfonso, el amigo de la carrera que había montado ese exclusivo servicio de catering, ellos eran señores sirviendo

a señores. Ofrecían buena educación, pelo engominado, guantes blancos, idiomas, unas chaquetillas color verde con botones dorados. Pura imagen para esa sociedad vacía. A él no le importaba disfrazarse de lacayo y observar su decadencia a medida que avanzaba la fiesta. Todo lo contrario, lo hacía encantado, era un buen pico el que cobraban por hora a la nueva burguesía especuladora. Al final de la noche, cuando ya dejaban de pasar bebidas en bandeja y abrían la barra, el alcohol rompía la frontera. Ellas, señoras casadas y aburridas, algunas de forma disimulada y otras abiertamente, flirteaban con ellos, los apuestos camareros. Y él era de los que se dejaban querer. No, no era cierto. En su caso deseaba querer. A esas horas, era para él de urgente necesidad.

Marta, casada con un abogado tiburón que no había dado señales de vida durante toda la fiesta, había sido bastante discreta. Casi había tenido la sensación de que había sido él quien había tomado la iniciativa y la había seducido con la mirada al ponerle el primer gin-tonic. Al terminar de recoger, mientras sus compañeros desaparecían en sus coches para continuar la noche en algún garito, él se había hecho el loco. Ella lo esperaba, ansiosa, en su ridículo Mini rojo para llevarlo a un hotel de lujo del centro. Un absurdo desde el principio. Marta nunca había entendido la historia, ninguna de ellas la entendía. No quería regalos ni lujos, no era un ligón ni un prostituto. Tampoco era simplemente sexo fácil. Las quería a ellas, con toda su elevada carga, su complicada lencería, su maquillaje corrido, su sexo abierto y húmedo sobre las sábanas donde uno podía refugiarse para siempre. Y Carmen, la fisioterapeuta, la mujer que acababa de conocer allí, era una de las suyas, estaba seguro. Aunque, si eso era lo que le deparaba el destino en su regreso a Ramil, le llegaba en el peor momento con lo que tenía encima. Pero podía organizarse, sí, dividir su tiempo, dividirse él mismo, como también quería el sistema, por un lado el estudio entregado, y por otro, el sexo y la sensualidad.

Terminó el tema en quince minutos exactos, pero se había olvidado de mencionar la analogía *in malam partem*. Joder.

Sagrario puso la bandeja de patatas con pulpo en la mesa. Sobre una supletoria, al lado del aparador, una pantalla de plasma mostraba a la presentadora rubia del programa de cotilleos de antes del telediario. Su tía no podía perderse nada. Luis habría preferido que se sentaran uno a cada extremo de la larga mesa, como en las películas. Él, ocupando el sitio del abuelo, para marcar las distancias y ahuyentar sus comentarios. Sin embargo, ella lo había dispuesto así para tenerlo a su lado, bajo control.

—¿Quién te ha hecho la comida estos meses? —Él por un momento no supo qué responder. Su tía había dicho aquello sin apartar la mirada del televisor, temiendo ya su reacción, su exabrupto.

—Desde los trece años sé hacerme la comida. —Era el colmo, lo sacaba de quicio—. ¿Qué pensabas? ¿Que mi madre me la hacía siempre? ¿De qué mujer me estás hablando, tía? —Ella siguió comiendo sin inmutarse, la vista fija en la pantalla.

—Si os hubieseis venido a vivir aquí, todo habría sido diferente. Esta casa es tan mía como vuestra. Pero tu madre era imposible, siempre inventando historias, sin pensar que tenía un hijo y...

Se había propuesto evitar cualquier enfrentamiento, pero todo tenía un límite.

—¿Sabes lo que pienso, tía? Que nunca conociste a mi madre, tu querida hermana. ¿Cuántas veces viniste a visitarnos en los últimos diez años? ¿Quieres que te las diga? —Se dio cuenta de que estaba casi gritando. Bajó el tono al nivel de un susurro—. Si viniste al funeral, fue de milagro. —Intentó serenarse, notaba la respiración agitarse en su pecho. Sentía rabia, pero había también muchas ganas de aprovechar cualquier oportunidad para sacarlo todo afuera. Se trataba de una rabia liberadora.

Sagrario, muy a propósito, volvió a entrar en el comedor y se dirigió a su tía.

—Señora, ¿quiere que les sirva yo?

La mirada de su tía se había congelado.

—Déjalo, gracias, nos serviremos nosotros. —Sus ojos reverberaron unos instantes, deshaciéndose en lágrimas.

En cuanto Sagrario hubo salido del comedor, se volvió hacia su sobrino. Ahora, ella estaba tan llena de rabia como él.

—Fui a Madrid arrastrándome, ¿es que no sabes que estoy enferma de los huesos? ¿Quién ha cuidado de mí todos estos años? ¿Mi querida hermana la aventurera? No, claro, ella tenía que vivir su vida, hacer lo que le diera la gana. Pero gastándose todos los meses el dinero que os enviaba.

Luis no se alteró. Esperaba una justificación contra la que no tendría argumentos. A pesar del sonido de fondo de la televisión, solo oía un silencio descorazonador taladrándole por dentro. Su mirada se refugió aún más en la pantalla en busca de alivio. Ella continuó:

—Y qué vergüenza, incinerarla, y echar sus cenizas desde lo alto de un edificio de la Gran Vía. ¿Se te ocurrió a ti o a ella? Dime la verdad. En vez de enterrarla aquí, donde estamos todos.

Luis la observó entonces con detenimiento, como si hasta ese momento no la hubiese reconocido. Su tía lo llevaba de la mano. Él tenía siete u ocho años, era muy tímido. Había una verja muy alta, un sombrío jardín de cedros rodeando un edificio blanco, casi metálico, un pasillo interminable de azulejos y baldosas de reflejos helados. Su tía lo había abrazado tan fuerte que le había hecho daño. La puerta del fondo se había abierto. Oyó su voz desde el interior llamándolo. Su madre lo esperaba preparada para una nueva interpretación, totalmente maquillada, con sus sempiternas gafas de sol, la sonrisa radiante. Una parte había querido quedarse con su tía, entre sus brazos, y no volver a

ver a su madre nunca más. En aquella época, esa mujer insoportable que tenía a su lado había sido un refugio, el primero. Después, habían llegado nuevos refugios, nuevas mujeres. Pensar ahora en todo aquello no le convenía para nada. Tenía que centrarse.

—Vamos a dejarlo, no tiene sentido discutir. Tengo que ponerme luego a estudiar y no me quiero calentar.

La voz de la presentadora rubia recuperó su omnipresencia. Notó el hocico de Loira en su rodilla, mendigándole cualquier resto. La verdad es que sus tobillos estaban muy hinchados, se lo había notado el día de su llegada. Y él nunca era cruel a propósito. No podía, ni aun deseándolo con todas sus fuerzas. Había algo dentro de él que solía quebrarse a mitad de camino. Sus salidas de tono solo llegaban cuando su caldera interior estaba ya a punto de estallar y eran más una cuestión de pura supervivencia consigo mismo. Se mordería la lengua con su tía por los viejos tiempos. Y haría algo más, la llevaría a ver a Carmen, que era fisioterapeuta. Así tendría una buena excusa para ver a aquella maravillosa mujer otra vez. Una gran idea.

Se vislumbraban, por lo menos, cinco o seis ventanas abiertas que contenían diferentes conversaciones, y el mismo fondo de la pantalla era, a su vez, una conversación multitudinaria. Todo ello conformaba un mundo agitado y exigente, una torre de Babel sedienta de sexo. Luis estaba maravillado de la soltura con la que Pablo se movía en ese aparente caos. A él nunca le había atraído el cibersexo ni había necesitado conocer a nadie por internet. Huía de las redes sociales, a no ser que necesitase contactar con algún compañero de oposición para resolver alguna duda. Su vida solo tenía un objetivo, y para lo demás, siempre estaba el teléfono. Pablo lo miraba de reojo, gozaba con la curiosidad de Luis. Había colocado a propósito la pantalla un poco girada para hacer gala de su poder de seducción. Lo buscaban, necesitaban su cuerpo, ¿por qué no se animaba él también, aunque solo fuera para probar?

La puerta se abrió. Era ella desprendiendo calor, sensualidad. En el bar, todos abandonaron lo que estaban haciendo por un momento para admirarla. Antonio enseguida se levantó de la mesa de cartas para darle dos besos. Menudo baboso, aquel tipo era repugnante. El resto, como paralizados, se limitaron a saludarla efusivamente de palabra con una mezcla de devoción y confianza. Carmen luego se dirigió hacia él y lo besó en las mejillas.

—¿Qué tal? ¿Has estudiado mucho hoy? —Esa mujer le encantaba. Después, besó a Pablo—. Así nunca vas a encontrar novio.

El mago del chat retomó su actividad.

—¿Y quién quiere uno?

Como si se conocieran de toda la vida, ella cogió del brazo a Luis y se

sentaron en una mesa. Él no cabía en sí del goce de sentir aquel primer contacto físico.

—¿Sabes? Estuve pensando en nuestra conversación del otro día. Yo tampoco creo en la medicación, o, por lo menos, no como única solución. — Los lagos de sus ojos esta vez rebosaban luz, ternura. Qué ganas tenía de sumergirse en ellos—. La fisioterapia precisamente es eso, utilizar los medicamentos en un primer momento para rebajar la inflamación o quitar el dolor. Pero, luego, hay que trabajar directamente con los músculos, entrar en ellos, conocerlos, desarmarlos. Para que, poco a poco, vayan recuperando su sentido y recuerden por qué están ahí, de qué nos valen. Después de un golpe o de un desgarró, eso lleva su tiempo y depende en gran parte de las ganas que ponga cada uno. Si el paciente no pone de su parte, no hay nada que hacer.

Como solía pasarle a menudo, se había olvidado de cenar y la crema de orujo le estaba haciendo efecto, levitaba a su lado. Si su madre hubiese caído en otras manos, quizá se habría salvado.

—¿Y si estás enfermo del alma?

El alma eternamente sufriente y eternamente insatisfecha de su madre. Él hizo la pregunta de forma melodramática, para darle un giro tragicómico al asunto y protegerse así de sus propios fantasmas.

Carmen bebió de su copa lentamente, saboreándola, sin dejar de auscultarlo con la mirada.

—Es el mismo proceso. También hay que liberar primero el alma para poder sanarla.

Sí, todas aquellas pastillas para dormir, tranquilizantes, lo único que conseguían era abotargar su alma, anestésiala. Y su alma se había ido al otro mundo en ese estado casi de inconsciencia. «Todo es un asco, un dulce engaño.»

En el otro extremo del bar, Antonio seguía vigilándolos. Y también su

perdiguero. Seguro que ella era lo mejor que se podía encontrar en el valle. Se fijó entonces en las muñecas de Carmen, cubiertas, casi escondidas, con pulseras exóticas, tintineantes; sus uñas lacadas de un naranja asalmonado. Cómo le atraían las mujeres femeninas, muy femeninas. Cuando era aún muy pequeño, le gustaba espiar a su madre mientras se maquillaba sentada en su tocador. Ella lo descubría en el espejo y le lanzaba un guiño de complicidad sin dejarle pasar, su cuarto era un territorio vedado.

Otro forastero entró en el bar. Cincuentón, gafas de pasta negra, enfundado en una chaqueta de lana dos tallas más grande que la suya. Sus prominentes pómulos parecían sostener la piel del rostro de lo delgado que estaba. Sin saludar a nadie se sentó en una mesa pegada a uno de los ventanales. Para sorpresa de Luis, el hombre sacó de una cartera un ordenador portátil y lo encendió. Era también cliente habitual y, sin que pidiera nada, Pablo se acercó para servirle una Coca-Cola. Después, le entreabrió el ventanal y el hombre sacó una pipa. Sin más preámbulos, se puso a escribir ajeno a todo.

Carmen se levantó, también lo conocía. Con la mejor de sus sonrisas, se aproximó a donde estaba.

—Hola, Javier. ¿Qué tal vas?

Ella le habló con extrema dulzura, pero el hombre ni se molestó en levantar la mirada del teclado para contestarle.

—Voy bien, gracias.

Carmen dudó unos instantes si preguntarle algo más, quizá temiendo una reacción desagradable de aquel tipo que visiblemente no tenía ninguna gana de hablar con ella ni con nadie.

—Estupendo; cualquier cosa, me dices. Nos vemos por aquí.

Como era de esperar, no obtuvo ninguna respuesta y un tanto contrariada regresó a sentarse con Luis.

—¿Quién es ese? ¿Otro huido por la crisis? Aunque no parece muy

interesado en hacer amigos por aquí. —Desde luego, tenía todo el aire de un intelectual. Ramil se estaba en verdad repoblando de personas bastante interesantes.

—Se llama Javier. Está aquí escribiendo un libro sobre filosofía, creo. Necesita mucha concentración, no ha de ser nada fácil. —Lo dijo con cierta amargura. No le había sentado bien el rechazo, no debía de estar acostumbrada a que alguien fuera inmune a su magnetismo.

Un filósofo en Ramil, increíble, lo que su madre habría disfrutado. A ella sí que no le habría podido negar una conversación. Tenía algo que la hacía irresistible, una especie de ingenuidad empática que envolvía con una sonrisa de complicidad contagiosa. Aunque él había vivido aquel don como una desgracia, lo pasaba fatal cuando paseaba con ella y se encontraban con alguien por la calle. Le ponía enfermo ese paripé, entre flirteo y comedia, que ella solía desplegar. Y, sobre todo, porque sabía que iba a querer meterlo en la conversación comentando algo de él. En esos momentos, la odiaba. Siempre había preferido pasar desapercibido, el anonimato, que nadie supiera nada de sus vidas.

Sin ningún motivo aparente, Carmen decidió entonces que tenía que irse y Luis la siguió hasta la barra.

—¡Ya tengo una cita! —proclamó Pablo triunfante.

—No sé cómo no te da miedo. —Carmen endureció el rostro.

—Ellos tampoco saben nada de mí. —Los dos se observaron desafiantes unos segundos. Ella volvió a coger del brazo a Luis y salieron juntos del local, no sin antes recibir la afectuosísima despedida de los de las cartas.

—¿Estás casada? —Los tacones de sus botas resonaban con cierta obscenidad en la calle desierta. Ella se rio en el mismo tono.

—No. Soy viuda.

Él necesitaba saberlo todo.

—¿Tienes hijos?

Carmen miró hacia el cielo con cara de tragedia griega.

—No. Estoy sola en la vida.

Bien, aquello podía funcionar.

—Yo también estoy solo en la vida.

Durante un buen trecho, no dijeron nada. Cada uno se refugió en sus pensamientos sin necesidad de dar ninguna explicación más.

Ella se detuvo en una casa donde había un rótulo con su nombre y el horario de consultas.

—Aquí vivo y trabajo. Nunca he sabido separar lo uno de lo otro.

En ese instante, un desgarrador aullido de dolor se elevó desde algún rincón del pueblo. Luis sintió un escalofrío, ¿quién sería el salvaje esta vez?

Carmen bajó los ojos, impasible, y buscó en el bolso las llaves.

—Me tienen harta. Desde hace unas semanas, todos los perros del lugar parecen haberse puesto de acuerdo para que alguno de ellos le dé por aullar cada noche. Me he tenido que comprar unos tapones para los oídos, si no, no pego ojo. —Abrió la puerta, pero no hizo ningún ademán para hacerle pasar —. Bueno, ya sabes dónde estoy. Aunque en Ramil uno no deja nunca de verse en cualquier sitio.

Él deseaba tanto besarla allí mismo, entrar en el zaguán y seguir besándola... Dormir abrazados. Descansar. De repente, se acordó.

—Quiero que veas a mi tía, dice que tiene mal las piernas. Aunque primero tengo que convencerla, claro, es bastante cabezota.

Carmen asintió y, sonriendo, desapareció tras la puerta.

—Buenas noches.

En cuanto llegase a Merlachoca, pasaría un momento por el salón para hacer las paces con su tía y convencerla. Regresó a la plaza a paso ligero, su mente acelerada, haciendo todo tipo de planes para el ansiado reencuentro con

Carmen. Pasó de nuevo por delante del bar, pero sin detenerse. Cuando estaba ya cerca, al cruzar una esquina, un gruñido lo puso en guardia. Creyó que el animal lo iba a atacar e, instintivamente, se cubrió la cara con las manos aterrorizado.

—Perdona, estos días anda muy nervioso. No hace nada.

Era Antonio, tirando de su perro. Del susto, no tuvo ni fuerzas para responderle como hubiera querido.

—Ya pensaba que me mataba.

El otro se rio forzosamente.

—Perro ladrador, poco mordedor. —Sacó un paquete de cigarrillos americanos y le ofreció. Él, para calmarse, cogió uno. El antiguo amigo de su madre, con mucha ceremonia, extrajo de su cazadora de ante un lujoso mechero dorado—. Esta Carmen también viene pidiendo guerra, ¿no te parece?

Luis ya no tuvo paciencia, todo en él le resultaba repulsivo. Aquel viejo también quería tirarse a Carmen. Lo miró con odio y prefirió cerrar la boca. El Viagra estaba haciendo estragos en Ramil.

Antonio prosiguió como si hubiese provocado él mismo el encuentro. Fingió una carcajada y cambió de tercio.

—Como te dije, fui muy amigo de tu madre. Le tenía mucho cariño, sentí mucho su muerte. —Hizo una pausa larga buscando alguna reacción, pero Luis estaba ya en guardia—. Fue todo tan repentino...

Lo estaba esperando, debía haberlo imaginado, la trampa para que él cayese y le contase cómo había ocurrido. Otra vez aquella labor sutil, tan del gusto de los locales, de rodeo verbal y lento acorralamiento interrogativo.

—Ya ves, dímelo a mí. Bueno, gracias por el cigarrillo. Me voy, que mi tía me está esperando. —Se dio la vuelta sin más y apuró el paso hasta llegar al muro de la casa.

Al pasar, dejó que su mano se enredara de nuevo en las matas de glicinias para aspirar su penetrante olor. Introdujo la mano en la boca del monstruo de piedra de la entrada pensando en Carmen. «La quiero entre mis brazos.»

El viento norte no cesaba de soplar con fuerza, lo que aseguraba días despejados pero menos grados de temperatura. Él ajustaba con la pericia de un ingeniero especializado los mecanismos de su memoria para que la grabación fuese clara y los datos acumulados imborrables.

—El principio procesal de prohibición de *non bis in idem*, por el que nadie puede ser condenado más de una vez por la comisión de un mismo delito, ha recibido una expresa consagración constitucional... —Observó de reojo la esfera del cronómetro. Llevaba ya once minutos. En los cuatro restantes debía rematar con la doctrina jurisprudencial.

Aquel cronómetro de latón se había convertido en el reloj de su vida. Marcaba el único tiempo que le importaba. Mientras recitaba, su mirada se perdía por el valle, subía y bajaba por el monte, se detenía en algún detalle.

Humo. De una espesura ascendía una densa nube grisácea. Se sobresaltó. Un paisano estaría quemando maleza. Pero al venirle a la memoria la lluvia del día de su llegada, se tranquilizó. Ya fuera un estúpido o un malvado, lo tendría casi imposible para quemar el monte; por suerte ahora se encontraba demasiado húmedo.

Recordó el último verano que habían pasado en el valle. Había sido una pesadilla, fuego mirases donde mirases. Al llegar la noche, el resplandor de los incendios los mantenía en vela. El cerco se iba cerrando sobre Ramil. Apagaban un foco y enseguida aparecían otros diez. Su madre, bajo una fuerte dosis de ansiolíticos, se había limitado a observarlo todo con resignación, sin montar ningún número, como si toda su vida hubiera estado esperando ese

momento de desesperación total. Pero el pobre abuelo, en plena consciencia, había visto cómo, una a una, las fincas ardían. La tarde en que las llamas llegaron al muro trasero de la casa y comenzaron a chamuscar las ramas de los castaños del jardín, todos se pusieron en movimiento y salieron a apagarlas. Loira, entonces un cachorro, ladraba al fuego como si fuera alguien que quisiera matarlos. A mediados de agosto, cuando por fin llovió, el monte era un paisaje lunar de ceniza y troncos carbonizados. El abuelo murió en septiembre, de un ataque cerebral. Su madre, después de enterrarlo, ya no regresó, ni él tampoco.

La manecilla marcó quince minutos. Un eco del examen pasado resonó en sus labios, el mezquino artículo 352 sobre los que incendiaron montes o masas forestales. El castigo previsto eran penas de prisión de uno a cinco años y multa de doce a dieciocho meses. Así era la ley en este país, quemar el monte estaba casi premiado. Por si ello no fuera suficiente, a los pocos incautos, con pinta de lunáticos, que la Guardia Civil cogía para cubrir el expediente, los jueces les concedían enseguida la libertad provisional. Falta de pruebas, decían los periódicos regionales. A nadie le importaba. Tenían el Gobierno que se merecían, como había dicho aquel filósofo alemán, Leibniz. Para llegar a esa conclusión no le hacía falta ningún preparador de colmillo retorcido. Guardó los apuntes en la mochila, enrolló la manta y se puso en pie. Pasearía hasta la fuente que llamaban «de las ánimas». Su intención era recorrer el monte siempre que pudiera, su plan de estudio le permitía el descanso si cumplía con el programa marcado para cada día.

El camino se abría casi a machete en medio de la fragante selva de pinos y eucaliptos. El olor era intenso, casi perturbador. Se sentía bien, en paz. A lo lejos distinguió a un hombre vestido con ropa de caza que descendía la ladera a salto de mata. Las ramas bajas de los árboles y la maleza no eran un obstáculo para su paso apresurado. Arrasaba con todo. Se dio cuenta de que

era el loco del autobús que se había bajado a mitad de camino, el amigo de Dios. El pobre hombre seguiría buscándolo. Porque seguro que Dios todavía lo estaba esperando en algún lugar del monte. Le entró la risa. «Por favor, Dios, dile algo pronto porque, si no, ese hombre se va a despeñar por algún precipicio.» ¿O estaría Dios escondiéndose de aquel hombre? Tal vez temiese aquel encuentro y había decidido él también huir. Volvió a pensar en su familia, en sus amigos. No podía ser que aquel demente estuviera solo en el mundo. Se le veía bien vestido, aseado. Debía de llevar una vida normal, trabajaría, comería a sus horas, y, a veces, cuando sintiera la llamada, debía de lanzarse al monte hasta agotarse.

Al llegar al río, el camino se pegaba a la corriente como una serpiente sedienta. Más arriba, divisó el viejo molino de agua, mimetizado con el entorno por el musgo y la negrura de humedad que camuflaban sus sillares. Subían con frecuencia a jugar allí, ¡qué de recuerdos! Siempre con la tensión de que alguno de sus amigos viniese por detrás y lo empujase a la corriente. Se acercó para ver en qué estado se hallaba.

Un desagradable zumbido eléctrico tapó el rumor del agua. Luis, extrañado, dio la vuelta por detrás del edificio. Había ventanas de madera donde antes solo había habido huecos por los que salía la maleza salvaje. Ya no estaba abandonado. El hombre del saco, el amigo de Carmen, en mono de trabajo, cortaba un gran tronco. Al ver a Luis, se detuvo y apagó la sierra eléctrica.

—Muy buenas. Nos hemos visto antes, ¿no?

—Sí, en el bar. Soy Luis, también soy amigo de Carmen. —Se aproximó a saludarlo.

El hombre se quitó los guantes con rapidez, parecía contento de la visita.

—Yo, Guillermo. Ven, pasa, ¿te apetece un vaso de vino?

El interior estaba todo restaurado, vigas vistas, suelo de baldosas de barro y la gran chimenea con la piedra pulida. Sobre una gran mesa, la delicada

cabeza de un niño sobresalía de un bloque de tosca madera como si quisiera escapar. Contra la pared, se amontonaban, ordenados, distintos volúmenes envueltos en plástico.

—¿Has oído los lobos? —Su barba y sus cejas eran una maraña de hebras grises y negras, el rostro cetrino, sus ojos ardían como brasas.

Luis se sorprendió.

—¿Lobos? Aquí ya no quedan lobos, los mataron a todos hace ya muchos años.

—¿Estás seguro? Pues yo creo que han vuelto. —Guillermo sacó unas tazas de loza blanca para vino y una jarra llena de un caldo rojo oscuro, muy espeso, el tradicional de la comarca de Olas.

Él se fijó más en la escultura de madera; la cara del niño se retorció en un gesto de terror.

—¿La has hecho tú?

El escultor llenó las tazas casi hasta el borde.

—Sí. Estoy preparando una exposición para una galería de Barcelona. Solo me queda otra pieza más por hacer.

Sin que él le hubiera preguntado nada más, el hombre, en tono exaltado, se lanzó a hacerle una descripción del mercado del arte trufada de insultos a los galeristas y de menosprecios a las instituciones públicas. La misma escena que le había hecho a Carmen en el bar aquel día. Luis bebió con calma, paladeando el vino. Ese discurso del artista frustrado ya se lo sabía. Junto con los opositores de larga duración, el gremio de los artistas también nutría de camareros los bares de copas y de dependientes las tiendas de moda. Eran también románticos de alta cualificación que sobrevivían sin rechistar con sueldos de hambre a la espera de un sueño que podía no llegar nunca. Pero él, por suerte, estaba a punto de conseguirlo.

—Todo es una mentira. Crean falsos ídolos, pero el tiempo los reducirá a la

nada, son de barro. Mientras tanto, unos pocos se habrán hecho millonarios y el verdadero arte seguirá huérfano, malviviendo en las catacumbas.

Con gesto un tanto teatral, el escultor posó su poderosa mano sobre el bloque de madera. Le temblaba. Un problema bastante grave para un escultor, pensó Luis.

—Vamos. Obsérvalo bien. Tócalo. Para ti, ¿esto es arte?

Él, resignado, palpó el cráneo del niño, bajó los dedos por su frente, recorrió sus ojos desmesurados, su pequeña nariz, su boca entreabierta por el espanto. La madera estaba tan fría como el mármol.

—Me gusta, aunque me da un poco de miedo su cara —confesó, no sin cierto desasosiego.

Guillermo sonrió satisfecho.

—Bien, para ti este objeto es arte porque te hace sentir algo. Esa es su magia. Antes, los que compraban arte se guiaban solo por sus sentimientos; ahora no, solo hay especulación, una especulación insensible y sin escrúpulos. Y así funciona desde que, hace ya más de cincuenta años, unos listos pensaron que ya se había agotado la creatividad y consagraron a Duchamp y a su urinario como una gran obra del arte contemporáneo. En nuestros días, arte es cualquier cosa, así que el arte, como tal, ya no existe. Pero es una mentira, el arte no se puede confundir con lo cotidiano. La magia de hacernos sentir algo es lo que lo diferencia de lo ordinario y lo hace único.

Luis se revolvió por dentro. El capitalismo, otra vez el capitalismo, que lo corrompía todo. Recordó los museos levantados en edificios, supuestamente emblemáticos, construidos en los años dorados antes de la crisis en muchas ciudades. Atestados de objetos absurdos, bajo títulos que pretendían ser enigmáticos. No transmitían nada. Eran, sí, urinarios. El hombre del saco tenía razón.

Guillermo, henchido de orgullo después de su lección magistral, lo

acompañó afuera para despedirse.

—Pero conmigo no van a poder. —Lanzó una mirada desafiante en derredor suyo.

A Luis le hizo gracia su pomposa vanidad, evidentemente sonaba a brindis al sol. Se estrecharon la mano.

—Nos vemos por el bar.

En ese momento, y sin venir a cuento, el escultor cogió un hacha del suelo y asestó un tajo tremendo al tronco de un árbol. Después, con toda tranquilidad, entró de nuevo en el molino. Luis se estremeció, aquel golpe brutal lo sintió muy adentro. Aquel hombre, por muy artista que fuera, llevaba una bestia en su interior. Ese profundo corte en el árbol era una herida absurda, brutal.

Anocheecía.

Caminaba abstraído en sus pensamientos. Para bajar a la carretera que llegaba hasta Ramil, había tomado un sendero que descendía a trompicones por el monte. Ya podían verse las primeras luces en el valle. Las *Variaciones Goldberg* de Bach sonaban en sus auriculares. Desde que las había escuchado como banda sonora de una película las había hecho suyas. Le hacían conectar con su lado más sensible, aumentando aún más el dramatismo con el que solía ver la vida. Había algo de masoquismo en ello, sin duda, y lo asumía. Necesitaba esa música para bucear en sus abismos. La imagen de Carmen regresó entre los acordes del piano. Se iba quitando la ropa lentamente ante él como si la estuviera grabando con una cámara. Sin embargo, en su rostro no había lascivia, más bien había arrogancia. Cuando se quitó las bragas, soltó una carcajada y se evaporó.

De repente, algo pesado cayó sobre su espalda y unas manos se aferraron a su cuerpo. Por un segundo pensó con horror que era el perturbado que buscaba

a Dios en el monte. Aterrado, dio un salto sobre las zarzas del borde del camino. Al darse la vuelta, a su lado yacía caída la chica que restauraba la ermita. Se quitó los auriculares con rapidez y se agachó para atenderla. Ella se mostraba visiblemente aturdida.

—Cuánto lo siento. Quería adelantarte y me he resbalado.

Una de sus rodillas sangraba y también se había raspado el codo. Los cables de los auriculares bamboleaban sobre su asexuado pecho. Su única joya era una extraña pulsera de metal blanco, tipo argolla, adornada con una lucecita roja intermitente. Luis sonrió.

—No pasa nada, la que se ha hecho daño has sido tú. —Buscó unos pañuelos de papel en su mochila.

—No es nada, déjalo. Ya me curo en casa. —A la chica se la notaba tensa.

Él la ayudó a ponerse de pie.

—Tendrás que restaurarte un poco. Eso es todo. Ya me han contado a qué te dedicas. —Y volvió a sonreírle para que se relajara. Ella le echó una mirada de pánico, como si su trabajo fuera un secreto.

A esas horas, ya no pasaban coches por la carretera. Caminaban en calma por mitad del asfalto. A lo lejos, las escasas luces convergían en el pueblo. Se llamaba Laura. A Luis le costaba sacarle las palabras a la joven restauradora. Sus constantes preguntas para hacerse el simpático chocaban contra un muro transformando la conversación en un torpe interrogatorio cuyo único objetivo fuera conseguir averiguar la verdadera identidad de la interrogada. Y había que tener mucho cuidado para no ofenderla, no fuera a salir corriendo.

—No me importa vivir aquí, me gusta. Yo también soy de pueblo.

—¿Ah, sí? ¿De dónde?

—De El Molar, en la sierra de Madrid.

Por fin encontraba un punto en común. Se animó.

—Si hay algo que se echa de menos de Madrid aquí es la fiesta. Correerse

una juerga de vez en cuando. Aunque es lo último en lo que yo debería pensar con todo lo que tengo que estudiar. La verdad es que me quedan muy pocos meses para poder empollarme toda la materia. Hay temas que aún ni me los he leído.

Excepto el sábado, día que él imaginaba reservado para el reencuentro matrimonial, Marta podía llamarlo cualquier día de la semana, a cualquier hora a partir de las siete, para verse en un bar de barrio o directamente en la habitación de un hotel. Así que los sábados, después de «cantar» al preparador los temas correspondientes, salía liberado de la academia y quedaba con sus amigos. Amigotes de juergas siempre disponibles y que luego lo dejaban en paz. Noches infinitas que lo dejaban muerto. Que él recordase, nunca se había emborrachado hasta perder el conocimiento. Aunque quizá, inconscientemente, lo deseara siempre por la considerable cantidad de copas que podía llegar a tomarse en una de esas largas veladas. Sí, bebía compulsivamente durante horas, pero una rara lucidez le perseguía, inexorable, hasta el final del túnel. Su madre, en cambio, con dos cervezas ya estaba en la cama. Una paradoja que le intrigaba.

Unos faros los iluminaron. Un potente vehículo venía hacia ellos. Se echaron al badén. Laura se puso detrás de él como ocultándose. Pasó como una exhalación, pero Luis pudo ver que el conductor era el que había estado a punto de atropellarlo hacía unos días por el centro del pueblo, el tipo calvo con aires de espía. Y volvía a parecerle que hablaba solo.

—Vaya pedazo de cretino. ¿Dónde se cree que está, este tío?

Para su sorpresa, ella no le dio importancia a su comentario y retomó la conversación ahora con mayor interés.

—A mí no me gusta salir de fiesta. Prefiero caminar por el campo, pasear por la montaña. Y el arte, claro.

—¿Qué tipo de arte? —Luis tuvo miedo de que le fuera a mencionar a

Duchamp y su urinario.

—El arte olvidado, el arte románico. Por eso estoy aquí, restaurando la ermita. Hay unas pinturas maravillosas, pero en muy mal estado de conservación.

Pasaron delante de un gran muro. Luis, sin pensárselo dos veces, se lanzó a escalarlo para asomarse al otro lado. En su memoria, aquel caserón se encontraba en ruinas y cubierto de hiedra, un lugar misterioso y atractivo para los ojos de un niño. Ahora, sin embargo, lucía como una tarta de bodas toda iluminada. Una fuente adornada con una pretenciosa sirena de piedra, de formas generosas, dominaba el jardín. Le recordó a Carmen, su sirena particular. Sobre los parterres de flores pululaban esas estatuas de enanitos que tanto gustaban a los extranjeros. Bajo unos eucaliptos gigantescos, aparcados sobre la grava, se hallaban varios coches todoterreno, de grandes dimensiones y relucientes bajo la luz de las farolas del jardín. Una música suave llegaba desde el interior de la casa, como si estuvieran celebrando una fiesta. ¿Era Julio Iglesias? Desde el fondo del jardín, un perro ladró con furia y él desistió de seguir curioseando. El nuevo Ramil le seguía deparando sorpresas.

Continuaron su paseo. Laura, visiblemente más animada, dejaba escapar detalles de su vida como si se le escapasen de entre los dedos, incapaz de retenerlos. Sus padres eran propietarios de un restaurante en su pueblo. La reciente especulación de terrenos en la sierra los había hecho millonarios; muchos en Madrid soñaban con un adosado con vistas a la cima del Peñalara. Salvo en contadas ocasiones, casi no había salido de su pueblo hasta que inició sus estudios de historia del arte en la Complutense. Entonces, comenzó a bajar y a subir a la gran ciudad cada día. Al terminar la licenciatura, se decidió por el doctorado, su vocación era rescatar el secreto significado de

las pinturas románicas. Desde la infancia, siempre le había atraído ese universo de rostros hieráticos y monstruos imposibles.

Cuando estaban ya cerca de las primeras casas de Ramil, un bulto negro, apenas distinguible en la penumbra de la noche, surgió a un lado de la carretera. Se acercaron en silencio. Al iluminarlo Luis con el haz de luz de su teléfono móvil, Laura gritó. Era un animal muerto, un perro. Pero aquello no era un accidente, tenía cortada la yugular, había muerto desangrado. Aún tenía los ojos abiertos, como si hubiese querido retener en su destello el rostro de su asesino. Ella se tapó la cara con las manos y se puso a llorar angustiada. Él la abrazó. Sintió las convulsiones del frágil cuerpo de Laura. Aquella chica era de cristal.

—¿Quién habrá sido el hijo de puta? —Inmediatamente pensó en el tipo del coche que acababa de pasar. Sin embargo, no era probable. Por la sangre, que había comenzado a coagularse en los bordes del corte, el perro llevaba un buen rato degollado.

Aquel salvajismo, una vez más, a él no le impresionó. Era la continuación de lo que había oído tras un muro su primera noche en el pueblo. Desde pequeño había sido testigo del maltrato que los habitantes del valle proferían a sus animales. Cachorros ahogados en el río, nidos de pájaros destrozados a bastonazos, caballos tiroteados, palomas envenenadas, todo debía tener una utilidad manifiesta, de lo contrario era eliminado sin piedad. Aquel pobre perro le estorbaba a alguien.

—Por aquí hay mucho bestia, ve acostumbrándote. No hay nada que hacer, nacen así, sin corazón. —No supo qué más decir. Con mucho cuidado la fue apartando de donde estaba el perro muerto sin dejar de abrazarla y retomaron la marcha. Del cuerpo del animal ya se encargaría algún paisano de recogerlo al día siguiente para evitar accidentes. No quiso mirar atrás, aunque le era difícil. Los perros aman con desesperación a sus amos. Nada más había que

ver cómo reaccionaban cuando los dejaban atados en las puertas de las tiendas y se sentían abandonados, gemían de desconsuelo. Y era posible que aquel animal, por esa entrega incondicional, hubiera aceptado el sacrificio sin rebelarse.

Laura se desasíó entonces bruscamente de sus brazos. Se enjugó las lágrimas con el reverso de la manga igual que hubiera hecho un chiquillo asustado y se puso a caminar a su lado en silencio, serena, incluso extrañamente fría. Como si aquel suceso no hubiese ocurrido nunca.

La restauradora vivía en una de esas casas extraterrestres que los emigrantes se hacían construir cuando retornaban al terruño. Les gustaba alicatar con coloridos azulejos de baño los tristes muros de piedra de la casa de su infancia y añadirle un piso más con amplios balcones que nunca utilizarían. También solían vallar concienzudamente un jardín y plantar muchas flores.

Al llegar a la cancela, Luis, con total confianza, sacó tabaco de liar y un poco de hachís.

—¿Te apetece? Así nos relajamos un poco.

Bajo la luz de la incipiente luna, ella lo miró con los ojos muy abiertos.

Su inocencia tenía algo de la del niño esculpido por Guillermo que había visto aquella tarde.

—No, gracias. No fumo.

Él intentó justificarse.

—Si no fuera por esto, no podría aguantar tantas horas estudiando. — Prefirió cambiar de tema—. Oye, ¿y tienes terminada tu tesis doctoral?

Laura desvió la mirada, tartamudeó, aquel era un asunto que la incomodaba.

—No, no pude. Hace unos años tuve que dejar la universidad. No me encontraba bien.

Él daba profundas caladas al porro. Qué bien le sentaba ese aliento del

demonio que hacía arder sus pulmones, lo disfrutaba con todo su ser. Ella siguió hablando, pero entrecortadamente.

—Era una esclava de todos y encima me hacían la vida imposible. Fue horrible.

Pobrecilla, pensó, otra explotada por el sistema, hasta en la universidad pública. Y con total impunidad. La calle estaba llena de desempleados excelentemente preparados dispuestos a sustituirles por un menor salario. Marx había sido un visionario, no había muerto. Y como había augurado, el fin se aproximaba de forma acelerada.

—¿Y los otros becarios? ¿No os ayudabais entre vosotros?

El filósofo alemán de origen judío no era, sin embargo, un pesimista, confiaba en la solidaridad que debía de nacer entre todos los que sufrían aquella misma situación; de ahí surgiría una fuerza invencible contra el sistema que los explotaba. Así habían comenzado las grandes revoluciones de la historia. Laura pareció emocionarse con su pregunta.

—Bueno, luego entró otra chica en el departamento de historia del arte. Ella sí que me ayudaba. Era muy cariñosa conmigo. —Se quedó pensativa, preocupada. Aquella amiga sin duda había sido muy importante para ella. Luis se enterneció, quería volver a abrazarla, protegerla.

—Qué bien. Imagino que tendríais vuestro pequeño mundo donde ellos no podían entrar. ¿Y ella sigue trabajando en la universidad?

Tras unos segundos de un silencio velado por el sonido de su respiración acelerada, Laura se giró hacia él en un arranque inesperado de furia.

—Pero tú, ¿de qué vas? ¿Te crees ya que eres juez para ir haciendo todas las preguntas que se te ocurren? ¿Qué eres? ¿Un listillo?

Él se quedó estupefacto, no entendía nada. Ella abrió nerviosa la cancela para entrar y elevó la voz:

—Ya imagino lo que estás pensando, que estábamos liadas, ¿no? —Y ya con

la verja entre ambos—: Pues no, ella sí que se liaba con todos, incluso con la directora del departamento... Era una auténtica zorra.

El humo se le había atragantado en los pulmones. Se puso a toser.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? Yo no he insinuado nada.

Laura ahora hiperventilaba.

—¿Sabes lo que te digo? Que me dejes en paz. —Y se dio la vuelta. Casi corrió hacia la puerta de la casa, la abrió a toda prisa y desapareció en su interior.

Luis no daba crédito a lo que acababa de ocurrir. Aturdido como estaba, se encaminó hacia Merlachoca, dando un largo rodeo para poder tranquilizarse.

Antonio, el viejo verde, ya se lo había insinuado, esa chica era lesbiana. Una lesbiana reprimida que, en un arrebato de desequilibrada, la había tomado con él. Se sentía muy enojado, con ganas de descargar su ira de alguna forma. El humo no le llegaba bien a los pulmones. Esta vez, el porro, más que calmarlo, le estaba alterando. La culpa la tenía él por haber querido hacerse el simpático. Extendías la mano con afecto y te respondían con un zarpazo.

Crejó oír unos pasos detrás de él sobre el empedrado. Alguien le seguía a cierta distancia. Se volvió y no vio a nadie. Le daba igual, seguro que era algún viejo aburrido que no tenía nada mejor que hacer por las noches. Siguió andando sin dejar de oír aquellos pasos por detrás. Laura era otra víctima de sus propios fantasmas. Nadie se salvaba. Cerró el portalón de Merlachoca tras de sí, dando un gran golpe. Loira ladró desde el interior. De inmediato, recuperó el aliento y comenzó a respirar con tranquilidad.

SEGUNDA PARTE

Sonreía satisfecho.

La siguiente vez que su tía se había quejado de las piernas ya no lo dudó más. Casi arrastrándola la había traído hasta la consulta de Carmen en el centro del pueblo. Eso sí, antes había tenido que esperar a que se arreglara a su gusto. La tía, como buena señorita de provincias, quería ir con su traje de chaqueta de entretiempo, los labios pintados de carmín y su anillo de sello brillando en el meñique izquierdo. Ella era uno de los últimos ejemplares de una especie en vías de extinción y estaba muy orgullosa de ello.

La sala de espera pronto olió a su perfume de señora bien, una suave pero intensa lavanda. Sentada con la espalda muy estirada y el ceño fruncido mostraba su aparente contrariedad, una estrategia de disuasión para ahuyentar sus miedos que resultaba bastante ridícula. Luis, ignorándola, se dedicó a observar los peces de colores de un acuario de vidrio de grandes dimensiones instalado frente a la ventana. Los movimientos ralentizados y previsibles de los peces, su mirar indiferente, vacío, entre aquellas grimosas algas de plástico, invitaban al sosiego, incluso al adormecimiento. Tal vez fuera una técnica especialmente diseñada para calmar a los pacientes antes de pasarlos a la sala de consulta. Desde luego, pasados unos minutos, funcionaba.

La puerta se abrió. Carmen salió con otra paciente, una vecina de Ramil. Ellos se levantaron. La mujer estaba llorosa e hizo como que no los veía. Su tía le apretó el brazo, ya no podía controlar el miedo, su cabeza imaginaba toda suerte de torturas en aquella sala de tratamientos. Recordó entonces las palabras de la fisioterapeuta: recomponer huesos y músculos podía ser muy

doloroso, exigía mucha voluntad. Él prefirió no pensarlo. Mientras se despedía de su paciente con su habitual efusividad, Carmen los saludó con un guiño muy expresivo. Después, se dirigió directamente a su tía.

—Qué ganas tenía de conocerla, su sobrino ya me ha hablado de usted, y aquí todo el mundo le tiene mucho cariño.

Luis se sintió eufórico con aquella cercanía. Además, la bata blanca se ajustaba con precisión a su cuerpo. Y, para mayor placer de sus ojos, se le abría en la parte inferior delantera, dejando ver sus contundentes piernas enfundadas en los vaqueros ajustados y las botas altas que tan bien conocía.

—No quería venir. Casi viene obligada por mí, pero como se queja tanto...

Su tía, aún descompuesta, reaccionó vivamente.

—Anda, vete a estudiar, que buena falta te hace.

Carmen desplegó una vez más su capacidad de seducción, tomó a la tía por el brazo y entraron juntas en la consulta.

—Sí, déjanos, que ya nos bastamos nosotras solas. ¿Le gustan estas camelias? Me las ha traído una paciente. Aunque ya me han dicho que las tuyas son las mejores...

A su tía le cambió la cara, ahora parecía encantada. Luis, desconcertado por la escena, le comunicó por señas a Carmen que esperaba verla luego por el bar.

La ermita de San Roque era una pequeña iglesia románica de aire austero, levantada sobre una de las laderas que subían a las ruinas del castillo. Unos castaños solemnes, vibrantes de hojas, jugaban con el viento a protegerla. A sus pies, se extendía un prado que el día del santo, en agosto, albergaba una romería con verbena. Cuántos recuerdos de noches de música pachanguera y vino barato, la eterna adolescencia. Pero ya no habría nada de todo aquello,

los viejos de Ramil no bailaban, solo les gustaba mirar cómo lo hacían los jóvenes, chismorrear. De muy pequeño, acompañaba a su tía a la misa en honor del patrón del pueblo, cuya figura presidía el altar con su inseparable perro. La nave se llenaba y ella, con suaves empujones, conseguía llegar hasta los primeros bancos. Allí, enseguida, alguna vecina le hacía sitio para que pudieran sentarse. Siempre hacía mucho calor. Para no dormirse, él solía recorrer con la mirada las otras figuras del altar —Jesús y los apóstoles, la Virgen—, como superhéroes en una guerra terrible contra el mal. En sus recuerdos no había ninguna pintura sobre los muros, estaban cubiertos de cal.

Andaba por el camino que lo rodeaba cargado de apuntes cuando se dio cuenta de que el flamante todoterreno blanco del tipo raro que conducía como un loco se encontraba allí aparcado. Se detuvo sin saber qué hacer. Por detrás del vehículo apareció Laura. Ella asentía, casi sin mirarlo, con el rostro tenso, mientras el otro, muy serio a juzgar por el bisbiseo cortante de sus labios, le comunicaba lo que parecían ser instrucciones. Acto seguido, el hombre se montó en el coche, lo arrancó y desapareció por la carretera.

Laura no se movió. Como si sus mentes hubieran estado conectadas, ella levantó la mirada hacia el horizonte y se cruzó con la suya. Durante unos segundos se observaron sin decirse nada. Sus ojos de muchacho asustado desprendían una gran melancolía. Le dio pena. Para no molestarla, Luis decidió hacer como si nada hubiera pasado entre ellos. Sus deseos de protección hacia los débiles siempre podían más que cualquier enfado. La saludó con la mano. Ella respondió al gesto mostrando cierto alivio y le hizo señas para que se acercase. Él dudo un momento. No podía, su programa para ese día ya iba con retraso.

—No puedo. Otro día. Hoy no he estudiado nada. —Reemprendió la marcha y a modo de despedida, para quitar hierro al asunto y que ella se riera, se echó a andar agitando los brazos como si fuera un pájaro.

Pablo tarareaba una canción de Lady Gaga ajeno a todo pudor, *Bad Romance*. Y mientras le ponía la copa, intentaba provocarlo con poses escabrosas detrás de la barra. Era muy chistoso, eso había que reconocerlo. Comprobó una vez más por el espejo que Carmen estaba allí, sentada al fondo, esperándolo. El decorado no variaba. Los viejos gastándose bromas mientras jugaban a las cartas. El filósofo, pegado a su ventanal, dando sorbitos a un vaso de Coca-Cola repleto de hielos y tecleando con pasión en su ordenador. Era como si todos ellos hubiesen vivido siempre en el valle y él nunca se hubiera ido. Un mundo feliz, felizmente recuperado.

Carmen lo miró con aire ausente.

—Me gustaría que el sábado me sacaras de aquí y nos fuéramos de excursión a algún sitio.

A Luis se le iluminó la cara.

—Sin problema. No te preocupes. Te voy a llevar a conocer la ría. Te va a encantar.

Ella no mostró ningún entusiasmo por su rápida entrega. Más que un deseo de disfrutar se trataba más bien de una necesidad física, escapar del valle.

—Sería después de comer. Yo te esperaré en la consulta y cogéramos mi coche.

Luis no salía de su asombro. Bien, muy bien. Su mente se lanzó automáticamente a buscar el lugar ideal de la ría donde llevarla. Desde luego, habría playa. La vería en bañador, o en bikini, o sin nada. Genial, ya se estaba excitando. Pero afuera lloviznaba. Así era la meteorología del lugar, imprevisible. Quedaban solo dos días para que pudiera mejorar el tiempo.

—La camisa que llevas tiene el cuello raído. —Luis creyó haber oído mal. Se sintió desnudo. Ella se lo había dicho con una sonrisa.

—No te enfades. Te lo digo por tu bien. Cuando seas juez no podrás vestir

con ropa de tercera mano, al menos cuando vayas al juzgado. Pensarían que vives bajo un puente o eres un okupa camuflado.

No sabía si le había sentado peor que pensara que era un tirado o que hubiera mencionado su palabra maldita, juez.

—Si alguna vez lo soy, iré como me dé la gana. Pues faltaría más. — Además, aquella camisa era de primera mano. Aunque, eso sí, la tenía desde hacía muchos años.

Odiaba comprar ropa, lo veía como algo frívolo. Las mejores prendas que tenía eran regalos, pero no se las ponía. Se quedaban en el armario esperando una gran ocasión que nunca llegaba. Marta le había comprado algunas camisas y un jersey. Su madre no le decía nada, nunca se había entrometido en su vida. La relación entre ellos, desde que dejó el colegio, había sido de tú a tú, compañeros inseparables para lo bueno y para lo malo, y máximo respeto a las extravagancias del otro.

Cogió su copa y le dio un trago muy largo, cerrando los ojos. Al abrirlos de nuevo, ella seguía sonriendo.

—Te gusta ir de alternativo ¿no? Ya hay por ahí algún juez con melenas. Es lo que se lleva en estos tiempos, no hay nada de malo. Pero, cariño, hay que tener un límite. Que no nos confundan con lo que no somos.

Antes le ofrecía el paraíso y ahora lo mandaba a los infiernos. Una forma de tortura bien sofisticada. Se la imaginó entonces de mujer policía. Bellísima. Arrancándole su ajada camisa a latigazos.

—Se me olvidaba, ¿te ha comentado tu tía algo de su pierna? Tienes que llevarla a que la vea un internista cuanto antes.

Él bajó de su nube.

—¿A un internista? ¿Qué le pasa?

El rostro de Carmen se había petrificado, ahora era una fría máscara.

—Creo que en la pierna derecha puede tener un trombo en cualquier

momento.

La pesada de su tía, lo que faltaba. Aquello podría complicar sus planes.

—Vale, luego preguntaré cuándo viene el médico al pueblo a pasar consulta.

Su tono de voz se hizo entonces más grave.

—No, es mejor que te la lleves mañana a Arealonga, al hospital. Entra por urgencias.

Luis estaba perplejo.

—Pero, Carmen, no me asustes, que tú no eres médico. Yo no la veo tan mal.

Ella seguía muy seria.

—Sé perfectamente lo que te estoy diciendo. —Por un instante, pareció dudar qué decir, pero luego prosiguió con la misma crudeza—. No lo sabes todo de mí. También estudié medicina. Por favor, llévatela mañana sin falta. —Era una orden. No había más que hablar.

En ese preciso momento, Guillermo, el escultor, entró por la puerta del bar, despeinado, ojeroso, muy alterado. Nada más verlos, fue derecho hacia Carmen dando grandes zancadas.

—Menos mal que te encuentro. —Tembloroso, sacó un cigarrillo.

Luis se lo encendió, pero él continuó dirigiéndose solo a ella.

—Es que no paran de llamarme de Barcelona con historias. Alguien me la está jugando para retrasarlo todo.

La mera presencia de Guillermo había quebrado de golpe su frialdad. Ella era de nuevo la mujer dulce, tierna.

—Bueno, no te preocupes. Vamos a dar un paseo y me lo cuentas. —Y se volvió hacia Luis—: Perdona, me tengo que ir. —Cogió sus cosas y se levantó—. Pero el sábado nos vemos y ya me comentas lo que le hayan dicho a tu tía en el hospital.

Salieron por la puerta sin que él hubiese podido abrir la boca. Ese

despliegue de poder sobre él y, al mismo tiempo, esa entrega al resto, lo habían dejado de nuevo totalmente desconcertado, pasmado.

Él también se levantó y se acercó a la barra.

—No entiendo nada. Parece como si viviera todo el rato al servicio de los demás. Ni que fuera una monjita de la selva. —Se terminó la copa de un trago. Tenía que sentirse contento por haber conseguido que se fuera con él de excursión y, sin embargo, se sentía molesto.

Pablo lo escuchaba sin dejar de prestar atención a la pantalla de su ordenador.

—A ti te gusta mucho, ¿verdad?

Luis se sinceró.

—No sé si está jugando conmigo. La verdad es que no sé muy bien cómo comportarme con ella. Parece que le guste ponerme a prueba. —En ese momento, solo quería salir corriendo detrás de ella, perseguirla como si fuera su perro guardián, vigilar lo que hacía con ese pesado.

El rastreador de sexo del ciberespacio levantó los ojos de la pantalla.

—Es que ella es maravillosa. Tiene el don especial de hacer que cualquiera se sienta bien. Es mi mejor amiga desde que llegué al pueblo. La quiero mucho. De todo lo demás, no te puedo decir nada. No conozco a las mujeres. —Y le volvió a lanzar una de sus miradas de sátiro.

—Bueno, no todos la aprecian tanto por aquí. —Luis hizo un gesto con los ojos para indicarle que hablaba de Javier, el filósofo.

—Ese no cuenta, es un asocial. No sé de qué está escribiendo, pero lo veo muy pirado. Hay días que llega a beberse cinco o seis Coca-Colas en una tarde.

A Luis le vino a la memoria una de las estrofas de *Bad Romance* que a Pablo más le gustaba cantar en el bar: «Quiero tu amor, pero todo tu amor es venganza. Tú y yo podemos escribir una mala historia de amor». Aquellas

palabras resumían su visión del asunto. Sin que hubiera una razón para ello, notó que ya le estaba entrando aquella congoja del día después que le era tan difícil de superar cuando se enamoraba. Al reencontrar de nuevo su imagen reflejada en el espejo de detrás de la barra, reparó en un bote de pastillas, medio tapado por unos libros. El nombre de la etiqueta le era vagamente familiar. Una sensación de náusea le subió desde el estómago.

Las tomaba todo el mundo, menos él. La única vez que las había probado había sido unos dos años atrás. Era la cuarta vez que se presentaba a las oposiciones y se sentía más seguro que nunca. Recitaba ante el tribunal los temas que le habían tocado y pensaba que lo estaba haciendo bien. Sonaron la campanilla cuando comenzaba a recitar el cuarto. Suspendido. Debía abandonar la sala en silencio. Su sueño, una vez más, quedaba truncado. Nada más salir por la puerta, en estado de *shock*, se había dado cuenta del fatal error. Como si fuera un robot que recuperase la conexión eléctrica, su memoria se había reactivado en ese instante de forma automática. En el delito de homicidio, se había olvidado de explicar la alevosía, la circunstancia agravante que convertía el acto de matar a alguien en un asesinato. Alevosía era cometer el homicidio de manera que tuviera un éxito seguro, que no quedasen huellas para que, después, no hubiera consecuencias para el criminal, realizar el crimen perfecto. Un ejemplo claro era el uso del veneno, no matar cara a cara a la víctima. Qué estúpido. Ya en la calle, se había derrumbado en los brazos de su madre. De pronto, su vida había perdido todo su sentido. Estaba harto. En el taxi de regreso a casa, había pensado seriamente en suicidarse. Incluso la manera en que lo haría. Le pediría el coche a un amigo y se perdería por alguna carretera secundaria de las afueras. Como en aquella película de Amenábar en que la chica al volante le preguntaba al protagonista si era feliz, y después, si creía en Dios. El chico que iba a su lado, totalmente descolocado, no llegaba a responder a ninguna de

las dos cuestiones y, acto seguido, ella, con decisión, estampaba el vehículo contra un muro con ellos dos dentro. Ese también sería su plan. Su madre enseguida se había dado cuenta de su desmoronamiento, y, sacando un bote de pastillas del bolso, le había rogado que se tomase la primera nada más llegar a casa. Estuvo dos días ido, dormitando entre el sofá y la cama. La actividad mental reducida a las actividades primarias: comer, ir al baño, olvidar. Las malditas pastillas le habían salvado entonces de haber hecho una tontería sin camino de retorno. Recuperarse de su último fracaso le había llevado aún mucho tiempo más.

Al entrar en Merlachoca, se fue directo hacia el salón. Delante de su tía, y sin mediar palabra, llamó por teléfono al hombre que hacía de taxista en Ramil. Ella quedó desarmada al contarle que Carmen era la que recomendaba llevarla al hospital. Luego salió al jardín a fumar refugiado en la oscuridad. No había sabido llevar la historia con Marta. En realidad, no había sabido llevar ninguna historia. No sabía por qué, pero siempre se había enamorado de mujeres complicadas, imprevisibles, cobardes. La primera, la madre de Mateo, su amigo del colegio. Cuánto había envidiado aquellos besos y abrazos que le daba a su hijo. Él apenas tenía contacto físico con su madre. Ninguno de los dos parecía buscarlo y había crecido así, desapegado. Sin embargo, al contemplar a Mateo y a su madre, se había dado cuenta de cuánto lo necesitaba. Y debía de llevarlo escrito en la cara. Mateo era su mejor amigo entonces, pasaba mucho tiempo en su casa. Su madre terminó por acariciarlo a él también. Que, después, aquello desembocase en una historia de sexo no fue porque él no lo quisiese. La encontraba muy deseable, arrebatadora. Fue ella la que le puso los labios en su boca. Tenía catorce años.

A primera hora, salieron para Arealonga. Llovía con fuerza. Su tía, renqueante, otra vez arreglada como si fuera de visita, pero ahora con el miedo a flor de piel, buscando su brazo en todo momento. Como si Luis la

estuviese secuestrando, se había despedido de Loira cubriéndola de besos. Qué mujer. ¿Por qué se había quedado soltera? Seguramente por clasismo. Nadie había sido digno de ella en toda la comarca, era la mayorazga. Ahora solo le quedaba esa perra aldeana y fiel, sin ningún pedigrí. Su vida era una fábula. Pero ya no había nada que hacer, su destino estaba marcado. Patético.

Pasaron todo el día en el hospital. Ella, con cara de susto, subida en una silla de ruedas, arrastrada de un lado para el otro mientras le hacían todo tipo de pruebas. Él empujaba la silla, impasible, y, en cuanto podía, porque no le dejaban pasar a acompañarla durante las pruebas, huía a la cafetería. Con unos cuantos temas de repaso esparcidos sobre la mesa, pensaba en Carmen. Alrededor de él, grupos familiares, personal médico, pacientes, todos vociferaban. No le importaba, el ambiente le resultaba agradable, cálido. No guardaba ningún rencor al mundo sanitario por el desenlace trágico de su madre. Hubiera sido absurdo, habían hecho todo lo posible para salvarla. De vez en cuando, se levantaba y se acercaba hasta las cristaleras a contemplar la lluvia caer, implacable. Si el tiempo no mejoraba para el día siguiente, cambiaría sus planes para la excursión. Se llevaría a la fisioterapeuta a ver el monasterio de Tabeaio, donde habían rodado algunas películas. Subirían a la torre a ver las famosas campanas que los franceses no pudieron llevarse en su saqueo. Cuando estuvieran contemplando el hipnótico paisaje de la bruma meciéndose en el monte, la abrazaría por detrás y la besaría en el cuello. Como en las películas.

Dorado.

Apenas un suave respirar de olas en la playa. El viento había arrastrado el temporal y el mar reflejaba un sol fresco, puro. Como un puño que rompiese un cristal de un golpe certero, la cabeza de Carmen desgarró la superficie del agua emitiendo una sonora exhalación de alivio. Al momento, a su lado, surgió la de Luis, exultante.

—¿Tocaste el fondo?

Ella recuperaba el aliento.

—No, está helada.

Él nadó a su alrededor.

—Aquí la ría hace un recodo antes de abrirse al mar. El agua está muy oscura. Dicen que hay una sima muy profunda, como un agujero negro. —Se echó hacia atrás inmóvil, haciéndose el muerto. Siguió hablando—. Desde la carretera de arriba, cuando descubres la playa, tan blanca, y el color turquesa del agua en la orilla, dan muchas ganas de bajar a bañarte. Pero cuando consigues descender y te metes en el agua, nadas un poco y empiezas a notar esta extraña oscuridad del fondo, entonces te entra el miedo y quieres salir del agua cuanto antes. Solo con el tiempo lo superas. Te das cuenta de lo maravilloso que es este lugar, ¿no crees? Aunque la sensación de misterio nunca desaparece. —Le gustaba el agua fría de la ría, zambullirse en ella, abrir bien los ojos para entrever en la penumbra marina nubes de algas, algún pez desorientado. Su mente se quedaba en blanco. Todas sus preocupaciones y neuras se disolvían en el océano.

No la oía. ¿Qué estaría haciendo? Se incorporó. En la orilla no estaba, ni tampoco en el agua. Se intranquilizó. Buscó con la mirada entre los pinos. Nada. De repente, sintió una mano muy fuerte agarrándolo por el tobillo y tirándole hacia abajo. Por un segundo tuvo pánico. Pero enseguida se dio cuenta de que era ella. Estaba jugando a ahogarle. Vaya juego macabro de la fisioterapeuta. Se revolvió con fuerza y aprovechó la situación para tocarla por todo el cuerpo, como un pulpo enamorado.

Sobre la arena, eran dos fieras devorándose. Luis se sentía muy sorprendido y, a la vez, maravillado de la iniciativa de Carmen, de su capacidad para darle placer al mismo tiempo que era profundamente egoísta. Porque era evidente que ella necesitaba saciarse, igual que una diosa primitiva, y sabía cómo conseguirlo. Se aferraba a sus muslos y suavemente le iba dirigiendo. A él no le importaba. La sensación de poder satisfacerla sin límite en su deseo le inflamaba todavía más. Sus gemidos le guiaban hacia su propia plenitud vibrante.

El orgasmo le llegó muy al final de la cabalgada. Carmen lo había conducido muy sabiamente para poder recorrer aquel vasto territorio sin perderse en los oasis del camino. El tesoro estaba bien oculto en un más allá vertiginoso que parecía no llegar nunca. Debía confiar en ella, no conformarse con las migajas. Resistirse era vencer en lo más alto. Ella entonces había comenzado a gemir con más fuerza, aupándolos a los dos en un mismo esfuerzo. El cielo inmediatamente se había abierto sobre sus cabezas, infinito. Y coronando el momento, había sentido su interior absorbiéndolo como una serpiente hambrienta. Por un segundo, pensó que había estado a punto de morir, morir de dicha.

No era que hubiesen pasado muchos meses desde la última vez. No podía

compararse a nada que hubiera vivido antes. Con Marta, había habido mucho deseo, pero poca búsqueda. Con las otras, igual. La emoción de lo esperado, sí, pero sin esa gloria física tan devastadora que acababa de experimentar. Abrió los ojos. Había tenido que regresar a Ramil, después de tanto tiempo, para conocer a aquella mujer que parecía haber huido, por alguna misteriosa razón, de un paraíso perdido.

No se había quedado dormida. Podía entrever el brillo de sus inquietas pupilas bajo los párpados. Rumiaba algo en su cabeza. Quizá tomaba alguna decisión, pero estaba seguro de que no tenía nada que ver con él. Sintió celos. La estrechó un poco más entre sus brazos para hacerla regresar.

—Esta finca era de mi abuelo. Mi madre venía de niña a bañarse aquí. Luego a ella le gustaba traerme a mí. —Casi lo estaba viendo, él en la orilla con un cubo y una pala, y su madre a lo lejos nadando, con esa elegancia en el movimiento de los brazos que tanto le fascinaba—. Era la mujer más moderna de este lado de la ría. Lo que tampoco era muy difícil en aquella época, para qué engañarnos. Fumaba, bailaba sola en las salas de fiestas, escuchaba música francesa. Cuando acabó la dictadura y llegó la democracia, votó comunista, por convicción. Y detestaba toda esa patraña de la transición política. A ella, nunca la habían engañado, Franco lo había dejado todo muy bien atado. El sistema había logrado sobrevivir con nuevos nombres. Por eso se llevaba fatal con su padre, mi abuelo. Nada que ver con mi tía, que es una rancia. —Lo dijo con orgullo. Había salido a ella no solo en el físico, también en esa clarividencia: a Luis tampoco lo engañaban y él lucharía por cambiar el mundo. Pero él no creía en las barricadas, lo haría más inteligentemente, desde dentro, poco a poco, cuando fuese juez.

—Así que te gustan las mujeres maduras. —Ella se giró divertida y lo miró

fijamente a los ojos.

—Pues sí. —No le importaba confesarlo, lo sabían todos sus amigos.

—¿Y has tenido muchas novias?

—¿Novias? ¿Ir de la mano por la calle? ¿Conocer a sus familias? —Le entró la risa—. No, novias, no. Amantes, más bien. He tenido amantes. —Esa era la verdad. Y si no habían sido más que eso no había sido por culpa suya.

Carmen, satisfecha con su respuesta, se recostó sobre él. De nuevo, contemplaba el mar y retornaba a su estado de meditación anterior. Era suya. Acarició su pelo, sus brazos. Pasó las yemas de los dedos con suavidad por los rasgos de su cara y descendió por su cuello hasta sus pechos poderosos, de pezones grandes. Cerró los ojos, sosteniéndolos.

—¿No lo hueles? —Ya casi lo había olvidado, ese olor acre y a la vez dulzón, con un poso asfixiante y pegajoso, nauseabundo.

Ella también se incorporó. Cuando el viento venía del sur, los gases de la fábrica de celulosa se expandían por toda la ría.

—Es la Celulosa. La fábrica está a las afueras de Arealonga. Allí va a parar toda la madera quemada de los montes. —Esa fábrica era el parásito que se aprovechaba del círculo vicioso de los incendios. Aquel edén poseía una mácula horrenda, su olor lo recordaba a golpes de viento—. ¿Qué será? ¿Sulfuro? ¿Nitrato? ¿O directamente cianuro? Otra vez, la maldita química.

Ella rompió su mutismo sin perder su aire pensativo, distante.

—Ya sabes. Nosotros también somos química. O, al menos, eso es lo que enseñan en la facultad de Medicina.

Él se revolvió, el mundo iba al desastre, había entrado en su decadencia final. La crisis económica era solo la antesala, y él lo sabía muy bien.

—Es una fábrica de muerte.

Carmen conducía con decisión, muy concentrada. Él saboreaba a su lado ese despliegue de mujer en estado puro: sus gafas de sol muy oscuras, de patillas anchas y con pequeños adornos dorados a los lados, su melena húmeda recogida en un vistoso pañuelo. Tal y como iba vestida, tan llena de detalles, y recubierta de sus collares y sus pulseras, habría pasado sin problema por una exuberante actriz italiana que, harta de los *paparazzi*, se hubiese refugiado en Ramil, un lugar olvidado. Qué placer contemplarla. A Luis le costaba mirar hacia otra parte. Mientras, con la ventanilla bajada, fumaba recostado con el respaldo del asiento echado hacia atrás.

—Oye, ¿cómo diste en el clavo? Le han puesto un tratamiento para las piernas. Tienes a la pesada de mi tía en el bote.

Carmen sonrió sin quitar la vista de la carretera.

—Que sepas que te quiere mucho. Solo me habla de ti.

Luis lanzó una carcajada llena de sarcasmo.

—Pues toda para ti, te la regalo. Es una egoísta.

El médico especialista había dicho que, de haber tardado unas semanas más, se le habría formado un trombo probablemente mortal para una persona de su edad. Su diagnóstico había resultado providencial.

—O sea, que eres médica.

—Sí, pero ya no ejerzo. Lo dejé cuando se murió mi marido.

¿Cómo debía de haber sido su marido? Lo imaginaba con una fuerte presencia física, mucho carácter, dominar a aquella mujer no tenía que ser nada fácil. Y se atrevió a preguntarle algo que le rondaba el pensamiento:

—¿Estabas muy enamorada de él?

Los labios de Carmen se cerraron herméticamente y se tomó unos segundos para contestar.

—Él era perfecto. Estábamos hechos el uno para el otro.

La respuesta le llegó a Luis como una puñalada en la espalda. Sus ilusiones

de los últimos días, lo que acababa de ocurrir en la playa, todo se rompía. No valían para nada. Caramelos de menta para una mujer acostumbrada a la alta cocina. Su mirada se perdió entonces en el monte.

Después de una larga pausa, ella prosiguió:

—Pero se murió. Y yo me quedé sola.

Él regresó de su viaje visual con ganas de encontrar grietas en aquella novelita rosa.

—¿Cómo es que no tuvisteis hijos? ¿Él no quería? —Sus balas se perdieron entre los árboles. Ella ni se inmutó.

—¿Hijos? Ninguno de los dos los queríamos. En nuestra relación no había espacio para nadie más. Y menos para un niño. No le habríamos hecho ni caso al pobre. No teníamos ni perro. Nos pasábamos el día trabajando, y cuando estábamos por fin juntos solo queríamos estar el uno con el otro.

Luis se quedó mirándola. No terminaba de entender si esa relación, tal y como Carmen la describía, le resultaba excesivamente agobiante y obsesiva, o, simplemente, una auténtica historia de amor a la que dos personas se entregan sin límites. Sintió envidia.

—¿En qué trabajaba?

Carmen esbozó una sonrisa.

—Gabriel era abogado, abogado de oficio. Se dedicaba a llevar casos de personas sin recursos que le enviaban del Colegio de Abogados.

Así que el mundo del derecho no era desconocido para ella. Además, abogado de oficio sonaba a idealismo, a lucha por los desfavorecidos. Si le había atraído su marido por eso, él desde luego era su pareja perfecta, aspiraba a ser juez. Un juez que haría algo más importante que defender a los pobres, acabaría con las injusticias que corroen el sistema.

—Desde luego que es un trabajo bonito. Si no apruebo la oposición, a lo mejor me dedico a eso, a defender a los pobres.

Ella se giró y le clavó la mirada unos segundos sin importarle la carretera.

—De eso nada. Tú vas a aprobar. Tienes que poner todo tu empeño y ya verás. La vida de los abogados de oficio es bastante desastrosa, viven de prestado. El Estado paga tarde y mal.

Luis se sintió cuestionado; al instante le volvieron los nervios.

—Por supuesto que voy a aprobar. No te quepa la menor duda.

Pero ella no disminuyó la presión.

—Por cierto, tu tía me contó lo de tu madre. ¿Cómo lo llevas?

Luis dio una gran calada al cigarrillo para recuperar el aliento.

—Bien. —Retuvo el humo abrasador en los pulmones—. Como el título del libro de García Márquez, era la crónica de una muerte anunciada. ¿Que qué le pasó? Bueno, mi madre era como una trapecista, le gustaba andar por la cuerda floja. El problema era que cerraba los ojos y se olvidaba de dónde estaba y, al final, un día tropezó. Se cayó por la zanja de unas obras en el centro de Madrid, y se mató.

Se quedaron un rato en silencio. Su madre aún pasó varios días en cuidados intensivos, llena de tubos y transfusiones de sangre. Aquello era lo que más le había impresionado.

—Claro que a vosotros los médicos no os asusta la sangre. Yo, en cambio, no la puedo soportar. Me provoca náuseas.

Carmen se rio con ternura. Apartó de nuevo por un instante la vista de la carretera.

—Yo, por suerte, sangre he visto muy poca. Me dedicaba a curar heridas que no se ven. Heridas emocionales que, con el tiempo, si no se tratan de forma conveniente, pueden somatizarse, es decir, pueden derivar en enfermedades físicas que luego son muy difíciles de curar.

La miró maravillado.

—¿Y por qué lo dejaste? Creo que debías de ser una médica excelente.

Ella fue tajante. Su decisión había sido irrefutable:

—Porque me harté de recetar y recetar. Nunca es suficiente, y esas enfermedades no se pueden curar solo con pastillas. Precisan un tratamiento especial, individualizado. Por eso ahora doy masajes y vivo más tranquila. — Y se giró otra vez para sonreírle.

—Si no es indiscreción, ¿tu marido murió de repente o llevaba enfermo mucho tiempo? —Lo dijo sin pensar las consecuencias de su pregunta. Después de todo, también él tenía derecho a conocer su pasado.

De golpe, la calidez desapareció del rostro de Carmen. Su boca se contrajo. Por unos segundos, por alguna razón, ella fue incapaz de contestar.

—Fue de repente —acertó a responder casi balbuceando. Era como si aquello acabara de ocurrir, la pregunta le había alterado todo su interior.

Luis se arrepintió, pero ya no supo cómo desviar el tema.

—Vaya. También tú debiste de pasarlo fatal. ¿Qué fue? ¿Cáncer?

Ella entonces se puso rígida. Parecía indignada.

—¿Cáncer? ¿Es que todo el mundo tiene que morir de cáncer? Hay enfermedades peores, invisibles, y hay momentos terribles que nada tienen que ver con una enfermedad, sino más bien con el destino. Así lo pienso yo. Es la única manera de poder seguir viviendo. Perdona, pero prefiero no contarte lo que ocurrió, lo pasé muy mal y me ha costado mucho recuperarme.

Luis se mordió los labios. Nunca más se atrevería a preguntarle nada de su vida pasada. Si su amado marido estaba muerto, a él los detalles le tenían que dar igual. Lo importante era que ella lo recordase lo menos posible. Además, todavía sufría mucho recordándolo, era evidente. No volvería a meter la pata.

A un lado de la carretera estaba parado el todoterreno blanco que ya conocía de ocasiones anteriores. El tipo calvo de las gafas les hizo señas desde el arcén. Carmen automáticamente detuvo el vehículo y bajó la ventanilla.

—¿Qué tal?

Luis no daba crédito a lo que veía, aquel hombre conocía también a Carmen.

—Llevas todo el día con el móvil desconectado. ¿Has salido de excursión?

—En ese momento el tipo lo miró de forma inquisitiva y lo saludó brevemente. A ella no le importó el afán controlador de la pregunta, todo lo contrario, la divertía.

—Por supuesto, nos hemos ido a dar un baño. ¿Qué se puede hacer, si no, aquí el fin de semana?

El tipo relajó el tono inquisitorial.

—Ya... ¿Y Paco? ¿Cómo va?

Él no comprendía nada de la conversación.

—Bien, no te preocupes. Luego te llamo y te comento.

Tuvo la impresión de que ninguno de los dos quería hablar delante de él. Se despidieron y Carmen arrancó.

—¿De qué conoces a este tío? Conduce como un loco. Un día estuvo a punto de atropellarme. —Carmen no sabía con quién estaba tratando.

A ella no le afectó el comentario.

—Miguel es un amigo y te puedo asegurar que es incapaz de matar una mosca. ¿Y si nosotros corremos también un poquito? No te asustes, voy a poner el turbo. Todavía no eres juez, no puedes detenerme. —Dio un acelerón y puso la música a todo volumen, *Mar adentro*, una canción antigua de Héroes del silencio.

Luis nunca la había oído.

—Aunque no te lo puedas creer, cuando era joven, tuve una etapa gótica.

Nunca la habría imaginado toda de negro, pálida, siniestra.

Carmen se rio y soltó una mano del volante para posarla en la entrepierna de él. Se la agarró con fuerza.

Luis cerró los ojos para poder relajarse y disfrutar al máximo. Marta nunca se habría atrevido a tanto. ¿Quién era aquella mujer? Era fuerte, atrevida. Una parte de él comenzó a sentirse vulnerable, incapaz de estar a su altura.

Al llegar al cruce de entrada al pueblo, Laura, montada en su bicicleta, venía en sentido contrario. Un perro vagabundo corría a su lado ladrando de entusiasmo. Carmen pulsó con fuerza la bocina del coche para prevenirla. La restauradora, sorprendida, se tambaleó sobre el sillín y se paró inmediatamente. Cuando cruzaron a su lado, ella los saludó con la mano. Su cara, sin embargo, reflejaba una profunda inquietud, mitad incredulidad, mitad enfado, que él no supo interpretar. En verdad que era rara aquella chica.

—Es Laura, la restauradora de la ermita. Imagino que la conoces.

Carmen disminuyó poco a poco la velocidad.

—Sí. No te importa que te deje por aquí, ¿verdad? Prefiero que no nos vean juntos, ya sabes cómo es la gente en estos sitios.

Luis no dijo nada. Aunque, antes de abrir la puerta para salir, la atrajo hacia él y la besó con fuerza, mordiéndole los labios, como si quisiese marcarla y que todos supiesen que era suya, solo suya.

Domingo.

Entornó la puerta con mucho sigilo y se quedó inmóvil, admirando la estancia como si fuera la primera vez que la veía. La biblioteca, el refugio de su abuelo, era el altar a los antepasados familiares. El santuario de la religión más humana, la genética. El viejo pasaba tardes enteras entregado al estudio y adoración de viejas ejecutorias ilustradas de coloridos blasones, privilegios perdidos, testamentos de cientos de páginas que nombraban cada finca por su nombre por pequeña que fuera, las actas del antiguo mayorazgo como origen y justificación de su propia existencia y la de los suyos. Sobre las paredes sombrías, retratos oscurecidos por el humo y el tiempo, sables deslustrados con sus retorcidas empuñaduras de cabeza de león. En un ángulo se hallaba la imponente mesa de despacho negra, vigilante, iluminada con misterio por la pesada lámpara de bronce. Enfrente, en un azul ya desvaído, el tresillo de sillones desfondados rellenos de plumas, para acomodar a las visitas. Y, cual panteones de caoba, sus osarios, las divinas vitrinas abarrotadas de documentos y legajos entremezclados con ingenuas novelas decimonónicas. Todo ello en un proceso infinito pero imparable de descomposición.

Se dirigió al mueble donde recordaba que se guardaban los álbumes de fotos.

Allí seguían, ordenados cronológicamente. Los más antiguos tenían las tapas de marquetería, con intrincados cierres metálicos. Los había también de piel, de cartón, de hule. Los de la última época, eran ya de plástico. Sacó los dos que buscaba. Se sentó en uno de los sillones y los abrió. Imágenes de la playa

a la que había llevado a Carmen el día anterior. Eran imágenes de muchos años atrás, en un blanco y negro de infinitas tonalidades. Beatriz, su madre, y su tía, Cristina, los mismos nombres que las hijas del rey exiliado, un pretencioso homenaje. La pequeña, Beatriz, juguetona, risueña; Cristina, la mayor, en cambio, seria, ya casi en la pubertad. Dos pajaritos jugando en la arena, tostándose al sol. El abuelo, estirado aún en bañador, sonriente pero con un leve gesto de distancia y desapego en la mirada, seguro que impostado para el fotógrafo. Con él, siempre había sido cariñoso, protector. En un segundo plano, bajo una sombrilla, la abuela, de ojos claros y misteriosos, observando a su marido con arrobó. Para él, un fantasma. Había muerto cuando ellas eran aún pequeñas.

La puerta se abrió con un chirrido. Él dio un respingo.

—¿Quieres un té? Sagrario ha hecho bizcocho, ¿te traigo?

Luis se sintió cohibido, como descubierta en una fechoría, y rápidamente cerró los álbumes.

—No, gracias. Estoy bien.

Su tía se sentó a su lado. Loira, como siempre, se echó a sus pies. La hosquedad con que lo había recibido el primer día, tras los avatares de sus hinchadas piernas, había dado paso a una inesperada cercanía, casi ternura. Y ahora, que ella hubiese abandonado siquiera un momento su refugio televisivo y sus revistas del corazón para estar con él era ya todo un honor.

—Te acordarás de cuando vivía el abuelo. Los últimos caseros que nos arrendaban fincas todavía venían a discutir la renta con él para conseguir una rebaja. Se quejaban de todo para convencerlo, nada iba bien y no mejoraría. Le daban a entender que en realidad nos estaban haciendo un favor ellos a nosotros por arrendarnos la tierra. Papá nunca discutía, solo los escuchaba, todo seguía igual, formaba parte del ritual. Pero con nosotras los caseros eran muy cariñosos. En la cocina, al salir, dejaban un capón, o vino, huevos de

casa, pan de maíz en enormes hogazas. De pequeña, me encantaba ver cada mañana ese trasiego de gente entrando aquí para verlo. Ansiaba ver los regalos. —Suspiró y reacomodó las piernas. Una de ellas la llevaba vendada—. Todos los papeles están ahí guardados. Lo que teníamos y lo que nos ha ido quedando, que, al final, será todo para ti. Eres libre de preguntarme lo que quieras, de mirar donde quieras, no tenemos secretos, sino deudas.

Luis no quería entrar en ese tema. No era el momento, debía concentrarse en sus exámenes. Si todo salía bien, se libraría de lidiar con todo eso. Sería libre. Contó de nuevo en su cabeza los escasos meses que le faltaban.

—No, no te preocupes. Ya habrá tiempo. Es lo último que me podría preocupar ahora.

Varios años atrás en Madrid, una tarde de lluvia casi cuando acababa de empezar las oposiciones, dando una vuelta para despejarse de tantas horas de estudio, se había metido a ver una exposición de fotografía antigua en el Círculo de Bellas Artes. Dos norteamericanas aventureras, en los años veinte del siglo pasado, ataviadas con elegantes sombreros y guardapolvos, habían recorrido la región como si se tratase de un fenómeno etnológico digno de estudio científico. Aquellas fotografías no tenían nada que ver con las de los álbumes familiares de Merlachoca. En ellas no había caballeros ni señoras distinguidas ni niños caprichosos, sino hogares oscuros y miserables, caras de hambre, que, sin embargo, también sonreían a la cámara. Hombres y mujeres curtidos en la lucha por la supervivencia en una tierra desagradecida, mil veces parcelada, y que, en los papeles, nunca les había pertenecido. Niños descalzos jugando en la suciedad entre patos y gallinas. Familias desgarradas por la emigración allende los mares. En el fondo de todo ello, mucha amargura. Esa había sido la otra cara de la historia de la familia: los amos, cuyas raíces, como le gustaba recordar a su abuelo, el sumo sacerdote, se remontaban a los albores de la reconquista. «Nosotros nunca trabajamos con

las manos. Recuérdalo siempre.» Como si aquella circunstancia fuera la mejor medalla del linaje. ¿Qué habría dicho si lo hubiera visto engalanado de camarero de guante blanco sirviendo mesas para poder pagarse sus propias copas?

Cuando salió de la exposición, ya no había podido ponerse a estudiar. Estaba muy alterado. Recogió sus cosas de la biblioteca y caminó sin rumbo por las calles. La progresiva decadencia del campo había ido poniendo a cada uno en su sitio. El desarrollismo de Franco transformó las grandes ciudades a un ritmo vertiginoso, las rentas de la tierra descendieron hasta mínimos, ya nadie quería trabajar por una miseria. No quedaba más remedio que matar la gallina que tantos huevos había dado, y el abuelo comenzó a vender fincas para poder mantenerse. Más tarde, su madre y él, junto con su tía, los últimos de la saga, continuaron. Se fueron comiendo, pedazo a pedazo, cada resto del naufragio, como ratones enjaulados. Habían sido y continuaban siendo sanguijuelas de las glorias del pasado. Por muy mal que le sentase, la devoción de su abuelo por el pasado era, en el fondo, consecuente, honesta. Aún vivían de los antepasados y su deber era honrarlos. Ese menosprecio de su madre por el arcaico mundo de Merlachoca y del valle de Olas, que ella envolvía en un fascinante marxismo de salón, no le habían impedido exigir puntualmente a su hermana hasta la última peseta de las ventas. Nunca se le había pasado por la mente buscar un trabajo, ser independiente. ¿Para qué? Su trabajo era él, Luis, su hijo, le había dicho alguna vez.

Después del largo paseo por el centro, cuando llegó a casa, ella había salido. En la cocina, había dejado un intento de cena medio chamuscada en una sartén. Se acordó entonces de que se había llevado el programa de la exposición. La portada contenía algunas de las fotos más crudas. Se lo dejó encima de la mesa para que lo viera al llegar. Su sexto sentido siempre en vela la oyó llegar a casa de madrugada. Entró brevemente en la cocina. Luego, a

trompicones, recorrió el pasillo hasta su cuarto. Cerró la puerta dando un portazo. Al día siguiente, al levantarse, vio que el programa ya no estaba en la mesa. Más tarde, descubrió que lo había tirado al cubo de la basura. Él lo tenía claro. No podía cambiar su pasado, habría sido absurdo pretender destruirlo. Lo único que cabía hacer era cambiar su futuro, empezar desde cero, y eso sí que estaba en sus manos.

—Carmen, la fisioterapeuta, me cae muy bien. Es una mujer muy sabia, muy comprensiva. Me gusta mucho hablar con ella. Le cuentas cualquier cosa y ella te hace ver la vida de otra forma. No sé, de repente, lo entiendes todo. Muchas veces, nos sentimos culpables por cosas que nada tienen que ver con nosotros. Otras veces, nos ponemos un velo y nos negamos a ver la verdad. Ya podía haberla conocido antes, cuánto me habría ayudado. —Se estaban haciendo amigas. No le extrañó. Su tía también había caído rendida ante su magnetismo —. Aunque me da un poco de pena que, por la crisis, tuviera que instalarse en este pueblo de aldeanos. Pero, claro, están cerrando muchos sitios y la gente se queda sin trabajo. Aquí, por lo menos, todos tienen sus huertos, apenas tienen gastos. Y una persona como ella hacía falta.

Luis notó que la mente de su tía vagaba hacia alguna parte sin dejar de hablar, como si llevara tiempo esperando ese momento y tuviera que aprovecharlo a toda costa. Era la primera conversación sin tensiones que tenían desde su llegada.

—No sabes cómo se portó cuando ocurrió lo de la maestra. Otra forastera que no llevaba en Ramil más de unos meses. Se me olvidó contártelo. La encontraron muerta en su casa. Luego comentaron que la mujer había tomado más pastillas de la cuenta, que se había suicidado. Dios mío, nunca entenderé por qué alguien en sus cabales puede llegar a hacer una cosa así. Pobrecilla. Se llamaba Amparo, era de Murcia. Con toda la ilusión acababa de montar una escuelita para adultos, o, mejor dicho, para viejos, que es lo que somos casi

todos aquí. La gente empezaba a acudir por las tardes. Lo pasaban muy bien, decían, ella les hacía cantar y hacer juegos.

A él le hizo cierta gracia el dramático relato. Su tía no podía evitar ser una auténtica comadre.

—Esta chica, Amparo, hablaba mucho de su hija, pero la niña nunca apareció por Ramil. Veíamos que ella sufría mucho por su hija. A veces te la cruzabas por la calle y la veías hablando sola, con los ojos llorosos. Con Carmen era con la única con la que parecía tener amistad. Decían que la visitaba con frecuencia en su casa. Pero, de un día para otro, Amparo cerró la escuela sin dar ninguna explicación. A la mañana siguiente fue cuando Carmen entró en la casa y llamó a la ambulancia de Arealonga. Llegó demasiado tarde, ya estaba muerta. Que Dios la haya perdonado, con lo buena que era con todos. Carmen luego se encargó de recoger todas las cosas de Amparo y arreglarlo todo, porque la familia tampoco apareció entonces. No sé qué habrá sido de su hija. —Sus ojos se humedecieron—. Aunque a Antonio no le gustan todos estos forasteros, dice que no son de fiar. —¿Acababa de mencionar al viejo verde? Qué sospechosa familiaridad. El tal Antonio encima también era amigo de su tía. Luis se puso en guardia.

—Pues a mí, él me parece un impresentable. Se le cae la baba con ellas y después las critica. Es increíble.

Ella se puso a la defensiva.

—Antonio no es un paisano cualquiera, tiene muchos negocios. Él es el que manda ahora en el valle. Se cuentan muchas cosas, chismorreos, pero con nosotros siempre se ha portado muy bien. La mayoría de las fincas nos las compró él y nos hizo un gran favor, créeme, ya no valen nada. Es un hombre muy generoso con todos. Si en el valle alguien tiene cualquier problema, sabe que puede contar con él, Antonio le va a ayudar.

Luis hizo una mueca de falsa sorpresa.

—No pongas esa cara. Es verdad, aquí estamos dejados de la mano de Dios. Estando sola como estoy no sé qué haría sin él. ¿No has pasado por la antigua casa de los Señorans? Ahora es suya. —Lo dijo con orgullo, como si fuese un éxito propio.

La noche que conoció a Laura había visto la casa encaramado al muro. Había amado aquel caserón arruinado donde había jugado con sus amigos del pueblo. Ahora lo había encontrado irreconocible, vulgar, como una vieja dama sometida a cirugía plástica.

—El otro día me preguntó por mamá, ¿es que se conocían?

Su tía dudó un momento si contárselo o no.

—Estuvo muy enamorado de tu madre cuando eran muy jóvenes. A tu madre él le gustaba. Aunque tal vez fuera por llevar la contraria a papá, ya sabes cómo era. Un abuelo de Antonio había sido casero de casa, le habría dado un gran disgusto si hubieran sido novios. No me mires así. Era otra época, no puedes entenderlo. A la juventud de ahora todo eso no os importa nada, claro.

—Sus ojos recorrieron los retratos, las vitrinas, las frondosas ramas de su árbol genealógico. Ella nunca les habría fallado. Se acarició el anillo de sello del meñique. Un brillo de melancolía empañó su mirada—. Al final yo creo que tu abuelo se enteró. Por eso, cuando tu madre se quiso ir a estudiar a Madrid, él no le puso ninguna traba. Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad. En la universidad conoció a tu padre. Pero esa historia, hijo, imagino que la conoces tú mejor que yo.

Él sintió una punzada. A pesar de esa nueva cercanía, ella no podía ir contra su naturaleza. Como en el cuento del escorpión y la rana, ella tenía que picarle con su aguijón, recordarle que tenía un padre, en alguna parte.

La mera mención a su padre le había hecho daño. Un daño muy leve ya, sí, pero molesto. Era la huella de un antiguo golpe, brutal, que su cuerpo hubiese querido guardar en la memoria contra su voluntad. Su padre también era solo

fotografías, pero muy pocas. Su madre se encargó de romperlas casi todas cuando él se fue y Luis solo conservaba unas cuantas, sin saber muy bien para qué. Las tenía dentro de un sobre en un cajón de su mesa de estudio. Nunca las había vuelto a mirar, para no recordarlo. Había habido una época en que lo había odiado. Y no porque los hubiera abandonado teniendo él once años para largarse con otra mujer, sino porque lo había dejado solo a cargo de su madre en su lento descenso a los infiernos. «Ahora tú eres el hombre de la casa», se atrevió encima a decirle aquella mañana. Después, lo veía de vez en cuando en la misma cafetería de la calle Goya llena de facinerosos, como él. Siempre trajeado de caballero inglés de serie de televisión mientras él llegaba vestido de cualquier forma para joderlo. Su madre luego estaba varios días lanzando insultos y recordando historias desagradables de su pasada convivencia. A los dieciocho años se hartó, decidió no responder más a sus llamadas y cambiar el orden de sus apellidos, hacer justicia, castigarlo. Su madre ya no comentó nada más, había vencido. Desde entonces, tampoco su padre lo había buscado. Y eso era lo peor de ese viejo dolor, recordarle ese abandono inconcluso del que, en una parte muy recóndita dentro de él, se sentía culpable.

—Antonio emigró a Alemania en cuanto pudo, allí se hizo millonario, y no regresó por aquí hasta el último verano que vosotros vinisteis, el verano de los incendios, cuando quemaron el monte.

Su madre, en su ensueño de ansiolíticos, había interpretado aquel infierno de incendios como una venganza inevitable, la venganza del pueblo contra tantos siglos de opresión de su familia. Así se lo transmitió, en un fognazo de clarividencia, en el tren de regreso a Madrid. Pero, aunque su marxismo de salón lo había visto como algo comprensible, justo en cierta forma, «hay que dar de comer al pueblo», también lo había juzgado cobarde, lo habían hecho cuando ya solo quedaban sus miembros más débiles. Y el abuelo, a pesar de su mutismo, también lo vio así. Aguantó la tragedia estoicamente, en silencio.

Blanco.

A su mente le costaba dissociarse. Desde el sábado existía un nuevo elemento, la inseguridad amorosa. Si antes era capaz de recitar perfectamente sus temas, y al mismo tiempo imaginar el cuerpo de Carmen y excitarse en una conjunción plenamente gozosa de todos los sentidos, ahora se colaba en ese equilibrio perfecto una tensión altamente perturbadora. ¿Carmen se acostaba con cualquiera o él era el único? ¿Por qué tenía tantos amigos, incluido el calvo de las gafas que, evidentemente, estaba loco por ella? Ahora no daba señales de vida, no había respondido a los mensajes de móvil que le había mandado. Quizá, como sirena que era, hubiese regresado a la playa a nadar y la sima se la hubiese tragado. Un poso de amargura lo teñía todo de melancolía. La lluvia matinal colaboraba. A pesar de todo, había preferido salir al monte, con el paraguas negro del abuelo, y estudiar envuelto de naturaleza. Necesitaba vida, sonidos de agua, animarse como fuera.

Luchaba con los tipos de prueba prohibidos por la ley de enjuiciamiento criminal porque violaban las garantías establecidas por la Constitución, como la inviolabilidad del domicilio o el secreto de las comunicaciones, o, también, a través de medios que prohibía la Constitución como la confesión arrancada mediante tortura, la hipnosis o los llamados «sueros de la verdad»... Lo cierto es que este era un tema fascinante, le estaba gustando.

A lo lejos, por el camino que llevaba a la fuente de las ánimas, observó la extravagante figura de Guillermo, el escultor, envuelto en su enorme abrigo, andando a toda prisa. ¿También iría él en busca de Carmen?

¿Y si fuera una zorra? ¿Y si había querido simplemente acostarse con él sin más? Esa asquerosa posibilidad, de ser verdad, en último extremo, tampoco le desagradaba, incluso debía animarle. Todas sus relaciones habían empezado de esa manera, como una solución pasajera a la soledad de una mujer madura. El amor de ellas solía llegar más tarde, y Carmen no sería una excepción. Para ello, era imprescindible que los encuentros sexuales se repitieran, se multiplicasen. Y eso era lo que él quería, repetir lo ocurrido en la playa, repetirlo hasta la eternidad.

Era ya tarde. El gris del cielo parecía retorcerse mientras languidecía hacia la oscuridad. El día le había cundido bastante poco. No podía dar por memorizados aquellos temas, demasiados olvidos. Tendría que volver a repasarlos en los próximos días. Guardó el cronómetro y los apuntes en la mochila y sacó la bolsita del tabaco. Se fumaría un porro, se relajaría y pasaría otra vez por la clínica. Con suerte, ella estaría ya de vuelta y podrían hacerlo sobre la camilla. Ojalá.

Al dar un salto sobre un arroyo, lo descubrió medio escondido bajo unas zarzas. Su pelaje era blanco con manchas pardas, un perro pastor. Las hormigas recorrían el cuerpo en columnas que convergían en una profunda herida. Se agachó, debía acostumbrarse a todo aquello. Cuando fuera juez, habría de ir a reconocer cadáveres y no podría hacer el ridículo. Los ojos desorbitados, el cuello empapado en sangre seca. Otra salvajada de las suyas, no tenían remedio. No recordaba tal grado de crueldad entre los paisanos del lugar. ¿Sería una nueva moda en el valle matar perros por placer? Pero no podía perder más tiempo, ella lo esperaba. La naturaleza ya se haría cargo del cuerpo. Retomó la marcha a un paso más rápido.

El letrado decía «cerrado» y recordaba las horas de consulta, las mañanas de nueve a dos. También atendía a domicilio y daba un teléfono. Ese era el número que ella le había dado, el mismo que daba a sus pacientes. Le molestó,

le estaba dando el mismo trato. Por un instante, se le pasó por la cabeza mandarle un mensaje para pedirle una cita como un paciente más. Aquello sería cambiar los roles, él le pagaría y ella, profesional, hundiría las manos en su carne otra vez. No. El porro le había sentado bien y no actuaría como un desesperado. Allá ella, se perdía una gran sesión de sexo sin compromiso. Se acordó de Laura, le vendría bien charlar un rato sobre pintura medieval, príncipes valientes, monstruos y princesas hechizadas.

Sumergió su cara en el seto. Laura regaba el jardín. Una estatua griega de gráciles miembros vestida con ropa deportiva. Él la llamó por su nombre, pero ella no se movió. Su mente estaría todavía en el fantástico mundo de las pinturas de la ermita. Gritó más fuerte su nombre para despertarla de su ensueño. El perro del vecino empezó a ladrar con fuerza. Él volvió a gritar y Laura, muy lentamente, se volvió hacia donde él estaba. Su mirada mostraba sorpresa y cierto temor.

Luis le puso una mueca de payaso triste, aferrándose con ambas manos a los barrotes de la verja.

—¡Hola! ¿Puedo pasar? Quiero que me cuentes todos los secretos de la pintura románica. No, en serio, llevo todo el día estudiando y necesito hablar con alguien, pero no con mi tía. Si no, me voy a volver loco.

El perro del vecino no paraba de ladrar. Ella, inexpresiva, se acercó y le abrió la cancela sin abrir la boca.

La decoración de la casa reflejaba la surrealista alienación de los emigrantes retornados. Muebles que fueron modernos hacía treinta años, cuadros de paisajes del norte de Europa mezclados con estampas religiosas típicamente peninsulares, figuritas y ceniceros de artesanía local, un reloj de cuco. Laura no había tocado nada, como si viviera en un museo y no en una casa alquilada. Solo parecía utilizar la amplia mesa del comedor, repleta de disolventes, carpetas, papeles con dibujos tomados de las pinturas de la

ermita. Ella trajo una bandeja con una tetera humeante y dos tazas desparejadas. Sus delicadas manos le temblaban, haciendo tintinear la porcelana. Se sentaron en un sofá tapizado con grandes flores amarillas que en ningún modo hacía juego con la tela a cuadros de las butacas.

—Hay una representación del infierno en uno de los muros laterales de detrás del altar. La taparon con cal en el siglo XVIII, pero eso seguramente la salvó de la destrucción. Poco a poco, la voy recuperando. Es un proceso muy lento para que no se dañen las pinturas al quitar la cal. —Hablaba con seguridad, muy distinta a las anteriores ocasiones en que se habían visto—. Ese era, justo, el tema de mi tesis. Investigaba la representación del demonio y del infierno en la pintura románica española.

Con ella, Luis se sentía muy a gusto. Sin presiones, sin recuerdos.

—El demonio y el infierno, suena muy interesante. Te va a parecer raro, pero, a mí, ni cuando era pequeño me daba miedo el demonio. —Echó hacia atrás la cabeza con confianza. Siempre había querido tener una hermana, una cómplice cariñosa, alguien con quien hubiera podido compartir tantas cosas—. Era como si no tuviera nada que ver con mi vida aunque existiese. Aunque quizá habría sido mejor haberlo tenido presente para haber podido echarle la culpa de muchas cosas, pero creo que tampoco habría cambiado nada.

Sé quedo pensativo. A su madre, ella tan intelectual, para explicar su soledad de la forma más melodramática posible, le gustaba repetir una frase de Sartre: el infierno eran los otros, los que nos rodeaban. A él, esa sentencia lo sacaba particularmente de quicio. Le provocaba angustia, el desahogo de un resentido con el mundo. Para él, el infierno estaba dentro de uno mismo, en su cabeza. Los otros, el mundo, eran su liberación, no quería renunciar a la esperanza.

—Imagino que hacer una tesis doctoral debe de ser bastante parecido a hacer oposiciones. Tardas años, renuncias a muchas cosas. Tienes que

dedicarle todo el tiempo que puedas, incluso más. A mí, lo confieso, me cuesta muchísimo. Varias veces he intentado tirar la toalla. Pero mi madre me animaba, me hacía ver las cosas de otra forma, como parte de un proceso, y por eso he continuado. Ahora que, por fin, he pasado el primer examen y solo me queda otro, veo el final muy cerca. Pero son muchas horas, mucho esfuerzo. Acabo fatal.

—A mí no me cuesta nada. Puedo pasar horas y horas mirando esas imágenes, interpretándolas, buscando su sentido. Todas las figuras son símbolos, representan una cosmología, con sus propias leyes. Hay que descubrirla para poder entender su fuerza. —Su timidez, sin embargo, le hacía quedar atrapada en cualquier objeto de la sala con tal de no mirar a Luis directamente a los ojos.

—Bueno, siempre podrías retomarla y terminarla sin prisas. Este es el lugar ideal.

Laura se quedó callada un instante. Luego respondió tajante, como una autómeta:

—No, es imposible. No sabes lo que es la universidad en España. Es un círculo muy pequeño. Vayas donde vayas, los catedráticos y profesores se conocen entre sí y se ayudan, se protegen, aunque se odien. Ningún departamento de historia del arte de España me aceptaría. Y como denuncié a la catedrática y a otros profesores de mi departamento, ya todos deben saberlo.

A Luis el tema le interesaba; una denuncia, un crimen, jueces...

—Sí, ya me dijiste el otro día que lo habías pasado muy mal. Si no quieres no me lo cuentes, pero me interesa por mis oposiciones. Una cosa es leer la teoría y saberse las leyes de memoria, y otra es conocer la realidad. —Luis intuía que tenía que ir con pies de plomo. Laura era muy sensible, imprevisible

en sus reacciones, y no quería que se sintiera mal. Además, de poder ayudarla, lo haría sin dudar. Era otro ser vulnerable.

Ella pareció pensárselo. Juntó sus manos de niña y entonces sí le miró a los ojos.

—Yo entré allí con mucha ilusión. Había conseguido realizar mi sueño. Y, desde el principio, no me importó entregarles todo mi tiempo, convertirme en su esclava. Ellos se aprovecharon bien de mis ganas sin que se les pasase por la cabeza cuál era el objetivo de mi contrato como becaria. Les daba igual. Yo apenas tenía tiempo para la investigación de mi tesis, que para eso me pagaba el ministerio. Les daba las clases que no querían dar, les corregía los exámenes, me pasaba el tiempo buscando bibliografía para sus artículos y sus libros, hasta les hacía recados personales. Era la «chica para todo». A mí no me importaba. Me gustaba mucho cuando los sustituía y podía dar las clases mostrando imágenes. Apagaba la luz y las iba pasando mientras explicaba. No tenía que ver si los alumnos se dormían o se reían de mí, me era indiferente. —Elevó la voz. Era un alegato, como si estuviera en el estrado de los testigos—. Pero la catedrática empezó a cogerme manía, como si le molestase mi buena disposición para todo. No le gustaba nada de lo que pudiera proponer, incluso le molestaba que hablase en las reuniones de departamento, y al final opté por permanecer callada. Criticaba hasta cómo iba vestida. Que si no iba bien arreglada, decía ella, que estaba como un tonel. Nunca me decían que fuera a comer con ellos o a tomar café. A mí me daba igual, en el fondo lo agradecía. Eran todas unas «marujas», y ellos, unos pelotas. El arte no les importaba nada, yo me daba cuenta, solo el dinero. Organizar cursos y másteres absurdos para ganar más, publicar libros infumables para luego vender a los alumnos. Y mi asco, sin que yo pudiera evitarlo, debía de verse en mi cara. Era como un espejo de su bajeza. —Se levantó y se acercó a la mesa. Necesitaba ver sus propios dibujos, los monstruos de la ermita, el

infierno, para poder seguir hablando de aquel trágico episodio de su vida—. Yo no existía para ellos, salvo cuando me equivocaba en algo, claro. Entonces la catedrática venía y me echaba la bronca enfrente de todos, hasta de las secretarias. Me trataba de inútil, que no servía ni para hacer fotocopias. Mi tema de investigación, por supuesto, no le interesaba para nada. Se burlaba, decía que era propio de una perturbada, y los demás le reían las gracias como hienas. No lo soportaba, pero no quería renunciar a mi beca, mi madre me habría matado.

Se estaba poniendo visiblemente nerviosa y Luis temió que fuera a estallar como la vez anterior. Aquello era un caso claro de acoso laboral.

—Además, ella sabía que yo me estaba enterando de todo, cómo amañaban los concursos públicos para las plazas, cómo se inventaban proyectos de investigación que nunca se llegaban a hacer, quedándose con el dinero. Yo no decía nada, no me interesaba nada de eso, pero ella creía que yo los iba a denunciar.

Luis la interrumpió.

—Artículo 173, «el que infligiera a otra persona un trato degradante, menoscabando gravemente su integridad moral, será castigado con la pena de prisión de seis meses a dos años». —Su memoria estaba muy bien engrasada. Bastaba con accionarla. No podía fallarle—. «Con la misma pena serán castigados los que, en el ámbito de cualquier relación laboral o funcionarial y prevaliéndose de su relación de superioridad, realicen contra otro de forma reiterada actos hostiles o humillantes que, sin llegar a constituir trato degradante, supongan grave acoso contra la víctima.» Está claro, ¿no? Te hicieron acoso laboral.

Laura se mordió el labio inferior con fuerza, como conteniéndose. Al hablar de ello, lo había revivido y se había llenado de rabia. Se sentó otra vez en el sofá y se tapó la cara, estaba llorando.

Luis, en un impulso, intentó abrazarla, pero ella lo rechazó.

—No te preocupes. Estoy bien.

Él no sabía qué hacer. Era mejor que se fuera.

—Perdona, no debí haber insistido tanto en que me contaras tu historia. Me voy a ir, que ya es tarde.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Al pasar por la mesa vio sobre una silla un ordenador portátil abierto. En el salvapantallas aparecían dos chicas abrazadas de no más de veinte años. Una era Laura, más adolescente si cabe, más ambigua en su belleza, toda fragilidad, timidez. La otra parecía su reverso, rellenita, pecosa, llena de fuerza, con el pelo muy corto como única señal de su probable orientación sexual. Aquella debía de ser la chica de la universidad de la que le había hablado el otro día, su novia, aunque lo hubiese negado. Cuánto se habían querido, qué feliz había sido. Y ahora, ella también estaba sola, como él.

No se precipitaría. Haría todavía un poco más de tiempo antes de pasar otra vez por el consultorio de Carmen. Entró en el bar. Los viejos, indolentes, jugaban su eterna partida de mus. Por la Coca-Cola vacía sobre su mesa, vio que el filósofo acababa de levantar el vuelo. Antonio no estaba, no habría más interrogatorios. La música era un tanto deprimente en ese momento: *Total Eclipse of the Heart*, de Bonnie Tyler. Pablo tampoco tenía su mejor día, con gesto mustio leía una novela. Se fijó en el título: *El lenguaje perdido de las grúas*, de David Leavitt. Luis se sentó en un taburete y le sonrió.

—¿Es buena? ¿De qué va?

Pablo suspiró.

—Un chico pasea por Nueva York y de repente ve salir a su padre de un cine porno gay, ¿qué te parece?

En verdad que eran obsesivos los gais, como si no pudieran ver más allá de su ombligo.

—Oye, ¿solo lees ese tipo de literatura? —intentó picarlo. Necesitaba poner un poco de chispa para poder animar el día que llevaba. Pablo sería complaciente.

El joven posó suavemente el libro sobre la barra.

—Últimamente sí, me encanta. Antes me dedicaba a las drogas. Me metía mi pastillita cada viernes o sábado y me despertaba el lunes. Era maravilloso. Señor juez, me extraña que usted no lo haya probado alguna vez. —Se rio de forma escandalosa—. Pero a veces hacía tonterías y tuve que dejarlas. —Cómo le encantaba a Pablo llevar cualquier conversación al lado más oscuro. Sonaba extraño al verlo con esa cara de niño obediente—. En realidad, sigo siendo un adicto, pero he cambiado de droga, ahora me va la literatura, que no da resaca. Mucho mejor, ¿no?

Luis no leía más que códigos y leyes, la cabeza no le daba para más. En Madrid, además de novelas, en la casa había muchos libros de ensayo, lecturas de filosofía y letras, la carrera que había estudiado su madre. Durante su época en la universidad, le había dado por hojearlos y llegó a leer varios de ellos. Pero sin profundizar, huyendo de las disquisiciones metafísicas demasiado complicadas. Únicamente deseaba conocer la esencia del pensamiento de cada autor, qué mundo proponían, dónde estaba la felicidad. Buscaba una causa para su vida. Ella sentía predilección por la filosofía política, los que luchaban por cambiar el mundo, las utopías. Cuando veían juntos las noticias en la televisión, su madre, echada en el sofá, solía adoptar una pose de idealista escéptica ante cualquier escándalo, soltando a veces alguna cita supuestamente trascendental. Nada cambiaría, el nuestro era un país de mansos, la historia no la hacían los pueblos, sino los manipuladores. Esa idea también la había leído él en alguna otra parte. A pesar de las revoluciones y los cambios políticos, en realidad, en Europa occidental, había habido solo una relativa movilidad social. La clase explotadora, como un

camaleón, se adaptaba a los nuevos tiempos sin perder por ello su posición de dominio en el sistema. La verdadera revolución estaba todavía por llegar.

Poco antes de su muerte, sin embargo, le había sorprendido. A propósito de una encuesta sobre la falta de compromiso político en las nuevas generaciones, su madre, indignada, había proclamado su desprecio hacia la juventud actual. Luego, había mencionado a Nietzsche, el defensor de la voluntad como motor de la existencia y del mundo, aunque también uno de los inspiradores del totalitarismo. «Querer es poder, nada es imposible», había proclamado como una iluminada. Él, alucinado, se había echado a reír. Le había resultado patético, su vida era un ejemplo evidente de su falta de voluntad en cambiar nada. Luego se dio cuenta de que aquello había sido una indirecta dirigida a él. Su madre, en el fondo, lo despreciaba, lo consideraba otro parásito. Dejaron de hablarse durante varios días.

El joven pecador se echó el suave flequillo rubio hacia atrás con delicadeza. Había decidido aprovechar bien ese momento de intimidad con Luis.

—¿De verdad que tú nunca te has drogado?

Luis no respondió. Una vez más, haciendo el payaso, fingió estar horrorizado con la pregunta sin llegar a abrir la boca.

—Seguro que tenías miedo de perder el control y de acabar la noche con un tío. —Luis se carcajeó. El chico prosiguió con aires de suficiencia—. ¿Es que no sabes que todos somos bisexuales? ¿Te escandalizas? Yo también era bisexual, pero no lo sabía. Lo descubrí la primera vez que me drogué, y me gustó tanto que me seguí drogando. Por suerte, ya no me hace falta, ya no practico la bisexualidad y ligo todo lo que quiero. Con hombres, claro.

En su colegio también había habido unos cuantos de esos niños delicados, diferentes. En verdad que lo pasaban mal. Poseían la terrible virtud de atraer todas las miradas, hicieran lo que hicieran. Los niños más crueles, los que

estaban ya enfadados con el mundo, los tenían sometidos a una estrecha vigilancia y aprovechaban cualquier ocasión para torturarlos con alguna patada o un puñetazo por la espalda. Como el resto de sus compañeros, él nunca salió a defenderlos ni protestó ante los abusos, refugiándose en su timidez. A toda la clase, un microcosmos, le convenía que hubiera unos chivos expiatorios declarados, unas víctimas propiciatorias sobre las que desahogarse.

Luis ahora decidió no eludir la cuestión, rehabilitarse.

—¿Y tus padres? ¿Lo saben?

La pregunta le pilló a Pablo por sorpresa. Durante unos segundos, se mostró confundido.

—¿Mis padres? —Por un momento, el aparatoso andamiaje en el que se sostenía su divertida vida de jovencito desinhibido con pretensiones de ser la mala de la película se tambaleó peligrosamente. Ahora parecía un niño asustado. Sin embargo, esa fragilidad duró muy poco. Enseguida un flujo de frialdad comenzó a recorrer sus venas. El azul de sus ojos se había congelado en cuestión de segundos—. No tengo padres.

Luis se sintió mal, había ido otra vez demasiado lejos con sus preguntas. No daba ni una con sus nuevos amigos. Primero había sido Laura, luego, Carmen, y ahora era Pablo. Los tres habían decidido dar un portazo a su pasado, no recordar, no sufrir. Había algo más que razones económicas en aquel exilio. En el caso de aquel inocente, él lo veía claro, aquellos padres lo habían rechazado y su huida a Ramil tenía algo que ver con su orientación sexual. Lo incomprensible era que el chico hubiese huido a ese pueblo perdido en lugar de haberse pasado antes por Madrid o Barcelona, o Londres, los paradigmas de la libertad sexual y la fiesta interminable. Qué extraño.

—Lo siento. Si te sirve de consuelo, yo tampoco tengo padres. —Era lo que siempre decía para evitar dar explicaciones sobre su padre. Así se había

sentido a lo largo de su vida: él, por un lado, y todos y todo, por el otro. Le entraron ganas de abrazarlo también a él, pero no se atrevió.

Pablo no mostró ningún signo de pena, nada, solo frialdad, distancia.

—Disfrutaban haciéndome sufrir. No los echo para nada de menos. —Y bajó la cabeza para sumergirse otra vez en la lectura de su libro. Luis lo observó en silencio. Desde luego, él tenía madera de juez de instrucción, había dado en el clavo.

Había luz. Ella estaba dentro.

Llamó al timbre y esperó unos minutos, pero nadie salía. Golpeó la puerta, una, dos, tres veces, con fuerza. ¿Por qué no le abría? ¿Estaba con otro? Cuando ya se encontraba sumido en la desesperación, oyó el ruido de sus botas. Carmen abrió.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Alegría, ganas de vivir, eso era lo que ella transmitía, como si el resto de los sentimientos fueran solo producto de la estrechez de pensamiento de los demás—. ¿Estás bien?

Él se sintió avergonzado de su ansiedad, desarmado.

—Nada. Pasaba por aquí y he visto luz. Quería saber qué tal estabas. — Fugazmente reparó en que, en el interior, la luz de la sala de tratamientos estaba encendida.

Ella pareció inspeccionarlo de arriba abajo.

—¿Tú has aprovechado bien el día? Me contaste que el derecho procesal te estaba costando un poco. —Qué control. La pregunta le llegó como una inesperada ola de presión que le hiciera perder pie.

—Sí, lo llevo mejor —mintió.

Carmen lo miraba fijamente.

—Estoy con un paciente. Cuando termine la sesión lo llevaré en coche a su casa, en San Andrés. ¿Por qué no me acompañas?

Luis se derritió. Por supuesto, hasta el fin del mundo. Ella podía manejarlo a su antojo.

Una fina gasa de claridad envolvía el estrellado firmamento. En el patio de

la casa, apoyado contra el coche, los esperó unos minutos. Su corazón fue recuperando su ritmo normal. Sus miedos eran absurdos, como siempre.

El paciente de Carmen se sentó en el asiento delantero. Desde atrás, lo observó de perfil. Su cara le sonaba de algo, lo había visto antes. Chispeaba. Carmen puso música *new age*. Él, deseoso por ganar puntos para el premio, encontró en la música un pretexto para sacar a relucir su única heroicidad destacable.

—Qué guay. Me recuerda a las manifestaciones del 15-M. —Concentró su mirada en el amplio haz de luz que abrían los faros en la oscuridad y dejó que su mente tradujera en palabras aquellos días.

Aquel fin de semana, uno de sus amigos de la noche, muy involucrado en la movida alternativa del barrio de Lavapiés, había mandado un mensaje colectivo sobre la convocatoria del domingo. Al principio, no pensó en ir, solo lo guardó. Hacía exactamente dos semanas de lo de su madre, no quería saber nada de nadie. Vivía prácticamente encerrado en la biblioteca del Ateneo. Otros opositores, tan desfasados como él, pululaban en aquella caverna situada en pleno centro de Madrid. Seres pálidos y enfebrecidos que musitaban, incansables, sus temarios bajo las espectrales lamparitas de sus pupitres como si se tratase de versículos bíblicos o mantras tibetanos. Los primeros días de comenzar a ir al Ateneo, el lugar le había agobiado. Le daban miedo. Eran vampiros, y él pronto sería uno de ellos. Pero era un último esfuerzo que tenía que hacer. A diferencia de otras bibliotecas, abría todos los días, no tenía horarios. Era estudiar a destajo, poner a prueba su capacidad de resistencia. Con el tiempo, sin embargo, había terminado aceptando su sino. El Ateneo se convirtió en su otra casa. Conocía todas sus salas, El Palomar, la general, cada pasillo intrincado. Todos se conocían, se vigilaban. En los descansos, tomando café en la cafetería, radio macuto funcionaba a todo gas propagando rumores y maledicencias sobre el número de plazas, nuevas

convocatorias o repentinos cambios del temario. O, si el informador había tenido un mal día, comentarios sobre compañeros que hubieran abandonado las oposiciones o estuvieran en terapia.

La tarde de la primera concentración en Sol, se encontraba especialmente inspirado y había terminado su tarea del día más temprano. Tuvo un impulso y se acercó. Enseguida, se vio sumergido en el hormiguero humano que se iba arremolinando en medio de la plaza. Normalmente, miraba con suspicacia las manifestaciones. No le gustaba mezclarse en ellas. Le parecían teledirigidas, absurdas, sin resultados. Pero aquella, nada más verla, le entusiasmó. En verdad, parecía espontánea, auténtica. No había banderas, partidos ni sindicatos, sino un mismo impulso, un mismo hartazgo. El pueblo soberano, aún balbuceante, empezaba a hablar sin intermediarios. Los llamamientos, las pancartas, los gritos, tan llenos de poesía, eran una revelación. Y toda aquella juventud, jubilosa, con tanta fuerza, lo acogía como uno más. Podían cambiar el mundo. Por primera vez en su vida, se había sentido parte de algo colectivo, superior. Ojalá su madre lo hubiera visto.

Como un iluminado, los días siguientes, sin dejar por ello de cumplir escrupulosamente su programa de estudio, al llegar el crepúsculo abandonaba la caverna del Ateneo y se dirigía hasta la Puerta del Sol. Una vez allí, entre la muchedumbre congregada, de nuevo extasiado, observaba, escuchaba, deambulaba, y al final, ya lleno de aquella energía, se sentaba en alguna tienda de campaña con otros revolucionarios desconocidos a compartir un porro y a hablar del futuro. Porque el futuro ahora ya existía y era necesario estar de acuerdo en lo que debía ser. Él se sentía fluir. Nadie le preguntaba a qué se dedicaba ni de dónde venía, solo importaban los sueños.

Luego, también había sido testigo del desánimo y la impaciencia. Las asambleas, de multitudinarias, se hacían interminables. Rara vez se llegaban a aprobar conclusiones y propuestas, como si lo único importante hubiera sido

ejercer el derecho a imaginar en voz alta. Al final, un grupo reducido de oradores empezaron a monopolizarlas. Nunca se llegó a redactar un programa que de verdad pusiera en jaque al sistema. Imposible. Y, progresivamente, el calor del verano fue marchitando la primavera española con sus terrazas, copas y tertulias hasta el amanecer. Las ganas de vivir habían resultado contrarrevolucionarias. Una pena.

—Lo destruyeron desde dentro, no os disteis ni cuenta.

Luis se sorprendió por el comentario de Carmen. Por un momento, había pensado que ella no prestaba atención a su relato, no decía nada.

—Es muy fácil introducir a tres o cuatro radicales en esos grupos grandes y desorganizados. Aunque en apariencia actúen de forma independiente, si lo hacen de forma coordinada, consiguen hacerse fácilmente con el control de una asamblea. Solo hay que plantear sin descanso quejas sobre el procedimiento de toma de decisiones sin entrar en el fondo de los temas, o también proponer objetivos imposibles o acciones que generen polémica, el resultado es el mismo, no se llega a ninguna parte. La gente así se va hartando y finalmente prefieren perder el tiempo de otra forma más placentera a perderlo allí, en reuniones interminables. Se van y no vuelven a aparecer. Objetivo conseguido.

Luis se emocionó, compartían una misma visión del mundo. Era cierto, aquello había sido un espejismo. Esa decepción, sin embargo, había dado un giro a su vocación. No se trataba ya solo de querer ser juez para hacer justicia, sino, también, serlo para cambiar un sistema, y, por tanto, para cambiar un país.

—¿Tú crees? Me acuerdo de que se habló mucho de que había infiltrados de los servicios de inteligencia. Pero nadie se atrevió a acusar a nadie. No hubiera sido posible. Uno de los principios de aquel movimiento ciudadano era no rechazar, respetar al otro, siempre escuchar.

La interpretación totalmente conspiranoica de Carmen era muy lógica. Ella

parecía poseer las claves para desentrañar lo complejo de la naturaleza humana. Tenía una suerte tremenda al haberla conocido.

—Las mentes manipuladoras tienen la capacidad de observar las situaciones desde fuera, sin comprometerse, sin sentirse afectadas por los sentimientos colectivos o individuales. De esta forma, pueden pensar la mejor manera de hacerse con un grupo. Vosotros queríais cambiar el mundo, pero también debíais demostrar ante los demás vuestra inocencia, ese era vuestro punto débil. Erais una presa fácil.

Sí, aquella pureza tan estricta en las formas y en los fines había sido el caldo de cultivo para que una voluntad perversa, jugando con los buenos sentimientos de todos, hubiese llevado el movimiento a donde hubiera querido; en este caso, al precipicio.

San Andrés era una aldea de cuatro casas de piedra aferradas a la loma de uno de los montes que formaban el valle de Olas. Pararon frente a una casita recién restaurada. Sobre un tablón de madera a modo de cartel se leía: CERÁMICA POPULAR. Al despedirse, Luis trató de hacerse el simpático con el paciente de Carmen.

—¿Así que es usted alfarero? En mi vida había oído hablar de alguno por esta zona.

Este ni le contestó. No había abierto la boca en todo el viaje, aunque sí le dirigió a Luis una media sonrisa al salir del coche a modo de adiós. Sus ojos eran opacos, como los de un muñeco. Iba bastante bien vestido, ropa de marca. Sus movimientos eran muy lentos, arrastraba los pies al andar. Carmen también descendió y corrió bajo la lluvia detrás de él para comentarle algo. Luis aprovechó para sentarse en el asiento delantero, a su lado. Entonces lo reconoció. Era otra vez el hombre que había hecho detener el autocar antes de llegar a Ramil el primer día, el perturbado que buscaba a Dios por el monte. Por su aspecto, no parecía encontrarse del todo bien, pero tenía allí una vida

normal, trabajaba de alfarero. Mientras no molestase a nadie, también tenía derecho a vivir como los demás.

En cuanto Carmen cerró la puerta del coche, se miraron el uno al otro y ya no pudo más, se echó sobre ella para besarla. La música se había terminado, solo se oía el barrido gomoso del parabrisas sobre el vidrio. Sus manos iniciaron un recorrido por su cuerpo mientras la sujetaba con la boca y se ponía a horcajadas sobre sus piernas. ¿Lo hacían allí mismo? Sería fantástico. Intentó desencajar sus pechos del sujetador. Con un repentino movimiento brusco, Carmen le sujetó las manos. Ahora, estaba seria.

—¿Te pasa algo? Me parece que no has tenido un buen día. —Ella lo echó hacia atrás y se recompuso la ropa.

Él se retiró a su asiento, asustado por su reacción.

—No me pasa nada. Quería verte, eso es todo. —Se sentía pequeño, muy pequeño.

Ella no pareció darse cuenta del efecto de su rechazo.

—¿Esto te pasa con frecuencia? Debes aprender a dominar tu ansiedad. No voy a desaparecer. —Se lo estaba diciendo como una madre a su hijo pequeño, con cariño pero con autoridad. No entendía nada. Carmen arrancó el coche y cambió de música. Mecano, *La fuerza del destino*—. Canta conmigo. Si te la sabes, venga.

Se había quedado cortado y, por supuesto, sin ganas de nada, y menos de cantar esa letra tan ñoña que hablaba de una historia de amor adolescente con final feliz. Qué tortura. Lo trataba como a un niño. Prefirió hacerse el duro, permanecer en silencio y castigarla. Carmen tenía una buena voz. Mientras cantaba, ella extendió el brazo y comenzó a acariciarle la nuca. Luego, como él en el fondo anhelaba, descendió a su entrepierna.

Por la carretera, en dirección a la ría, subían tres coches en convoy, como los Reyes Magos de Oriente. Ni se molestaron en poner las luces cortas al

cruzarse con ellos. Pero, aún deslumbrado, Luis reconoció a Antonio en el primero de los coches, al volante. Iba acompañado de otros hombres, más o menos jóvenes, que no parecían ser del valle. Sus miradas vigilantes, tensas, lo retrotrajeron al pasado. Las repentinas luces en la ría una noche cualquiera que el mar hubiera estado en calma. Las camionetas esperando en la playa con los faros encendidos para señalar el lugar convenido. La consigna general de su abuelo de no acercarse cuando aquello sucediese, era peligroso. Él había querido verlo de cerca con sus amigos del pueblo. Las lanchas planeadoras, ronroneando, se acercaban lentamente a la orilla, descargaban sus fardos y desaparecían sigilosas como tiburones amaestrados. Los jóvenes más avezados de la comarca participaban en el juego, decían, por jornales de infarto. Las viejas redes del contrabando de tabaco se habían transformado en mafias de la droga. Por Arealonga abundaban los Mercedes y los BMW, el dinero a espuestas. Habían sido años de vértigo y de euforia. Los vecinos, con secreta admiración, se paraban en la calle para verlos pasar. Hasta que un juez «estrella» de Madrid decidió acabar con la única esperanza de redención de esa sufrida tierra. El futuro ya nunca más estaría allí porque, en realidad, nunca lo había estado. Aquello habían sido fuegos de artificio en una fiesta de verano. Su abuelo se alegró sobremanera cuando una mañana lo despertaron los helicópteros y vio por televisión a la Guardia Civil esposar a esos nuevos ricos, vulgares y ostentosos, que habían optado por la vía rápida. Gentuza, como no se cansaba de repetir, los muy idiotas, en lugar de llevarse el dinero a algún lugar exótico, habían preferido gastárselo allí, en sus casas, familias y amigos. Pero también se callaba que a él le habían pagado grandes cifras por alguna de las fincas. Todos en el valle se habían beneficiado de aquel tráfico. Para Luis, ese juez de aspecto arrogante y voz de jilguero que veía en la tele había sido un héroe. El primero en carne y hueso que reconocía. Y ahora, a él tampoco podían engañarlo. La ostentosa casa de Antonio no era la de un

emigrante, sino la de un narcotraficante. A esos coches, con tanta prisa, seguramente los esperaban en algún lugar de la ría. La crisis económica volvía a hacer rentables los viejos oficios.

Como si fuera un maravilloso sobreentendido entre ambos, al regresar al pueblo, ella condujo directamente hacia su casa. Tras aparcar, lo tomó de la mano y, sin más, lo condujo hasta su habitación. Aquella mujer era imprevisible. Ardiente, helado, ardiente, como un juego que ella dirigiese. Luis se sentó sobre la gran cama cubierta con una colcha hecha con retales indios. Carmen, misteriosa, en silencio, encendió velas, prendió un palo de incienso y desapareció en el baño unos minutos. Él se echó hacia atrás y cerró los ojos. Estaba en el templo de su diosa. Al rato, sintió la suavidad de su camisón sobre la cara. Aquello no era sexo, era amor, y tenía que demostrárselo. Se empleó a fondo hasta que oyó sus gemidos más profundos.

Su voz lo despertó.

—Ahora, por favor, vete. Me gusta dormir sola.

Lo que acababa de ocurrir ya era pasado, memoria.

Verde.

Siempre había sido su color. Color de rumor de agua, de monte tupido y oscuro, de mañana brumosa y de tarde sin tiempo sentado en la galería de cristales mientras las gotas resbalaban del lado del jardín. El verde ahora le guiaba cada día en el rezo meticuloso y preciso del temario. Rodeado de verde, se sentía abrazado, sostenido, las horas pasaban veloces. Esta vez, devoraba el derecho procesal haciéndolo suyo. La implacable lógica de obligaciones y garantías legales que, como inmensos sillares de piedra, se encastraban los unos con los otros para formar un muro sólido e imbatible de certeza. Únicamente bajo esa pesada estructura se podía hacer justicia sin renunciar a proteger la dignidad del individuo con independencia de su culpabilidad. O, al menos, así había que entenderlo según la ley, pues la única misión del abogado defensor, ya fuera este de pago o de oficio, consistía en hacer valer el derecho a la libertad y a la presunción de inocencia de su patrocinado. Los abogados tenían, de forma preferente, la obligación del secreto profesional frente a la obligación general de colaborar con la justicia en la condena del culpable. Otra interpretación, por supuesto, era que todo ese entramado de limitaciones legales, bien manejado, permitiera al sistema salvarse de cualquier peligro que pudiera amenazar a sus élites. Quien hizo la ley hizo la trampa. Esa era también su conclusión cuando echaba un vistazo a los periódicos del bar, los malditos recursos de nulidad, las inesperadas prescripciones de los delitos, caso archivado. Qué gran preparador tenía. Sería un gran juez.

Durante la última semana había pasado varias noches con Carmen en su casa. Esperaba hasta el anochecer. Se cambiaba de camisa para ponerse una de las menos viejas y que tuviera todos los botones. Comprobaba su aspecto en el espejo del baño. Sabía que ella le pasaría revista y no quería arriesgarse. Luego, para hacer tiempo, solía acercarse a ver a Pablo en el bar, dar un paseo por el monte, o ir a ver a Laura un rato, sus nuevos amigos. Estaba cogiendo mucho cariño a la restauradora, se sentía muy afín a ella. Su fragilidad se tornaba duro acero cuando recordaba el acoso que había sufrido a mano de sus compañeros de trabajo en la universidad. Había reprimido aquello durante mucho tiempo y ahora necesitaba contarlo todo, liberarse. Luis observaba cómo apretaba los dientes, conteniendo su ira, mientras sus manos de muñequita temblaban. Él enseguida se asustaba y rápidamente desviaba la conversación hacia su trabajo actual, las pinturas de la ermita, su labor minuciosa de rescatar el pasado a suaves pinceladas de agua tibia para no perder su último rastro. El límite eran las once de la noche. Si para esa hora todavía no había luz en casa de Carmen, entonces desistía. Se iba para Merlachoca y se sentaba junto a su tía frente a la televisión a la vez que repasaba en su mente el último momento compartido con ella. Qué había estado bien, qué mejorar, cuándo había sido egoísta. Antes de irse a la cama, salía al jardín a fumarse el último y a relajarse. Pero ni siquiera bajo la nebulosa del psicotrópico conseguía dejar de sentirla. El único pensamiento que de verdad le calmaba era reconocer que no había duda de que sus cuerpos se acoplaban cada vez mejor y que las caricias previas se alargaban cada vez más. Aunque debía seguir auscultando cada centímetro de su piel en busca de nuevos gemidos, solo así la retendría, lo presentía.

Su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo. Tras unos instantes de perplejidad (¿quién se atrevía a molestarle mientras estaba estudiando?), pensó en la pesada de su tía. Lo sacó y vio que era Carmen. ¿Le habría pasado algo?

—¿Sí?

—Hola, ¿te interrumpo? Hoy termino un poco antes y había pensado que, si estás libre, podíamos dar una vuelta con el coche. Pero solo si has terminado con lo tuyo. No quiero interrumpirte.

Él apenas lo dudó un segundo, el segundo de pensar que todavía le quedaban tres horas de estudio para memorizar un tema nuevo. Lo recuperaría mañana, no pasaba nada.

—¡Por mí, perfecto! Ya he terminado por hoy. Estoy libre.

Al ir guardando sus papeles a toda prisa, un inesperado punto de preocupación, diminuto y brillante, como un planeta en el anochecer, le aguijoneó en el interior. Sus planes de estudio no marchaban bien, iba retrasado, muchos artículos de la ley los llevaba cogidos con alfileres. Un golpe de viento, una ligera duda, y su castillo de naipes saltaría por los aires. Un ladrido desgarrador, como de un perro al que estuvieran degollando, rompió la quietud de la tarde. Pero, en ese momento, él solo oía un agudo tintineo que se abría paso en sus pensamientos, inundándolos. Se estremeció. Era la campanilla de plata del tribunal anunciando su muerte. Solo de imaginarlo le entraba terror. Carmen tendría que entenderlo. Si eran pareja, del tipo que fuera, daba igual, debían organizarse. Después de todo, en unos meses, si cumplía su programa, ella sería la mujer de un juez.

Pinos y eucaliptos, en su agónico crecer hacia la luz, cegaban la vista. El camino penetraba en el monte y al mismo tiempo era aplastado por él, como si la mano de un gigante se cerrase sobre el vehículo y tan solo, deslizándose de entre sus dedos, pudieran escapar. «Sé que te da mucha pena, a mí también. Pero no tenemos más remedio, lo sabes, no me pongas esa cara. Nos han ofrecido un precio muy bueno. Dice Cristina que es una oportunidad única. Si nos administramos bien, ya no habrá que vender nada más.» Esas palabras las había pronunciado su madre poco antes de su fatídica caída. Él se había

resignado. Otro capítulo más de la decadencia familiar. Además, como había decidido no regresar a Ramil, ella confiaba en que el olvido, inseparable del tiempo, se encargaría de suturar la herida. Ojos que no ven, corazón que no siente. La finca de Abalo, tres o cuatro generaciones atrás, había constituido una de las joyas de la corona. Había sido la favorita del abuelo. A principios de septiembre, cuando aún era muy pequeño, él le llevaba de visita. «Luis, esta tarde prepárate para comer todas las moras que puedas.» En el destartado Seat recogían a Hermógenes, el viejo casero del lugar, al pasar por su casa en la vereda. Ellos pronto entraban en debate sobre meteorología, precios del campo y las últimas habladurías del valle, lo único que de verdad les interesaba. Nada de política y nada de intimidades personales ni familiares, que para el caso eran lo mismo. Él, por supuesto, se hartaba de moras nada más llegar. Luego se tendía al sol sobre las enormes rocas donde se hallaban los petroglifos, dibujos mágicos grabados en la piedra antes de la llegada de los romanos. Su abuelo decía que Abalo, en aquel lejano tiempo, había sido un lugar de adoración al sol, que se ponía majestuoso por la boca de la ría. A él le gustaba recorrer con el dedo la hendidura de las inscripciones. Imaginar la vida de aquellos pueblos primitivos, sentir que era el último guerrero de la estirpe.

No entendía muy bien por qué le estaba contando todo eso a Carmen en lugar de lo que había pensado explicarle. Desnudaba su alma sin que ella se lo hubiera pedido, pero no podía evitarlo. Su alma se abría de par en par a sus oportunos silencios, a su sonrisa envolvente de hada, a su comprensión sin reproches, sin conversaciones huidizas, sin maldad. Había estado tan callado tantos años, era tal el desorden acumulado... Aunque ella también lo empujaba, con sus sutiles interferencias, para animarlo a profundizar más en un detalle o en el otro. Detalles a los que él no encontraba especial relevancia, pero ella sí.

Sentía el corazón acelerado, el estómago comprimido. El nuevo propietario, seguramente el cabrón de Antonio, podía haber metido ya el buldócer y haberlo destruido todo. El camino terminó su ascenso serpenteante y volteó frente a la ría. La espesura daba allí paso, abruptamente, a un inmenso páramo de brezo horadado por grandes rocas graníticas desperdigadas. Eran como viejos ídolos que mirasen al horizonte, expectantes. Se quedó en silencio. Sus ojos escudriñaron el paisaje con desesperación. Finalmente, tras unos tejos retorcidos, vio el muro de piedra, despanzurrado en varios tramos. El camino seguía pegado a él.

El arco de entrada permanecía tal y como lo recordaba, coronado por una cruz de piedra desdentada. Descendieron del coche sin hablarse y penetraron en el recinto. De la capilla solo quedaban los muros, con su altar cubierto de líquenes dorados, vacío, sin rastro de Jesús o de sus santos. La antigua casa, durante todo ese tiempo, se había ido devorando, más y más, a sí misma. Ahora no era más que un muñón de sillares, tejas y vigas de madera pudriéndose. La sorpresa era ver caída a sus pies, como el cadáver de un suicida, la balastrada de la escalinata. Ni se atrevió a subirla para empujar la vieja puerta e investigar en el interior. La vida son los recuerdos.

A su alrededor, el jardín se hallaba invadido por las zarzas. Al amparo de las penumbras de los muros, se habían ido enseñoreando del lugar y lo defendían con saña. Resultaba imposible recorrer ningún sendero. Las ramas y espinas se aferraban a sus tobillos, impidiéndoles avanzar. Más allá, solitarios, también consumiéndose sobre el promontorio, todavía se erguían el torreón del palomar y el esbelto almacén de grano elevado sobre sus recios pilares. No había sido ningún Antonio destructor. El viento y la lluvia habían continuado su labor corrosiva, reductora y justiciera, aquel mundo desaparecía porque ese era su destino.

La condujo hasta las rocas de los petroglifos. El sol ya se estaba poniendo

en la boca de la ría. El azul metálico del agua se volvía cobre bruñido restallado de reflejos púrpura. Y el cielo hacía de espejo. O al revés. A lo lejos, las gaviotas volaban en círculos, gritando. El verde se oscurecía sobre los montes. La vista desde aquel lugar era magnífica. Extendió la manta y se echaron sobre ella. Carmen se había limitado a contemplarlo todo y a seguirlo sin hacer comentarios. Al abrazarla, notó su respirar sosegado. El suyo, en cambio, no. Su corazón se había acelerado aún más, su estómago seguía comprimido. El recuerdo de la campanilla del tribunal continuaba en su cabeza. Por dentro, se sentía igual que una cafetera sobre un fuego a todo gas. El nivel del café subía rápidamente y alguien debía retirar cuanto antes la cafetera para evitar el desastre.

Para tranquilizarse, buscó fundirse en el cuerpo de ella, dejarse llevar por el deseo y desaparecer. Sus dedos fueron abriendo las ropas, la piel. Lo tenía todo. Su sueño al alcance de la mano, esa mujer en sus brazos. ¿Por qué iba a salir mal? Él podía con todo, lo había demostrado a menudo. Las manos de la amada también despertaron, descubriendo a su vez el cuerpo de él, su desnudez. Unidos jadeaban y él bombeaba su impulso entre las piernas como si estuviera a lomos de un caballo en galopada. Llegaban a la cumbre.

Hasta que Carmen, sin ninguna caricia previa que lo hubiera advertido, se la agarró con fuerza y la introdujo en su vagina. Después, lo tumbó de golpe y comenzó ella a cabalgar sobre él, sujetándolo por las manos. De repente, una sensación de vértigo se coló en su deseo y Luis tuvo que abrir los ojos. Ella lo miraba con la boca entreabierta, exigente. Era la diosa, y él, su sacrificio. Hizo presión para soltarse, pero era imposible. A ella, esa tensión añadida incluso le excitaba aún más. Como en un remolino, otras imágenes entraron en su cerebro, inconexas, como flechas envenenadas. La mujer del tribunal de oposiciones, observándolo con detenimiento. Su madre y Marta riéndose... Su impulso automáticamente dejó de bombear. Y, en medio de un desconcierto

total, la sintió deshacerse súbitamente, como un pez asustado, haciéndose solo humedad. Carmen se paró en seco y se quedó muy seria con el rostro vuelto hacia el mar. La misma sensación de fracaso que cuando suspendía se apoderó de él. No valía nada. No era nadie y nunca lo sería. El café se desbordaba, lo manchaba todo y él era incapaz de moverse, estaba paralizado por la angustia.

—¿Te pasa algo?

Luis se sentía diminuto, un niño torpe e inseguro que se hubiera hecho pis en la cama y no supiera qué decir, imposible.

—Perdona. Se me ha ido la cabeza a otra parte sin darme cuenta.

Ella lo soltó de las manos y se echó a su lado, fría.

—¿Se te ha ido la cabeza? ¿Adónde? Vamos, dímelo. Haz un esfuerzo.

Era la misma mirada de taxidermista que le había visto el primer día en el bar. La manera en que observaba a Guillermo, el escultor, como si este fuera un insecto raro que ella hubiera encontrado.

Él intentó complacerla, aunque realmente no entendía nada de lo que le había pasado. No recordaba más que la sensación de pánico, sus ganas de escapar. Se justificó expresando lo primero que le vino a la mente.

—Me he acordado de mi madre. —Al decirlo ya se estaba arrepintiéndose.

Ella se quedó seria un momento y después echó una risita llena de sarcasmo que nunca habría imaginado.

—Muchas gracias por la comparación.

No había funcionado. Era incluso peor.

—No seas tonta. A veces me viene a la cabeza. Haga lo que haga. Y me bloqueo.

Carmen se incorporó de espaldas a él y empezó a vestirse. Luis la abrazó por los hombros. Otra vez, el pánico se apoderaba de él. No podía dejar que aquello terminara así. Las imágenes regresaron.

—Mi madre era alcohólica. Cuando todavía estaba en el colegio, había

noches que regresaba de casa de algún amigo y ella había desaparecido. Me aterrorizaba pensar que le hubiera pasado algo. Me tocaba entonces hacer la ronda por los bares de los alrededores para ver si la encontraba y llevarla a casa. —Se detuvo, su mente en total confusión. Prosiguió—: Una vez lo pasé muy mal. No la encontraba por ninguna parte. Hasta que la vi. Debajo de una mesa, dormida. Nadie se había dado cuenta.

Carmen, por fin, le devolvió el abrazo con ternura. Por unos instantes, permanecieron unidos sin decir nada. Poco a poco, sus músculos se destensaron, la respiración recuperaba su aliento. La amaba tanto... Nunca había amado a nadie de esa manera. El pulso de ella seguía igual, sereno, como la ría en el crepúsculo. Con el rabillo del ojo, vio, sin embargo, que ella se había quedado pensativa, analizando.

Caminaron lentamente en dirección al coche. Lo hubiera dado todo por sentirse igual que las rocas, indiferente a todo. Pero no, era como si las rocas cayesen sobre él una a una, con saña. Aquello tenía que ser una maldición. Su vida se reducía a pequeños remansos de paz en un ancho mar de soledad con terribles tormentas nocturnas. Había encontrado a la mujer de su vida y no había podido amarla. Notó, entonces, la mano de Carmen en su nuca, acariciándolo.

—Luis, no le des la menor importancia. No eres una máquina. Nadie lo es. La culpa es mía por haberte sacado de tu estudio. —Aquello no le alivió en absoluto, le hizo hundirse más. Le estaba dando pena, como un perro malherido. Solo deseaba verse de nuevo en Ramil para quedarse solo, fumarse un porro y relajarse. No pensar en nada, intentar borrar aquel día.

Al llegar al vehículo, contempló por última vez el lugar, la casona en ruinas. Un aroma acre, a humo, penetró en su nariz. Instintivamente, oteó el panorama en busca de fuego. No se veía nada. En alguna finca no muy lejana estarían quemando rastrojos y la brisa habría traído algún retazo. No podía más. Dando

un portazo, se refugió en el interior del coche. Ella lo observó un instante como para comprobar algo y luego arrancó.

Gris.

Apenas pegó ojo aquella noche. En su pesadilla, la imagen del demonio, en la versión románica que tanto le interesaba a Laura, le perseguía y le torturaba como a los mártires sin llegar a matarlo. Carmen, vestida de Virgen María, se reía rodeada de apuestos guerreros que se la disputaban con sus vergas en plena erección. Por la mañana, se despertó empalmado y recobró la confianza. Ese día, su tía tenía cita con Carmen. Iría a esperarla a la salida, provocaría el reencuentro. La mejor manera de superar la derrota no era rehuyendo un nuevo combate, sino volviéndola a sentir frente a frente y comprobar su capacidad de excitación plena. De alguna forma, igual que para conseguir aprobar las oposiciones, había de convertirse, sí, en máquina, para recobrar a su dama.

Los peces de colores del acuario no le proporcionaban ningún sosiego. Muy al contrario, su pasividad ahora lo sacaba de quicio. Él prefería no apartar la vista de la puerta de cristal biselado. Del otro lado, Carmen, ella misma irradiando luz y calor, aplicaba a las hinchadas rodillas de su tía algún tratamiento a base de ultrasonidos. El zumbido del aparato se mezclaba con el susurro de la voz de su tía. Largos parlamentos, intercalados por silencios y breves comentarios de la fisioterapeuta. Como si las intervenciones de Carmen tuvieran como objetivo dirigir el discurso de su tía hacia una determinada conclusión que solo ella conociera. Aquello le sonaba, era lo mismo que hacía con él. Sin embargo, por más que aguzara el oído, no llegaba a entender nada de lo que decían. ¿Estarían hablando de él? Seguro que sí, con lo cotilla que era su tía, para ponerlo verde, seguro, y contarle que era un

vago, que no estudiaba nada, que su madre no había sabido qué hacer con él... Se iba llenando de ira. La relación entre ellas dos se tornaba un peligro en lugar de una ventaja.

Por fin, oyó otros ruidos en el interior. La sesión había terminado. Salían. La puerta se abrió. Su tía apareció con los ojos rojos e hinchados, como de haber llorado. Pero, al verlo a él, pareció hacer un esfuerzo para poner cara de guasa.

—Hija, mira quién ha venido a recogerme. Nunca lo habría imaginado. Preocuparse por mí con todo lo que tiene que estudiar.

Detrás vio la cara de Carmen. Luis la saludó, abriendo mucho los ojos buscando encontrar complicidad en su rostro, pero chocó con una imagen dura, profesional, inexpresiva.

—La familia es lo primero. Os dejo, que me tengo que preparar para el siguiente paciente. —Tras una sonrisa que él interpretó como mortalmente gélida, ella cerró la puerta con suavidad.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Luis preocupado.

—¿Daño? Pero ¡qué tonterías dices! ¿Cómo me va a hacer daño Carmen? Es maravillosa.

Su tía estaba encantada, le hiciese daño o no. Cuánto se arrepentía de haber ido. Su cabeza servida en bandeja de plata y ella la había rechazado. En el fondo, era una zorra, como todas. Ellas querían máquinas, hombres sin sentimientos.

Lloviznaba, cruzaron la plaza bajo el paraguas floreado de su tía. Él, ausente, incapaz de prestar ninguna atención a su conversación.

—Le he dicho a Sagrario que te hiciese un lenguado, que sé que te gusta mucho, como a tu madre. No sé si te acuerdas, los jueves traen pescado fresco de Arealonga.

Su mente recurrió a su tabla de salvación, repasar en su cabeza los temas

del día anterior. Su tía no esperaba ninguna respuesta, continuó hablando.

—Bueno, Antonio muchas veces me trae marisco a casa. Le regalan tanto...

Imposible, la disociación no funcionaba con pensamientos negativos. La amargura lo devoraba todo. Saludaron a varias personas al pasar.

—Por cierto, algunas vecinas comentan que tienes aquí una novia.

Él no daba crédito. Su madre había hecho muy bien en largarse.

—Yo les he dicho que tienes lo que te da la gana...

No pudo contenerse y saltó:

—En este pueblo solo vive gente retorcida. —Quizá fuera mejor irse, coger el primer autocar a Madrid y no volver nunca más. Todavía estaba a tiempo.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —Antonio avanzaba por en medio de la calle gritando. En los brazos llevaba un cuerpo, del tamaño de un niño, envuelto en una manta. Algunos vecinos salían de sus casas asustados y se acercaban corriendo. Otros se asomaban por las ventanas o desde los comercios—. ¡Quién haya sido, lo mato! ¡Lo mato con mis propias manos!

Luis y su tía se quedaron parados sin saber qué hacer. Él pasó a su lado corriendo, ebrio de furia. Sobresaliendo por una abertura de la manta, reconocieron el hocico de su perro. Habían matado a su perdiguero.

Una vecina se aproximó a él y lo cogió por el brazo.

—¿No habrá sido un lobo? —Antonio no sabía si golpearla de la rabia que sentía. La miró con desprecio.

—Qué lobos ni qué niño muerto. El último lobo del valle de Olas lo maté yo, y de eso hace ya más de cuarenta años.

Otros vecinos quisieron consolarlo y Antonio se detuvo en medio de la calle, visiblemente afectado. Un círculo se formó a su alrededor.

—Cómo me lo han dejado, ¡lo han degollado! —Y abrió la manta ante los ojos de todos. El cuerpo pardo atigrado estaba salvajemente mutilado, la

sangre comenzó a gotear sobre el empedrado. Un osado se atrevió a abrir la boca.

—Lo han hecho a cuchilladas. Mirad esos cortes.

Luis estaba impresionado. Era evidente que existía una intervención humana en ese crimen, y también en los otros que ahora recordaba, aquel del que había sido testigo con Laura en la carretera y el otro que había descubierto más tarde en el monte. Se trataba de una misma mano que manejaba un arma cortante con la precisión de un cirujano o de un carnicero; a saber qué venganza era aquella y por qué.

Antonio estaba llorando. Lo ayudaron a cubrir otra vez el cuerpo de su amado compañero. Gimoteaba.

—Lo llevaba conmigo a todas partes. Vosotros lo sabéis. Esta mañana, salimos al monte y de repente lo perdí... hijos de puta, lo único que tenía...

Su tía, muy emocionada, abrazó a Antonio por detrás y se echó también a llorar, apoyando la cabeza en su espalda. Esa inesperada intimidad entre ellos le chocó. Ella había hablado con tantos reproches de la pasada relación entre su madre y Antonio, que no se esperaba ese contacto físico tan intenso entre ambos. Ahora iba a resultar que, en realidad, la que verdaderamente había estado enamorada de él era ella, y no su madre. Y puede que todavía lo estuviera. Sintió vergüenza ajena de aquella inesperada escena de amor con todos los del pueblo mirando.

Luis agarró a su tía del brazo y tiró de ella para apartarla. Ella se dejó llevar. Aprovecharon el tumulto para escabullirse. Algunos repetían entre sí las terribles palabras pronunciadas por el amo del valle.

—¡A cuchilladas! ¡A cuchilladas!

Al abrir el portalón de entrada a Merlachoca, Loira, como siempre, salió alborozada a recibirlos. Su tía, todavía tensa, se abalanzó sobre ella a llenarla de besos y abrazos. La perra, a pesar de sus muchos años, daba saltos de

alegría. A Luis, aquella escena de afecto correspondido, aunque fuera con un animal, le hizo sentirse peor. A él, nadie lo esperaba, nadie lo abrazaba. Desde la muerte de su madre estaba solo. Jamás había tenido un perro. En Ramil es cierto que había tenido contacto con alguno, los del pueblo o los de la casa, pero tampoco eran suyos, sino de su abuelo o de su tía. Tampoco recordaba que hubiese querido uno solo para él, ni que se lo hubiese pedido a su madre o al abuelo. Realmente había sido un niño raro. Y, en ese momento, tenía celos, celos de su tía, celos de Antonio, celos de todos los que podían amar y expresarlo. Si de pequeño hubiera tenido un perro, solo suyo, quizá todo hubiese sido diferente o, por lo menos, lo hubiese vivido de otra manera. Alguien le habría esperado y habría dormido a su lado por las noches pasara lo que pasara.

Acompañó hasta el salón a su tía, cuyas piernas se enredaban con Loira. La dejó allí, sentada en su poltrona, tranquilizándose en su mundo de programas de televisión y revistas de cotilleos. Un mundo que a él ahora le pareció indestructible, envidiable. Luego, salió al jardín a fumar. Todavía lloviznaba. Se quedó muy quieto. El dolor atravesaba sus venas.

Cuando sus cabellos quedaron completamente empapados y el agua corría ya por su cara, en un movimiento reflejo, se guareció bajo los árboles.

—La presunción de inocencia afecta a los atestados policiales y las declaraciones de los detenidos. Nadie puede ser condenado con base en su sola confesión prestada en comisaría... —declamaba ante el valle.

A pesar de lo ocurrido, había conseguido recuperar su ritmo de estudio. Esa huida permanente de sí mismo y de su entorno para adorar ciegamente un sueño había sido su sostén en el pasado y lo seguiría siendo. Era su propio esqueleto. En cuanto regresaba a sus temas y a sus códigos, un telón grueso y pesado caía inexorable sobre cualquier acontecimiento vivido, por mucho que le hubiera impresionado, incluida la muerte de su madre. Su hábil cerebro conocía perfectamente el remedio para el caos. Una vez instalado, ya fuera en la biblioteca o en medio del monte, iba cerrando con rapidez otras puertas de conciencia, una tras otra, y solo quedaba frente a él la tarea asignada para ese día. En ese instante, reiniciaba su rito como cualquier otro fanático. Incapaz de admitir duda alguna sobre su fe. En pocos minutos estaba salvado, ya permanecía concentrado en sus apuntes, memorizándolos como la verdad absoluta y redentora de todos sus pecados.

En la comarca de Olas, sin embargo, no se hablaba de otra cosa. Tras lo ocurrido con el perro de Antonio, pronto todos tomaron conciencia de la reciente desaparición, como por arte de magia, de los perros vagabundos que solían rondar sus propiedades. Muchos vecinos que pensaban que sus propios perros estaban de escapada amorosa a causa del celo también comenzaron a preocuparse. Los días siguientes, en casetas y cobertizos abandonados, y en recodos de caminos próximos a Ramil, se fueron encontrando nuevos cuerpos,

también degollados, con los mismos ojos desorbitados por el espanto. La consternación era general, pero lo peor era la sensación generalizada de que poco se podía hacer. La Guardia Civil quedaba lejos, en Arealonga. Un vacío de autoridad que nunca había sido motivo de queja para los vecinos del valle por las ventajas que tradicionalmente había supuesto para la mayoría, pues se movían a menudo, de una u otra forma, al margen de la ley. Ellos preferían sus modos y sus costumbres, se conocían bien entre sí. El Estado solo les había traído problemas a cambio de nada, y así se justificaban ante los extraños. Incluso el abuelo, defensor de tantos valores inmemoriales, se había aprovechado de ese limbo en sus líos de fincas. Sin embargo, ese sistema de autodefensa ante el exterior automáticamente dejaba de funcionar cuando existía una alta probabilidad de que el enemigo se encontrase en el seno de la propia comunidad. La ley del silencio se convertía entonces en una trampa para todos. La cizaña de la sospecha, como la bruma en el monte, lo iba envolviendo todo, impidiendo ver más allá. En este caso, Antonio, como líder natural y amo efectivo del lugar, y como una de las víctimas, había asumido la investigación. Su dolor había dado paso al odio, un odio terrible que todavía no tenía nombre. Ellos encontrarían al asesino. Junto con otros vecinos, patrullaban carreteras y caminos, recorrían el valle, buscando al criminal o criminales.

Su tía, muy excitada, le relataba los acontecimientos paso a paso, con detalle, citando nombres de vecinos y lugares donde habían encontrado más perros degollados. Él fingía escucharla, pero en el fondo, no le interesaba para nada el tema. Ese salvajismo era la venganza de algún vecino contra el valle en su conjunto. Un viejo asunto de tierras, o de ganado, en el que se hubiese sentido desamparado. En fin, lo de siempre. Aquellas mentes primitivas reaccionaban de forma visceral, aunque no por ello sin premeditación. Mientras no hubiera víctimas humanas, él seguiría a lo suyo, concentrado.

Lo único que de verdad le intrigaba era el comportamiento de su tía cuando regresaba de las sesiones con Carmen. A veces al llegar, en lugar de sentarse de nuevo frente a la televisión, se la había encontrado en el jardín paseando sin rumbo entre los árboles. El gesto de su cara reflejaba preocupación, como si meditase sobre algo y tuviese que tomar una decisión trascendental para su vida. Cuando él le había preguntado si se sentía bien, ella, fingiendo una sonrisa, le había contestado que sí, que paseaba porque Carmen se lo había recomendado. Sin embargo, Luis intuía que las pesarasas tribulaciones de su tía nada tenían que ver con acontecimientos recientes. Se trataba de algo lejano y oscuro que de repente volvía a atormentar sus pensamientos. En cualquier caso, sabía que ella era incapaz de abrir su corazón a nadie, y menos a su sobrino. Pero con Carmen podía ser diferente. Sorprendentemente, de ella sí se había hecho muy amiga, y podía estar contándole todo durante aquellas sesiones de fisioterapia, lo suyo y lo de los demás, él y su madre incluidos, por supuesto. Y eso sí era para preocuparse. Aunque por nada del mundo recurriría a su tía para llegar hasta Carmen.

Habían intercambiado algunos mensajes de teléfono. Luis buscaba a toda costa mantener la comunicación utilizando de pretexto las últimas informaciones suministradas por su tía sobre la matanza de perros, como si Carmen ya no viviese allí y no se enterase de todo de primera mano. Al final de los textos siempre abría una interrogante: aunque andaba agobiado por el estudio, a última hora estaría libre para tomar algo si ella podía. Carmen siempre respondía, pero a menudo tardaba en contestar algunas horas. La respuesta, si bien cordial, no era en absoluto amorosa, sino todo lo contrario, afectuosa pero distante. Más fría, seguramente, que la que solía tener con sus pacientes. Estaba claro que Carmen quería establecer una separación entre ambos y él no forzaría un nuevo reencuentro. Sería fatal, lo presentía. Pero lo más duro era esa sensación de fracaso que le envenenaba cada vez que perdía

el hilo de su estudio. Solía venir precedida de una excitación sexual muy fuerte envuelta en imágenes. Un mirlo del valle que le picoteaba el cerebro en cuanto se descuidaba.

Pulsó el cronómetro y observó el tiempo: cuatro minutos. Se había pasado un poco, pero estaba bien. Sacó la bolsita del tabaco y se lio un porro. Todo volvía a estar bajo control. No era una máquina, ella misma lo había mencionado. Eso le podía pasar a cualquiera. Inhalaba el humo como si hubiera estado sumergido largo tiempo en el agua de la ría, dando grandes bocanadas de ahogado. Pasaría a ver a Laura, se lo contaría todo. Ella, como mujer, podría darle algún consejo o, al menos, escucharlo. Le aliviaría. Cuánto echaba de menos sus parrafadas con Carmen, aunque solo hablara él de sus historias. Ella se interesaba mucho por lo que le contaba, pero de ella misma apenas hablaba. Además, por un extraño temor a descubrir cosas de su pasado que no le agradasen, Luis no había querido preguntarle más después de aquella conversación sobre su marido. Carmen seguía siendo para él una desconocida. Otra más en su carrera. Las anteriores, en algún momento, también le habían puesto un límite. Esas maravillosas fotos de familia, con ellas sonriendo rodeadas de sus maridos e hijos. En cuanto él mostraba sus sentimientos más profundos, un esbozo de plan de futuro, enseguida daban marcha atrás, miraban a otro lado, se apartaban. ¿Qué querían? ¿Solo sexo en sus vidas? Y cuando él había querido finalmente traspasar el límite, y ellas se habían sentido amenazadas, había sido el fin. Habían desaparecido. No volvería a ocurrir. Carmen era muy valiosa. No tenía ni marido ni hijos, era libre. Sin ninguna duda, era la mujer de su vida.

Al llegar frente a la casa de la restauradora, vio el coche de Carmen aparcado próximo a la cancela del jardín. No entendía nada. ¿Laura era paciente suya? ¿Le habría pasado algo? Apresuró el paso. Pero, al pasar junto al seto, oyó ruidos del otro lado. Un impulso de advertencia le aconsejó echar

un vistazo antes de entrar. Hundió la cabeza en el arbusto y las vio. De pie, casi pegadas a la puerta, se encontraban las dos, abrazadas. El abrazo de Laura era intenso. Su cabeza, con los ojos cerrados, reposaba sobre el hombro de Carmen. Un brazo de la fisioterapeuta apretaba el cuello de la restauradora y el otro le acariciaba el pelo. Su rostro, sin embargo, reflejaba preocupación.

Luis no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Estaban liadas? ¿El puterío de Carmen la llevaba incluso a liarse con mujeres? Todo él quedó paralizado. Hubiera querido gritarles, pero no tenía fuerzas. Por dentro, se iba descomponiendo. Una ola gigantesca, como un tsunami, barría la playa arrasándolo todo, y él estaba pegado a la arena. Contemplaría el desastre hasta el final. Carmen besó entonces la frente de Laura y, sin dejar de abrazarse, entraron juntas en la casa. Iban a follar, a hacer «la tijera», a comérselo todo la una a la otra. Sentía su corazón a punto de estallar. Entraría, iría a la cocina, cogería un cuchillo, llegaría a la habitación y las violaría. Primero a la lesbiana y después a la mayor zorra que había conocido en su vida.

El coche avanzaba hacia donde él la estaba esperando. Ella iba al volante. Inmediatamente, se puso en medio de la calzada para que parase, o le atropellase, le daba igual. La miró fijamente, la odiaba. Ella, al reconocerlo, dudó unos segundos y después frenó en seco a escasos metros. Luis corrió hasta su ventanilla y golpeó el cristal. Carmen, sin alterarse en ningún momento, lo bajó.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Todo el discurso de insultos y reproches que había construido durante la espera se derrumbó ante su sola presencia. Seguía pegado al suelo de la orilla mientras la ola gigante lo devastaba todo. Un hilo de voz salió de su garganta:

—¿Por qué no quieres verme? —Aquello era una súplica, resultaba

patético, lo sabía.

—Estoy trabajando, ando muy ocupada estos días.

Se iba poniendo cada vez más nervioso. La verdad, quería la verdad. Al precio que fuera.

—¿De qué conoces a Laura? ¿Es que estáis liadas?

Ella no se inmutó.

—Sube al coche.

Luis no sabía qué hacer. En el fondo, le daba pavor conocer la verdad de sus labios.

—Te he dicho que subas. Vamos. —Era un orden.

Haciendo un último esfuerzo, pasó por delante, abrió la otra puerta y se metió en el coche. Carmen arrancó. Por unos minutos, permanecieron en silencio.

En cuanto salieron del pueblo, ella detuvo el coche en un arcén. Su mirada rebosaba indignación, ira.

—¿Me estás espiando?

Él se había quedado sin palabras. Ya se estaba arrepintiendo de lo que acababa de hacer. La amaba tanto... Lo último que quería era perderla. Si él era el único hombre de su vida, aceptaría compartirla con una mujer. Qué importaba.

—Laura es una chica que lo ha pasado muy mal, y en un momento de su vida yo la ayudé como médica. ¿Algún problema?

Carmen también se fue serenando, su voz sonaba ahora más conciliadora. Él experimentó un gran alivio al oír la explicación.

—Lo sé. Me ha contado cómo se portaron con ella en la universidad y por qué tuvo que dejarlo.

Los labios de Carmen se fruncieron un segundo.

—Sé que estás sometido a mucha presión por los exámenes de las

oposiciones, pero intenta relajarte de otra forma que no sea fumando porros. Pueden provocar paranoias de las que luego uno se arrepiente.

Luis no sabía dónde meterse de la vergüenza.

—Ahora, por favor, sal del coche. Tengo mucho trabajo.

Hundido, abrió la puerta. ¿Cómo podía solucionar su metedura de pata? Descendió lentamente, pero se dio la vuelta e introdujo de nuevo la cabeza dentro del vehículo.

—Perdóname, con toda la historia de los perros degollados, y como voy un poco retrasado con los temas, ando un poco alterado. ¿Nos vemos uno de estos días? Podríamos ir a la Cueva del Santo. Aún no la conoces.

Ella se lo pensó un momento.

—Bueno, ya hablamos. Te llamo mañana. —No había el menor atisbo de sonrisa en su rostro.

Él rompería aquel hechizo, o por lo menos lo intentaría.

—¿No me das un beso? —preguntó, pero no sirvió de nada. La diosa estaba muy enfadada.

—No.

Él cerró la puerta. De repente, se notó sin fuerzas, agotado. Sus pies le pesaban como losas. El coche reemprendió la marcha y desapareció al final de la carretera.

TERCERA PARTE

Había dormido de un tirón, pero seguía agotado. No había habido ni sueños ni descanso. Simplemente había dejado de existir durante más de doce horas y, aun así, no había sido suficiente. Su tía, como siempre, no despegaba la mirada de la pantalla de la televisión. Sus dedos desplegados en un intento de absurda pulcritud cogían una a una las tostadas rociadas con aceite de oliva para llevárselas a la boca. Todo un exotismo para las costumbres de la región que su abuela había importado del sur, donde había pasado la Guerra Civil. Esa afición la había transmitido a sus hijas.

Aquella misteriosa mujer de las fotografías era objeto de una adoración casi obsesiva por parte de ellas. Su madre también, aún en los peores momentos de su vida, nada más levantarse por las mañanas, daba igual la hora que fuese, ponía pan a tostar para después sentarse tranquilamente a tomarlo con aceite. El mundo, allá afuera, podía estar derrumbándose que ellas seguirían con aquel pringoso ritual cada mañana. Sin embargo, con él se rompía la cadena. Sentía náuseas solo de pensar en aquellas rebanadas bien mojadas en aceite y rebozadas de azúcar con las que, de pequeño, habían querido convertirlo en otro adicto.

Tanto la una como la otra, cuando querían magnificar algo solían añadir «a mamá le encantaba» o «mamá también tenía uno», dotándolo así de una poderosa aura. En el antiguo dormitorio de los abuelos en el piso de arriba, velado por los visillos, el tocador era una suerte de altar consagrado a su memoria. Del espejo ovalado colgaban largos collares de cuentas de colores tan transparentes como sus ojos. Sobre la oscura madera, el cristal tallado de

los frascos de colonia aún llenos centelleaba junto a los cepillos de plata con sus iniciales grabadas. El espejo de mano, vuelto hacia abajo, parecía no querer dejar escapar los últimos reflejos de sus rasgos. Pero el objeto más sagrado, según ellas, se hallaba dentro de uno de los cajones, las cartas de amor del abuelo a la abuela, atadas con cintas de seda y una diadema del pelo. En el fondo, eran dos absurdas románticas, dos ilusas, cada una en su estilo. Así les había ido a ambas en la vida.

La tertulia televisiva matinal se cebaba en ese momento con la familia real. Unos y otros se esforzaban en hacer el comentario más destructivo, más irrespetuoso, señalando toda clase de detalles escabrosos que aseguraban saber de fuentes muy cercanas a Palacio. Faltaba poco. En breve, esas cacatúas se transformarían en aquellas viejas parisinas que, sentadas frente a la guillotina, hacían punto y entre risotadas charloteaban ávidas de contemplar sangre azul derramada. Su tía, hipnotizada por las imágenes, parecía divertirse mucho con el espectáculo. Era una hipócrita. En un lugar privilegiado del salón, y enmarcada en plata labrada, lucía la foto dedicada al abuelo por los padres del rey en su época de exilio. Tanto venerar a los antepasados y a sus tradiciones cuando quería hacer alarde de su buena casta para luego preferir el chiste fácil, el escarnio de esas figuras que precisamente simbolizaban todos esos valores que ella decía defender. En algún momento de la reciente historia, que él no alcanzaba a identificar, debió de producirse la quiebra entre la nueva monarquía y esa derecha rancia y mojigata que tan bien representaba su tía. ¿Quién había traicionado a quién? Sus mejillas descolgadas, sus párpados marchitos, su bata de tela sintética ribeteada de encajes probablemente *made in China* eran los nuevos tiempos.

Sagrario entró con más tostadas. Luis la miró con cierta sorna.

—¿Mi tía no dejó nada del bizcocho de ayer?

La buena mujer se rio.

—No te preocupes. Esta tarde hago otro.

La señora de Merlachoca, sin inmutarse, regresó sin prisas de su mundo paralelo.

—Anoche aparecieron más perros degollados en San Andrés, ¿a que sí, Sagrario? —Entre asustadas y morbosas, las dos mujeres intercambiaron las últimas informaciones, el asesino o asesinos ampliaban su campo de acción a los últimos confines del valle. Su tía se puso a acariciar a Loira, que coleaba a su lado—. Matar perros sin razón alguna. Quien haya sido es alguien pero que muy amargado, sin corazón. Seguramente, una persona solitaria. La soledad es peligrosa, despierta los recuerdos más penosos y hay que aprender a sobrellevarlos. —Se quedó con la mirada perdida un momento.

Él se percató de que ella en realidad hablaba de sí misma.

—A ver si, cuando acaben con los perros, van a comenzar a matar personas —sentenció su tía, abriendo mucho los ojos.

—No diga eso, señora, que ya estamos todos aterrorizados.

Luis aprovechó para meterles más miedo.

—No me extrañaría nada. En este pueblo vive gente muy loca...

La tía, burlona, fingió repasar en su cabeza la lista de sus vecinos, buscando sospechosos.

—Pues aquí nunca había pasado nada igual hasta ahora... Y el último en llegar al valle fuiste tú. —Sus ojos grises le acribillaron—. Explícamelo tú, juez de tres al cuarto.

De repente, él se echó a reír de forma incontrolada, como si quisiera confirmar la ironía de su tía. Carcajadas inesperadas que las dos mujeres prefirieron no interpretar para no profundizar en el asunto. Pero su sorprendente reacción nada tenía que ver con aquello.

En el interior de Luis, una mano desconocida por fin acababa de abrir la esclusa, las aguas nauseabundas salían presurosas, aliviando su mente. Carmen

y Laura eran solo amigas, eso era todo. Todo estaba bien. El sol otra vez brillaba con fuerza. Tras las ventanas, se oían los pájaros. Una corriente de optimismo recorría de nuevo su cuerpo. Laura era una criatura indefensa, él lo sabía bien, había sufrido mucho. Necesitaba protección. Carmen y él se la darían, compartirían esa misión.

Luis, muy animado porque ahora lo entendía todo, decidió pasar a ver a Laura antes de retomar su estudio en el monte. Hacía un día magnífico, el aire fresco de la mañana acariciaba su piel. Al subir por el camino observó un todoterreno aparcado frente a la ermita, pero no era el coche blanco del amigo de Carmen. Apresuró la marcha, las palabras de su tía durante el desayuno resonaron en sus oídos: «Cuando acaben con los perros, van a comenzar a matar personas».

La gran puerta de madera estaba entornada. Un manto de húmedo frescor le envolvió al entrar. En el interior, andamios y lonas tapaban el techo. Por las estrechas ventanas penetraban los rayos del sol, haciendo jirones en la penumbra. Oyó una voz de hombre que murmuraba algo en lo alto. Luis se asustó y la llamó.

—¿Laura?

El murmullo continuaba. Avanzó corriendo hasta el fondo de la nave, una escalerilla de hierro ascendía hacia lo alto del ábside. Subió a toda prisa. Después de atravesar el cielo de lonas, ante sus ojos surgió a trazos, iluminado por unos focos, el firmamento policromado de la ermita. Laura se hallaba en el extremo opuesto, inexpresiva, vestida con un mono azul que la hacía aún más frágil. A su lado estaba Antonio, con el rostro encendido. ¿Qué hacía el cabrón ese allí? Lo odiaba, era algo visceral que era incapaz de evitar.

—Laura, ¿estás bien?

Ella, sin moverse, esbozó una sonrisa forzada que delataba una fuerte tensión interior. Antonio, con una sonrisa de complicidad, se acercó a Luis.

—Yo ya me iba. No pasa nada. —Al pasar a su lado, lo tomó del brazo—. Esta tonta ni se había enterado de que entre nosotros hay un asesino de perros. Pero ten cuidado con estas mosquitas muertas, son las peores.

Luis no pudo reprimir un gesto de desprecio en su rostro. El amo del valle desapareció bajo las lonas.

Al aproximarse, observó cómo Laura se aferraba temblorosa a los tubos de los andamios.

—¿Te ha hecho algo?

Ella, sin embargo, le habló desde una extraña quietud.

—No, para nada. Solo me ha estado haciendo algunas preguntas. Si había visto perros muertos por el monte o algo sospechoso.

Luis se llenó de rabia; los prepotentes enseguida se lanzaban a intimidar a los débiles, aunque solo fuera para alimentar su ego.

—Si alguna vez alguien de aquí intenta hacerte daño o te amenaza, me lo dices.

Para su sorpresa, ella encontró la sugerencia divertida.

—¿A mí? No creo. De todas maneras, gracias.

Él se sintió ridículo, víctima de sus propias inseguridades. Debía controlarse o todos terminarían por pensar que realmente estaba mal de la cabeza.

—Por si acaso, Laura. Nunca se sabe. —Cambió de tema rápidamente—. Bueno, ya que estoy aquí, enséñame lo que haces. Nunca habría imaginado todo esto.

A Laura se le iluminaron los ojos.

—Pues claro. Mira, el ábside ya está terminado. Eso que ves allí es un

pantocrátor, que significa «todopoderoso» en griego. Así se llama a esa representación de Dios y de Jesús en una misma figura, rodeado por los cuatro apóstoles evangelistas.

La imagen era muy potente, mucho mayor que las que la rodeaban, y se hallaba encerrada en un óvalo. La expresión del rostro divino no era altiva ni cruel, todo lo contrario, transmitía paz, sosiego. Su mano derecha bendecía a los fieles, mientras que la izquierda sostenía los evangelios, la nueva alianza entre Dios y los hombres. El azul y el rojo desconcertaban por su sorprendente viveza. El trabajo de restauración estaba rescatando a Dios del olvido de sus criaturas, devolviéndole su inquietante presencia. Él lo veía todo, lo sabía todo del hombre. Aquel perturbado del primer día, ahora alfarero en San Andrés, lo buscaba por el monte cuando en realidad se encontraba ahí mismo, donde siempre había estado.

—Ahora estoy trabajando en ese lateral. —Laura, por primera vez tomando la iniciativa, lo condujo por los andamios hasta el muro—. Fíjate qué suerte he tenido: el demonio, el tema de mi proyecto de tesis. Casi todas sus representaciones tienen como origen una misma fuente de la Biblia, el libro de Job.

Y en verdad era así, allí se encontraba la imagen espeluznante del demonio. Vagamente, le recordó la cabeza de piedra que adornaba la entrada de Merlachoca. El libro de Job relataba los terribles sufrimientos que el demonio infligía por instigación de Dios al pobre Job para que este demostrara su inquebrantable fe.

Sin más preámbulo, Laura, muy seria, se puso a recitar los salmos bíblicos.

—«¿Quién abrió las puertas de su boca? ¡Reina el terror entre sus dientes! Resplandor es su estornudo, sus ojos son como los párpados de la aurora. Salen antorchas de sus fauces, chispas de fuego saltan fuera. De sus narices

sale humo, como de una caldera hirviente puesta al fuego. Su aliento encenderá carbones, pues una llama sale de sus fauces...»

Luis se sobrecogió al escucharla. Aquella no era su voz de siempre. Era una mujer fuerte y segura la que declamaba y le hacía ver los frescos con otra luz. El dragón de sus cuentos infantiles estaba allí. Era el demonio medieval, de escamas verdes y ojos amarillos. De su enorme boca salía una estela de fuego que iba abrasando a los pecadores agrupados según el pecado cometido: lujuria, soberbia, avaricia, mentira. Seres obscenos, grotescos, deformes, horriblos, en eso se convertían los que desafiaban el orden de Dios. Ese era el objetivo de aquellas pinturas, provocar miedo, temor a las consecuencias del pecado para que nadie se atreviese a cometerlos.

—¿No te dan miedo? Son espantosas. —Laura, en ese entorno tan mágico, había crecido en todos los sentidos, mimetizándose con las figuras de los muros.

—Era un mundo más seguro que el nuestro. Si cumplías los mandamientos, nada te podía ocurrir. Dios te amaba y el demonio fracasaba en sus intentos de tentarte, el cielo estaba a tu alcance. En nuestro mundo, en cambio, a nadie le importa Dios, pero el demonio sigue actuando aunque estemos ciegos para poder reconocerlo.

Luis no supo cómo interpretar esas palabras propias de una cristiana fundamentalista. Nunca lo habría imaginado en ella. El ser humano en verdad era inclasificable, imprevisible.

Admiró su nuca al descender de los andamios. En aquel decorado, su cabellera de muchacho y su piel tan blanca le daban el aire de un ángel del barroco. Solo faltaba que dejara de esconder sus alas bajo el mono azul.

—Imagino que no viene nadie a rezar. Nadie te molesta en tu trabajo. —Entonces, tuvo una idea brillante para terminar de ponerlo todo en su sitio—. Ven, vamos a hacer un poco de teatro en el confesionario. Ya sabes que el

sacramento de la penitencia borra hasta el peor de los pecados. Eso es lo bueno de la religión católica. —Luis se sentó dentro, en la parte del cura, y apoyó su mochila de apuntes en el suelo. Laura, un tanto recelosa, se arrodilló. Luis susurró—: Querida hermana. Ahora puedes contármelo todo.

A ella le entró una risita nerviosa, no rechazaba el juego.

—¿Qué quieres que te cuente?

Luis puso una voz grave.

—¿Cuándo tuviste sexo por última vez? —Podía observarla a través de la rejilla de madera. Ella parecía dudar.

—Ya te lo dije. —Laura lo miró directamente—. A mí el sexo no me interesa.

Él entonces se hizo el escandalizado para divertirla.

—¿Que no te interesa? ¿Nunca has tenido sexo con algún chico? —Luis sabía que estaba entrando en terreno peligroso, pero ya no podía parar. Necesitaba a toda costa confirmar la explicación que Carmen le había dado de su relación, aunque para ello tuviese que forzar las cosas—. ¿O con alguna chica?

Pero ella no se molestó, aunque sus gestos fueran duros al hablar, como si de verdad él fuera un sacerdote y estuvieran en confesión.

—No soy lesbiana ni bisexual, si a eso te refieres.

¿Estaría diciendo la verdad? Igual que si fuera un juez estrella ante un acusado torpe, le puso las pruebas sobre el estrado mientras se dirigía a ella con mucho cariño como un astuto zorro.

—Laura, a mí me da igual lo que seas, de verdad. Si te lo pregunto, es porque he visto la foto que tienes de salvapantallas en tu ordenador. —Era la foto en la que ella aparecía con la chica gordita también muy masculina.

Laura bajó la cabeza, quería defenderse.

—Es Rosalía, mi amiga de la carrera, vive en Canarias. —Hizo un silencio.

Después, comenzó a hablar de forma alborotada—. Soy distinta, ya está, no me van esos rollos del sexo. Luego, en el departamento de historia del arte, empezaron a decir que si yo era lesbiana, porque no me acostaba con nadie. La catedrática y los demás no me dejaban en paz con sus insinuaciones. —Su voz se volvió de repente quejumbrosa—. Era horrible, ya te lo conté. No podía más, se lo dije a mi madre. Ella me obligó a poner una queja en el vicerrectorado y llegué a hablar con el decano, pero como no tenía pruebas, se quedó en nada y encima, el muy falso, después fue a contarle a mi catedrática que yo la había querido denunciar. —Tras la rejilla de madera, veía su rostro desencajado—. Todo fue a peor, me puse fatal, estaba muy nerviosa. Por las noches, cuando cogía el coche para regresar a casa, a veces me perdía y aparecía en otros pueblos de la sierra, desorientada. No podía dejar de pensar en todos ellos y sus mentiras. Menos mal que llegó Fátima.

A Luis se le encendió la mirada, aquello podía ser el hilo de la madeja.

—¿Fátima?

Laura se quedó callada, cerró los labios y miró hacia los lados como si hubiera dicho algo que no debiera, un secreto. Pero ella misma se dio cuenta de que ya no podía echarse atrás.

—Otra becaria, como yo, una chica medio francesa, medio marroquí. Cuando Fátima llegó al departamento me sentí mejor. Le expliqué todo lo que me estaba pasando y me comprendió. —El recuerdo de aquella chica, Fátima, la animó. Sus ojos brillaban, aquella relación había sido sin duda muy especial para Laura—. Trabajábamos juntas, nos ayudábamos, nos repartíamos las tareas que nos mandaban. Ella hacía su tesis sobre un tema que yo conocía bien, la escultura mozárabe. A veces, traía comida que cocinaba en casa y la compartía conmigo. Si hacía buen tiempo, salíamos a pasear por el campus. Nos reíamos mucho de los demás, de sus estupideces. Como decía ella, gente pequeña, insignificante... y lanzaba una maldición en árabe.

El torrente de imágenes del pasado fluía incesante tras su mirada hasta que, de imprevisto, llegó una que lo congeló todo. Había algo más.

—Un día descubrí que bajaba a tomar café con los demás sin decirme nada. Ellos habían conseguido ponerla de su parte. —Ahora era Laura la que hacía de juez—. Fátima se convirtió en otra trepa que ponía solo su nombre en lo que hacíamos juntas. Me ocultaba cosas, hablaba mal de mí a mis espaldas. La muy imbécil pensaba que yo no me daba cuenta, pero la veía por los pasillos escondiéndose de mí. Terminó por enrollarse con un profesor titular. Y eso que tenía un novio. —Su voz se tensó como un cable de acero suspendido en el cielo, duro y cortante a la vez. Había ahí odio, mucho odio acumulado—. También la zorra de la catedrática estaba enamorada de ella. Solo de verlos a todos ellos juntos, me daba asco. Luego, ella también comenzó a vigilarme, a meterse abiertamente conmigo, como si nunca hubiésemos sido amigas. Entraba sin llamar en mi despacho cuando estaba trabajando para ver lo que estaba haciendo, revolvía en mis cosas... Me habían vuelto a acorralar y yo me encontraba mal, muy mal. —Parecía a punto de echarse a llorar.

Luis se levantó del confesionario y fue junto a ella. Sentía mucho haberla puesto bajo tanta presión para saber la verdad, pero no había sabido hacerlo de otra forma. Todo se ponía en su sitio, las piezas encajaban, podía respirar tranquilo. El interrogatorio había concluido de forma satisfactoria para el curso de la investigación. A Laura le atraían las mujeres, se enamoraba de ellas, era lesbiana. Siempre había sido así, aunque no lo reconociera y prefiriera negarlo. Pero nadie tenía derecho a crucificarla, bastante tenía ella ya con no asumir su orientación sexual. Los amores de Laura eran platónicos, inofensivos, como el que debía de tener por Carmen, su querida Carmen, que tan solo quería ayudarla.

La historia de Laura, sin embargo, le seguía conmocionando. En qué país vivían, todo resultaba asqueroso.

—Esos hijos de puta tienen suerte de que en España no sea legal tener armas, como en América. —Con mucha delicadeza, Luis puso una mano sobre su hombro. Ella no la rechazó, su mente estaba en otra parte.

Él prosiguió su discurso. Una extraña lucidez se había apoderado de sus pensamientos. Recordó la masacre de Columbine en la que dos adolescentes norteamericanos, sin motivo aparente, habían entrado en su instituto, fuertemente armados y provistos de explosivos, para asesinar a todo el que se les pusiera por delante. Una película sobre ese crimen le había hecho reflexionar y ahora todo aquello cobraba un nuevo sentido. Nada sucedía porque sí, todo tenía su lógica. Hasta el crimen más brutal y más absurdo respondía a una cadena de causas, de decisiones personales, y, por tanto, en algún momento, se podía haber evitado. Ese debería ser el fin último de la justicia de los hombres, no el castigar a los culpables por el mal provocado, sino, por medio de un análisis riguroso de los hechos, poder llegar a conclusiones que ayudaran a evitar que otros pudieran repetirlo en el futuro. Sus palabras resonaron sobre los muros de piedra.

—Todos esos locos que un día cogen un arma y entran en su casa, en un instituto o en una fábrica, y empiezan a disparar. Seguro que la mayoría son víctimas de acoso, como en tu caso. El acoso colectivo no es otra cosa que la reacción del sistema cuando alguien se sale de lo establecido. Claro que los acosadores no cuentan con la locura, confían en que su víctima se hunda y desaparezca sin capacidad de reacción. Pero si la víctima es una persona que, aunque aparentemente sana, posee, sin embargo, un rincón oscuro en su cerebro que nunca ha despertado y que se puede activar por el estrés del acoso, entonces todo cambia. —El suceso de Columbine luego se había repetido en otros sitios, normalmente en pueblos idílicos de Norteamérica, matanzas a primera vista sin sentido—. Una mañana su nivel de contención llega al límite y ese lado oscuro estalla, como una bengala en el cielo.

Entonces cogen un arma, entran en el lugar donde sienten que son víctimas de acoso y comienzan a disparar contra todos, sin discriminación, en un instinto loco de supervivencia. Pero ¿quién es el culpable?

Los dos se quedaron un rato callados. Luis comprendía, una vez más, lo difícil de la tarea de juzgar. Laura se levantó del banco con gesto decidido. Parecía haber resuelto, ella también, algo en su conciencia.

Él, contento de su labor, le sonrió.

—Y ahora, a currar.

La restauradora desapareció por la escalerilla, despidiéndose de él con una mirada de agradecimiento.

Laura y la ermita estaban construidas del mismo material, resistencia y serenidad frente a las amenazas.

Estuvo estudiando en el monte hasta que la noche cayó sobre su cabeza y no pudo ya leer una palabra más en sus apuntes. La tranquilidad de su espíritu había ahuyentado los fantasmas de los últimos días. La paz que le embargaba desde por la mañana le había ayudado a recuperar parte del tiempo perdido. Había logrado incorporar hasta cuatro temas nuevos en su archivo mental. Frescos, fluidos, indelebles ante cualquier temporal. Además, «el reconocimiento en rueda» le había llamado especialmente la atención. Se practicaba poniendo, a la vista del testigo que tuviera que realizarlo, la persona sospechosa que debiera ser reconocida, haciéndola comparecer junto con otras de aspecto físico semejante. Una vez en presencia de todas estas personas, y desde un punto en que no pudiera ser visto, y que debería verificar el juez para garantizar su protección, el testigo tenía que manifestar, de forma clara y determinante, designándola, si la persona a quien hubiese hecho referencia en sus declaraciones se encontraba entre las personas de la rueda de reconocimiento. Culpabilidad equivalía a destino.

Cenó solo en el comedor. Por primera vez en mucho tiempo, saboreaba cada bocado. Repitió de todo. Sentía un hambre infinita. Cuando ya no pudo más, sin molestarse en advertir a su tía, volvió a salir. Hacía hasta frío.

Sacó su bolsita y se lió un porro, deleitándose en su minucioso proceso de elaboración. Deshizo con los dedos las finas hebras de tabaco en la palma de la mano. Las mezcló suavemente con la hierba prodigiosa. Extendió con cuidado la mezcla sobre el papel de fumar. Lo enrolló con las yemas hasta dejar el filo de papel necesario. Después, con la lengua, lo empapó bien de

saliva sin mojarlo. Finalmente, cerró el envoltorio y lo admiró por unos instantes. Lo encendió con la vista puesta en el astro lunar. El fuego llegó poderoso a sus pulmones. Le sabía a gloria.

Su padre también fumaba, como un carretero. Era lo único que había sacado de él, un vicio. De niño, le gustaba cogerle el mechero, un Zippo de acero de lomos suaves y cálidos. Lo manoseaba un rato entre las manos y luego lo abría para aspirar su olor a gasolina, que le embobaba. El clímax llegaba al cerrarlo de golpe y oír su chasquido limpio y seco. Su padre nunca había sido capaz de decirle nada agradable, solo duras recriminaciones cuando sus notas no eran buenas o su madre le comentaba que había hecho algo malo, lo que por fortuna no había sido frecuente, pues era bastante inocentón. Su silencio significaba aprobación. Sus felicitaciones eran puramente materiales. Comprarle cosas que respondían a los gustos de un niño que no era él, sino su propio padre: juegos de guerra, maquetas militares, libros de hazañas de las guerras mundiales, ropa dura con colores de camuflaje, como si quisiera prepararlo para algún conflicto armado. A su madre todo aquello le ponía negra, ella tan libertaria. Luis le había tenido miedo. Su única forma de protesta había sido arrinconar sus regalos, ignorarlos.

Cuando empezó a fumar, su ilusión hubiera sido tener un Zippo, como el de su padre, pero no se atrevió a comprárselo, quizá para no acordarse de él. Usaba los mecheros de usar y tirar. Ahora le daba igual. Cuando fuera juez, se compraría uno, de acero. Lo pondría en su mesa de trabajo junto a los códigos. Para abrirlo de vez en cuando y oler la gasolina. Dio una nueva calada. Quizá también lo llamara, para contarle su triunfo, aunque no quisiera volver a verlo. ¿Dónde estaría su número de teléfono? ¿Seguiría viviendo en aquel apartotel? ¿Estaría vivo?

No se veía un alma por las calles. Al llegar a la plaza, se extrañó de ver los cierres metálicos del bar echados como si estuviera cerrado. Se acercó. Había

luz en las rendijas, dentro todavía estaría Pablo. Se oía música, risas, una conversación. Luis golpeó varias veces sobre la persiana, él también tenía ganas de fiesta.

—¡Eh, Pablo! ¡Soy yo! ¿Te molesto?

Se hizo un repentino silencio. Por un momento, pensó que quizá el chico estuviera allí con algún amante del ciberespacio.

Haciendo un ruido ensordecedor, alguien alzó desde el interior el cierre. Para su sorpresa, era Antonio, con una copa en la mano.

—Vamos, entra. —Sus penas por la muerte de su perro eran ya un capítulo del pasado.

Al fondo, Pablo y Carmen bailaban abrazados.

—¡Hola, cielo! ¿Tú sabes bailar salsa? Este es un patoso y lo único que hace es dar saltitos.

Luis se quedó mudo, no la reconocía. ¿Qué hacía ella con esos dos ahí encerrada? Además, era evidente que se había tomado también unas cuantas copas con ellos. Toda esa frialdad, o mejor dicho, profesionalidad, que transmitían sus movimientos y gestos, aún revestidos de una extrema amabilidad y cercanía, se había esfumado. Allí solo había una mujer madura restregando su cuerpo sin ningún tipo de pudor contra el de un jovencito afeminado. Carmen se sabía incluso las letras de las canciones y las cantaba en alto mientras se contoneaba con la cabeza echada ligeramente hacia atrás. Se sintió asqueado, como si bebiera de un colorido cóctel que, al primer sorbo, le hiciera entrar ya en una resaca profunda. Aquella no podía ser la que él amaba con toda su alma. Algún demonio del valle que no alcanzaba a imaginar la había convertido en lo que más le podía horrorizar en una mujer: inestabilidad y exhibicionismo a la par, y a partes iguales. La imagen de su madre pasó fugazmente por su cerebro.

Apoyó la espalda en la barra y los contempló con desprecio. Se fijó en

Antonio, que estaba a su lado. El viejo verde los miraba arrobado, lo estaba pasando en grande. Seguro que ella antes se había restregado también con ese cerdo. Le daba igual hacerlo con cualquiera. Una parte de él quería marcharse ya, dar un gran portazo, pero otra, desde lo más oscuro de su ser, deseaba seguir los sensuales movimientos del cuerpo de Carmen al ritmo de la música.

La canción terminó y comenzó una nueva.

—Esta la bailas conmigo. —Carmen se acercó a él decidida, con el rostro encendido por la música y las copas—. Vamos, no seas tonto, si es muy fácil.

Luis se puso rígido, por nada del mundo bailarían con ella en esas condiciones. Además, tenía miedo de que ella lo volviera a rechazar y encima se riera a su costa delante de los otros. Pablo, contoneándose, llegó en su ayuda y juntos lo arrastraron hasta el espacio que hacía las veces de pista en medio de las mesas.

Carmen lo tomó de ambas manos. Lo miraba con dulzura, esa dulzura que hacía unos días había dado por perdida.

—Venga, déjate llevar. —Poco a poco, comenzaron a moverse al mismo ritmo y él se fue relajando. Antonio y Pablo se fueron detrás de la barra a servirse otra copa. Se notaba que existía una extraña confianza entre ellos, el cacique machista y el niño marica. Nunca lo habría imaginado.

—Pues no te mueves mal del todo. —Sus húmedos ojos desprendían la misma energía que imantaba todo su cuerpo—. Deberías cortarte el pelo. Aunque solo fuera un poco. Estarías aún más guapo.

Él fingió no haberla oído. Rozaba sus muslos, sus pechos. Las manos se aferraban a sus caderas. Pero, una vez más, era ella la que tenía el mando, ese era el precio.

—Me encanta bailar, y no voy a dejar de hacerlo aunque el destino me haya traído a este pueblo inmundo.

Era maravillosa, sí, incluso en ese estado, y él la quería, no podía evitarlo,

demasiado tarde. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—La salsa me vuelve loca. Antes, todos los años iba a Punta Cana, en República Dominicana, ¿lo conoces?

Luis asintió sin abrir la boca.

—A Gabriel también le encantaba. Por las noches, nos perdíamos en tugurios de mala muerte de los alrededores bailando hasta el amanecer.

Gabriel, el aguerrido abogado de oficio defensor de los pobres del mundo.

—Gabriel tu ex, ¿no?

Carmen levantó la cabeza de su hombro. Su boca permanecía entreabierta. Las pupilas se hundían en un mar revuelto. Ella acababa de reconocer una luz roja de peligro en algún lugar de aquel oleaje.

—Sí, mi marido. —Sus labios formaron una piedra, dura e impenetrable—. Un hombre alto, fuerte y guapo, y que bailaba maravillosamente. La gente se quedaba atontada mirándonos.

Lo dijo sin emoción alguna, como si hablara de dos extraños. ¿Por qué le hablaba de todo eso? ¿Es que quería dejarle claro que él no estaba al nivel de su ex? Decían que bailar bien era sinónimo de hacer bien el amor. Era una zorra, como siempre había pensado. Pero él conocía muy bien el tipo de marido que solían tener estas cuarentonas calientes, era un experto. Tenía ganas de hacerle daño.

—Seguro que a menudo se iba de viaje de negocios, ¿a que sí? Viajes de los que luego no se molestaba en darte una explicación. Eso es lo que pasa después de tantos años, las parejas se aburren y buscan por otro lado.

Carmen no esperaba ese golpe; se paró en seco y se desasíó de él cerrando los puños. Estaba furiosa, hablaba atropelladamente.

—Que sepas que Gabriel no era así, para nada. ¿Viajes de negocios? Él no se dedicaba a eso, no le interesaban los negocios, y no iba a ninguna parte sin mí. A Gabriel lo conocía todo el mundo, siempre nos estaban invitando. Y si

no teníamos plan, o nos apetecía, entonces nos escapábamos los dos solos. A la montaña, al mar. O sacábamos unos billetes a última hora y nos íbamos a Lisboa o París. Qué sabrás tú de mi vida, si eres un niño.

Otra mujer que se enfrentaba a un juez cuando debía dar explicaciones sobre su vida personal. Aunque esta vez, el asunto se le había ido de las manos. Carmen estaba fuera de sí.

—Estábamos siempre juntos, siempre, que te quede bien claro. ¿Me oyes?
—De repente, se dio la vuelta y bajó la cabeza. Estaba llorando.

Luis no sabía qué hacer. Se acercó a ella y le rodeó la cintura por detrás. Su cuerpo se agitaba, era un llanto lleno de angustia. Su aparente frialdad escondía una pena inconsolable. Era igual que las demás. Gabriel había sido un cabrón con ella, de eso no tenía ahora la menor duda. Pero, por suerte, estaba muerto, ya no le haría sufrir más. Además, le había conocido a él, a su salvador.

Aquello no duró más que unos segundos eternos; Carmen enseguida se recompuso.

—Me quiero ir a casa. Se acabó la fiesta para mí. —Se desembarazó de sus brazos bruscamente. Tenía todo el maquillaje corrido. Su voz de nuevo sonó suave, cautivadora—: ¡Chicos! Acompañadme hasta casa, por favor. Estoy agotada.

Antonio y Pablo, sus nuevos compinches, charlaban animadamente, no se habían enterado de nada. Luis, impresionado por su descubrimiento, se apartó a un lado. Ella no quería mirarlo a la cara, como si él hubiera sido el verdadero culpable de su sufrimiento.

En la calle, ella retomó el mando llena de energía. De un brazo llevaba a Pablo y del otro a Antonio. Él caminaba detrás, cabizbajo, escuchando sus pesadas bromas de tono sexual. Cualquier rechazo de Carmen le volvía pequeño, insignificante.

Frente a la casa de Carmen, se despidieron. Para sus bufones, sendos arrechuchos empalagosos que le resultaron una vez más repugnantes. Para él, dos besos gélidos en las mejillas. La bailarina de las caderas poderosas y el pecho generoso desapareció tras el portón. Luis, todavía bastante afectado, dijo adiós a los otros sin esperar respuesta, y se alejó incapaz de pensar en nada.

Al cruzar el umbral de Merlachoca, su móvil vibró en el bolsillo del vaquero. Era ella: «Vuelve, te estoy esperando. He dejado la puerta abierta». Dios apretaba mucho, pero rara vez llegaba a ahogar. Corrió de vuelta hasta su casa en medio de la noche. Todo era silencio. Alguien había hecho desaparecer los perros del valle para dejarlos solos, sin testigos, ante un próximo acontecimiento que se avecinaba y todos desconocían. Pero a él no le importaba. Podría con todo.

La encontró desnuda, echada en la cama, sus ojos llorosos brillaban a la luz de la luna que entraba por la ventana. Sin quitarse la ropa, se lanzó sobre ella con cierta violencia, olvidándose de cualquier contemplación anterior. De golpe, un camino a su más oscura verdad se acababa de abrir ante él. Quería someterla, humillarla. La penetró empujando con fuerza, aprisionando su cabeza contra la almohada y el cabezal de la cama. Ya no necesitaba ningún permiso, ni instrucciones ni gestos de aprobación por su parte. Ella solo gemía, como un animal herido. No había marcha atrás, el secreto era ese, volverse una fiera, un salvaje. Esa era la forma en que la había tratado su marido, era a lo que estaba acostumbrada, la única forma de conseguir que lo amase de verdad. Porque su rival era Gabriel, el muerto, el hijo de puta por el que Carmen seguía sufriendo.

Cuando hubo terminado, esperó a que, como otras veces, ella lo echase de la cama, pero no lo hizo. La sintió a su lado serena. Con los ojos muy abiertos contemplaba, tras la ventana, las mil y una estrellas de la noche. Luis imaginó

que ella pensaba en el muerto, el abogado maravilloso, un pijo vestido de punta en blanco. Seguro que, por hacer algo en la vida, porque en realidad no lo necesitaba, se dedicaba a ayudar a los que no llegaban a fin de mes, y luego le ponía los cuernos a su mujer con cualquiera. Cuánto la amaba.

Quiso sacarla de su maléfica ensoñación.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado más así? —Al instante, se arrepintió de la estupidez que acababa de decir.

Ella no se movió.

—Lo que importa es con quién estés, no cómo lo hagas.

Estaba desviando el tema. Luis contraatacó.

—Pero él ¿cómo lo hacía? ¿Así? —Necesitaba saberlo.

Carmen giró la cabeza.

—Gabriel era un amante pésimo, inconstante, perezoso, casi siempre egoísta. Pero yo lo amaba, era feliz con él. Y es el pasado. Por favor, no me preguntes más. Me haces daño.

Luis no entendía nada.

—¿Quieres que me quede a dormir? —Se oyó a sí mismo suplicar. Carmen volvió a contemplar las estrellas.

—No. Preferiría que te fueras. —Él se levantó y desapareció de la escena sin mostrar el menor gesto de afecto.

La sensación de vacío era inmensa, como si una tenebrosa nube tóxica, desde la fábrica de celulosa, estuviese invadiendo el valle. El pueblo seguía en silencio, muerto.

Estaba con el artículo 520. Por las teleseries, mucha gente pensaba que esto solo era obligatorio en Estados Unidos, pero no, aquí también lo era. Desde el momento en que una persona era detenida, la policía estaba obligada a informarla de las razones para su detención y a explicarle los derechos que tenía de acuerdo con la Constitución: el derecho a permanecer en silencio y a no declarar contra sí misma, el derecho a ser asistida por un abogado de su confianza, el derecho a ser reconocida por un médico forense, y el derecho a exigir de la policía que comunicase a su familia, o a la persona que quisiese, el hecho de su detención y el lugar donde se encontraba detenida. El sol atravesaba las frondas de los árboles sin piedad. Había tenido que cambiarse varias veces de sitio porque los rayos terminaban por alcanzarle. Ni una nube, ni una mota de viento. En el desayuno su tía había comentado que en la televisión habían informado que esa semana llegarían a los treinta grados. No había perspectivas de cambio, como si allá en las alturas se hubieran olvidado a propósito de todos ellos, para que se cociesen en su propio caldo a medida que fuesen pasando los días.

Apretó el botón de su cronómetro: doce minutos y veinte segundos. Su cerebro hoy andaba ralentizado. Suspiró resignado. Una araña de cuerpo diminuto y patas de finísimos hilos de alambre se había encaramado silenciosa hasta su rodilla.

Carmen seguía enamorada de su marido muerto, ese era el problema. El afecto con ella no funcionaba. No podía funcionar porque ella se había convertido en una adicta al desprecio, a la humillación. Ese deseo

irreprimible de dominación sobre los demás que había en ella escondía una secreta adoración al macho castigador, aunque este fuera un mal amante. Toda esa historia de que iban juntos a todos lados, la pareja perfecta, ideal, que se amaba con la misma intensidad del primer día, no era sino una estratagema de su imaginación para justificar su propia vida. La doctora Carmen, una mujer tan bella e inteligente, a la que todos sus pacientes adoraban y respetaban por sus sabios consejos, había sido engañada y maltratada psicológicamente por su marido, el perfecto Gabriel. Sin embargo, él no podía convertirse en un Gabriel. Ni lo era ni quería serlo. Lo de anoche había sido una actuación, una mera simulación para mostrarle que era capaz de ser lo que ella quisiera que fuera por un momento, pero nada más. Él deseaba dar afecto, amor, porque eso era precisamente lo que necesitaba de ella, afecto y amor. Si se enamoraba de mujeres mayores era únicamente por eso, por su capacidad para dar ternura. Por la forma en que lo abrazaban y le hacían sentir deseado, querido. No sabía cómo, pero rompería el maleficio que rodeaba a Carmen. Le haría ver que la crueldad no era el camino, no podía serlo. Toda su estrategia de amante consistiría en devolverla, poco a poco, a la inocencia.

Un chasquido de ramas irrumpió en sus pensamientos. Un agudo pinchazo le atravesó el corazón, alguien lo estaba observando, o vigilando. Movi6 la cabeza hacia los lados para ver de d6nde venía. Oy6 un nuevo chasquido. Estaba all6, en la espesa alfombra de helechos que descendía desde sus pies. De un salto, penetr6 en la maleza.

—¿Quién est6 ah6? ¡Sal! ¿Qu6 quieres de m6? —La cruz6 a grandes zancadas con mucha dificultad, pues sus pies se enredaban con la vegetaci6n. Lleg6 al borde del claro y se detuvo unos instantes. Ya no se oía nada. Quien hubiese sido estaba ya bien lejos o se encontraba agazapado en su escondrijo todav6a observ6ndolo. Su acelerado pulso bombeaba con fuerza la sangre en su pecho. ¿Qu6n ser6a el hijo de puta? Regres6 a donde hab6a estado sentado.

Se dejó caer en medio de sus apuntes sin dejar de mirar a su alrededor. Era imposible seguir estudiando. Se levantó de nuevo y recogió sus cosas.

De golpe, el monte se había transformado. Ya no confiaba en él. La ansiedad se acababa de apoderar de su voluntad. Encontraría al intruso de su intimidad aunque se refugiase en lo más profundo de las entrañas del monte y le llevase todo el día. ¿Sería el paciente de Carmen que todavía seguía buscando a Dios por aquellos parajes en una interminable tortura? Sin un rumbo fijo, se lanzó a recorrer los senderos, pasando de uno a otro sin saber muy bien dónde podía encontrarlo. Los árboles parecían ser todos cómplices, los arbustos intentaban detenerlo poniéndole zancadillas.

Totalmente ofuscado por lo inútil de la búsqueda, y sin haberlo pretendido, apareció junto al antiguo molino. Guillermo se encontraba afuera, en el patio. Ceñudo, como enfadado por algo, se mordía los labios en un gesto de rabia mientras sus manos trabajaban laboriosas cincelandos un trozo de madera. Luis se acercó nervioso.

—¡Hola, Guillermo!

El escultor mudó automáticamente su rostro en una plácida sonrisa.

—Hola, Luis. ¿Qué? Estudiando mucho, ¿eh?

Observó que tallaba otro niño, con sus mofletes, su frente abombada, gordezuelo. Aunque la expresión que estaba dando a la boca lo convertía en un malicioso sátiro.

—Oye, no habrás visto pasar a nadie por aquí las últimas horas, ¿verdad?

Guillermo cerró por un momento los ojos antes de contestar, repasaba en su mente la película de la mañana a gran velocidad.

—Pues no, me parece que no. —Luego abrió mucho los ojos—. Ah, sí, hace un rato pasó esa chica que parece un chico. Corriendo. —Luis lo miró extrañado. Después de todo, solo era eso, Laura, tan tímida como un cervatillo. Por casualidad, lo había visto en el monte y se habría quedado un

rato observando cómo él estudiaba. Había hecho ruido sin querer y había salido corriendo para no ser descubierta en su curiosidad. Se calmó. Por un momento había llegado incluso a pensar que se trataba del asesino de perros, que seguía insaciable. Sin darse cuenta, él mismo había sido presa de un peligroso espíritu justiciero. Porque de haber sido el asesino de perros, quizá hubiera puesto él mismo su vida en riesgo. Recordando otra vez las palabras de su tía, ahora que apenas quedaban perros, puede que ahora se pusiese a matar personas.

—¿Te apetece un vino?

Guillermo, con esas barbas y esa melena, parecía la reencarnación de un druida del bosque. Le vendría bien tomar una de sus pócimas para serenarse.

Se lo bebió casi de un trago ante la mirada divertida de Guillermo. En realidad, sus pensamientos estaban dominados por una única obsesión.

—¿Hace mucho que conoces a Carmen? —No dejaría un cabo suelto, y ahora le tocaba el turno al artista que tanto charlaba con ella.

—Pues desde hace poco más de un año. Los dos acabábamos de instalarnos aquí. Me la presentó Miguel.

Luis se sobresaltó. Le sonaba aquel nombre.

—¿Miguel? ¿Quién es? No sé si lo conozco.

Guillermo pareció sorprendido.

—¿No lo conoces? Qué raro. ¿Y cómo has aparecido tú por Ramil? —El escultor lo miraba ahora de otra forma, como si viera a Luis por primera vez.

—Mi familia es de aquí. Pensé que Carmen y Pablo te lo habrían contado.

Le puso otra taza de vino.

—Ya. Por eso no conoces a Miguel. Bueno, es un médico. Él nos conoce a todos...

Entonces, Luis tuvo una intuición.

—Me parece que lo conozco de vista. Debe de ser ese tipo calvo y con

gafas que se pasea en un todoterreno blanco. —Tenía que ser él.

—Sí, el mismo.

El escultor comenzaba a medir sus palabras. Pero él iría directo a la cuestión sin dejarle capacidad de reacción. Esa era la técnica del interrogatorio eficaz.

—Tiene pinta de agente secreto en misión especial. ¿Carmen y él están liados?

Se sucedieron unos segundos de duda en el rostro del escultor. Finalmente, soltó una carcajada.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Que te has enamorado de Carmen? La verdad es que está bastante buena y aquí no hay mucho donde elegir. ¿Con Miguel? No creo que sea su tipo. Otra cosa es que a él le guste ella, eso puede que sí. Él es un tío bastante gris, de esos seres planos que son felices por el mero hecho de existir. Imagino que está casado con una mujer de esas que le tiene preparada la cena todas las noches y le deja en paz la mayor parte del tiempo. Carmen para él debe de ser como una estrella de Hollywood, alguien inalcanzable, nunca se atrevería a ponerle una mano encima. Ese tipo de tíos se contenta con mirarlas y tenerlas cerca, eso es todo. —Se relajó y prosiguió—. Ella es mucha Carmen, ya se la ve. Habla con todo el mundo, es cariñosa, pero tiene muy claro lo que quiere en todo momento.

Luis se tranquilizó. Entonces, él era el elegido. Su vanidad crecía hasta el infinito.

—Ya, Guillermo, aunque es una mujer que ha sufrido mucho. Yo creo que su marido le ponía los cuernos y ella lo sabía pero aguantaba.

El escultor lo miró fijamente en silencio. Después, con cierto deje de desprecio, elevó el tono de voz.

—Desde luego, cómo se nota, chaval, que todavía te falta un hervor. Carmen es una ganadora, ¿no te has dado cuenta? Nunca, por nada del mundo, habría

aguantado que su marido se liase con otra. Antes lo planta o lo manda al otro barrio.

Por un momento se arrepintió de haber sacado el tema. Aquel cretino quería darle una lección sobre cómo tratar a las mujeres, como si él hubiera nacido ayer. El escultor prosiguió:

—Ese pobre marido, que debe de estar en algún lugar descansando, tuvo que ser un santo. Las mujeres como Carmen, frías e inteligentes, y que en el fondo se piensan superiores al resto de los mortales, créeme, suelen ser muy cachondas y uno se lo pasa muy bien con ellas en la cama. Ay, amigo, pero te atan bien corto. Que se te ocurra a ti pisar la calle sin su permiso, o llegar tarde de la oficina sin darles una explicación convincente. A menos que te vaya la marcha, claro, tu vida se convierte entonces en un infierno, en una pesadilla de la que ella no te dejará salir. Carmen es estupenda como amiga, pero nunca la querría tener como pareja.

La sangre se le había bajado a los pies, el vino le estaba haciendo un agujero en el estómago. Carmen no era así, no quería escucharlo. Guillermo continuó.

—Si en algún momento tienes oportunidad de tirártela, que seguro puede ocurrir porque semejantes yeguas necesitan que las monten de tanto en cuanto para calmar su eterna insatisfacción, hazlo. Si quieres, incluso, repite un par de veces si surge la oportunidad, pero nada más. Después, huye, o sentirás haberla conocido. Es un consejo de amigo, recuérdalo.

Luis estaba a punto de vomitar, se encontraba fatal. Casi mareándose, se levantó de la mesa.

—Me tengo que ir. Gracias por el vino.

Cuando estaba alcanzando la puerta, sintió la mano de Guillermo aferrarse a su brazo. Sus dedos le apretaban como tenazas de acero, le hacía daño.

—Si la ves, no se te ocurra decirle nada de lo que hemos hablado. Yo la

quiero mucho y no quiero que se moleste conmigo.

Se fijó otra vez en sus horrendas esculturas amontonadas en el patio. Parecían cadáveres envueltos en plástico. Su arte era igual que él, perverso.

—Ah, y no le digas que tomamos vino cuando nos vemos. —Como un desequilibrado, volvió a sonreír—. Es que me lo ha prohibido el médico. — Soltó otra carcajada.

Luis salió del molino furioso consigo mismo por haber hablado de más. Tuvo la tentación de girarse y gritarle que Carmen era suya y que se la tiraba cuando le daba la gana. Se vengaría por toda esa basura que le había soltado. Estaba convencido de que el escultor también estaba secretamente enamorado de ella y le había contado todo eso para quitárselo de en medio.

El calor del día difuminaba el malva y el púrpura del atardecer. La tierra se había mantenido expectante hasta esa hora, pero, con la llegada del frescor, los árboles y las plantas del jardín despertaban. Luis fumaba ajeno a aquel tránsito. Las palabras de mala baba de Guillermo podían tener algo de verdad aunque estuvieran teñidas de resentimiento. Carmen se mostraba claramente como una mujer dominante y absorbente, y él no era tonto, era ella quien había decidido el cómo y el cuándo en su relación. ¿Y cuál era el problema? ¿Que era celosa y posesiva? ¿Quién no lo es cuando ama de verdad a otra persona? ¿Quién no quiere ser el centro de toda su atención? Esa es sin duda la prueba irrefutable del amor. Lo sospechoso es justo lo contrario, cuando la otra persona se evade, deja hacer, es complaciente, desaparece alguna vez. Si su historia con Carmen continuaba y le llevaba, sin que él lo notase, a una cárcel de la que no pudiese salir nunca más, bienvenida fuera. Siempre lo había deseado. Si a otros el exceso de celo o de pasión podían asfixiarles, a él no, en absoluto. Su imagen del amor ideal eran unos brazos que le envolvieran con

fuerza, unos labios pegados a los suyos que apenas le dejasen respirar, el seno de una mujer, suave y caliente, sobre su vientre, inmovilizándole. Marta, al igual que las otras, había sido un espejismo de ese sueño. Aquellas idas y venidas, mensajes, llamadas, aquellas lágrimas de indecisión. Capítulos inconexos, deslavazados, de noches gloriosas y eternas despedidas. Al final, se quedaba él solo, insomne y abrazado a la almohada o esperando un autobús nocturno herido de muerte. Era maravilloso solo de pensarlo, aunque también fuera aterrador, que los peores defectos de Carmen significaran para él las mayores virtudes que la mujer de su vida debía poseer.

—¿Qué le hiciste a la televisión? ¿Me quedé un momento dormida y ahora ya no funciona! ¿La tocaste tú? —La voz de su tía entró en sus pensamientos con violencia, un ejército invasor que aniquilase todo a su paso. Su rotunda silueta se recortaba en la luz que salía por las puertas de cristal que daban al jardín. Se encontraba fuera de sí y obviamente necesitaba un culpable. Sabía perfectamente que, desde su llegada, él había cogido el mando de la televisión apenas dos o tres veces, ni una más, pero le daba igual, su sobrino era el elemento perturbador que había venido a alterar la paz de su vida. Luis tenía que solucionarlo, aunque no fuera el culpable, por no escucharla más.

Entró a toda prisa en la casa, buscó el mando y se puso a manipularlo. En la pantalla, las imágenes parpadeaban mudas. Detrás de Luis, ella continuaba presa de la histeria, llorando como una niña.

—La televisión es lo único que tengo en mi vida, ¿no te das cuenta, desgraciado?

Él lo intentó con todos los botones. Aquella era la constatación de que su tía, en el fondo, era otra desequilibrada. Lo que le faltaba, otro problema más. En mala hora se le había ocurrido venirse a Ramil a preparar su examen.

La mujer se sentó en su sillón, enjugándose las lágrimas en un pañuelo sin dejar de gimotear.

—Voy a llamar a Antonio, es el único que hizo algo por mí en esta vida. Tú y tu madre, solo problemas, siempre.

Él tiró el mando sobre el sofá y se acercó al aparato. En la parte trasera tenía unos reguladores de la antena. La sugerencia de su tía le puso aún más nervioso.

—Ni se te ocurra llamar a ese cerdo.

Durante unos minutos solo se oyeron sus sollozos de impotencia. La vida de su tía era la televisión, los programas del corazón eran lo que daba sentido a su vida. Ella sí que era la desgraciada, toda una vida desperdiciada, encerrada en ese pueblo, solterona, amargada, digna de lástima. Pero Luis era incapaz de sentir el menor sentimiento de pena. Tenía que haber hecho como su madre, haberse enfrentado al abuelo y haberse largado a Madrid. Sus prejuicios y estupideces de señorita de provincias se habrían esfumado con unas cuantas copas y un par de juergas lejos de ese cementerio. Habría encontrado a un hombre, habría conocido el sexo, la pasión. Porque estaba seguro de que su tía aún era virgen, por eso vivía tan amargada. Pero ¿y si Antonio...? ¿Y si él la hubiera convertido en su amante por despecho ante el rechazo de su madre? Solo de pensarlo le daba asco.

El sonido de la televisión regresó abruptamente, la imagen se restableció. Una presentadora rubia y con expresión de muñeca ofrecía dinero fácil.

—Ya está, que sepas que yo no había tocado tu jodida tele. —Recogió el mando del sofá y graduó el sonido.

La tía paró de gimotear e intentó recuperar la compostura. Luis la miró con desprecio.

—¿Sabes lo que te digo, tía? Que ahora mismo me estás recordando a mi madre. Otra malcriada insatisfecha, menos mal que a ti solo te ha dado por la televisión.

Ella le arrebató el mando de las manos y se revolvió como una fiera.

—No te atrevas a meterte con mi hermana. ¿Qué sabes tú de la vida que llevamos ella y yo en esta casa? No nos hacían ni caso, que lo sepas. No nos dejaban ir a ninguna parte. Nos pasábamos el día encerradas aquí. Tú sí que fuiste un niño consentido por todos. Así que cállate y ponte a estudiar de una puñetera vez.

Luis, sin capacidad de reacción, escapó al jardín.

Desde aquella noche, no la había vuelto a ver y habían pasado ya varios días. Sin mensajes ni llamadas, para su sorpresa, había estado más o menos tranquilo. El valle de Olas era una ratonera de la que difícilmente se salía, a menos que fuera para no regresar. En cualquier momento, se la encontraría. Pero su falta de decisión sobre la estrategia a seguir con Carmen le angustiaba. Las escasas horas que no había estado sumido en el rígido mundo del derecho las había pasado en una profunda reflexión. El aprendiz de juez se transformaba en un Hamlet contemporáneo, vacilante y melancólico. Sus paseos por el monte se alargaron, fumaba sin parar. Las estrellas surgían en el firmamento inadvertidas. Las jornadas seguían siendo calurosas, implacables. Ser él mismo, tierno y complaciente, le había ayudado a conocerla y a convertirse en su amante. Pero también era probable que esa permanente disponibilidad a sus menores deseos le alejara de la victoria final. Actuar con frialdad, poner distancia, maltratarla psicológicamente, intentar hacerla sufrir para que luchase por él, significaba, sin embargo, un grave riesgo para su propia estabilidad emocional. Reprimir sus verdaderos sentimientos le suponía un sufrimiento inmenso. La angustiada caída libre en un pozo negro sin fondo hasta que ella comenzase a emitir señales de auxilio. Lo único que tenía claro era que ella no desaparecería, no podía. Y no había rivales en el horizonte, era él o la nada.

Carmen se tapaba la boca con la mano mientras meditaba antes de ponerse a escribir. La mirada perdida en algún punto indeterminado de la plaza, la mente en un mundo que no se hallaba entre esos montes. Luis la vio nada más doblar

la esquina. Se había sentado en una de las mesas pegadas a la vidriera del bar con una agenda roja abierta y una taza de té. Javier, el filósofo, tecleaba detrás de ella en otra mesa. Aquello parecía un café de París con tanto literato. Por un segundo, dudó si quería verla en ese preciso momento. Después de fumar marihuana, se sentía más vulnerable, aunque también más valiente para lanzarse a cualquier piscina.

—Hola, ¿te interrumpo? —Pablo, desde la barra, lo saludó con un gesto de complicidad. El donjuán del valle llevaba puestos unos auriculares, estaría conversando con alguno de sus admiradores.

Carmen regresó de su mundo sin dejar de tener un aire ausente en la mirada.

—No, ya he terminado. Siéntate. ¿Qué tal con este calor? Memorizar no tiene que ser nada fácil.

Luis se sentó enfrente sin molestarse en contestar a esa odiosa pregunta. Cómo le gustaba someterlo a presión cada vez que se reencontraban. Respiró hondo para no perder el control. Una repentina ola de euforia inundó sus sentidos.

—Desde fuera, me estabas recordando a alguien.

Ella cerró la agenda y se echó el pelo hacia atrás en un gesto de coquetería.

—¿A alguna famosa?

Él se rio.

—Sí, bueno, a una de esas actrices italianas de los años cincuenta.

Sonrió, estaba encantada.

—Pero ¿lo dices por mi físico? ¿O porque soy una falsa e interpreto muy bien?

El coqueteo, otra vez. Había química entre ellos, estaba convencido.

—Sin duda que por tu rotunda belleza estilo *dolce vita*, aunque también estoy seguro de que eres una buenísima actriz. —Se rieron a la vez. Estaba lanzado; deseaba devorarla, pero haciéndole un poquito de daño a ser posible.

Prosiguió—: No sé dónde he leído que las mujeres muy sofisticadas se parecen a las grandes actrices. Son como camaleones, enseguida se adaptan a la persona con la que se encuentran. Adoptan la actitud que el otro espera. Hablan de lo que el otro quiere oír para contentarlo. Pero en cuanto se alejan, uno se queda completamente vacío, se siente engañado. Es como si se hubieran reído de nosotros.

No sabía muy bien por qué había soltado esa parrafada. Estaba esperando agazapada en su mente y se le había escapado. Ahora le sonaba a una impertinencia, la reacción de Carmen era imprevisible.

Ella se reacomodó en su silla sin dejar de observarlo.

—Luis, tú no te das cuenta, pero al final siempre me hablas de tu madre. No me estás describiendo a mí, la estás describiendo a ella. Espero que no te moleste que te lo diga.

A él no le afectó el comentario. Los efluvios de la hierba prodigiosa lo transformaron en una oportunidad para seguir avanzando.

—Qué fallo, ¿verdad? Se me olvida que eres médica. Nunca me lo has dicho, ¿qué especialidad tienes? ¿Cirugía de guerra? Como te gusta hurgar en mis heridas... —Se levantó y se fue a la barra a pedir una copa bien cargada de crema de orujo, la batalla acababa de comenzar.

Cuando regresó, Carmen miraba de nuevo hacia la plaza. Volvió la cara y la notó diferente. Una pieza de su máscara se había desprendido y podía atisbarse en su interior.

—Pensaba que te lo había dicho aquel día en el coche, soy psiquiatra.

Él se quedó sin palabras, era psiquiatra. Lo que le faltaba, nunca tendría armas contra ella. Siempre le podría dar la vuelta y agarrarlo a él por detrás, como a un muñeco.

Ella le dio un sorbo a su té.

—Aparte de mi consulta privada, trabajaba en Alicante en un centro

público, eso que antes llamaban «manicomio», con dos psicólogos más para trescientos internos graves. Imagínate, imposible verlos a todos ni siquiera media hora cada semana. Los diagnósticos solían estar hechos por encima, para salir del paso, y no había manera de profundizar en sus historias personales para verificar mejor sus diagnósticos. Y, por supuesto, era ridículo plantearse algún tipo de terapia especial para poder tratar a alguno de ellos de su enfermedad. La consigna oficial era medicarlos hasta hacerlos inofensivos. Luego, los poníamos a hacer trabajos manuales, como si fueran niños y no adultos, decían que ese era el único tratamiento que se podía aplicar. No había personal suficiente. Eso es la sanidad pública para las enfermedades mentales.

Luis no podía creer lo que estaba oyendo. Su madre había estado internada varias veces por crisis agudas, pero, claro, en clínicas privadas. Al salir, aparte de atiborrarse de antidepresivos y ansiolíticos, solía ir a una terapia con un psicólogo. Pero en cuanto se encontraba un poco mejor, abandonaba la terapia y, pasado el tiempo, volvía a recaer. Hasta su fatal accidente, la vida de su madre había sido un círculo vicioso de recaídas, cuya única culpable era ella misma, su falta de voluntad a pesar de adorar a Nietzsche, su regodeo con la desesperación.

—Y con la crisis económica que padecemos eso no va a cambiar, irá a peor. Si antes no había interés, ahora el Estado no tiene un duro para los enfermos mentales graves, son los últimos de la cola. Antes van los parados, los mayores, los jóvenes...

Su madre había sido una estúpida privilegiada. En esos tratamientos inconclusos habían malgastado gran parte del dinero del abuelo.

—Con los medicamentos, los anulábamos, se convertían en peces de colores que se paseaban con la mente vacía por los pasillos del centro y por el patio. Cuando ya los lográbamos controlar completamente y los estabilizábamos, avisábamos a sus familias para que viniesen a hacerse otra

vez cargo de ellos. Lo único que debían hacer era vigilar que se tomaran la medicación todos los días. La salida de los enfermos del centro psiquiátrico es casi obligada. No los puedes tener encerrados para toda la vida. Además, no habría presupuesto, hay que liberar plazas. Y luego está el famoso eslogan de los setenta, cuando se cerraron la mayoría de los manicomios, la propia sociedad ha de hacerse responsable directa de la rehabilitación y reintegración de sus enfermos mentales. No hay que apartarlos.

No le sorprendió esa actitud tan crítica, ella era otra luchadora por la justicia en el mundo, como él.

—Nunca podría volver a trabajar allí. Ha sido la experiencia más frustrante de mi vida.

Compartían muchas cosas. Luis necesitaba expresarlo.

—Mi madre, en cuanto dejaba de tomar las pastillas, volvía a sus depresiones y salía otra vez a beber. —La sentía muy próxima. Siguió el final de su discurso extasiado. Ella era humana, también necesitaba soltarlo todo.

—Y eso no es lo peor. Devolver los enfermos a sus familias, o con quienes estuvieran conviviendo, es casi garantizar que la crisis se repetirá tarde o temprano, porque a menudo el origen de los males y de los desequilibrios de esas personas se encuentra en ese mismo entorno, en la relación con los padres o con la pareja. Se crea así ese círculo vicioso de recaídas. Salen del centro, pero con el tiempo abandonan la medicación, se ponen otra vez mal, les llega la crisis, y hay que volver a ingresarlos, para más tarde, cuando estén de nuevo estabilizados, vuelvan a salir otra vez. El problema es que los enfermos más graves pueden ser peligrosos, violentos, cuando entran en crisis, y pueden llegar a atacar, como ya han hecho antes, a esas mismas personas de su entorno, que son su obsesión, la fuente de sus crisis. Lo ideal sería que los enfermos mentales no regresasen a su pasado, que pudieran empezar desde cero donde nadie supiese nada de sus vidas, y comenzasen una terapia

individualizada para recuperarse definitivamente. Tú no has ido a terapia, ¿verdad?

Le sorprendió la afirmación que encerraba la pregunta. ¿Qué estaba insinuando?

—No, nunca.

Ella sonrió.

—Las terapias con enfermos mentales son siempre largas. Primero hay que dejar que el alma se libere y descanse, y para ello el paciente ha de estar relajado, sin presiones.

En ese instante le vino a la memoria algo que ella le había contado en otra ocasión. Después de la muerte de Gabriel, lo había pasado muy mal y por esa causa había dejado de trabajar como médica. Sin embargo, ahora la razón era otra, su frustración en el trabajo por no poder hacerlo bien. Pero siendo ella tan vocacional en la entrega a los demás, algo no cuadraba en ese relato.

—Oye, y... —No pudo acabar la frase. Por el otro lado del cristal pasaba Laura. Carmen se levantó y salió a buscarla.

Se abrazaron y regresaron juntas a la mesa.

—Creo que ya os conocéis —comentó a modo de presentación.

Él se incorporó para darle dos besos a Laura.

—Sí, claro, Laura y yo somos amigos.

La restauradora asintió, poniendo su habitual cara de ángel recién llegado del cielo. Luis observó cómo Carmen adoptaba con ella una actitud maternal que él nunca habría imaginado. Le arreglaba el pelo, le daba algún achuchón. Sintió celos. La chica, a su vez, la miraba con arrobo de enamorada. Otra más, pensó él con resignación. Le resultaba desagradable verlo. La aparición de Laura, encima, había cortado ese momento tan especial entre ambos. Por suerte, Pablo vino al rescate uniéndose al grupo, y un inesperado espíritu de familia flotó en el ambiente. Como si se conocieran de toda la vida, los cuatro

se pusieron a charlar sobre Ramil, las mil anécdotas de forasteros en un lugar tan peculiar.

El móvil de Carmen sonó con una melodía brasileña.

—¿Sí? Estoy en el bar, salgo ahora mismo. —Volvió a meterlo en su bolso —. Regreso enseguida. —Y salió del bar presurosa.

Pablo se fue de vuelta a la barra. Luis, ya relajado, había recuperado su tono cariñoso con Laura.

—El otro día por la mañana creí verte por el monte. ¿Estás saliendo ahora a correr por las mañanas?

Ella se quedó callada un momento.

—No, es que he estado buscando el perro de mi vecino, ese que a veces viene conmigo. Lleva varios días desaparecido. Espero que no le haya pasado nada. —Casi le temblaba la voz al expresar su preocupación.

Él no quiso insistir, el perro seguro que estaba ya más que muerto, y cambió de tema.

—O sea que Carmen también te cuida a ti, ¿no? Qué bien, es una mujer maravillosa, ¿no te parece?

Pero el efecto no fue el que esperaba, ella lo miró con desconfianza y no comentó nada.

Carmen no regresó ni le mandó ningún mensaje para disculparse. Laura enseguida se fue a su casa, parecía agobiada por algo que no quería contar. Pablo, indolente, siguió buscando sexo fácil por la red sin apenas hacerle caso. Algunos paisanos entraron y salieron. Luis, aburrido, apuró su segunda copa y fue un momento al baño. A la vuelta, pasó rozando la mesa de Javier, el filósofo adicto a la Coca-Cola, tirando por descuido unos libros al suelo.

—Huy, perdón. —Se agachó a recogerlos y leyó rápidamente los títulos, *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset; *¿Qué hacer?*, de Lenin, y los

discursos de José Antonio Primo de Rivera, el fundador del fascismo español —. Vaya mezcla, ¿no? —dijo con una media sonrisa para excusarse.

El filósofo lo miró con desprecio.

—¿Por qué lo dices?

Notó cómo su propio rostro se encendía.

—Bueno, no parece que los tres vayan por el mismo camino —se atrevió a comentar.

El hombre no cambió de expresión tras sus gafas de pasta negra. Su tono era prepotente.

—Te equivocas. Los tres se plantean el mismo problema, quién nos debe gobernar y a qué precio. En este país, como nadie lee, y menos todavía, a autores serios, vamos directos hacia la barbarie y el caos.

Había conseguido sacar a aquel hombre de su mutismo. Increíble, después de todos los intentos desesperados de Carmen. No se lo iba a creer cuando se lo contase. Había que aprovechar la oportunidad de conocerlo.

—Lo que pasa es que la gente está harta. Este sistema está podrido de corrupción —añadió Luis.

Javier le dio un buen trago a su vaso repleto de hielo y hasta arriba de Coca-Cola. ¿Cuántas llevaría ya en el cuerpo?

—Los jóvenes os ponéis muy contentos cuando se habla de acabar con el sistema. Hay que sacar al Gobierno, echar al rey, atacar el Parlamento y defenestrar a los jueces. Y después ¿qué? ¿Pensáis que llegarán por arte de magia la libertad, la igualdad y la fraternidad, los malos desaparecerán y esto será una fiesta? Pero qué ingenuos sois, cuánta falta de información. No os dais cuenta de que os están manipulando, hay una conspiración en marcha desde hace tiempo. Controlan la mayoría de los medios de comunicación. ¿Por qué crees que de repente sale a la luz toda la porquería? Como si antes no hubiera estado ahí y la viéramos todos los días. ¿Es por la crisis que ahora nos

damos cuenta de todo? —Volvió a dar otro trago. Su tono era el de los tertulianos radiofónicos habituales, hablaba con una seguridad total—. Alguien está tirando de los hilos por detrás, y ese grupo de personas pronto tomará el poder.

Luis se quedó perplejo, las teorías conspirativas siempre resultaban fascinantes. Además, creaban adicción, como la Coca-Cola. Pero difícilmente superaban un interrogatorio sostenido.

—¿Y quiénes son esas personas?

—Hay una realidad aparente y otra en paralelo que se mantiene oculta, que es donde realmente se toman las decisiones. ¿Te acuerdas del escándalo de Wikileaks? ¿Todos aquellos mensajes secretos, enviados por los gobernantes del mundo a través de sus embajadores, que se sacaron a la luz? Demostraban que esos gobernantes engañan a sus ciudadanos hablándoles de la paz mundial y de derechos humanos cuando, en realidad, solo existe una lucha ciega por el poder, y el poder es siempre personal, de unos individuos sobre el resto. ¿Te suena de algo el club de Bilderberg?

Algo le sonaba. Un amigo le había enviado una vez imágenes por internet, una larga fila de coches negros y cristales tintados llegando a un elegante hotel del norte de Europa bien protegido por la policía. Decían que eran reuniones a puerta cerrada en las que participaban los líderes más influyentes del mundo. Luego, desaparecían con el mismo sigilo con el que habían llegado, sin fotos, ni declaraciones. Otra teoría conspirativa más. Aquel hombre podía ser un sabio, pero parecía estar pasado de rosca. Luis, con disimulo, miró la hora en su móvil. Se estaba haciendo tarde. Quería acercarse por casa de Carmen con la excusa de saber si le había pasado algo.

—Ni idea. ¿Estás escribiendo sobre eso? —Tenía que largarse ya.

—No, sería absurdo, nadie me lo publicaría. Estoy preparando algo más

vendible, un ensayo sobre la imposibilidad histórica de este país para superar sus traumas. Estamos condenados a repetirnos.

Aquello sonaba a una especie de maldición que sobrevolara sobre todos nuestros actos. Lo último que le hubiera apetecido escuchar en ese instante, aunque el tema era desde luego interesante.

—Se me ha hecho tarde y me tengo que ir, lo siento. Otro día seguimos hablando, me interesa mucho lo que dice. Me llamo Luis.

El filósofo abrió los ojos como si él acabara de soltarle una impertinencia.

—Ala, pues adiós. —Sin que le diera opción a estrecharle la mano, puso de nuevo la atención en la pantalla de su portátil y lo ignoró.

Luis se dio media vuelta como única respuesta ante semejante reacción. Menudo tipo. Se despidió de Pablo.

—Nos vemos —le dijo, haciendo un gesto con la mano para explicarle que el filósofo estaba como un cencerro, y salió del bar.

No se veían luces en el interior, aunque su coche estaba en el patio. Llamó al timbre, una, dos, varias veces. No hubo respuesta, no se encontraba allí. Se alejó un poco desconcertado, sin saber qué hacer.

Un ruido de motor rugió del final de la calle. Tuvo un presentimiento y se escondió en un portal. Era el inconfundible todoterreno blanco de Miguel. Dentro iban él y, a su lado, ella, como había imaginado. Se detuvieron frente a su casa, pero ella no se bajó del coche. Por sus ademanes al hablar, estaban discutiendo. A él se le veía alterado, sosteniendo una posición de la que no se quería apearse. Carmen, por el contrario, con los ojos ligeramente entornados, se limitaba a hacer pequeños comentarios con una media sonrisa llena de dulzura y comprensión. Entonces, Miguel se calló y, en un gesto de cansancio, se quitó las gafas, cerró los ojos y se restregó los párpados. Luego, permanecieron sin hablar unos minutos, solo mirándose.

En aquel hombre brillaba la llama del amor, pero también una gran

contención. Guillermo tenía razón, aquel tipo nunca se atrevería a intentar nada con Carmen. Además, la diosa no se lo consentiría en ningún caso, aunque, sin duda, continuaría cercana y cariñosa porque eso estaba en su carácter.

Por fin, ella rompió aquella tensión reincorporándose en el asiento. Se despidió, dándole un beso en las mejillas. Fuera lo que fuera el asunto que se traían entre manos, quedaba pendiente. Descendió del coche y, sin mirar atrás, Carmen, la psiquiatra reconvertida ahora en fisioterapeuta, penetró en su casa. Aquel hombre era otro muñeco, otro niño en sus manos.

El presentador del programa más escandaloso del canal 5 se había convertido en el único habitante de Merlachoca. Pretendiendo pasar por un periodista de investigación, presentaba con aire circunspecto a su siguiente entrevistada, una antigua famosa a la que habrían descubierto robando en un supermercado. Su tía no debía de andar muy lejos, el sillón del salón conservaba su energía. Tenía hambre. Quería cenar.

Al entrar en la cocina, la vio de espaldas, apoyada sobre la pila de piedra del fregadero. La perra no se acercó a saludarlo, le extrañó.

—¿Tía? —Loira no se separaba de las piernas de su ama—. ¿Alguna novedad?

Ella no se movió. Por alguna razón no podía volverse y mirarlo.

—Hay una tortilla de patatas en la mesa, ¿no la ves? —Le hablaba haciendo un gran esfuerzo. Su voz contenía un poso de congoja. Había estado llorando y no quería que él la viese.

—¿Ha pasado algo? —Sobre la mesa de mármol, al lado del plato de tortilla, vio uno de los ceniceros del salón. Había varias colillas aplastadas, una aún humeaba. Acababa de tener una discusión con alguien. Se fijó en que era tabaco americano, el mismo que había visto fumar a Antonio.

—¿Te has peleado con Antonio? —Su tía rompió a sollozar. Soltó una mano de la pila y se tapó la cara—. ¿Por qué? ¿Te ha hecho algo? Dímelo. —Se aproximó donde estaba, pero no se atrevió a tocarla. Ese cabrón poseía un extraño poder sobre su tía.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás como para tomar fuerzas.

—Antonio no va a volver a esta casa más.

Luis sintió un gran alivio. Por fin ese hombre salía de sus vidas.

—Me parece muy bien. —La espalda de su tía se agitó.

—No es eso, tonto. Es él. Después de lo que le acabo de contar, no va a querer volver a verme.

Eran palabras de una enamorada humillada. Aquello confirmaba la relación entre ambos. Aquel tipo le repugnaba aún más.

—Cuéntamelo. Quiero saberlo.

Su tía hizo una respiración profunda para calmarse.

—Cuando tu madre se fue a Madrid a estudiar, Antonio tomó la decisión de emigrar a Alemania. —Se paró unos segundos. Le costaba continuar.

Él no la dejaría escapar.

— ¿Y?

Ella inspiró de nuevo.

—En las semanas antes de su viaje, Antonio y yo tuvimos una relación en secreto. Nadie se enteró en Ramil. Mi padre me habría matado. Tu madre nunca lo supo, ya vivía en Madrid. No sé cómo habría reaccionado. Seguramente le habría dado igual porque ella ya lo había despreciado antes. Pero no pude retenerlo, terminó yéndose. Quería ser alguien, hacer dinero. Luego, perdimos todo contacto, dejamos de escribirnos. Hasta que regresó aquel verano de los incendios. Es un buen hombre, buenísimo. No te atrevas nunca a insultarlo en mi presencia.

Después de todo, la vieja solterona había tenido su pequeña historia de

amor. Como todo el mundo.

—Y no me preguntes más. No me encuentro bien, me duele mucho la pierna. Me voy a acostar. —Sin que él llegase a verle la cara, pasó a su lado medio ocultándose con la mano, y desapareció por la puerta con su fiel Loira de escolta.

A la sombra de los pinos, desgranaba el último tema de la jornada: «Diligencias urgentes ante el juzgado de guardia». Con el ritmo trepidante de una de esas cabalgadas de guerreros medievales que tanto había admirado en su niñez, superaba muros y fosos tomando un impulso imbatible.

De repente, un ulular de sirenas lo invadió todo. Se quedó con la mente en blanco. Giró la cabeza y regresó a la realidad. Una columna de tres vehículos de la Guardia Civil atravesaba a gran velocidad la carretera que unía el valle de Olas con Arealonga en dirección al pueblo. Sin pensarlo, se levantó de golpe, dejando caer el cronómetro. El tiempo, hasta ese instante infinito, atemporal, se había parado en seco, incapaz de continuar. Algo había pasado, algo muy grave. Casi pisándolos torpemente, recogió sus apuntes y los metió sin ordenar en la mochila. Echó a correr monte abajo, cabalgando de nuevo.

Durante la carrera, toda clase de ideas bombardearon su turbulenta imaginación. ¡Las fuerzas de seguridad del Estado en Ramil! ¿Habrían encontrado ya al asesino de perros? Su imaginación se disparó. ¿O es que había habido un conato revolucionario en el país o un golpe de Estado? Este último pensamiento le pareció más sugestivo. De ser así, no quería perderselo por nada del mundo. En su aislamiento, había perdido todo contacto con la realidad exterior, allí apenas llegaban los periódicos nacionales. La realidad, en esos tiempos convulsos, era imprevisible las veinticuatro horas del día. Además, te perseguía hasta el último confín. La crisis económica estaría siendo tan fuerte que la gente, cansada ya de la corrupción de la clase política, habría tomado las calles en ciudades y pueblos. Por fin. La reacción del

ejército y de las fuerzas de seguridad no se habría hecho esperar, mano dura. ¿O era, como cuando era pequeño, una nueva redada contra el narcotráfico? Podía apostar a que Antonio estaba implicado hasta las cejas. Cuántas ganas tenía de verlo esposado y hundido.

Se asustó al entrar en Ramil, las primeras calles estaban desiertas. Fuera lo que fuera, todo el mundo estaría allí, en pie de guerra. Casi sin aliento, llegó a la plaza. Los coches de la Guardia Civil se encontraban aparcados delante de la iglesia. A su alrededor, los vecinos esperaban arremolinados. Hablaban entre sí, airados, empuñando sus afiladas lenguas como si llevasen un cuchillo entre los dientes. En sus rostros resurgía esa rabia de siglos de abandono. Frente al mundo exterior, siempre serían una piña. Luis tuvo miedo al pasar junto a ellos. Era de nuevo un extraño en el lugar de sus ancestros, alguien ajeno a sus códigos secretos y costumbres milenarias. Aunque también reconoció entre los congregados a algunos de los recién llegados al valle con la crisis, bien integrados en la masa. Miró hacia el cielo. El sol caía, inmisericorde, sobre hombres y piedras.

Descubrió a Pablo entre los vecinos, y se fue derecho a donde estaba para sentirse más seguro. Cuando quiso abrir la boca para preguntarle lo que estaba pasando, se oyeron unos gritos. Por una esquina, apareció Guillermo, escoltado por dos guardias civiles que lo sujetaban de los brazos. Los cabellos y la barba revueltos, la ropa deshecha, una brecha en la cabeza. Habría intentado huir y se había caído, golpeado. Aquel hombre imponente ahora sollozaba. En torno a él, otros guardias civiles formaban un cordón para protegerlo de la ira del pueblo.

—¡Asesino! ¡Hijo de puta! ¡Te vamos a colgar! —Antonio era de los que más chillaban, de los que más empujaban. De haberle dejado, habría despedazado al escultor allí mismo con sus propias manos.

Luis, casi en estado de *shock*, se había quedado mudo, no entendía nada.

Pablo, a su lado, observaba el espectáculo muy serio.

—Dicen que Guillermo es el que mató a los perros.

Guillermo, asesino de perros; las palabras sonaron huecas en su cerebro. ¿Sería cierto? A lo mejor todo era una mentira muy bien urdida por Antonio para echar toda la culpa a alguien de fuera. Otra injusticia. Él lo desenmascararía delante del pueblo y de la Guardia Civil. Sin pensárselo dos veces, avanzó entre la gente hasta llegar junto a los coches en el momento en que se aproximaba el grupo del detenido. Tuvo que dar algún codazo para ponerse delante del resto. No pudo reprimirse, estaba convencido de que si hablaba con él sabría la verdad.

—¡Guillermo! ¡Guillermo! Pero ¿qué ha pasado?

Los gritos arreciaron, algunos querían impedir por la fuerza que se lo llevaran. Guillermo gimoteaba.

—Solo soy un enfermo. Dejadme en paz. —La Guardia Civil hizo un pasillo para poder meterlo en la parte de atrás de uno de los coches. Entonces, levantó la cabeza y reconoció a Luis.

Su mirada le sobrecogió. Era la mirada de una bestia enjaulada, fría y peligrosa, como si estuviese interpretando un papel para que se apiadasen de él.

Pero el escultor aún hizo un último esfuerzo de resistencia mientras se dirigía a él.

—¡Es una zorra, una auténtica zorra! ¡Se lo ha contado todo! ¡No te fies de ella! ¿Me oyes?

Ella, evidentemente, era Carmen.

Los guardias lo empujaron dentro del coche, sujetándole la cabeza para que no se golpearase con el marco de la puerta. Luis ya no entendió nada más, aunque Guillermo le siguió hablando desde detrás de la ventanilla. Los vecinos comenzaron a golpear los coches con fuerza chillándole asesino.

Él se echó para atrás. Otra vez sentía miedo de la masa. Completamente aturdido, regresó con cierta dificultad donde se encontraba Pablo. Laura acababa de llegar en bicicleta y se hallaba también junto a él. Ambos parecían paralizados por el miedo a que los vecinos cambiaran de objetivo y fueran a por ellos por considerarlos cómplices por ser también forasteros. Luis, conmocionado, contemplaba lo peor de la naturaleza humana.

En ese momento, el todoterreno blanco de Miguel irrumpió en la plaza. Se detuvo a un lado y el médico salió corriendo a hablar con el mando de la Guardia Civil que dirigía la operación. Entre gritos, acosados por los defensores de la justicia popular, consiguieron meterse juntos en otro coche y encabezar el convoy que sacaba del pueblo a Guillermo, el ahora presunto asesino de los perros de Ramil. Tendrían que estar ya informándole de sus derechos constitucionales como detenido. El tema del procedimiento legal le vino inmediatamente a la mente. Gracias a la civilización europea, la justicia era una mujer serena con los ojos vendados que sostenía una balanza en una de sus manos. El reciente artículo 337 reformado decía claramente que aquel que, por cualquier medio o procedimiento, maltratase injustificadamente a un animal doméstico o amansado, causándole la muerte o lesiones que afectasen gravemente su salud, sería castigado con la pena de tres meses a un año de prisión e inhabilitación especial de uno a tres años para el ejercicio de profesión, oficio o comercio que tuviera relación con animales. Hipócritas, ellos eran los primeros que maltrataban a sus perros, aunque siempre encontrarían una justificación. ¿No eran suyos? Pues eso.

—Como siempre llegas tarde, te pierdes las noticias. —Su tía hablaba en voz alta desde su trono enfrente de la televisión. Las puertas de corredera se hallaban abiertas, sabía que su sobrino, desde el comedor, la oía

perfectamente—. Pero siguen sin decir nada, claro, a quién le importan unos cuantos animales muertos en un valle desconocido. —Luis, para evadirse, con un módem que le había prestado Pablo, leía los correos en su ordenador portátil mientras cenaba, sin prestarle la menor atención—. Fíjate que llevaba tiempo pensándolo. La cara de ese hombre me resultaba conocida, yo ya la había visto antes. —Ella no pudo resistir más, necesitaba ver a su interlocutor cuando le anunciase su descubrimiento. Se levantó y se acercó al comedor—. Y ayer, cuando lo traían preso, y lo volví a ver, me acordé. Estoy casi segura de que es él, tiene la misma cara que el asesino de niños de Badalona. —Se sentó en una silla al lado de la mesa.

Luis siguió sin hacerle caso.

—Debió de ser hace siete u ocho años, no sé si te acuerdas. Bueno, imagino que no, tú vives en otro mundo. Y era también escultor, como él, un escultor muy conocido. —Él cerró su cuenta y abrió el buscador de internet, introdujo algunas palabras clave. Salían varios casos de asesinatos de niños en distintos años, pero había uno que hablaba de un artista involucrado.

Su tía continuó hablando emocionada, era como si estuviera viviendo un programa de televisión en primera persona.

—Pero si fuese ese Guillermo, ¿cómo pudo venirse a vivir aquí? ¿Es que no lo tenían encerrado para toda la vida?

Él dio a la opción de imágenes y salió en la pantalla la página de un periódico local catalán. En ella, una fotografía bastante borrosa mostraba a un hombre de pelo corto y sin barba, pero con los mismos rasgos del escultor, la misma mirada siniestra. Se trataba de la misma persona, Guillermo.

—Este país está cada vez peor, semejante asesino suelto, y en Ramil. Espero equivocarme, que Dios me perdone. Malo será.

Luis apagó el ordenador.

—Tía, ni se te ocurra contarle a nadie lo que acabas de decirme. Que sepas

que sería una calumnia, lo que estás diciendo es una acusación muy grave y no estamos seguros de que sea cierta. La Guardia Civil se enteraría enseguida de que fuiste tú la que la propagó. Además, Guillermo podría estar ya en libertad. A lo mejor luego descubrieron que no era el culpable de lo de los perros. En cualquier caso, matar perros no es un delito grave, el juez debe haberlo soltado, sea o no culpable. No lo pueden retener.

Ella refunfuñó un poco, contrariada.

—No te preocupes, me callaré como una tumba, tú eres el experto en estas cuestiones. Pero si luego salta la liebre, recuerda que fui yo la primera en haberlo dicho. —Apoyando pesadamente la mano en la mesa, se reincorporó y regresó a su santuario.

En cuanto ella desapareció, Luis envió un mensaje a Carmen: «Tenemos que vernos y hablar de lo que ha pasado con Guillermo. Un beso fuerte». La respuesta no tardó ni un minuto en llegar: «Vale. En media hora en el cruce. Bs».

Su tía asomó de nuevo la cabeza por la puerta, su expresión ahora era de total seriedad.

—Por favor, mañana, si puedes, pasa por la consulta de Carmen. Dile que no voy a volver por allí. Si pregunta por qué, le respondes que ya no me duelen las piernas.

Qué raro, lo de las piernas era mentira, una burda excusa. ¿También se había peleado con ella, la única que decía que la comprendía?

La luz que proyectaban los faros creaba una cortina de magia sobre los campos de maíz.

Luis abrió la puerta del coche con seguridad. Compartir con ella el secreto de Guillermo los uniría más. Mientras se sentaba a su lado y le daba un beso,

se percató de su rigidez. Estaba muy seria, agarraba el volante con fuerza. Carmen arrancó de inmediato y fue directa al grano.

—¿Qué le ha parecido al futuro juez la detención de Guillermo? ¿Es eso lo que me quieres contar? Es que tú sabes mucho. Cada día más y eso está muy bien. Aprobarás, ya verás.

Él, con cierto goce interior, lanzó su banderilla.

—Mi tía dice que Guillermo se parece mucho a un asesino de niños que hubo en Badalona hace unos años. ¿Tú qué crees?

Ella parpadeó. Aflojó la presión sobre el volante, parecía haber estado muchas horas bajo tensión.

—No sé. No creo.

Luis sacó entonces el estoque.

—He visto fotos en internet. Es la misma persona. No hay duda.

Ella aceleró mientras abría mucho los ojos como si buscara en su cerebro de forma apresurada una solución a la situación.

—¿Se lo ha contado a alguien?

Lo reconocía.

—No, yo le he dicho que no comente nada a nadie, que la pueden denunciar a ella después. No te preocupes. —Había triunfado. Ahora eran ambos cómplices de encubrimiento.

—Por favor, Luis, asegúrate de que no dice nada a nadie. Hay que evitar a toda costa crear cualquier tipo de alarma en la zona. Sería fatal para todos. — La preocupación había aflorado, era un asunto grave. Se giró hacia él—. Cuento contigo en esto. Eres muy consciente de las consecuencias que podría tener que se supiera su pasado. Los medios de comunicación lo destrozarán. Guillermo, por el momento, sigue detenido. El juez por ahora no ha decidido nada, no saben qué hacer con él.

Un zorro quedó deslumbrado una milésima de segundo en medio de la

carretera. Después, corrió a refugiarse en la maleza.

—A mí me engañó por completo. —Lo dijo con dolor.

Una nueva faceta de Carmen se desvelaba, su vulnerabilidad cuando perdía el control de lo que la rodeaba.

—Los jueces, a veces, no llegan a conocer toda la verdad. Te lo digo para que te lo metas bien en la cabeza ahora que todavía estás a tiempo. Los médicos y los psicólogos forenses, que son los que examinan primero a los criminales, pueden equivocarse en su primer diagnóstico. El problema es que esa opinión es la que queda reflejada en el sumario de instrucción. Es la que define la posición del juez y la sentencia. Con unas cuantas entrevistas, todavía bajo el *shock* del crimen, es muy difícil determinar el estado mental de alguien. Los asesinos en serie suelen ser psicópatas, personas incapaces de sentir nada por los demás. Viven en un mundo cerrado marcado por la búsqueda de su propio placer. Son fríos y calculadores, muy inteligentes. Si a esta condición innata añadimos que, por algún trauma de su niñez o de su adolescencia, desean vengarse de la sociedad en su conjunto, o de un grupo en concreto como pueden ser las mujeres, entonces se vuelven muy peligrosos, porque si tienen oportunidad, pasarán a la acción.

Guillermo, alguien con quien había tomado vinos y hablado de mujeres, en quien había confiado, un psicópata. Luis no daba crédito.

—Cuando finalmente son detenidos, muchos de ellos se inventan delirios, dicen que escucharon voces o tuvieron visiones que los indujeron a cometer el crimen. Todo para fingir que están enfermos y que los forenses les diagnostiquen una esquizofrenia paranoide para que luego el juez tenga que declararlos irresponsables, que no fueron conscientes de sus actos. Son muy listos, saben perfectamente que si son declarados culpables, serán condenados a más de veinte años de prisión. Además, nada más ser encarcelados, los otros presos se lo harían pasar muy mal aplicando su propio código del ojo por ojo.

Él se estremeció. Nada de eso aparecía en sus temas, solo eran leyes, una detrás de otra, que debía de repetir como un papagayo hasta memorizarlas. Aquello era la realidad, la naturaleza humana, irracional y siempre perspicaz, que ponía las cosas en su auténtica lógica, la de la lucha por la supervivencia.

Llegaron al alto del mirador. Carmen aparcó allí. Apagó el motor, pero dejó las luces encendidas. Con aire cansado, echó la cabeza hacia atrás.

—Tenía que haberme dado cuenta. He investigado bastante sobre estas patologías. De hecho, hace años publiqué un artículo de investigación en Estados Unidos sobre la borrosa frontera entre la psicopatía y la esquizofrenia. Cuando la persona oculta conscientemente lo que siente en su interior, se producen muchos errores en el diagnóstico.

A Luis le vinieron enseguida a la mente las conclusiones que había sacado en su conversación con Laura aquel día en el confesionario de la ermita.

—Eso sería para los asesinos en serie, como en el caso de Guillermo, pero ¿y en los casos en los que alguien entra en un instituto o en su lugar de trabajo y mata a todo el que se le ponga por delante? ¿Son también psicópatas?

Carmen, por supuesto, tenía la respuesta.

—La clave está en la planificación. Un esquizofrénico no puede planificar, reacciona directamente a su delirio, a sus alucinaciones, a las voces que dice escuchar. Si le dicen que mate, él lo hace con lo primero que encuentra a su alcance, de manera inmediata. Los psicópatas, no. Son plenamente conscientes de lo que hacen. Utilizan su inteligencia, compran las armas, las preparan, hacen un plan y lo ejecutan. La mayor parte de esos asesinos en masa son también psicópatas.

Sí, la clave estaba en la planificación, la famosa alevosía de la que hablaba el Código Penal y que le había costado suspender la vez anterior.

—Vivimos en una sociedad sin valores. La religión ha pasado de moda, se ridiculiza. Pero los padres de ahora no saben marcar los límites entre el bien y

el mal a sus hijos. Han pasado de un extremo al otro, de una educación estricta a la no educación. Se pasan el día trabajando y lo único que quieren es estar tranquilos. Piensan absurdamente que los límites ya los aprenderán solos, una irresponsabilidad de graves consecuencias. Convierten a sus hijos, sin querer, en animales que solo debieran buscar su propio placer según su instinto. Luego, cuando intentan rectificar, en la adolescencia, ya es tarde, y les han cogido miedo. Si damos este tipo de educación sin límites a un niño con una mente psicópata, estamos creando una bomba de relojería.

La contempló con admiración en la oscuridad. Aquella mujer era un ser excepcional. La seguiría hasta el fin del mundo. Se hizo un silencio.

Carmen apartó la mirada.

—A Guillermo lo conozco desde hace un año. Me lo presentaron al llegar a Ramil. Al principio, me evitaba. Pero, poco a poco, nos hicimos amigos. Me tenía loca con las historias de su próxima exposición. —Era el relato de una psiquiatra en terapia, como si estuviera echada en un diván abriendo los resquicios de su alma mientras clavaba los ojos en el infinito del techo del coche. Aunque el nivel de emotividad que se permitía era muy bajo. La puerta interior permanecía cerrada—. Guillermo es un tipo muy brillante, la verdad es que me encantaba hablar con él, ha vivido mucho, un tío muy culto. Es de Barcelona. Su obra allí es muy conocida, pero también lo son sus polémicas. Le gustaba poner en evidencia el mercantilismo que rodea el mundo del arte. —Hizo una pausa.

Él aprovechó y sacó su bolsa de tabaco, le apetecía fumar.

—Se tenía por un genio, el creador de un nuevo tenebrismo contemporáneo, rostros que sufren, cuerpos que se retuercen de dolor. Viste sus esculturas, ¿no?

Claro que las había visto, le habían repugnado.

—Me confesó que, durante muchos años, había sido prácticamente

alcohólico, que había vivido en una borrachera permanente, y ese era el origen de todos sus problemas, pero que ya había dejado el alcohol y se encontraba bien. Miguel, que fue el que me lo presentó, me contó luego la verdad. Fue detenido acusado de ser el asesino de niños de Badalona. Algunos testigos lo lograron reconocer. Raptaba a los niños en los parques cercanos a su taller, jugaba con ellos un rato y luego los montaba en su coche. Se los llevaba a algún descampado de los alrededores y los degollaba con un cuchillo. Los crímenes coincidían casi siempre con los enfrentamientos y numeritos que montaba en sus exposiciones cuando creía percibir una actitud hostil de los críticos de arte o del público. El caso enseguida saltó a la prensa. Durante algunas semanas no se habló de otra cosa. Los médicos forenses que lo examinaron declararon que era un esquizofrénico paranoide, dijeron que el alcoholismo y el estrés le provocaban brotes psicóticos muy violentos en los que veía a los niños como enemigos que querían destruirle a él y a su obra.

Luis creyó ver en los ojos de Carmen el brillo de una emoción. Sin embargo, aquello tenía que ver más con su orgullo de terapeuta engañada por un paciente. Su ego no podía soportarlo.

—Recuerdo que un día me contó que de pequeño había sido víctima de acoso por sus compañeros de colegio. Yo intenté tirar del hilo, pero nunca volvió a mencionar el tema. Estoy segura de que habríamos descubierto los antecedentes que antes te he descrito: una educación deficiente y una mente traumatizada. Es una pena, una terapia practicada a tiempo siempre ayuda. Pero él se ocultaba, solo le gustaba hablar del mundo del arte y de su carrera. Desde luego que parecía tener obsesiones paranoicas, era como si existiera una conspiración permanente contra su obra, alguien manejaba a los galeristas para que el éxito internacional se le escapase de las manos. Tampoco supe ver la falta en él de emociones que no nacieran de su propio egoísmo. —Suspiró largamente. Era un *mea culpa*—. Estuvo seis años encerrado en un hospital

penitenciario psiquiátrico. Según Miguel, era un interno modelo, dedicado a la escultura, sin arrebatos ni crisis, la medicación parecía hacerle efecto. Montó un taller para los otros internos. Había empezado una nueva vida. Aquí, me aseguraba que todos los días seguía tomando la medicación. Yo me lo creía, lo veía bien, un hombre apasionado, sí, pero como cualquier artista. Estaba estable, trabajando en su proyecto. Por eso, cuando empezaron a aparecer perros muertos, no pensé que él pudiera estar detrás, lo veía más como una venganza entre vecinos y no le di importancia. —Carmen buscó su brazo en la oscuridad y lo apretó.

Él intentó aliviarla.

—Carmen, eres psiquiatra, vale, pero tampoco podías estar con él todo el día. Además, esta vez, por lo menos, se dedicó solo a matar perros.

Ella se puso tensa, su voz se llenó de rabia.

—No lo entiendes, yo tenía que haberlo visto. Guillermo es un psicópata, alguien que goza matando porque odia a la sociedad y necesita vengarse. Ahora entiendo por qué, aunque me buscara constantemente para contarme sus historias, evitaba siempre mirarme directamente a los ojos, no se fiaba de mí, me veía como un peligro, y por eso quería controlarme. Y yo confundí esa timidez con el amor, pensaba que se había enamorado de mí. Qué estúpida...

—Estaba llorando.

Luis la abrazó. Se emocionó él también.

Ella quería todavía añadir algo, pero el llanto se lo impedía. Por fin consiguió reponerse.

—Él mataba perros porque en el pueblo ya no hay niños. Si hubiera habido alguno, lo habría matado.

Luis condujo el coche de regreso a Ramil. Carmen se encontraba muy abatida por lo sucedido e iba recostada sobre él, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Era la primera vez que, estando con ella, dominaba la situación.

Hacía una noche magnífica. Le entraron ganas de dar la vuelta en la carretera y vagar sin rumbo, perderse con ella lejos del valle. Empezarían de cero, los dos juntos.

—Por cierto, me pidió mi tía que te dijera que no va a volver por tu consulta. Dice que ya no le duelen las piernas. Tu tratamiento ha sido un éxito.

—Notó el cuerpo de ella enderezarse. Su voz se oyó molesta.

—Pero si no lo ha terminado, no lo entiendo.

Él le dijo lo que pensaba.

—No sé, tal vez tus masajes le provocaban demasiado dolor. Cuando llegaba a casa después de haber tenido una sesión contigo, a veces me la encontraba llorando, y no me decía por qué. Lleva semanas muy alterada. El otro día, además, tuvo una discusión con Antonio. Yo creo que apenas duerme desde entonces, está muy afectada.

Carmen se reincorporó en su asiento. Recuperaba el control, volvía a ser la protectora insaciable.

—No te preocupes, no le des importancia. En la consulta se suele crear un ambiente muy especial de confianza. Mis pacientes hablan, se desahogan. Si tu tía lloraba al salir, es porque vaciar nuestro desván interior es siempre doloroso. Te revuelve todo por dentro, te replanteas tu vida para poder acabar con la angustia. Ella ha sufrido mucho, su vida no ha sido fácil aunque no te lo creas. Luis, tienes que tratarla bien, darle mucho cariño. Después de haberlo pensado mucho, ha decidido ahora afrontar una parte de su vida que la torturaba y le va a costar. Pero va a ser positivo, ya verás. Es una valiente. Dile que me parece muy bien, pero que no deje de tomar las pastillas que le di si le duelen mucho las piernas. Ella lo entenderá.

La observó con el rabillo del ojo. Todos, hasta su tía, eran peones que manejaba a su antojo. Ella los guiaría hacia la felicidad.

Aunque al amanecer algunas nubes hubieran lanzado señales equívocas a los madrugadores, las habituales brumas matinales habían desaparecido. Los vecinos se despertaban soñando con la llegada de la lluvia que aplacase la sed de los montes. Después, se olvidaban, el calor aplanaba sus conciencias hasta la noche.

Tras la detención de Guillermo, el valle pronto recuperó la desidia perdida y el silencio. Las siguientes semanas transcurrieron para Luis como una larga vigilia de la que se despertaba al final de la tarde para encontrarse con Carmen. A eso de las cinco, le llegaba puntual el mensaje a su móvil. Era especialmente tierno, lleno de caritas sonrientes, florecitas, muñequitos, casi rozando lo cursi, lo infantil, pero requiriéndole información muy precisa: ¿Qué tal todo? ¿Cómo había ido su jornada de estudio? ¿Cuántos temas había conseguido memorizar? ¿Contento? Seguía haciendo mucho calor. ¿Le apetecía un chapuzón? Entonces, ella lo recogía en el cruce de la carretera y bajaban a la ría a despejarse con un largo baño en su playa siempre desierta, los veraneantes no aparecerían hasta finales de julio. Luego, se adentraban en el monte buscando el mejor lugar para hacer el amor. Vivía en una euforia que le daba miedo analizar. ¡Sí! Había conseguido romper el maleficio. Porque aquello era, finalmente, amor y no solo sexo, se repetía él en los descansos que se permitía entre tema y tema. Su ansiedad era una pesadilla del pasado.

Ella había bajado de su pedestal para pasearse entre los humanos. Ese deseo constante de dominio, que había envuelto al principio su relación, parecía olvidado. La mantis religiosa, que le sujetaba devorándolo mientras se

amaban, había dado paso a una criatura finalmente humana, necesitada de afecto, que buscaba sus besos y su cuerpo para protegerse del mundo. Ya no buscaba la penetración con desesperación como si fuera un sacrificio en el que él siempre sería la víctima propicia a unos dioses crueles entre los que se encontraría el espíritu de Gabriel. Ahora ella se abandonaba a él en cada encuentro, sin más. Luis no volvió a sacar el tema del marido muerto. Su más que posible torturador ya le daba igual. No era ni siquiera un fantasma. Carmen y él viajaban en un mismo barco. Y no había hecho falta que dejase de ser él mismo, un ser emocionalmente dependiente, una hiedra que se aferraba a un muro ahora receptivo, anhelante.

Todavía con los cabellos húmedos del baño, aparcaban el coche junto al bosquecillo de robles de la hondonada. Luis enseguida buscaba su sonrisa para sumergirse en ella. Era el mejor bálsamo para su mente. La digestión de los temas nuevos, memorizados a lo largo del día, resultaba tan pesada como la de la boa que acabara de devorar un antílope entero. Casi le dolía el cerebro. Después, sin mediar palabra, se cogían de la mano y echaban a andar formando un solo ser en movimiento. El mero cosquilleo de la piel de su amada entre los dedos le llevaba al éxtasis. No es que ella fuera suya. Es que cada uno era del otro, y eso era lo único, lo realmente conmovedor para él. Se hallaba paseando con su novia, su mujer. Sin más. No tenía recuerdos parecidos de las anteriores mujeres de su vida. Apenas había habido oportunidades y rara vez intención de ser lo que ahora ellos dos estaban construyendo, una unión para siempre.

Por momentos era él quien tiraba de ella para subir una cuesta. En otras ocasiones era ella la que empujaba a tomar la senda más intrincada entre la maleza. Sin llegar nunca a soltarse. Al cabo de un rato largo de contemplación muda del paisaje, invariablemente ella empezaba a hablar. Carmen, una vez más, le preguntaba por los temas que había estudiado ese día. Se mostraba

muy curiosa con los detalles y le pedía ejemplos. Le gustaba dar su opinión sobre las leyes desde su conocimiento profundo de la naturaleza humana. Su charla exhalaba un cariñoso ánimo controlador, el de la madre deseosa de que su hijo fuera el primero de la clase por sentirlo precisamente prolongación de ella misma. A Luis no le importaba, había terminado por acostumbrarse. Lo interpretaba como un signo de amor, de amor futuro. Sus futuros, como sus manos, permanecerían juntos para siempre.

Luego, cuando terminaba su interrogatorio, llegaba la merecida merienda. Ella se paraba en seco para darle un beso lleno de dulzura abriendo mucho los labios. Un beso blanco, puro, sin el menor rastro de lujuria. Aquella mujer madura era una niña llena de miedos primarios, a la soledad, al abandono, a la vida misma. Luis presentía que Carmen tenía casi tantas ganas de amar como él aunque se negara a demostrarlo fuera de los confines del monte.

Al despegar sus labios, se abrazaban y así permanecían durante un instante infinito. Era entonces cuando nacía el deseo. Lentamente. Una llama diminuta que voraz iba consumiendo las profundidades de sus cuerpos hasta erizar todos sus sentidos. Cuando la tensión rozaba lo insoportable, ella se desasía de golpe. Se echaba a reír a carcajadas y salía corriendo para que él la alcanzase.

Luis cerró los ojos, sentía toda su fuerza y no quería perderla. Necesitaba oír el gemido de Carmen, la señal para ascender juntos al triunfo. Pero no terminaba de producirse. Los volvió a abrir. Agitándose encima de él, sobre un fondo de lejanas ramas de eucalipto, era una virgen salvaje ceñida de una inmensa corona de rayos de luz, la larga melena sobre la cara. Su atención, sin embargo, ya no estaba allí, con él. Luis aumentó la presión en su vientre, pensando que quizá no fuera suficiente.

De repente, ella paró de moverse, quedándose rígida. Él se asustó.

—¿Te ocurre algo?

Carmen miraba a su alrededor como buscando.

—Hay alguien ahí, Luis. Nos están espiando.

Él se puso en alerta de inmediato. Carmen se echó a su lado. Enseguida oyeron un ruido acelerado de pisadas alejándose.

«Otra vez», pensó. Luis se puso en pie y corrió descalzo a sumergirse en la espesura.

Durante un buen rato, avanzó por el monte sin saber muy bien si iba en la buena dirección. Ni se oía ni se veía nada. Enseguida se dio cuenta de que aquella persecución sin rastro resultaba absurda, sabía perfectamente quién era el mirón.

Cuando regresó al claro, ella se estaba vistiendo. Él quiso tranquilizarla.

—Creo que era Laura. Le debe de gustar mirar.

Carmen se quedó callada un momento.

—Tenemos que volver cuanto antes. —Volvía a ser la mujer dura, autoritaria.

Luis se rebeló.

—Pero ¿por qué? Es una chica reprimida y ya está, ¿para qué preocuparse?

Ella continuó imperturbable, recogía su ropa y se calzaba las botas.

—Puede que Laura no esté bien. Mejor es que vaya a verla, la he tenido un poco olvidada estos días.

Luis se enfadó. Eso lo decía por él, lo consideraba un entretenimiento que la apartaba de sus verdaderas obligaciones.

—¿Y qué? ¿Eres la guardiana de todos los locos de la zona? Que yo sepa, hace tiempo que dejaste de ser psiquiatra. ¿Qué te importa lo que hagan los demás? —Nada más terminar de pronunciar la última de aquellas palabras, ya se estaba arrepintiéndolo. De nuevo sonaban a súplica. Todo lo recorrido durante aquellos últimos días mágicos corría el peligro de esfumarse. Debía calmarse como pudiera, comerse el alma. Se vistió a toda prisa

apesadumbrado. Regresaron al coche en silencio. El monte crepitaba sofocado de calor.

—Me encanta la camisa que llevas hoy. No te la había visto nunca. Últimamente, vas más arreglado, más guapo. —Lo había dicho sin dejar de mirar a la carretera.

Por fin un reconocimiento sobre su aspecto, menos mal. Su sensación de frustración se desvaneció al instante.

—Se me olvidaba decírtelo. Mañana, mi tía ha organizado una comida en casa y está empeñada en que vengas. No hay quien la entienda. No te quería ver y ahora dice que está muy agradecida contigo, que le salvaste la vida.

Carmen no dijo nada, el cristal de sus gafas de sol reflejaba el mágico atardecer. Sus manos, como siempre, se agarraban con fuerza al volante.

—Es a las dos. Seguro que vienes, ¿no? —La miró fijamente. Ella seguía sin alterarse, ausente. Una vez más, su afán redentor debía de ocupar todos sus pensamientos.

Él alzó la voz.

—¿Me estás escuchando?

Carmen pareció despertar.

—Sí, sí, claro que voy. Qué simpática tu tía. Ya sabía yo que se iba a encontrar mejor cuando pasase un poco de tiempo.

Hablaba como en clave, igual que cuando su tía se refería a la relación que había tenido con ella. Nunca sabría de qué habían hablado entre ellas en aquellas sesiones de fisioterapia. En cualquier caso, el resultado para ambas había sido positivo. Luis se relajó. Sacó el tabaco y abrió la ventanilla.

Al pasar la curva, a lo lejos, en el cruce con una secundaria, un chico rubio, de vaqueros ajustados y zapatillas rojas, les hacía señas para que parasen. Era Pablo. Carmen frenó a su lado. Sus mejillas arreboladas y su sonrisa burlona daban a entenderlo todo, pero él necesitaba proclamarlo.

—Vengo de follar por el monte —hizo una pausa teatral—, como vosotros.
—Y se echó a reír mientras abría la puerta trasera del lado de Carmen.

—Espero que con condón —contestó ella secamente.

Pablo, cariñoso, la rodeó con los brazos desde atrás.

—Creo que me estoy enamorando. Ya ni me acordaba de lo que era sentir eso. —Suspiró—. Es un tipo misterioso. Esta semana hemos quedado ya tres veces. Lo espero en el alto del crucero y me viene a buscar en moto. Luego, me deja en el mismo sitio, para que no nos vea nadie, y bajo andando hasta Ramil. Es un tío duro, que sabe lo que quiere, lo que le gusta, un hombre de verdad.

Luis se sintió aludido. ¿Era él un hombre de verdad?

Pablo sacó la cabeza entre los asientos.

—Qué ganas tengo de tener un novio, Carmencita, y que me quieran de verdad.

Los labios apretados de Carmen indicaban que no le estaba haciendo ninguna gracia el relato de su amigo.

—Ten cuidado. Puede que esté casado.

Pablo se revolvió como si le hubieran pinchado con una aguja. Volteó la cara hacia ella y fingió estrangularla.

—¡Perra! ¡Y a mí qué me importa! Los hombres somos infieles por naturaleza. ¿Es que aún no te has enterado? —Luis se puso en alerta, aquello era un golpe muy bajo contra Carmen. ¿Se habría tomado una pastilla o metido una raya? El blanco de sus ojos estaba teñido de rojo, su voz rebosaba de rabia. Nunca lo había visto antes así.

Ella siguió conduciendo sin alterarse. Sus palabras sonaron duras como piedras.

—Claro, es mejor no querer ver lo que hay detrás. Vivir el momento,

confiando en que todo cambiará. Lo que pasa es que ese momento luego se alarga y se convierte en toda una vida.

Pablo se rio de forma histérica.

—Pero ¿de qué me estás hablando? Estás loca. Que yo solo busco sexo en condiciones. Y cuando se acabe este vendrá otro. O mientras esté este pueden aparecer otros más, quién sabe. Lo único que te estoy diciendo es que me gusta este tío y que quiero seguir quedando con él. No le des más vueltas. — Después se echó hacia atrás en el asiento.

Pasaron unos minutos de tensión. Luis no se atrevía a abrir la boca. Pablo explotó de nuevo:

—A veces, por cómo hablas, no sé si tu marido era un santo o si era el mayor de los cabrones. Si te hubieras buscado a otro en lugar de aguantarlo hasta el final, ahora ya ni te acordarías de él, pareces una mujer marcada. ¡Olvídalo ya!

A pesar de la fría fachada de sus gafas oscuras, algo se removía en su interior. Gabriel le había jodido la vida de verdad. Lo que Luis no terminaba de entender era cómo una mujer tan inteligente se había enganchado a un abogaducho infiel y egoísta. Qué oscuro poder había tenido para que, incluso después de muerto, ella lo tuviera tan presente.

—Pablo, tú eres muy joven todavía. Cuando te enamores de verdad y tengas una relación, te darás cuenta de que, aunque la fidelidad no sea lo más importante, sí puedes y debes exigir siempre sensibilidad en tu pareja, respeto a tus sentimientos. No querer hacer daño al otro y no hacerlo. El que te dice amar no puede querer hacerte daño. Y es imperdonable. No lo aceptes nunca, tu vida se volvería un infierno.

Los brazos de Pablo volvieron a estrecharla desde detrás. Realmente, se comportaba como una madrecita y él estaba encantado.

—Ya lo sé. Muchas gracias por el consejo. Cuánto te quiero.

Luis se fijó en que, bajo una de las muñequeras del chico, había aparecido una pulsera metálica. Era igual que la de Laura. Con su punto rojo de luz intermitente, como un ojo que lo observara todo.

—En las relaciones, hay que aprender a poner límites para que no nos coman. Si no, un día te levantas y te das cuenta de que estás a punto de ahogarte en tu propia tristeza, y ya es demasiado tarde. Eres tú o él.

Se notaba que, aunque pretendiese dar esa imagen profesional de experta en la psicología de las relaciones, mezclaba también sus propios sentimientos. Qué relación más asfixiante había sido la suya. Aquellos consejos se los estaba dando, en realidad, a sí misma. No debía repetir nunca más lo que había vivido con Gabriel.

—De todos modos, ya hablaremos tú y yo de todo esto con calma luego en tu casa. Aunque quieras tener sexo con todos los gais reprimidos de la comarca y después olvidarte de ellos, eres bastante inocente. Recuerda lo que acabo de decir de aprender a poner límites. ¿Me has oído bien, cabeza de chorlito? Por tu propia seguridad. Quiero saberlo todo de este último ligue.

Pablo le quitó las gafas con ternura; los ojos de Carmen brillaban, se había emocionado de verdad. Le acarició la cara.

—Sí, mamá.

Luis no pudo menos que sentir envidia, una envidia feroz. Aquella intimidad rozaba el paraíso. Carmen entonces subió la música: La Oreja de Van Gogh, *Dulce locura*. Ambos se pusieron a cantarla a dúo. A todas les gustaban las mismas canciones empalagosas pasadas de moda. Era insoportable. Prefirió contemplar el paisaje.

Las altas temperaturas de los últimos días habían llevado el jardín a su punto de ebullición. Plantas e insectos habían entrado en un estado de excitación permanente. Hojas y flores bullían, se inflamaban. El zumbido de abejas, moscas y avispa condensaba el aire, pesado y pegajoso. La modorra había invadido las sombras de los árboles y de los muros. Y aquella era la hora del cénit solar.

Se hallaba sentado en un banco de piedra frente a la cancela, con la perra a sus pies, ambos expectantes, sedientos. Los demás ya estaban adentro; solo faltaba ella, la diosa del valle. Un ladrido de Loira anunció su llegada. Se levantó y fue directo a su encuentro. Estaba radiante, sus vaqueros y sus botas habían desaparecido. Un vestido blanco largo, isleño, se pegaba a sus caderas y a sus pechos. En su rostro, un gesto serio de disculpa. Era la novia que llegaba tarde a su boda.

Una vez más, no supo cómo saludarla, si estrechándola en sus brazos o besándola en la boca. Temía sus reacciones. Impulsivamente, intentó hacer las dos cosas a un mismo tiempo sin conseguir culminar ninguna de las dos.

—Perdona, me he entretenido con Laura. ¿Qué tal tu día?

Luis, ansioso, se adueñó de una de sus manos.

—¿Es ella la que nos estuvo espiando ayer?

Carmen escurrió los dedos entre los suyos, desasiéndose.

—Qué más da. Cada cual se enfrenta a sus fantasmas como puede. Pasear por el monte le sienta bien.

Él empujó la puerta de la casa y entraron.

—Está enamorada de ti, eso es lo que pasa. —Y cambió rápidamente el tono de voz para gritar—: ¡Tía! ¡Carmen ya está aquí!

Ella le lanzó una mirada gélida.

—Qué tonto eres.

Su tía salió a recibirla. Por un instante, se miraron sin decirse nada. Las dos querían comprobar algo muy sutil en el aspecto de la otra. La señora de la casa rompió el hielo.

—Hola, hija. Qué guapa te has puesto. Ven, que te presento al resto. También ha venido Antonio, que ya lo conoces.

Carmen sonrió de satisfacción al comprobar la felicidad de la tía de Luis, como si ella fuera su hada protectora.

—Me alegro mucho de estar aquí.

Pero Luis no alcanzaba a interpretarlo, en apariencia eran como dos viejas amigas que no tuvieran secretos entre sí. La tía la tomó por el brazo y se la llevó, era su invitada principal. Él había pasado a un segundo plano.

En el salón estaban los otros invitados. Angelita, la amiga de toda la vida de su tía. Mismas perlas y similar vestido camisero de flores, misma soltería y mismo peinado abombado de peluquería de pueblo. También la misma impertinente curiosidad. Ella fue la primera en lanzarse sobre la recién llegada.

—Así que eres tú la famosa Carmen. En Arealonga todo el mundo habla ya de tus terapias milagrosas.

Detrás, se acercó el padre Mateo, el orondo párroco. Camisa y pantalones grises, gafas de diseño moderno, una sonrisa pícaro de conocer todos los pecados del valle. Decían que de joven había estado de misiones en África, pero que tuvo que volverse por un asunto de enfermedad. A Ramil no venía más que para dar misa los fines de semana.

—Nos hemos cruzado muchas veces por la plaza, encantado de conocerla.

No sabe el bien que está usted haciendo por aquí.

Y el que no podía faltar, Antonio, el otro invitado estelar. Luciéndolo una flamante camisa rosa con el correspondiente caballito de polo a la izquierda, y abierta hasta el tercer botón para mostrar la cadena de oro. Para Luis, había sido una sorpresa bastante desagradable saber que venía también a la comida después de aquella confesión en la cocina. Por la sonrisa de su tía al anunciárselo, comprendió que finalmente habían hecho las paces. Volvían a ser los mejores amigos. El pasado, mejor enterrado.

Le pareció que Carmen lo había besado con demasiada efusividad. Quería ignorarlo, pero era superior a sus fuerzas, no podía dejar de vigilarlo. El cacique de Ramil se movía a sus anchas por Merlachoca. Su tía le reía todas sus gracias de fanfarrón como una adolescente. Seguro que barajaba ya en su cabeza el precio que les ofrecería por la casa, muebles y cuadros incluidos. No le extrañaría nada que, encima, su tía insistiera en hacerle un descuento sustancial por los servicios prestados a la familia. No quiso pensar más en ello, pero ya se encargaría él de quemarlo todo el día anterior a la entrega para que se llevase solo cenizas y piedras.

El comedor lucía en todo su esplendor. Desde días atrás, Sagrario y su tía se habían entregado con pasión a sacar brillo a todo el repertorio de Merlachoca: el cristal de la araña del techo y de las copas, la plata de las bandejas y de los cubiertos, la frágil porcelana blanca con dibujos añil de las soperas y de los platos. Hortensias azules, malvas y moradas, recién cortadas, adornaban el centro de la mesa. Luis también se maravilló al entrar y contemplarlo. Hacía muchos años que no veía aquel despliegue de viejas riquezas de la casa perfectamente bruñido y en pleno uso cotidiano. Enseguida, le entró cierta vergüenza, qué pensarían de ellos, qué pensaría Carmen. Esos bellos objetos pretendían imponer un respeto del que él hacía mucho tiempo que había decidido huir. Mientras el país se hundía con la crisis

y el ejército de parados crecía día a día, ellos sacaban toda esa parafernalia, pura ostentación de un pasado que nunca volvería. Los últimos fuegos artificiales de una fiesta muy larga. Carmen había hablado antes de fantasmas. A su tía solo le había faltado traer al abuelo del cementerio, embalsamado, y haberlo sentado a la cabecera de la mesa enfundado en una camisa azul pálido. En lugar del caballito de polo llevaría bordado el escudo familiar.

—Padre, usted a mi derecha. Antonio, tú a mi izquierda. —La sacerdotisa del templo, en su momento de la consagración, fue indicando a cada uno su sitio. Luis se dirigió al extremo opuesto de la mesa; Carmen y Angelita se sentaron una a cada lado.

Mientras observaba los cubiertos alineados escoltando cada plato, recordó una antigua sentencia que había oído entre aquellas paredes: «En la mesa y en el juego se conoce al caballero». Desde que pudo sentarse en la mesa de los mayores, su tía le había inculcado una rígida etiqueta cuyo fin era diferenciarlo del resto, que nunca pudieran tomarlo por un bárbaro. Los codos no se apoyaban en la mesa. Los brazos se mantenían pegados al cuerpo al comer como no fuera para alcanzar la copa para beber, y aun así. Leer o cantar era un sacrilegio. Cualquier mínima referencia de corte escatológico en la conversación, un anatema. Igual que señalar con el cuchillo, que la boca fuera a la cuchara y no la cuchara a la boca, sorber la sopa, hacer ruido al masticar, hablar con la boca llena, no saber utilizar los cubiertos del postre o servirse más de lo que uno fuera a comer. Ante las constantes reprimendas de su tía, su madre se reía sin decir nada, como si fuera una niña más que también temiera las reprimendas de su hermana mayor. El objetivo de su tía, sin embargo, no se había cumplido en su totalidad. No era un bárbaro en apariencia, pero sí en su interior. Y como los bárbaros en la época del Imperio romano, destruiría ese mundo a pesar de su buena educación. Aunque el proceso había comenzado, ya

se estaba desmoronando. No había nada más que ver al grupo reunido allí, las fuerzas vivas locales. Patético.

Estiró el pie hasta tocar el tobillo de Carmen, pero no llegaba. Cuánto deseaba poder meterle mano por debajo de la mesa, hundir los dedos entre sus muslos. Ella ni lo miraba, pasaba de él. En ese instante, Sagrario hizo su entrada estelar, llevando en las manos una gran fuente repleta de nécoras. No era la época, estaba prohibido. Las habrían cogido en la ría los furtivos. Evidentemente, se trataba de un regalo de Antonio, el gran «conseguidor» del valle. Y él, aspirante a defensor de la ley, se las comería igual que los demás.

—Así que te falta solo un examen para ser juez. —El padre Mateo apenas levantó los ojos de su presa mientras le aplastaba el vientre con las tenazas.

—Bueno, me falta otro examen oral, y luego, un caso práctico. —El estómago se le encogió al instante. ¿A este cura no le había explicado nadie que mentar a un opositor sus exámenes era como mentar la soga en casa del ahorcado?

El párroco prosiguió, paladeaba cada palabra como si masticase ya el marisco que tenía entre las manos.

—Tengo un sobrino funcionario en el ayuntamiento, pero claro, nada que ver. Lo tuyo son varios cientos de temas que tienes que aprender de memoria para recitar ante un tribunal. Tu vida se decide en cuestión de minutos, o te acuerdas de todo a la perfección o has perdido y te toca empezar desde cero otra vez, ahí sí que no hay partido de revancha. Hace falta mucha fortaleza de espíritu.

Aquellas palabras eran puñaladas, una detrás de otra. ¿No había mejor tema de conversación? Aquel cura de mierda, seguro que lo habían echado de las misiones por una enfermedad venérea. Un fariseo dándole consejos, lo que faltaba. Y, encima, nadie salía a ayudarlo. Carmen estaba también concentrada en destripar sus nécoras. El tipo continuaba el sermón tan tranquilo:

—La judicatura es una verdadera casta, como los abogados del Estado, como los fiscales, los diplomáticos o los inspectores de Hacienda. Son la élite que lleva gobernando este país desde las guerras carlistas. Para los de fuera, es muy difícil meter ahí la cabeza. Se conocen todos entre sí, se lo pastean todo. Ya puedes estudiar, hijo. Merece la pena, un sueldo considerable para toda la vida. Y, además, tendrás poder, no lo olvidemos, que es aún más importante que el sueldo. De tus decisiones dependerá la vida de la gente. Muchos vendrán a pedirte favores.

Antonio, tras apurar el vino de su copa, aprovechó el quite para vanagloriarse de su propio poder en la sombra.

—Pues el juez de Arealonga es un hombre bien simpático. Aprecia mucho a la gente de aquí, intenta comprender nuestros problemas. Lo que no es fácil, teniendo en cuenta lo bestias que somos a veces. La semana pasada, comimos juntos, no veáis la rapidez con la que se zampaba las cigalas.

Su tía se rio una vez más. Cualquier cosa que dijera su ídolo, ahí estaría ella de claqué para aplaudirlo. Luis la miró con odio, la comida se le estaba indigestando. No tenía ninguna dignidad. Antonio se había liado con ella por despecho hacia su madre. Ahora lo entendía. En el fondo le era igual, tirarse a uno de la familia era como tirárselos a todos ellos, los odiados señoritos del lugar. Después se había largado a Alemania, sin mirar atrás, como un criminal. La había abandonado. ¿Cómo era posible el perdón?

Angelita, que era una amiga de doble filo, intervino para desbaratarlo todo.

—Demasiado bien comprende a la gente de aquí. Ya se le ha visto muy complaciente con alguno de los narcos. Los jueces de este país ya no son como los de antes, personas íntegras. Ahora están casi todos corruptos. Muy pocos se atreven a tocar a un político, y cuando lo hacen, es porque también al resto le conviene. Menuda independencia, si está todo amañado. No me extraña que en Europa ya no nos crean. Por mí, que vengan los alemanes y se hagan cargo

de todo. ¿A que sí, Antonio? Tú los conoces bien. —Era el anarquismo al revés, que nos gobiernen otros. Una solución que sin duda escondía la nostalgia de un golpe de mano por gente de bien, a la antigua usanza.

Y también estaba la consiguiente carga de veneno, el mensaje subliminal. Como él quería pertenecer a la casta judicial, estaba condenado a ser igual que el resto: prevaricadores potenciales. No podía consentirlo.

—Angelita, hay muchos otros que no son así. Ahora se están investigando muchos casos de corrupción política. La mayoría de los jueces quieren ser independientes, pero no tienen medios. Es el sistema el que les corta la cabeza cuando se vuelven peligrosos, por eso no pararon hasta cargarse a Garzón. — Para su sorpresa, su comentario fue respondido con risas por parte de los demás, hasta de Carmen.

Se indignó.

—No sé por qué os reís tanto. Él fue el primero en meter mano a los narcos de aquí, ¿ya no os acordáis? —Eso iba para Antonio. Y quiso ir más allá—. Él fue el que intentó traer a Pinochet a España para juzgarlo. El que defendió la memoria histórica de las víctimas del franquismo, todos esos cadáveres que quedan todavía enterrados en las cunetas. Pero estos asuntos, por supuesto, a vosotros no os interesan —dijo, apurando él también su copa de vino sin molestarse en mirarlos. Eso era lo que querían, confrontación, pues ahí la tenían.

Esta vez fue su tía la que asumió la voz de la tribu, adoptando un tono condescendiente que Luis consideró insultante. Lo menospreciaba delante de su amada.

—Hijo, qué ingenuo eres. Deberías irte a las misiones a ayudar a los negritos en lugar de querer meterte a hacer justicia en este país, ¿verdad, padre? Te van a dar palos por todos los sitios. Tu querido Garzón, también conocido como el principal juez estrella de este país, no es un verdadero juez,

es un político. Por si no lo sabes, se salió de la carrera para presentarse a diputado con los socialistas, pero como no lo hicieron ministro se enfadó y regresó a los juzgados como si nada hubiera pasado. Eso sí, se vengó bien sacando luego todos los trapos sucios de Felipe González. Después de aquello, a lo único que se ha dedicado este señor es a intentar llamar la atención. Ah, y a los muertos hay que dejarlos en paz, bastante tenemos los vivos con pagar las facturas cada mes.

Por un segundo, estuvo tentado de sacar el cenagoso asunto de las víctimas del franquismo en Ramil. Cuando había intentado hablar del tema con su madre, ella tan izquierdista, se había limitado a comentar que el abuelo, el antiguo cacique del lugar, había evitado cualquier venganza personal en el valle, por eso los paisanos lo apreciaban tanto. Sin embargo, a él aquello le sonaba a cuento. En el salón, también había en otro marco de plata una foto del abuelo saludando con mucha reverencia al Caudillo en una visita a la región. Había jugado a dos bandas, a ser franquista y a ser monárquico; en otras palabras, a ganar siempre.

En cualquier caso, él debía decir la última palabra. De lo contrario, quedaría como un pretencioso bocazas delante de Carmen.

—Tía, lo que pasa es que todos vosotros sois el sistema. —Ellos se rieron otra vez a su costa. Carmen, esta vez, en cambio, no los siguió en el escarnio, sino que lo miraba a él con preocupación. Pero ya no podía parar—. Sí, no pongáis esa cara, os beneficiáis de que nada cambie, incluso de la corrupción. Tanto hablar de la casta judicial, vosotros sois la verdadera casta, pero no os gusta dar la cara, es mejor que la den otros, los jueces, la policía o el político de turno por si el pueblo algún día se pone respondón y se vuelve contra vosotros. —Dejó caer en el plato la nécora que estaba a punto de abrir y sumergió los dedos en el cuenco de cristal lleno de agua con limón. Se le habían quitado las ganas de comer. Notó que le temblaban las manos de los

nervios, como a Laura. Se fijó un instante en el plato de Angelita. Contenía la montaña más grande de rojos caparzones despanzurrados de toda la mesa, los restos de una batalla medieval de la que hubiera salido triunfante. Se cruzaron las miradas. Ella también quería rematar.

—Solo recordamos lo que nos conviene, es mejor olvidar. —Su tía y Antonio apartaron la vista de la mesa como si estuvieran perdonándole la vida.

La puerta volvió a abrirse. Sagrario entró para empezar a recoger los platos. El padre Mateo aprovechó el silencio para volver a la carga. Como buen inquisidor, le excitaba el tormento, no lo dejaría en paz.

—Bueno, hay que reconocer que algo de razón tienes. Pero, volviendo al tema de tu oposición, Luis, que me parece más importante, imagino que con los recortes presupuestarios del Gobierno todas las oposiciones están congeladas para el año que viene. Vaya faena, ¿no? Tantos años estudiando y, de repente, todo se acaba. A ver qué haces con tu vida. No hay derecho, caramba.

Su estómago definitivamente se había terminado por cerrar. Todas sus angustias las sentía ahí, concentradas, incapaz de controlarlas. Su voz sonó agónica.

—Con las nuestras no se sabe todavía lo que van a hacer. Los juzgados están hasta arriba de trabajo. Aunque haya crisis, no pueden recortar la justicia. Sería muy fuerte. —Notó que la sangre descendía aceleradamente de su cabeza a los pies.

El veneno se esparcía por la mesa y su tía vino a poner la guinda.

—No me habías comentado nada. Lo que faltaba.

Luis quiso matarla en ese instante y colgarla de la araña del techo que tanto trabajo le había costado limpiar. Le salió la rabia.

—¿Y a ti qué te importa? Es mi vida. ¿Me he metido yo en la tuya? Déjame en paz. —Ahora le temblaba todo el cuerpo.

Estaba a punto de levantarse de la mesa cuando oyó a Carmen a su lado.

—Cristina, no tienes por qué preocuparte. Luis está siguiendo un programa de estudio que él mismo se ha marcado y las va a sacar este año. Por eso se vino aquí, para estar tranquilo y hacer el último esfuerzo. El año que viene tendremos juez, estoy segura. —Las palabras quedaron suspendidas en su cerebro. Pero en lugar de aliviarle, le asfixiaban. En el amor no cabía la pena, era peor que el odio—. Venga, vamos a brindar por Luis. Para darle fuerzas y ánimo. Va a sacar las oposiciones seguro. —Levantó la copa y todos la siguieron. Él no tuvo más remedio que unirse también a aquel deseo. Con el rostro desencajado, fue chocando su copa con las suyas sin mirarlos a los ojos.

Enfurrñado, comió con ansia los siguientes platos y el postre. Se bebió varias copas de vino. Como sabía de otras ocasiones en las que se había sentido igual, su organismo no asimilaría nada. Pero el divino alcohol lo mantenía anestesiado para que no le diera por coger una silla o una botella y estamparla contra una ventana, que era lo que en verdad deseaba. Mientras, Carmen, a su lado, disfrutaba plenamente de la animada conversación. Antonio se había erigido ya en el alma de la reunión. Exagerando el acento del habla local, contaba anécdotas de la comarca en las que se ponía de manifiesto la desconfianza y la ignorancia de sus habitantes, sus pequeñas maldades y las estúpidas consecuencias que arrastraban. Resultaba repugnante. Todos ellos se reían como si ellos mismos nada tuvieran que ver con esa realidad, como si no fueran igualmente burros, retorcidos y desconfiados, amantes de urdir venganzas que solo demostraban una amargura, más que innata, genética.

Tomaron el café en el salón. Su tía y su antiguo amante cumplían a la perfección el papel de anfitriones. Luis ya no podía más.

—Tía, si no os importa, voy a enseñar a Carmen la casa, que es la primera vez que viene. —Sin esperar respuesta, cogió de la mano a la mujer de sus

sueños y tiró de ella suavemente hasta conseguir que se levantara del sofá—. Ven. La casa está llena de fantasmas. Seguro que alguno nos sale al encuentro. Pero no te asustes, no hacen nada. Son de la familia.

En cuestión de segundos ya estaban recorriendo la planta de abajo. Luis, reconvertido en guía turístico, le abría las puertas y daba una breve explicación de cada estancia: el despacho del abuelo en su penumbra, la amplia cocina donde la risueña Sagrario terminaba de recoger, el cuarto de estar o antiguo cuarto de costura, que estaba presidido por un retrato de su madre.

—Solía encerrarse aquí, el cuarto favorito de mi abuela. Todos esos libros son suyos. Les encantaba leer a las dos. —En la pared cubierta de estanterías se mezclaban las novelas de su abuela, Stefan Zweig, Carmen de Icaza o Somerset Maugham, con las de su madre, autores latinoamericanos y europeos de los setenta como Cortázar o Heinrich Böll—. Las últimas veces que vinimos de vacaciones a Ramil, mi madre ya no quería leer. Cuando entraba aquí siempre me la encontraba con un cigarrillo encendido entre los dedos y mirando por la ventana. Había perdido el interés por todo lo que la rodeaba, y sin embargo parecía estar muy pendiente de algo que no terminaba de suceder. Nos tenía a todos muy nerviosos.

Carmen se detuvo a leer los títulos de los libros de las estanterías más bajas.

—Esos de ahí son libros de filosofía de cuando mi madre estudiaba en la universidad, los guardaba todos. Nuestra casa de Madrid también está llena. Las novelas de crímenes son mías. Las devoraba en mi adolescencia, cuando todavía me obligaban a dormir la siesta en las tardes de verano.

Ella se giró para contemplar el retrato. Una mujer nervuda, muy delgada, con la melena cortada por los hombros, vestida muy informal con pantalones y una camisa de manga larga. En los ojos verdes, como los de Luis, el pintor

había pintado una mirada melancólica de añoranza. Pero la había retratado con los puños cerrados, como si los apretase con fuerza y todo su cuerpo estuviera en tensión, a punto de estallar.

Después, con el codo apoyado en el alféizar, tal y como hacía también su madre, Carmen contempló el jardín por la ventana. Se quedaron en silencio.

—¿Últimamente has tenido alguna alucinación? No sé si me explico, ¿has sentido como que soñabas despierto y has visto imágenes?

Luis se quedó de piedra. ¿Quería saber si estaba loco?

—Que yo sepa, no, nunca. ¿Por qué? ¿Me ves algo raro?

Ella se volvió lentamente hacia él. Su expresión era la misma que si le hubiera estado preguntando por el tiempo que hacía fuera, clínica.

—¿Y malestar contigo mismo sin saber por qué? Como si tuvieras una tensión interna, una presión en alguna parte de tu cuerpo. —Se quedó mirándolo fijamente—. ¿Es cuando acabas de estudiar cuando la sientes más?

—Él no sabía qué responder.

Ella adoptó un tono más cálido.

—En la comida he sentido que estabas un poco alterado y te costaba seguir las bromas. Luis, ¿te sientes bien? Sabes que a mí me lo puedes contar todo. —Ella mantuvo la mirada para observar cómo reaccionaba. Quería una respuesta inmediata.

Él se quedó bloqueado. De repente le volvía ese pánico y no sabía por qué.

Carmen, ahora maternal, tomó a Luis de la mano para hacer que se sentase en un sillón.

—A ver. Dime lo que te está pasando en este momento por la cabeza.

Su mente se había llenado de imágenes. Igual que el día que en la finca de Abalo no había podido continuar. Sentía palpitaciones en el pecho. Para su sorpresa, el rostro de Antonio se confundía con el que recordaba de su padre. Su madre aparecía también, casi irreconocible, en el hospital. ¿Por qué lo

habían abandonado? No quería verlos más a ninguno de los dos, debía olvidarlos, y huir, huir muy lejos. Que le dejaran estudiar tranquilo, en el monte, recitar los temas del examen, sin parar. Eso es lo único que quería. Pero tenía que responderle algo ya.

—Es mi tía, me saca de quicio, y más todavía cuando la veo con el cabronazo de Antonio. En cuanto te vayas me voy a poner a estudiar. Aunque no te lo creas, lo prefiero. —Carmen era su tabla de náufrago, la necesitaba para no hundirse. La abrazó. Ella le acarició la cabeza.

—Ya lo sé. Son impulsos fóbicos, rabia contenida que hay que liberar. Con todo lo que te ha pasado, es normal.

Pero no la dejaría penetrar en sus pensamientos para analizarlo como ella pretendía. Abrir las compuertas de su mente haría que todo su interior saltase por los aires. La besó en el cuello.

—Vamos a la parte de arriba, allí es donde están los fantasmas.

La agarró con fuerza por la cintura y juntos ascendieron por la escalera de piedra. De golpe, se encontraba pletórico.

—Dicen que las almas insatisfechas no parten al más allá, permanecen en los lugares donde sus cuerpos murieron. Pretenden resolver de muertos lo que no supieron hacer de vivos. Conociendo a mi familia, todos unos neuróticos, esta casa debe de estar repleta de espíritus errantes. Incluido el de mi abuelo. Esa sensación de calma y de seguridad que transmitía a los demás era una patraña. —Su imagen le vino nítidamente a la memoria, su andar ceremonioso—. A pesar de la sensación de tranquilidad que transmitía a los demás, en el fondo era un histérico, le horrorizaba el caos, el desorden. Seguro que era porque lo llevaba dentro. —Avanzaron por el largo pasillo hasta el fondo. Abrió la puerta de su cuarto y entraron. Las contraventanas estaban abiertas de par en par, el sol entraba a raudales. El aire era tibio. Ella lo observaba todo con detenimiento como si estuviera haciendo un trabajo de investigación en el

terreno—. Aunque el verdadero fantasma soy yo, y no tengo remedio. —Luis abrazó a Carmen por detrás y se puso a mordisquearle el cuello con pasión.

Ella se dejaba hacer.

Él la giró entre sus brazos y apretó los labios contra los suyos hasta empujarla sobre la cama. Sus manos bajaron con rapidez por el vestido, buscando una abertura.

Carmen, como despertando de una pesadilla, lo apartó bruscamente y se levantó de la cama.

—¿No te puedes calmar un rato? He venido a estar con tu tía y sus amigos, no a follar en su casa.

Luis se incorporó como activado por un resorte y la miró con furia.

—Te amo, ¿es que todavía no te has dado cuenta? Y como te amo, me gusta hacer el amor contigo. ¿Tan raro te parece?

Carmen lo miraba fijamente, como si no supiera qué hacer.

Por unos instantes, no se dijeron nada. Pero él ya había abierto su caja de Pandora, sus miedos escapaban.

—¿Tan mal lo pasaste con tu marido que ya no crees en nada? Carmen, estamos vivos, por favor. Sé que me quieres, pero te resistes a amar, tienes miedo. ¿Crees que yo te haría daño?

Se puso tensa. Luis había traspasado un límite muy sensible de su espacio de seguridad emocional.

—¿Quién eres tú para hablar de la relación que tenía con Gabriel? Mi vida con él fue maravillosa. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. No te equivoques, soy yo la que no quiero hacerte daño. Esto no es amor, no te confundas. Lo pasamos muy bien juntos; por favor, no lo estropees.

Pero la furia lo había llevado una vez más hasta el precipicio y él deseaba arrojarlo, aunque la perdiera por completo.

—¿Sabes lo que me dijo Guillermo cuando se lo llevaba la Guardia Civil?

¿Sabes lo que me dijo? —Entonces se detuvo. Sus ojos de nuevo se posaron en sus labios. No quería morir—. Mejor no te lo digo... ese tío estaba loco. — Se esforzó en sonreír—. Perdóname, a veces me comporto como un niño, lo sé. Volvamos abajo. Tienes que ver el jardín, te van a encantar las flores.

Pablo había sacado algunas mesas a la calle a modo de terraza de verano. Las puertas y los ventanales del bar los tenía abiertos para que el aire del anochecer corriera por el local. El calor y la música de pachanga le habían desinhibido totalmente. Para Luis, en exceso, el chico estaba rozando el ridículo. Se contoneaba al pasar entre las mesas. Tarareaba las letras en voz alta. Los viejos de las cartas se reían al verlo pasar a su lado. Él estaba encantado, eran su público. Ellos dos se habían sentado al fondo para estar a solas. Carmen se había levantado al baño, haciendo previamente un intento infructuoso de mantener una conversación con Javier, el filósofo, quien, como siempre, la había ignorado.

Por un momento, sus pensamientos jugaron con la posibilidad de que el cambio climático se hubiese acelerado justo en esos días y no hubiera ya marcha atrás. La temperatura permanecería alrededor de los treinta las veinticuatro horas del día. Los temporales de lluvia y viento no serían más que un lejano recuerdo. La bruma se evaporaría para siempre y el verde de los campos comenzaría a perder su pulso progresivamente. No sería el fin del mundo. Se adaptarían como ya había predicho Darwin. El ser humano, la especie superior, posee una capacidad ilimitada para enfrentarse a cualquier reto. Volvió a fijarse en Pablo, él parecía haber empezado ya el proceso.

Ella regresó a su silla, él seguía ensimismado. Bebió un sorbo de su copa y observó con ternura cómo Luis regresaba sin prisas de su viaje astral.

—¿Estás cansado? Deberías irte a casa.

Él se sentía amodorrado, sin fuerzas.

—Todavía no. Me lo estoy pasando muy bien viendo a Pablo bailar. Es increíble lo bien que se ha integrado entre esta gente. Uno podría pensar que es incluso feliz aquí.

Carmen miró hacia donde estaba el camarero un instante. Después le devolvió la mirada. Se había puesto muy seria.

—Luis, llevo algunos días dándole vueltas a lo nuestro. Para mí eres alguien muy especial, lo sabes. Estoy muy a gusto contigo, pero he pensado que es mejor que lo dejemos.

Creyó haber oído mal, no podía creerse lo que acababa de escuchar.

—¿Que dejemos qué? Oye, no será por lo que pasó ayer, ya te pedí disculpas. Soy muy impulsivo, lo siento.

Ella se puso a mirar los hielos que nadaban en su copa.

—No tiene nada que ver con eso. Comprendo perfectamente que tengas tus impulsos. Pero ahora tenemos que distanciarnos un poco. Ser solo amigos, sin más, como lo soy de Pablo.

Luis echó un vistazo a su alrededor y luego intentó no subir el tono de voz para que Javier, que estaba cerca, no lo oyera. Era una zorra.

—¿No quieres estar conmigo? ¿Es eso? ¿Ya no te gusto?

Carmen siguió con su tono conciliador pero firme.

—No sé si te das cuenta, pero últimamente estoy muy agobiada con el trabajo, cada vez tengo más pacientes. No puedo tener una relación contigo, ni tampoco debo.

No podía dar crédito a lo que ella le estaba diciendo. Un inmenso abismo negro se abría ante él. Su voz se hizo muy débil.

—¿Y me dejas así? ¿Sin que podamos hablarlo mínimamente?

Ella levantó la vista. Los ojos de él se llenaban de lágrimas, se estaba hundiendo. Pero Carmen no daría marcha atrás, lo presentía, realmente pensaba que era lo mejor para los dos.

—Tú tampoco estás bien, aunque no quieras reconocerlo. Sé perfectamente que no estás cumpliendo el programa de estudio que te habías marcado. Sé sincero contigo mismo. Te lo juegas todo en el próximo examen, Luis, lo sabes. Necesitas estar concentrado y yo te estoy complicando la vida. Además, te estoy metiendo presión sin darme cuenta y no quiero sentirme responsable. No te das cuenta, pero cada vez estás más nervioso, con más ansiedad, lo veo, y eso no te conviene para nada. —Hizo una pausa. Luis se había quedado con la boca entreabierta, como si le faltase aire—. Lo de tu madre es muy reciente. Tú no puedes verlo, pero aún no lo has superado. Cariño, tu madre estaba muy enferma, y no me refiero al alcohol.

Y la muy hija de puta le estaba llamando cariño mientras lo estaba abandonando.

—Y tú la llevabas cuidando desde que eras un niño, tú mismo me lo has contado. Es un milagro que hayas aguantado hasta el final. La querías mucho, pero no has tenido una vida normal, como los demás. A partir de ahora es cuando vas a empezar a estar bien, ya lo verás. Toda esa angustia que te atormenta irá desapareciendo poco a poco. Podrás saber de verdad quién eres y qué quieres. Ahora, todavía estás lleno de rabia después de tantos años aguantando esa situación y necesitas liberarla. —Extendió su mano derecha buscando las de él, pero Luis las apartó furioso.

¿Cómo había sido capaz de decir que la insensibilidad era peor que la infidelidad? Lo estaba destrozando.

—Le pasa a mucha gente que ha estado cuidando a alguien enfermo durante mucho tiempo. Además, cuando la persona enferma desaparece, se produce un vacío que provoca angustia, ansiedad. No podemos llenarlo de un día para otro con la primera persona que conozcamos...

No podía soportarlo, no quería oír más. No le importó elevar la voz.

—¡Cállate! Me estás tratando como a un loco. Es lo último que esperaba de

ti. Mi madre no estaba enferma, sufría una depresión, eso es todo. Desde pequeña, había tenido la cabeza llena de sueños absurdos y se convirtió en una frustrada. Luego mi padre la abandonó porque se largó con otra. ¿Y qué? Eso les ha pasado a muchas mujeres de su generación. Les es muy difícil rehacer su vida. El problema es que ella era una débil de carácter, una ilusa que no supo enfrentarse con la vida, y ya está.

Carmen volvió a extender su mano para tocarlo. Él escondió las suyas bajo la mesa, como un niño indefenso.

—Luis, tu madre estaba enferma. La depresión era la consecuencia de su enfermedad, no la causa. Tu tía me ha contado muchas cosas de cuando eran pequeñas, y es normal que para ti haya sido imposible reconocerlo. Tú la querías mucho, era tu madre...

Una figura humana irrumpió en el estrecho espacio que los separaba.

—Por fin te pilló, Carmen. Tenemos que hablar.

Ambos levantaron la vista asustados. Era Miguel, con el ceño fruncido, preocupado. Ella se sintió visiblemente descolocada.

—Ah, hola. A Luis ya lo conoces, ¿verdad? —Luis lo miró con rabia sin pestañear. Encima, aparecía este.

—Sí, claro. Hola.

Ninguno de los dos se movió. Miguel insistió.

—¿Nos vamos? Te espero fuera. —Y se fue hacia la puerta.

Luis entró en crisis.

—¿Te tienes que ir ya? Pero ¿qué quiere este tío ahora? Por favor, no te vayas. Nos queda todavía mucho de que hablar.

Carmen cogió su bolso y se levantó.

—Lo siento. Me tengo que ir. Es un asunto de trabajo importante. Perdona.

Él saltó. Huía. Nunca le había importado.

—Y una mierda. Tú te quedas.

Carmen se le acercó.

—Mañana hablamos, ¿vale? —Pero cuando ella fue a inclinarse para darle un beso, él apartó la cara.

—No quiero verte nunca más. Tanto hablar de cómo tratar a la gente y tú eres lo peor.

Carmen no quiso insistir. Se dio la vuelta y también se dirigió hacia la puerta.

Desde su silla, Luis pudo ver cómo ella salía y se subía con toda la tranquilidad del mundo en el coche de Miguel, como si nada hubiera pasado. El vehículo arrancó violentamente, llenando la plaza de ruido.

Él permaneció inmóvil durante un buen rato, sobrecogido. No sabía qué hacer con su vida. Regresaba al punto de partida.

La sustancia del programa nunca variaba, una vez más, despellejar a algún famoso hasta el extremo. Despojos que habían de quedar bien visibles al ojo público desde el primer momento. Aquello era también una suerte de juicio. Pero de juicio popular, revolucionario, sin presunción de inocencia y sin derecho a la defensa. Los papeles de juez, de fiscal y de testigo de cargo se intercambiaban además con rapidez entre los comentaristas presentes que intervenían sin ningún orden preestablecido y quitándose la palabra el uno al otro. La sentencia se iba perfilando a medida que se desarrollaba el programa en un clima de suspense, pues siempre había sorpresas bien dosificadas que se intercalaban convenientemente con los cortes de publicidad. El público invitado, al precio de un bocadillo y un refresco, era un jurado entregado, muy representativo de la incultura nacional, sus aplausos sonaban a guillotina implacable. Luis, esta vez, sin embargo, estaba ciego a todas aquellas analogías. Sencillamente, no veía nada. Por la pantalla de la televisión, no

paraba de pasar a gran velocidad la película de su relación con Carmen. A su lado, en su atalaya, su tía, sí lo seguía hipnotizada, ávida de vida ajena desastrosa.

Sin un propósito claro, se levantó del sofá y se fue a la cocina. Encendió las luces y se quedó parado. ¿Carmen lo había dejado porque, según ella, él no se encontraba bien o porque le daba pena? No sabía qué era peor. En cualquier caso, se había arrogado el papel de Dios, de un Dios todopoderoso, inhumano, no de un Dios misericordioso, que comprende, que ama. ¿Qué clase de psiquiatra había sido ella? ¿Era esto lo mejor para él? Cerró los ojos. Recordar sus besos y su cuerpo era el peor dolor que había sentido nunca. Por unos segundos, se estremeció hasta lo más profundo de su ser. No valía para nada, nunca levantaría la cabeza. Los abrió de nuevo de golpe. Aún en el supuesto de que ella pudiera tener algo de razón en lo que le había dicho, abandonarlo en esta situación significaba que le daba igual lo que ocurriese con su vida. Tanto llenarse la boca el otro día hablando de sensibilidad, de pensar en el otro, en sus sentimientos, y ahora ella no tenía escrúpulos en darle la patada. Sacó un papelillo del bolsillo y empezó a liarse un porro mientras se le caían las lágrimas. La vida era una mierda.

—Ni se te ocurra fumar esa porquería en mi casa. —Su tía, como un fantasma, había aparecido en el umbral de la puerta. Le acababa de dar un susto de muerte—. Vete al jardín a fumártela, como haces siempre.

Luis apagó el porro en el fregadero con tanta prisa que lo destrozó. Toda su rabia, en plena ebullición, se desbordaba. Pero tenía a su merced un chivo expiatorio.

—¿Cómo te has atrevido a contar cosas de mamá o mías a Carmen? Eres una vieja cotilla de pueblo amargada.

Su tía lo miró estupefacta. Él prosiguió:

—No te lo quería comentar, pero qué vergüenza pasé ayer durante toda la

comida. Cómo se te caía la baba con Antonio, ese impresentable que encima te dejó tirada. ¿Tan desesperada estás? Tu vida tiene que haber sido un verdadero asco, ¿verdad? Mamá ya lo decía, que en el fondo nos odiabas, de pura envidia.

Ella se tambaleó un instante y tuvo que apoyarse en una silla. Él pasó a su lado sin mirarla y salió al jardín.

Desde allí todavía le llegó la voz de su tía.

—Es Carmen, ¿verdad? ¡Estás obsesionado! No tiene ningún sentido. ¿No te das cuenta? ¡Si casi podría ser tu madre! Lo que tienes que hacer es estudiar, so idiota, que te van a suspender otra vez, y esta es la última...

Por las calles no se veía un alma. El frescor de la noche había conseguido reconciliar a los vecinos con sus hogares. La luna llena iluminaba de gris los muros y las tapias. Los filos de luz de las casas habitadas eran escasos, parpadeantes. El sueño se apoderaba de Ramil, que lo recibía sin resistencia alguna. Solo las pisadas de Luis sobre el empedrado rompían el silencio, los perros eran ya otra leyenda más del valle. Caminaba como un sonámbulo, con los ojos muy abiertos, sin distraerse de un rumbo imaginario. Mientras, fumaba a grandes bocanadas un nuevo porro más cargado de lo habitual. Después de cruzar la plaza, enfiló por una calle que llevaba hasta las ruinas del castillo sobre la colina. Sin que él pudiera percatarse, una sombra le seguía y le rozaba los talones. En su cabeza, la película de la fallida historia de amor de Carmen y Luis continuaba emitiéndose en pantalla gigante a gran resolución.

Al llegar a los confines del pueblo, le dio la última calada al porro y se detuvo para hacerse otro. Cuánto la odiaba, hablar así de su madre, cómo se había atrevido. Y todo para deshacerse de él. No quería saber nada más de ella, tenía que borrarla de su imaginación.

Cuando, por fin, lo encendió y se puso a contemplar las ruinas allá en lo alto, de repente oyó una respiración entrecortada a sus espaldas. Miró hacia atrás y vio claramente sobre el empedrado de la calle una sombra ajena al decorado. Alguien se hallaba escondido en el recodo de una tapia. Quienquiera que fuese venía a por él, a matarlo, como a un perro. ¿Se habría escapado Guillermo de donde lo tenían encerrado? ¿Y si pensaba que él había tenido algo que ver con su detención? No había duda de que el escultor era un tipo muy peligroso, un asesino de niños. Aunque él no era un niño. En circunstancias normales habría podido defenderse sin problema. Pero en los perturbados como Guillermo el ansia de matar multiplicaba su fuerza y lo más probable es que viniera armado con un cuchillo. El cuerpo degollado del perro de Antonio reapareció en su imaginación. Estaba aterrado. Y algo debía hacer, no iba a esperar como un cordero el sacrificio. Más allá, vislumbró el portalón abierto del patio de una casa abandonada. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia allí y entró.

No sabía dónde esconderse. Al patio daban varias construcciones, todas ella sin tejado, a cielo abierto. El miedo le obligó a decidirse por cualquiera, pero prefirió meterse en la más alejada de la entrada. Se refugió en la oscuridad de una esquina sin dejar de dar caladas con desesperación, ajeno al brillo que emitía la brasa del porro.

Se estaba acercando, lo había oído entrar. Oyó unas tímidas pisadas en el patio. De pronto, le llegó una voz susurrante, como un largo suspiro.

—Luis, Luis...

Su momento final había llegado. ¡Dios! Instintivamente, cerró los ojos, al igual que los avestruces y los niños, que esconden la cabeza para que el peligro pase de largo. ¿Sería todo una alucinación de esas que tanto interesaban a Carmen? Tendría que hacer un esfuerzo por despertarse.

Abrió un momento los ojos y volvió a cerrarlos; la voz sonaba próxima.

—Luis...

Se puso a temblar. Pidió que el golpe fuera seco y mortal, que no sintiese nada, salvo el silbido en el aire. Se dio cuenta entonces de que ya lo tenía enfrente y que lo estaba mirando detenidamente como si estuviera disfrutando con su cara de terror antes de matarlo.

Por unos segundos, no ocurrió nada.

Aún paralizado por el pánico, en un impulso irracional se atrevió a levantar los párpados levemente. Lo que vio le sobresaltó aún más por inesperado. Era Laura, como una aparición. Su rostro transfigurado bajo la luz de la luna llena, la boca entreabierta, la mirada perdida.

—Laura, ¿estás bien? —acertó a decir, aliviado.

Ella le sonrió por toda respuesta. Parecía estar bajo los efectos de algún fármaco.

Como dos zombis, ascendieron juntos en silencio hasta los pies de la torre desmochada y se sentaron sobre los sillares de piedra caídos. Su dolor regresó, inmenso, infinito. Luchaba con todas sus fuerzas contra las ganas de romper con todo, quemar los apuntes y quemar el valle con todos sus habitantes dentro. Él mismo iría corriendo con una tea ardiendo de un extremo al otro y se inmolaría también con ellos. Así ya no habría más dolor. Pero no, el odio crecía cada vez más fuerte en su interior. Que su madre estaba loca y que él estaba al borde. Sus insinuaciones sobre si tenía visiones, sueños raros. Un ratón de laboratorio, eso es lo que había sido para ella. Aparte de follárselo cuando había querido, lo había observado minuciosamente. Al mismo tiempo, había preguntado a su tía por su madre, por su niñez y su soledad. Cuánta crueldad. No le daría el placer de confirmar que realmente no se encontraba bien. No se hundiría, no se lo permitiría. Como en otras ocasiones, renacería con una nueva fuerza. Sí, haría de su dolor y de su odio una forma de vida que le salvase de sí mismo.

Decidió contárselo todo a Laura. Ella era otra infeliz, otra víctima del egoísmo de Carmen. Con ella también jugaba. Manipulaba sus sentimientos y, a la vez, la observaba con su ojo clínico y mortal. Esa luna amarilla y sincera sería su testigo. Rompería esa imagen de santa que todos ellos, sus ratones del valle, adoraban. Laura sería la primera a la que había que abrirle los ojos como fuera.

Pasaron unos minutos admirando el panorama, el valle de Olas en una penumbra de siluetas negras y destellos plateados. Luis ahora se sentía mejor. El porro le estaba provocando lucidez, entendía a la perfección el retorcido mundo de Carmen. Su pobre marido seguramente había sido otra víctima, quizá hubiese muerto de pena. Muchos decían que el cáncer era eso, pena acumulada, mal digerida. Primero, Gabriel, y ahora él, habían sido los juguetes para calmar esa necesidad suya, insaciable, de sentirse adorada. Por eso ese flirteo constante con cualquiera. Pero él se había convertido en un problema, la amaba de verdad, y ella había preferido deshacerse de él antes de que Miguel se enterase. Porque Miguel era la pieza que unía en la cúspide todo ese absurdo entramado de amores sublimados y pasiones sexuales. Miguel, por alguna razón que todavía se le escapaba, era el centro de su vida en estos momentos. Lo más probable es que fuera así desde la muerte de su marido. De todas maneras, saberlo tampoco solucionaba nada. La congoja volvió a ganarle, sus ojos de nuevo se llenaron de lágrimas. Hundió la cabeza entre sus brazos. ¿Sería todo aquello un mal sueño, una estúpida pesadilla? Ella no le destrozaría la vida, antes se la destrozaría él a ella.

Levantó la cabeza. Laura seguía a su lado, inexpresiva, concentrada en un lugar que solo existía en su imaginación.

—Carmen y yo hemos estado liados casi desde que llegué aquí. —Ansiaba observar el efecto que hacían en ella cada una de sus palabras—. Me paso el día estudiando, ya lo sabes, y ella trabajando. Pero nos hemos estado viendo

por las noches, en su casa. A veces también nos hemos ido al monte o a la playa. Pero sin decírselo a nadie, como dos furtivos.

Laura parecía despertar por fin de su ensoñación. Lo miraba fijamente, una horrible náusea se formaba en su boca. Su revelación le estaba llegando bien adentro.

—Siempre pensé que teníamos una relación, que estábamos saliendo juntos. Pero para ella no hemos sido más que amantes, un rollo que ella ha querido tener aquí en el pueblo, sin más. Esta noche, mientras tomábamos algo en el bar, ha cortado conmigo, dice que ya no quiere más, como si ahora le estorbaba. —La emoción le agarrotaba la garganta, le costaba mantener la serenidad. Tuvo que apartar la mirada un momento—. Como ves, estoy fatal. No entiendo nada. La amo con toda mi alma.

Al volver de nuevo la cara, Luis percibió cierta satisfacción en Laura, su boca se había dulcificado. Era lo esperado. Que su historia con Carmen se hubiera acabado en absoluto le apenaba; todo lo contrario, le producía placer.

«Pues eso no es todo, so pánfila, aún te queda la segunda parte.» Él prosiguió:

—Ella no quería que nadie del pueblo se enterase de que estábamos juntos. Sobre todo decía que tenía miedo por ti, por tu reacción, que te podía afectar mucho y desequilibrarte... ¿Desde cuándo Carmen es tu médica?

Para su sorpresa, Laura no reaccionó como esperaba. La restauradora comenzó a hablarle con bastante seguridad.

—Después de todo lo que me pasó en la universidad, y que tú ya sabes, me puse muy mal, con muchos nervios y mucho agobio. Tuve que pasar un tiempo internada en una clínica. —Ahora era ella la que apartaba la mirada—. Allí la conocí, enseguida nos hicimos amigas.

Volvió otra vez el rostro hacia él. Luis comprobó que su mirada ahora

resplandecía. Ella sentía también un amor total, igual al que él sentía por Carmen.

—Desde entonces no nos hemos separado nunca. Ella me cuida mucho, me protege, me mimas. —Y se estaba emocionando al expresarlo, un brillo de felicidad iluminaba sus ojos—. No podría vivir sin ella. No sé cómo explicártelo. Conmigo, Carmen es muy tierna, muy cariñosa.

Le había costado contárselo, traducirlo en palabras. Luis observó cómo su amiga tragaba saliva y suspiraba con todos sus pulmones.

—Siento mucho lo que te ha pasado con ella.

Luis hizo una pausa para reorganizar sus pensamientos. En ese preciso momento, acababa de perder todo sentimiento de pena hacia Laura. No le iba a ahorrar el sufrimiento. Solo así ella comprendería que ellos dos se necesitaban. Juntos lucharían contra el egoísmo de Carmen. Volvió a la carga.

—Laura, no sé si te das cuenta. Ella me ha usado, sí, como si fuera un paraguas de los chinos que, cuando deja de llover, abandonas en cualquier sitio. Pero no soy el único al que ella ha usado. Carmen lo hace habitualmente con casi todos, con distintos propósitos. Nos da lo que queremos, claro, hasta que te conviertes en una molestia porque necesitas expresar tus deseos. Y contigo también lo ha hecho aunque no te lo creas, te ha usado todos estos años.

El gesto ahora de Laura era de gata a la defensiva. Si hubiera tenido garras, en ese instante las habría movido en el aire amenazadoras para proteger sus sentimientos. Continuó:

—La verdad es que tenía mis sospechas desde el principio, pero no quería enterarme. En realidad, Carmen está enrollada con otro tipo, un tío mayor, y puede que desde hace años, desde que se murió su marido. Tú también lo debes de conocer porque te he visto con él, es otro médico. Se llama Miguel.

—Luis se mordía los labios para que su rabia no estallase y estropease su

estrategia—. Imagino que este tío tendrá una cabeza privilegiada y eso es lo que le debe de poner tanto a ella. Porque para sexo me tenía a mí hasta ahora, aunque claro, seguro que encuentra otro rápido, eso es fácil.

La duda había penetrado ya en su mente. El rostro de Laura se descomponía. Por unos instantes, se llenó de incredulidad para después pasar de lleno al espanto. Por supuesto que conocía a Miguel y el juego de Carmen a dos bandas era totalmente verosímil. Pero, además, lo terrible era que en esa ecuación ella no existía. Nunca había existido, que era lo peor.

—¿No te lo imaginabas? ¿Qué te pensabas, que Carmen era solo tuya? ¿Que los demás éramos juguetes de temporada, pero que siempre se quedaría contigo? Perdona que te lo diga, Laura, pero eres una gran ingenua, tía, no te has enterado de nada. Para ella nunca has sido más que una paciente por la que siente lástima. Carmen me lo dijo claramente, que todo está en tu imaginación, como si estuvieras loca.

Laura se cubrió los ojos con la mano. Su cuerpo menudo se contrajo. El veneno de las palabras de Luis empezaba a hacerle efecto.

—Perdona que te lo tenga que decir así, pero lo hago por tu bien. Sé muy bien lo que sientes por ella. Da igual si es sexual o no, Laura, no me interesa, eso es cosa tuya. Para ti, ella es la persona más importante de tu vida. Te entiendo perfectamente. Pero los amores platónicos son muy peligrosos, acaban siempre mal. Uno lo da todo, pero no recibe nada a cambio porque para el otro simplemente no existe. Tú misma me contaste lo mal que acabaste con tu amiga Fátima en la universidad. Te utilizó y después te abandonó, se fue con los otros, los que te hacían la vida imposible. Lo pasaste mal, muy mal. No puedes permitir que ahora te ocurra lo mismo, acabarías peor. Tú vales mucho, muchísimo. Carmen no merece la pena porque en el fondo te desprecia, como nos desprecia a todos.

Laura bajó finalmente la cabeza, estaba llorando, pero Luis no podía ya

parar de hablar, no debía.

—No hay nada entre vosotras y, si no lo comprendes, Carmen te puede hacer mucho daño. De hecho, ya te lo está haciendo con toda esa ambigüedad con la que te trata. Para ella solo eres una paciente más, convéncete.

En un arranque de desesperación, la gata se abalanzó sobre él y empezó a golpearlo con los puños.

—¡Eso es mentira! ¡Es mentira! ¡Carmen me quiere! ¡Tú no entiendes nada!
—Después, sin dejar de golpearlo, lanzó un sollozo terrible de desconsuelo.

Luis se quedó quieto, sin reaccionar. Eran golpes de impotencia. Y él necesitaba también ese dolor físico para poder olvidarse del de su alma. Notó que sus ojos otra vez desbordaban de lágrimas.

Los quejidos de la joven restauradora se desvanecieron en el silencio de la noche. Poco a poco, se fueron calmando mientras él la sujetaba fuerte entre sus brazos. Sin mediar palabra, ella se levantó y lo miró un momento, como si quisiera decirle algo, pero le resultaba imposible, sus labios no podían despegarse. Luego echó a correr colina abajo.

CUARTA PARTE

Saltó desde las pinturas de la ermita. Blandía una gran espada con ambas manos y la agitaba en el aire. La visera del yelmo reducía su ángulo de visión, por lo que tenía que girar la cabeza hacia los lados para ver mejor. Pero no le importaba. Recorría las calles de Ramil, buscándola. A sus oídos llegaban las risas y los sarcasmos desde las casas. Ella había subido a lo alto de la torre con un trompetero para anunciar a todos que se había hartado de la historia, que con él ya no llegaba al orgasmo.

Ascendió hasta el castillo a grandes zancadas de gigante, la ira le quemaba por dentro. Los guardias habían huido, la puerta se encontraba abierta. Oyó su voz. Cantaba su canción favorita, *La fuerza del destino*, de Mecano. ¿Dónde se escondía? Se iba a enterar aquella zorra. Guillermo la había descrito a la perfección, eso es lo que era ella, una gran zorra. Subió corriendo la escalinata. La armadura le pesaba cada vez más.

De repente, dejó de oír la canción al llegar a la mitad del pasillo. Al entrar en su habitación, la encontró dormida. Era la bella durmiente del bosque. Su rabia se deshizo al instante. Apoyó con cuidado la espada en un muro para no despertarla, se quitó el yelmo de la cabeza y se echó a su lado. Se puso a acariciarla mientras la contemplaba. Sus dedos tocaron entonces algo duro cuando rozaron su vientre. Era metal. Le aprisionaba las caderas y descendía entre sus muslos. Asustado, introdujo la mano entre sus ropas para palparlo. Se hallaba sujeto con tornillos, y poseía un cajetín. Intentó abrirlo, forzándolo. Imposible, parecía un cinturón de castidad. La besó con dulzura, como en el cuento, pero no se despertó. La besó repetidamente, y tampoco sucedió nada.

La zarandeó, y nada. Estaba muerta, muerta para siempre. Eso suponía el fin, el fin definitivo. Se puso a llorar y a abrazarla. Del fondo de sus entrañas surgió un lamento desgarrador. Cada átomo de su ser gemía de dolor. Hasta que se quedó sin fuerzas, extenuado.

Al volver la cabeza hacia su rostro, los ojos de Carmen lo estaban observando con la frialdad clínica que la caracterizaba. Inmediatamente, sus labios se abrieron como fauces y brotaron las carcajadas más aterradoras que había oído en su vida. Resonaban por todo el castillo, por el pueblo, por el valle. Él, aterrado, impotente, comenzó a encoger y a encoger hasta alcanzar el tamaño de un insecto que ella pudiera aplastar.

Negro.

Era solo un sueño, un estúpido sueño que no cambiaba nada. Pero ¿y si tuviera algún significado o le advertía de algo que fuera a suceder? Durante un minuto, lo repasó mientras notaba cómo se desintegraba en su memoria. Otro agujero negro. Recapacitó. No tenía tanta importancia. La historia del sueño solo transmitía soledad y crueldad. La soledad de él y la crueldad de ella.

Abrió los ojos. El reloj de la mesilla marcaba casi las doce. Otra mañana perdida, qué desastre. Recordó entonces que se había despertado en medio de la noche angustiado. Su mente se había activado como un reloj de cuco martirizándolo. Quería tomar decisiones ya, diseñar una estrategia para recuperar a Carmen. Cambiar de postura o de extremo de la cama había resultado un esfuerzo inútil, el incansable cuco seguía apareciendo en su cabeza picándole el cerebro. ¿Debía renunciar? ¿Realmente lo había utilizado como amante y se había cansado? De lo poco que Carmen se había dejado conocer, tenía la impresión de que ella necesitaba con desesperación sentirse amada, físicamente amada. Si ella no conseguía a alguien pronto, quizá

volviera a sus brazos. Los pros y los contras de acercarse o de alejarse combatieron largo rato entre sí en su cabeza, dejándolo agotado pero igualmente ansioso. El búho ululó en el jardín. La solución, como en tantas otras ocasiones, había venido de la hierba, la sagrada hierba. Se había levantado y se había fumado un porro. Había escrutado el firmamento por la ventana abierta hasta vaciar su mente de todo. El problema era que llevaba tres noches seguidas así, con la angustia enroscada en sus pensamientos como una serpiente de mirada hipnótica. Y ahora tenía que levantarse a toda costa. Aunque su cuerpo le tirase hacia atrás como una losa. Esa sería su primera victoria sobre Carmen, que todo pudiera seguir igual.

Se había pasado un buen rato ordenando los apuntes y había terminado por dejarlos extendidos a su alrededor. Ofrendas de papel a los dioses del monte. Un golpe de viento y todo desaparecería ante sus ojos. No tendría fuerzas para buscarlos, ni querría, habría sido el destino. Sin embargo, la misma idea de viento sonaba imposible en ese instante. Nada perturbaba la fuerza del sol. El azul dañaba los ojos. Hasta los árboles crujían dentro de sus troncos por la sequedad del ambiente. Leyó el párrafo sobre los testigos directos, que son los que han presenciado la comisión del crimen. Solo la declaración de estos testigos, durante el juicio oral, se consideraba una prueba válida para acabar con la presunción de inocencia de un acusado. Lo leyó dos veces más, pero no conseguía retenerlo. Sí que se encontraba mal, con lo fácil que era aquel tema. Pasó a otra página. Hablaba del artículo 118 de la Constitución, que establecía la obligación de colaborar con los jueces y los tribunales. Las obligaciones de los testigos eran: comparecer ante el juez, prestar declaración y decir la verdad. Era de los temas más sencillos del programa sobre derecho procesal penal. Buscó un punto fijo en los montes más lejanos y entornó los ojos para

facilitar la concentración. Al cabo de unos segundos, Carmen surgió ante él. Una fotografía de su belleza y su desdén. ¿Y si la llamaba para hablar? Como amigos, sin pedir nada más, solo por volver a verla. Puede que todavía su corazón se conmoviera en su presencia y su deseo rompiera el hielo de nuevo. Incluso podía sacar la historia de su madre si ella insistía. Seguro que eso le interesaba, con toda su truculencia. ¿Y si...? Horror, otra vez distraído, perdiendo el tiempo.

El ruido de una moto interrumpió sus reflexiones. Dos hombres iban montados sobre ella a gran velocidad. Al llegar al cruce, la moto se detuvo. El que iba de paquete saltó y se quitó el casco. Era Pablo. En la distancia, tan rubio, y vestido, como siempre, de negro, tenía aires de vengador galáctico. Luis observó cómo charlaban un rato. El motero no se quitó el casco, llevaba un mono gris de trabajo. Aquel debía de ser su ligue, pensó, qué suerte tenía el chaval, una historia de amor que funcionaba. Se despidieron dándose la mano, lo que sorprendió a Luis por su frialdad. Pablo, después, se metió la mano en el bolsillo como si guardase algo que el otro le hubiera pasado en su mano. Luego, el motero dio la vuelta y se fue por donde había llegado. El vengador galáctico, visiblemente contento, se puso a andar hacia el pueblo con el casco en una mano. Habrían follado de lo lindo esos dos.

A los pocos minutos, un coche cruzó a su lado, el todoterreno blanco de Miguel. En el otro asiento, estaba sentada Carmen, con sus gafas de sol. Se saludaron entre sí; Pablo, muy efusivamente, ella, muy reservada. Un frío de muerte le recorrió la espalda a Luis. Miguel y ella estaban juntos. Ahora lo veía claro. Aquella imagen era un no, un no contra el que no había recurso alguno ante su cruel tribunal. No tenía sentido llamarla para intentar quedar con ella. Odio era lo único que se merecía aquella mujer ingrata. A su mente regresó entonces la imagen del motero amigo de Pablo. Ese mono gris era el que llevaban los trabajadores de la fábrica de celulosa de la ría, la fábrica de

muerte. Deseó con toda su alma que en ese momento se quemase el monte y le pillara a él dentro, rodeado de sus absurdos apuntes. Que su cadáver apareciese junto a los de los árboles. Que lo cortasen con sus sierras mecánicas y se lo llevaran entre troncos calcinados hasta la fábrica. Lo mezclarían con agua y cloro. Lo convertirían en blanca celulosa de olor nauseabundo.

Lo suyo rozaba el masoquismo. En sus auriculares sonaban de nuevo las *Variaciones Goldberg* de Bach, en concreto la 4 y la 5, las más tristes, a todo volumen, casi golpeándole las sienas. Caminaba sin rumbo entre la espesura del monte, por momentos tropezando, y evitando los senderos. Las ramas de los pinos y de los eucaliptos jóvenes le fustigaban. Luis se lanzaba sobre ellos a propósito, como si quisiera buscar su látigo. Qué más daba, la tarde la tenía ya perdida y le daba todo igual. Su vida, la vida, sí, era una mierda. Las lágrimas rodaban libres por sus mejillas como gotas de lluvia sobre el frío cristal. Sin embargo, también con ello experimentaba una inesperada sensación de alivio. No había llorado la muerte de su madre. Más bien, había reprimido toda su congoja, sin saber muy bien por qué ni para qué, pues nadie había estado pendiente de él, solo aquellas vecinas cotillas que le daban igual. En realidad, nunca antes había llorado así por nadie. Qué incomprensible era la vida. Y ahora toda aquella agua embalsada rompía el dique y corría en su interior. Solo se permitía llorar en las películas, en la oscuridad de la sala de cine, en silencio, sin que nadie lo viese. Las escenas de abandono y de reencuentro le tocaban muy adentro, algo se desataba y sus ojos se humedecían enseguida, para luego disimularlo en cuanto se encendían las luces y volvía a ser él mismo, en guardia frente al mundo.

Al cruzar una hondonada, se abrió un claro. Bajo un castaño enorme de hojas centelleantes vio a Laura, arrodillada. A pesar de la camiseta y los

vaqueros, era un hada del bosque, casi etérea. Sus labios musitaban una extraña oración, como si estuviera en trance.

Luis se le acercó de frente para no asustarla. Ella no se dio por enterada, no interrumpió su plegaria hasta que lo tuvo casi encima.

—Hola, ¿te molesto?

Laura le sonrió por respuesta, con una mirada pícara que no le había visto antes.

Él se sentó a su lado y sacó su bolsita del tabaco para hacerse un porro.

—¿Estás rezando? —le preguntó, fingiendo una cara de espanto.

—Bueno, hablaba con los árboles. —Se lo dijo con la mayor tranquilidad del mundo.

—Qué suerte que tienes. Últimamente, a mí no me habla nadie, ni los árboles. —La encontraba muy distinta. Atravesada por una inesperada seguridad en sí misma.

Ella continuó hablando, como si hubiera estado esperando aquella ocasión para hacerle una confidencia.

—A veces, cuando salgo a correr o a pasear por el campo, oigo sus voces. Me avisan de cosas. Desde pequeña, me protegen.

Luis lo encendió y dio una calada profunda.

—Ojalá tuviera yo también alguien que me fuese advirtiéndome de lo que me puede pasar. No metería tanto la pata. Mi vida es un caos. —Reparó en los ojos de Laura, color avellana, limpios de todo vicio, como dos vasos de agua. Los párpados le caían levemente—. Mi madre era un poco como tú, panteísta. Decía que Dios estaba en la naturaleza, no en las ciudades de los hombres, que son todas horribles. Era una seguidora de Spinoza, el filósofo holandés. Le gustaba mucho pasear por el monte. Cuando regresaba a casa, volvía llena de energía, parecía otra. Mi tía se reía, y le decía con segundas que seguramente había tenido una revelación divina. Viva el amor fraternal.

Le dio otra larga calada. Por fin se sentía bien, muy bien.

—Yo no creo en Dios. Se puede decir que no creo en nada, y ahora menos que nunca. —En un acto reflejo, pasó su brazo por los hombros de Laura.

Cómo se mentía a sí mismo. No era cierto que no creyese. Luchaba por no creer, le parecía absurdo, irracional. Pero una parte de él se resistía, y eso, de alguna forma, le torturaba. Esa necesidad inconfesable de padre protector, por muy lejano que estuviera, conectaba con un lado de su ser íntimo que no podía controlar y que se ponía en marcha en cuanto entraba en una situación de vértigo emocional.

Necesitaba preguntárselo.

—¿Y las voces no te dicen nada sobre Carmen? —Esperó unos segundos, pero ella no respondió—. Bueno, mejor no me lo digas. Ya es demasiado tarde. —Se calló un momento. Le costaba decirlo—. ¿Qué tal lo llevas tú? Yo, hoy, un poco mejor, pero lo estoy pasando mal. No puedo estudiar.

El hada del bosque reclinó la cabeza sobre él. Temblaba. Notó sus frágiles huesos de pajarito en la nieve. Su voz, sin embargo, sonaba llena de energía.

—Todo eso que va contando ella por ahí es mentira. Yo no soy lesbiana. Es ella la que siempre me ha buscado. —Luis se echó para atrás sobre la hierba. Laura hizo lo mismo.

Tenía su cara pegada a la suya. Olía su sudor de niña. Entornó los ojos.

—Sí. Nos utiliza. Para no estar sola, pero no piensa en cómo nos sentimos después. No le importamos, le da igual.

Laura estrechó su cuerpo contra el suyo.

—Y cuando le comento que estoy harta de sus comentarios y de los de los demás, su única respuesta son las pastillas. Que me tome una más. Para dejarme tarada, sin fuerzas siquiera para ir a trabajar a la ermita. Y eso no está bien, esas pinturas me dan la vida. —Sus finos labios se posaron sobre la piel de Luis.

Él se sobresaltó, vaya con la restauradora. Al instante, tuvo una erección. No entendía nada, ella era lo opuesto a todo lo que podía gustarle en una mujer. Pero allí estaba y se ponía a su alcance. Extendió los brazos a lo largo de su cuerpo. Aplastó el porro en la tierra. Luego puso las manos sobre su tierna espalda.

—Deja las pastillas. Lo que hacen es anularte, para que no te portes mal, como si tuvieras cinco años. A mi madre le pasaba lo mismo. Se pasaba los días deambulando por la casa como una zombi o echada en su cuarto, dormida. No sirven para nada.

Ya sabía lo que iba a pasar.

Sus bocas se juntaron. Su lengua estaba fría. Desangelada, recorría el paladar de Luis una y otra vez hasta su garganta. Su saliva no le sabía a nada, como el aire. Pero un mismo impulso de desesperación los empujaba a ambos a ir a toda prisa saltando los obstáculos como si les persiguiera alguien. Carmen.

Sin dejar de besarlo, ella comenzó a tirar de su propia ropa con fuerza. Luis, llevado por ese ímpetu, también se deshizo de la suya. Laura, jadeante, se incorporó y se quedó desnuda en cuestión de segundos. Volvió a ponerse sobre él con un gesto duro de decisión. Luis, totalmente desconcertado, la abrazó. No tenía pecho. Sus pezones eran rosados y diminutos; sus nalgas, muy breves. Introdujo con brusquedad los dedos en su vagina. Estaba seca, y sus labios contraídos. Era un ser virginal.

No, no podía hacerlo, ni debía. Vio que ella había cerrado los ojos y apretaba los dientes. Esperaba dolor, solo dolor, un sacrificio. Pero él no sería su verdugo. Rodeó su cuello con los brazos y le dio la vuelta.

—Laura, no. Mejor no. No tiene sentido. Ni tú ni yo deseamos esto. Es mejor que seamos amigos, los mejores amigos.

Ella instantáneamente se relajó. Abrió mucho los ojos, poniendo cara de

sorpresa. Entonces, dejó caer la cabeza sobre él avergonzada y su mirada se apagó. Había perdido las fuerzas. Parecía muerta. Luis siguió sosteniéndola, dejó que su mirada se perdiera entre las frondas del castaño.

El olvido era la solución, pero resultaba un imposible. Pablo era el único cabo del que podía tirar para saber algo de ella. Se tomaría una copa en el bar, le soltaría un par de gracias y seguro que se le desataba la lengua al chaval. En el fondo, estaría deseando enterarse de todos los detalles de su ruptura y él le daría, a cambio, esa carnaza.

Descubrió la persiana de metal ya echada. En el interior, no se veía ninguna luz. Luis miró la hora en su móvil. Tampoco era tan tarde. Entonces, le vino a la mente dónde vivía. Las veces que el chico lo había invitado a pasarse por su casa y nunca había ido. No tenía tiempo, estaba muy agobiado, habían sido sus excusas, y eran ciertas. Bueno, también existía un poco de resquemor a verse envuelto en una situación confusa de la que no supiese salir sin pegarle un corte brusco. Le había cogido mucho aprecio. Pero ahora le daba igual, necesitaba hablar con él.

Durante todos esos años de estudiar oposiciones su tiempo había estado dividido al milímetro entre la biblioteca, su madre, sus trabajos ocasionales como camarero, las noches de desahogo etílico hasta el amanecer y la mujer que ocupase sus pensamientos en aquel momento. Los ratos para el encuentro relajado con amigos habían sido muy escasos, excepcionales, y siempre por algún motivo muy concreto. Al cuarto de hora, ya tenía la mirada fija en el café o la cerveza. La conciencia le incordiaba con la duda metódica sobre si no estaba perdiendo el tiempo, ya habría ocasión para el esparcimiento cuando hubiera aprobado. Aunque también su desapego hacia los amigos rezumaba cierta vergüenza. La vida de ellos avanzaba mientras que la suya se había

estancado persiguiendo un sueño que no terminaba de hacerse realidad. Más de una vez se había hecho el tonto o se había escondido en la calle para evitar un reencuentro y tener que dar explicaciones sobre su vida. Detestaba su conmiseración, sus buenos deseos, saber lo bien que les iba, sus planes de boda. Solo se encontraba a gusto con sus compañeros de la noche, almas igualmente perdidas en la inestabilidad emocional y las frustraciones laborales. Entrar con ellos en el psicotrópico túnel de la noche para, al día siguiente, sin reproches, continuar la lucha contra la pesadilla de su existencia. Y con ese mismo chip había llevado su vida en Ramil desde su llegada.

Javier caminaba por delante de él. Una dulce estela de aroma de tabaco procedente de su humeante pipa era su único rastro. Con los hombros encogidos en actitud de concentración y la cabeza inclinada, le recordó a uno de esos sabios de los cuentos que viven aislados en un bosque. Solitarios, huraños, nada les podría ya sorprender porque ellos estaban ya de regreso de un largo viaje en el que lo habían visto todo. Les daba igual el resto de la humanidad. Ellos lo habían intentado, pero no habían podido, ya no había sueños, solo recuerdos y buenas lecciones para la vida que no tenían ningún interés en compartir con los demás.

Luis se le acercó por detrás. Ahora sí podrían charlar un rato sobre los males del país. Le vendría bien un poco de aire fresco en sus pensamientos.

Se puso a andar a su lado, pero Javier, en su ensimismamiento, no se percató de su presencia hasta que Luis le tocó el brazo a modo de saludo.

—Hola, Javier. ¿Qué tal? Vaya calor, ¿no?

El hombre levantó la cabeza y se le quedó mirando como si no lo reconociese.

—Sí, bastante. —Le costaba regresar a la realidad.

Había que llevarle a su terreno. Él no era un pesado como Carmen.

—¿Sabes? Estuve pensando en lo que hablamos el otro día sobre ese libro que estás escribiendo. Me pareció muy interesante y estoy de acuerdo contigo; como no suceda algo pronto, aquí se va a organizar una buena...

Javier lo interrumpió.

—Te equivocas. Eso no lo dije yo. Eso es lo que te gustaría a ti que pasase, pero no va a ocurrir nada. —Y volvió a inclinar su cabeza levemente hacia delante.

Luis se rebeló. Tenía que haber una esperanza, no se debía aceptar la idea del destino inevitable como en las tragedias griegas, ni en ese tema ni en ninguno. La voluntad movía montañas. Nietzsche, el ídolo de su desastrosa madre, ya lo había dicho. Las moverían para cambiar el sistema, él y todos los que, como él, se iban concienciando, cada vez eran más. Ya lo habían demostrado en las movilizaciones del 15-M, aunque no hubiese durado mucho tiempo por la acción de esos reventadores profesionales de los que Carmen había hablado. Pero el germen estaba ahí, y crecería. Él también encontraría la manera de mover las montañas, como fuera, para que Carmen volviese a su lado.

—Si todos nos uniéramos, si todos saliéramos a protestar, el sistema no podría aguantar y comenzaría a cambiar para poder resistir. No son tan poderosos como ellos creen. Estuvimos a punto de conseguirlo. La próxima vez será diferente, aguantaremos hasta el final. La historia lo ha demostrado. No pueden controlarlo todo.

El hombre se paró y lo miró directamente a los ojos con gesto sarcástico.

—¿Unirnos todos? ¿Salir a la calle? Pero ¿de qué país me estás hablando? La época de las revoluciones no volverá, y por aquí ya pasaron todas de largo. En vuestro mundo de internet todo parece muy fácil, se puede hablar con cualquiera aunque esté en el Polo, planear mil historias, insultar a un ministro

o a un presidente impunemente, preparar una guerra..., pero eso no es real, enseguida se pierde en las ondas. Movilizarse es algo muy distinto, es arriesgar la vida hasta sus últimas consecuencias, y eso solo ocurre en lugares en los que a la gente le da igual vivir que morir porque es casi lo mismo. Pero aquí no, aquí nos mantenemos en esa línea de la subsistencia en la que tenemos más miedo a perder lo poco que poseemos a arriesgarlo todo por una victoria total. Ellos lo saben. Además, sois todos unos desclasados, no sabéis ni lo que queréis. Si llegarais al poder no sabríais cómo utilizarlo, os perderíais entre tanta burocracia y solo querríais regresar a los bares, para poneros hasta arriba y hablar de tonterías. El poder no es un palacio que asaltar, sino algo totalmente perverso y manipulador. Para ser ellos primero hay que ser como ellos. Tú eres el que vive en el caserón, ¿no? Ya me lo imaginaba. Todos tenéis demasiado lastre detrás.

Luis se quedó perplejo. Los argumentos de Javier eran convincentes, sólidos, pero algo se podría hacer. La resignación era como el cáncer, llevaba a la parálisis total. Él era un tío que se notaba que sabía de lo que hablaba, pero no podía pretender la resignación.

—Entonces ¿qué? ¿No hay esperanza?

Javier esbozó una sonrisa. La pregunta parecía complacerle.

—Pues claro que hay una esperanza. Necesitamos un nuevo mesías que nos libere.

No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Un nuevo mesías? ¿Me estás hablando de un líder religioso? Si la gente ya no cree en nada. —No entendía nada.

—Alguien en quien se pueda creer. Alguien que no esté atado por nada ni por nadie, pero se identifique con los verdaderos problemas de cada uno de nosotros y no con nuestros egoísmos. —Su rostro se había transformado, ahora vibraba de emoción al hablar.

Luis percibió algo muy peligroso en sus palabras, la solución era un líder carismático, un redentor. Recordó los libros que solía tener en su mesa del bar.

—Oye, pero lo que tú estás proponiendo es una solución fascista, un líder salvador. Y me parece terrible, eso es pensar que somos una masa amorfa que no puede pensar por sí misma.

El filósofo se echó a reír. Pero más que una risa, aquello sugería un desahogo. No sabía muy bien si se estaba burlando de él. Luis se arrepintió de estar perdiendo el tiempo con aquel engreído. Le entraron ganas de dar media vuelta y continuar su camino a casa de Pablo. De repente, Javier paró bruscamente de reír.

—Perdona, me hace mucha gracia cuando los jóvenes habláis de fascismo, se os llena la boca. Mira, yo en mi juventud era marxista, incluso maoísta. Luego me di cuenta de que esos partidos eran estructuras de poder, llenas de personajillos incultos e intolerantes. Entonces, empecé a dejarme querer por la derecha. Que son igualmente incultos e intolerantes, pero por lo menos no lo esconden. Aunque, claro, me cansé enseguida, no podía soportarlos y se me notaba en la cara. De eso va mi libro, del cainismo del pueblo llano, y de la estupidez de sus gobernantes, un eterno retorno.

Su discurso volvía a la cordura. Luis se tranquilizó. ¿Por qué los sabios, en su clarividencia, a veces rozaban la locura? ¿Era imprescindible para decir algo trascendental? Aunque en esos tiempos revueltos todo parecía mezclarse, lo más racional con lo más irracional, y de eso se trataba al fin y al cabo, de liberar las mentes y de soñar. Esa era la única forma de empezar a construir un mundo nuevo.

—Estoy deseando leer ese libro. Nos hace mucha falta. Oye, tengo prisa ahora, pero quiero que me sigas contando. Nos vemos por el bar. —Javier lo miró de arriba abajo con desdén y ni se molestó en contestarle.

Luis reemprendió la marcha sin darle importancia. Aquella discusión había sido puro divertimento y no quería entretenerse más. Aunque, qué personaje este Javier, no le importaba nada ni nadie. Sí, un auténtico sabio. ¿Se estaría proponiendo él mismo como el nuevo mesías? Se rio por dentro. Seguramente.

No sabía cómo imaginar su casa, Pablo iba siempre vestido de «siniestro», de negro. Como Carmen en su lejana juventud. Pero el bar lo había decorado tan multicolor como el arco iris. La casa se encontraba cerca de la salida del pueblo, como si la hubiera escogido a propósito para facilitar sus citas clandestinas. Al bajar por su calle, se oía *in crescendo* un reguetón de corte romántico que pulverizaba la quietud del entorno. Seguía sorprendiéndole, los vecinos parecían haberle cogido cariño y aceptaban su original personalidad sin problemas. Para que luego dijeran de la gente del campo.

Llegó ante su puerta y llamó repetidas veces al timbre sin esperar respuesta. Le devoraba la ansiedad. Aunque no quisiera reconocerlo, confiaba en que Pablo le diese alguna esperanza y lo tranquilizase. En el piso de arriba se abrieron unas contraventanas. El torso desnudo del joven asomó iluminado por la luz del interior, y cálidamente envuelto en la intensidad de la música. Por el fugaz frunce de sus labios, se dio cuenta de que Pablo hubiera preferido que fuese otra persona. Sin ir más lejos, su amante el motero. Pero enseguida sonrió.

—Qué sorpresa. Tú aquí. Espera, que te abro.

Los peldaños retumbaron y la puerta se abrió con un golpe seco. En el zaguán había una moto y dos bidones de gasolina. Luis aspiró el aroma a bencina que tantos recuerdos le traía del mechero de su padre.

—¿Es tuya? —La moto no estaba nueva, pero tenía buena pinta.

—Me la ha dejado Antonio.

El benefactor del valle. A él ya no le sorprendía nada de semejante personaje, era el repartidor de dádivas y todos le estaban muy agradecidos. Su tía, la primera.

Ascendieron por una escalera de granito. Era otra casa de verano de emigrantes. Pero Pablo, mucho más creativo que Laura, había arrinconado en algún cuarto escondido los cuadros de montañas suizas y los adornos religiosos. Contrariamente a lo que esperaba encontrar, no se veía ropa tirada por las habitaciones ni las cosas puestas de cualquier manera. La madera de los muebles y del suelo brillaba bajo la luz eléctrica, un paño indio cubría el escay marrón del sofá, y sus libros de literatura gay aparecían ordenados sobre una repisa. También había cómics japoneses y varios DVD de Tim Burton y ciencia ficción. Sobre la pared, dominando la sala, un cartel de película de grandes dimensiones, un marinero en una pose homoerótica y con una mirada seductora. Al llegar ante él, Luis se quedó contemplándolo.

Pablo se acercó.

—¿Te gusta? La película está basada en la novela *Diario de un ladrón*, de Jean Genet, un escritor francés que decía que la sociedad condena a todo homosexual a convertirse en un criminal. No le queda otro camino para sobrevivir ante la sociedad heteropatriarcal. —Lo dijo de forma rotunda, como si se tratase de una verdad irrefutable.

Él lo observó con el rabillo del ojo. La conversación no iba a ser fácil. La seducción, el acoso y la legítima defensa serían armas a tener muy en cuenta en aquel duelo.

—Pues se supone que yo soy un futuro juez, no lo olvides si estás planeando algo. Aunque podrías comprarme. —Nada más decirlo se arrepintió.

Enseguida Pablo se pegó a su costado como un gato en celo.

—Creo que lo tendría muy fácil.

Luis fingió una risita y se apartó para sentarse en el sofá.

—Me refiero a dinero, cachondo. Aunque te haría falta una cifra elevadísima, eso sí, porque sé cuál sería tu crimen: violación masiva de honrados padres de familia en zonas rurales. —El gato mimoso quitó la música y se sentó enfrente, en un sillón—. Tú te metes algo, ¿verdad? —Se lo estaba diciendo al chico medio en broma, pero realmente lo pensaba. Los bailes en el bar mientras servía las mesas habían continuado cada noche. Las canciones sonaban cada vez a mayor volumen. Pero también había días en que se quedaba detrás de la barra, con rostro de sádico, como con ganas de darle un mordisco al que primero le pidiera cualquier cosa. Otros, en cambio, literalmente se dormía de pie, apoyando la espalda sobre los estantes llenos de botellas, como si llevara encima varias noches de juerga. Luis habría dicho cocaína.

A Pablo no le molestó la pregunta. Al contrario, le divertía todo lo oscuro, lo retorcido, como una forma de sentirse más interesante frente a los demás.

—Hay personas que los confunden porque ambos jueguitos conducen a la adicción. Pero, señor juez, en esto se equivoca. Es el sexo que estoy teniendo con este tío lo que me está poniendo loco. Es que veo las estrellas. Vamos, que vivo sin vivir en mí, que diría santa Teresa de Jesús. Me río yo de sus éxtasis orgásmicos. —Se carcajeó escandalosamente para luego, en un instante, ponerse muy serio—. ¿Qué quieres beber? Solo tengo ron. —Se levantó.

Puso dos cubalibres bien cargados en unos vasos anchos.

Las pupilas dilatadas, los ojos enrojecidos, esa sensación de poder con todo. Y luego, los bajones tremendos, sin fondo, en los que también uno solo querría morir. Conocía muy bien ese proceso. Le había rodeado tantas noches en esos tugurios de última hora...

Pablo le guiñó un ojo.

—De todas maneras, una rayita de vez en cuando te hace ponerte a tono en el momento justo.

Confirmado. Cuando podía, le daba a las dos cosas, al sexo y a la cocaína.

—Pero, juez, tú eres la última persona que podría echármelo en cara. Cada día estás más emporrado. ¿Es por lo de Carmen? —Lo soltó así, como una bomba.

No había duda, como él mismo reconocía, era carne de banda terrorista, un amoral.

—No pongas esa cara. Si ella me lo cuenta todo, soy su amigo del alma. — Su tono sarcástico era una venganza, incluso le sonreía—. Y veo que lo llevas fatal.

Todo su interior comenzó a descomponerse, una espina penetraba con fuerza en su corazón. Tomó en sus manos la copa que Pablo le entregaba y bebió con avidez. No tenía nada que decir.

—Sí que estás pillado, tío. ¿No te das cuenta de que eres un niño y Carmen una mujer de armas tomar que está ya de vuelta?

A Luis le entraron ganas de tirarle el vaso a la cara. El joven continuó:

—Relájate. A mí me pasa lo mismo con mi chico. Lo único que puedo hacer es vivir el momento, *carpe diem*, hasta que se acabe. Estoy en sus manos. Puede hacer lo que quiera conmigo. Si me dice que me tire de la torre de la iglesia, subo y me tiro. Eso es el amor, el amor loco. —Se calló y entornó los ojos. El gato en celo se acordaba de su amo, el motero, y se estremecía—. Mira, no sé si Carmen está enamorada de ti. Ella es una mujer que escucha, pero rara vez habla de sí misma. Por lo poco que me ha dicho, creo que ha preferido dejarlo porque veía que estabas todo el día detrás de ella. Si seguías así, ibas a acabar suspendiendo tus exámenes y nunca se lo perdonaría. A mí eso me parece una prueba de amor. Deberías valorarlo.

Aquello era lo último que esperaba oír. Cuánto la odiaba. Estaba en boca de todos.

—Eso es mentira. Carmen me ha utilizado y ahora ya no le intereso, ya está.

Que no pretenda ir ahora de perdonavidas. ¿Qué le importan mis exámenes? Tengo todo bajo control y, en cualquier caso, el problema es solo mío. Ni que fuera mi madre. Lo suyo no es amor, es puro egoísmo. —Bebió otra vez. Le temblaba la voz—. Precisamente, desde que me ha dejado no me puedo concentrar. —Respiró profundamente, una ola de congoja amenazaba su garganta—. ¿Tú no crees que ella tiene miedo al amor por lo que le pasó con su marido?

Pablo no respondió enseguida. A pesar de su disfraz de frivolidad, era un chico inteligente, excepcional, muy maduro para su edad.

—Lo que sé es por lo que me imagino. Algo muy fuerte debió de pasar entre ella y su marido, porque aunque él fuera un cabrón, Carmen se siente culpable de algo. Como si ella se hubiera vengado de él poco antes de su muerte y ahora se arrepintiera, y no puede olvidarlo. —Terminó su bebida de un trago—. A veces, con el tiempo, lo peor de una historia es lo único que somos capaces de recordar. Lo peor del otro y lo peor de nosotros mismos. Sí, puede que ella aún viva atrapada por ese fantasma. Ojalá tú hubieras podido rescatarla. A lo mejor estuviste muy cerca de conseguirlo y por eso Carmen te rechazó, todavía no está preparada para enfrentarse a su propia vida. —Le quitó a Luis la copa de las manos. Se dio la vuelta y comenzó a rellenar los dos vasos de nuevo—. Es alucinante, ¿no? Una tía ya madura, que ayuda tanto a la gente, a mí mismo, con sus consejos, su forma de ver la vida, y que, al mismo tiempo, dentro de su coraza, sea una lisiada emocional.

Aquellas palabras fueron un bálsamo. La culpa no la tenía él, sino ella. Eran sus problemas con el pasado los que les impedían estar juntos. Respiró.

Era la tercera vez que le rellenaba su copa. Como el sol con la bruma de la

montaña, el alcohol había disipado su rabia, dando paso a una placidez resignada. No había nada que hacer, no dependía de él.

—Vamos a jugar a algo.

La propuesta de Pablo no le sorprendió, se la esperaba. Uno no puede ir contra su propia naturaleza. Se lo tomó a broma.

—Tú lo que quieres es emborracharme para después meterme mano.

A su anfitrión, su insinuación tampoco le importó mucho, también se la esperaba.

—Ya te gustaría a ti, que todos sois iguales. El juego se llama «yo nunca». ¿No lo conoces? Es muy típico de las noches de botellón. Por turno, cada uno va diciendo algo que nunca haya hecho. Si alguien del grupo lo ha hecho alguna vez, bebe. Es un juego para conocerse mejor.

Luis soltó un aullido, liberando los restos de angustia que aún se aferraban a sus entrañas.

—¡Vale! Déjame empezar a mí. —Lo tenía muy fácil—. Yo nunca he hecho el amor sobre una moto en el bosque. ¡Bebe!

Sonaba *Creep* de Radiohead, una maravillosa excepción en el repertorio musical de Pablo, una canción tan oscura como su ropa. Habían recorrido ya gran parte del currículum sexual de ambos, lo que había dado para muchas risas y sorpresas. El chico había hecho todo un alarde de su repertorio sexual, situaciones embarazosas, posturas complicadas, uso de artilugios, personajes de cómic. Viendo aquel ser de apariencia tan delicada, sus aventuras sonaban a mero producto de su imaginación calenturienta, sueños de adolescente. Él, en cambio, poco había podido sorprenderle. Lo suyo principalmente se había centrado en el rollo en el asiento trasero del coche, el sexo en cama de hotel, el abrazo eterno y el dormir pegados. Aunque sí había podido explayarse en

los deseos prohibidos con todas aquellas mujeres maduras que habían pasado por su vida. Y en ello, Carmen superaba al resto por esa capacidad suya de llevarlo al infinito hicieran lo que hicieran. Ella era su fantasma. Por suerte, el alcohol, el gran aliado de su madre, fue abriéndose paso en sus neuronas para ir, una a una, desconectándolas todas hasta que la noche se convirtió en un tobogán en el que descendía sin mirar hacia atrás. Pablo era genial, el compañero de viaje perfecto.

—Yo nunca he hecho una orgía. —Le había salido del alma, de su deseo más íntimo finalmente liberado. En verdad era lo que más hubiera querido hacer en ese momento. Tres mujeres desnudas, a ser posible de grandes pechos, caderas poderosas y largas melenas sobre los hombros, irrumpiendo en la habitación y abalanzándose sobre ellos sedientas de carne. Y follárselas una a una, sin correrse con ninguna de ellas. Oír sus gemidos y su pérdida del control. Sí, una orgía sanadora de su corazón porque quizá fuera solo eso, un encoñamiento. Nunca había vivido una, ni siquiera una pequeñita, ni un amago, nada. Vaya vida desperdiciada, cuánta energía perdida detrás de esas señoras insatisfechas y caprichosas. Cuando lo que necesitaba, en realidad, más que cualquier otra cosa, era una puta, una puta que se enamorase de él y se lo hiciera todo gratis, joder, sin más complicaciones.

Al levantar la mirada hacia Pablo lo vio extrañamente pensativo, sin beber.

—¿Tú tampoco has hecho nunca una? No me lo creo. —La cara de su amigo había perdido toda la euforia anterior.

—Sí, claro que he hecho orgías. Muchas. —Ahora bebió lentamente—. En Valencia, cuando salía de marcha los fines de semana, me daba igual cómo fuera a terminar la noche. Me gustaba ponerme de pastillas, flotar, olvidarme de mis padres. Cuando cerraban la discoteca, con tal de no irme a casa, me iba con cualquiera. Luego, no sabía muy bien ni cómo había llegado a algún sitio ni lo que había hecho. Tenía vacíos en mi mente. Pero me gustaba tener esos

vacíos. Al día siguiente, imaginaba que habían sido encuentros memorables, únicos. Aunque a veces me despertaba en el suelo de un garaje o en el pasillo de un edificio, con la ropa deshecha, o medio en pelotas. Me daba igual, era una victoria contra mi vida de mierda. Algo en mi interior me aseguraba que lo había pasado bien, que había merecido la pena.

Ese angelito conocía el infierno, quién lo hubiera dicho. Luis estaba fascinado.

—¿Si me he liado con más de dos tíos a la vez? Varias veces, no tenía límite. Solo había un problema, mis padres. Me esperaban en casa despiertos. En cuanto abría la puerta ya estaba oyendo sus insultos. —Se puso a imitarlos gritando muy serio, sin miedo a los vecinos—. ¡Maricón de mierda! ¡Sidoso! ¡Mañana te largas de casa! ¡Desagradecido! Cuando por fin lograba acostarme en mi cama, al poco rato, mi padre aparecía y me pegaba un puñetazo muy fuerte en la cara o en la cabeza.

Luis lo miraba estupefacto. La vida estaba repleta de infinidad de submundos con sus propios monstruos.

—Una noche conocí a un tío que estaba buenísimo, un actor. Me contó que trabajaba en *Hamlet*, la obra que estaban poniendo en el teatro municipal. En aquella época yo andaba loco con Shakespeare y el teatro isabelino, me parecía lleno de ambigüedad sexual, supergay con tanto equívoco, y, a la vez, romántico, sensual. El tío me invitó a pastillas y me dijo que me fuera con él a una fiesta. Y me fui, claro, yo estaba deseando conocer ese mundo. Salimos del garito y nos montamos en un taxi. Recuerdo recorrer la ciudad encendida de luces, una ciudad de repente diferente, volábamos. La fiesta era en un apartamento, por la playa de la Malvarrosa. Un lugar bastante chulo, frente al mar. Allí fue llegando toda la compañía, todos tíos, bastante puestos también. Y me convirtieron en su mascota, me pasaban de unas manos a otras, tocándome el culo e intentando morrearne. Pero yo solo pensaba en el actor

que me había llevado hasta allí, solo me interesaba estar con él. En un momento, reapareció y me cogió de la mano. Me llevó a la cocina. Nos besamos. Entonces, él me dio a beber algo que tenía en un botecito, y perdí el control. Me quedé sin voluntad. Estaba allí, lo veía todo, pero no podía reaccionar a nada. —Volvió a beber y miró directamente a Luis. Sus pupilas estaban completamente dilatadas—. No sé si a ti te pasó eso alguna vez. No hay vuelta atrás. —Tragó saliva y continuó—: Me metieron en una habitación y me tiraron encima de una cama. Uno a uno fueron entrando a follarme, sin condón. Yo lo veía todo sin hacer nada, esperando que el tío que me había llevado allí entrase y fuera él quien me follase. No apareció. —Pablo hablaba ahora desencajado, un muñeco inexpresivo que tuviese activado un disco en su interior—. Tuve mucha suerte, alguien vino a salvarme. Un tío supercachas, enorme, que parecía llegado de otra galaxia, entró en aquel cuarto, le pegó un empujón al hijo de puta que me estaba follando en ese momento y me rescató. Fue alucinante, como en las películas. Me abrazó y me ayudó a vestirme. Era como si me conociera de toda la vida. —Dejó de concentrar su mirada en Luis. Regresaba el niño que realmente era, un gatito. Se retorció en el sillón—. En la calle, se puso a hablarme de mí, lo sabía todo sobre mi vida, lo mal que me sentía en casa por cómo me trataban. Me acompañó y subió conmigo. Enseguida comenzaron sus voces, sus insultos. Y él se enfrentó a mis padres. Les avisó de que si no me trataban bien, lo pagarían muy caro. —Echó la cabeza hacia atrás, como si se hubiera quedado sin fuerzas. Durante unos minutos se quedó así, con los ojos cerrados, pero sin llegar a estar dormido.

Luis no se movió. Terminó su copa sin prisa. Pobre chaval, vaya vida, y él encima se quejaba de la suya.

Lentamente, Pablo fue volviendo en sí y levantó la cabeza.

—Y no pienses que tengo sida. Todos los heteros pensáis lo mismo. Ahora

sé cuidarme muy bien, me pongo condones hasta en los dedos. —Lanzó una carcajada hueca, sin vida.

Luis decidió que ese era el mejor momento para irse a casa. Al día siguiente, volvería a la carga del estudio. No había otra salida que la huida hacia delante. Era el único sitio donde veía un poco de luz. Sus neuronas comenzaron a emitir, de nuevo, señales intermitentes.

Abandonó a Pablo sentado en su sillón con la mirada perdida, sin reaccionar después de su amarga confesión. Se despidió con una palmadita en el hombro.

—Me voy, que mañana me levanto pronto. Gracias por las copas y la conversación, me han venido muy bien. Repetimos fijo otro día.

Cerró la puerta, bajó la escalera y cuando estaba ya en la calle, por las contraventanas abiertas, le llegó la voz de su amigo como si estuviera hablando por teléfono en tono muy agresivo con alguien.

—¡Os he dicho que me dejéis en paz! ¡No pienso volver a casa! ¡A la mierda con la universidad! Para mí es como si estuvierais muertos. ¿Me habéis oído? Muertos. Y dile a mamá que pare de llorar, que no me importan nada sus lágrimas de cocodrilo, que es igual que tú. ¡Os odio!

Luis se quedó helado y se alejó a toda prisa. No entendía nada. Siempre había pensado que los padres de Pablo habían muerto. Él mismo lo había comentado en el bar, si no recordaba mal.

El sol era ahora el único señor de Ramil, un señor de sogas y cuchillo que exigía un tributo permanente en sudor y fatiga. Montes, campos, animales y gentes, todos se hallaban igualmente sometidos a su crudeza. Su día había transcurrido refugiándose en las sombras de los árboles, como si viviera en un blanco pueblo del sur. La conversación con Pablo, sin embargo, le había traído un suave soplo de resignación. Era ella la que tenía que mover ficha. Y si esto no llegaba a ocurrir, con el tiempo, que lo cura todo, vendría la paz.

Aunque no se había sentido con fuerzas por la resaca para memorizar un nuevo tema, sí había conseguido repasar los de los últimos días de dispersión. Quedaban ya archivados en su memoria. Ese día, al menos, marcaba un punto y aparte. Se sentía contento. Como le había dicho una de esas mentes lúcidas que uno encuentra en las madrugadas del fin de semana, él era un superviviente nato, al final siempre levantaba la cabeza. Pertenecían a la raza de los eternos perdedores.

En cuanto comprobó que las sombras se alargaban demasiado y la luz se espesaba por el lado de poniente, recogió sus cosas. Por hoy era suficiente. Al descender hacia el camino, se acordó de Laura. Tenía ganas de ella, ganas de cariño y de té. No quería más.

La verja se encontraba abierta. El jardín olía a recién regado. Las tijeras de podar estaban tiradas en el sendero. Las recogió para dárselas, menuda arma de destrucción masiva. Si a Laura le hablaban los árboles, ¿le hablarían también aquellas flores? Luis se rio por dentro, pues si también le hablaban, ella les cortaba la cabeza. En cualquier caso, esa estrecha relación con la

naturaleza era el secreto de su magnífica soledad. No le hacía falta pasarse por el bar para combatir su ansiedad como le ocurría a él.

La puerta de la casa aparecía entornada. La empujó suavemente para no dar un susto a su amiga. El interior se hallaba apenas iluminado por el gris azulado del atardecer que entraba por las ventanas. Sin pensarlo mucho, avanzó hacia el salón. Al asomarse, vio que Laura estaba sentada en una de las sillas, junto a la mesa del comedor, con su ordenador portátil abierto frente a ella. Ella observaba fijamente la pantalla y tenía sus manos extendidas sobre el teclado como si estuviera trabajando. Pero observó que la pantalla reflejaba sus rasgos como en un espejo negro. Estaba apagada.

—¿Laura?

La restauradora se volvió hacia él bruscamente.

—¿Tú también me espías? —Su rostro, antes plácido, se había contraído en un gesto súbito de enfado.

Luis no quiso darle importancia.

—¿Estás tonta? He venido a verte. —Se acercó y le acarició la cabeza igual que si tratase de amansar una fierecilla salvaje—. Para estar un rato contigo. ¿Qué tal tu día? —Se agachó y le dio dos besos en las mejillas. Notó cómo su espalda se retorció de disgusto—. ¿Te apetece que demos un paseo? —Siguió acariciándola. Cuánto habría agradecido él, esos últimos días, unas caricias así. Descubrió que los ojos de la restauradora brillaban febriles, llorosos. Laura sufría tanto como él, o puede que más.

—No puedo. Tengo mucho trabajo. Gracias. —De repente, giró el cuerpo con violencia como si esquivase un golpe. Acababa de darse cuenta de que Luis llevaba en la otra mano las tijeras de podar. Él se rio.

—Sí, he venido a cortarte en pedacitos. —Las dejó sobre la mesa—. Me las he encontrado afuera, en el suelo. Ten cuidado. —Después, tomó sus pequeñas manos de niña entre las suyas hasta que sintió que su amiga se relajaba un

poco—. No te muevas. Voy a preparar un té. Charlamos un poco y luego me voy. No quiero molestarte.

En la cocina, sobre un estante, reparó en una foto enmarcada que antes no había visto allí. Una chica muy guapa, de rasgos exóticos, sonreía ante un gran edificio de ladrillo, la facultad de Historia de la Complutense. Tenía que ser ella, Fátima, su amiga traidora. A pesar de todo, la seguía teniendo en su corazón. No podía olvidarla. El ser humano era así de estúpido. Nos negábamos a cerrar capítulo.

El té verde no acabó de calmarla. Aferrada a la taza, tan rígida como se la había encontrado, Laura le hablaba con una agresividad que nunca habría imaginado en una criatura tan inocente.

—Ha venido a verme todos estos días. Me la encontraba aquí cuando regresaba de la ermita. Hoy me ha llamado varias veces para asegurarse de que nos veríamos. Insiste todo el rato en que le cuente cómo me siento y lo que me pasa por la cabeza a cada instante. Pero a mí no me da la gana. Ya no confío en ella. Es una mentirosa, todo lo que sabe de mí se lo ha ido contando a los demás en el pueblo. Me ponen todas unas caras cuando me los encuentro que prefiero esconderme.

En el valle anochecía. Él encendió la lamparita que tenía en la mesita de al lado.

—Y no me quiere. Nunca me ha querido, ahora lo sé. Solo quería sonsacarme información, que le contara hasta el último detalle de mi vida, como si yo no tuviera derecho a guardar mi intimidad.

Luis no la reconocía. Laura había llegado al límite por ella misma, sin necesidad de que él la empujase. Ahora sí que estaba realmente enfadada con Carmen.

—No la soporto. Me da asco cada vez que tengo que hablar con ella.

Su voz se había transformado en un cuchillo que se agitaba en el aire. Del

amor más profundo al odio más terrible solo había un paso. Era verdad. Él lo sabía muy bien.

—Esta mañana ha aparecido aquí muy pronto, otra vez obsesionada con mis pastillas. Quería ver cómo me las tomaba delante de ella. No sé cómo he tenido fuerzas, pero la he echado de casa. Le he dicho que no volviera más.

Luis experimentó cierto placer al oír esas palabras. Se lo merecía. Jugaba con los sentimientos de la gente y lo estaba pagando.

—Creo que va a intentar que me encierren otra vez. Seguro que ha llamado a Miguel y se lo está contando todo. Que no quiero hablar con ella, que no me tomo las putas pastillas. Pero me da igual, no pienso volver allí. Antes prefiero que me maten. Que se atrevan.

Luis volvió a fijarse en las tijeras de podar que había dejado sobre la mesa. Las afiladas hojas eran una cizalla implacable. No sería fácil para ellos si la restauradora las podía utilizar en su defensa. Sin embargo, no habría necesidad. La ley, por suerte, era una garantía contra la injusticia y él la conocía a la perfección.

—Laura, no te preocupes. Eso es casi imposible si tú no das tu consentimiento. Se supone que vivimos en un Estado de derecho, somos libres. Por muy médicos que sean, ellos no son nadie. No se puede encerrar a una persona así como así, y da igual que sea en la cárcel o en una clínica. Necesitan antes la autorización de un juez. Y para que un juez dé su autorización ellos tendrían que demostrar que tú eres un peligro para ti misma o para la sociedad. Lo que no es, para nada, el caso. Más bien es al contrario, son ellos el peligro.

Su madre entonces invadió su pensamiento. Sus idas y venidas a la clínica. Cuando, por fin, aceptaba ingresar, ella misma preparaba su maleta en medio del caos. Extendía su ropa sobre la cama. Metía también un bañador, ropa de vestir, su mejor camión. Parecía una jovencita que se fuera en su primer viaje

al extranjero. Solía preocuparse por cosas absurdas como si se llevaba suficiente crema de noche o su frasco grande de colonia. Él nunca decía nada, se sentaba a un lado de la cama y permanecía mudo. Sus sentimientos bailaban contradictorios en su cabeza. Por una parte quería que desapareciera para acabar con aquella pesadilla. Pero, por otra, le angustiaba la soledad. Eran inseparables en aquel piso sombrío.

—Uno solo sale de una depresión por su propio pie, nunca con imposiciones ni con pastillas. —Laura era como su madre, un ser desvalido, otra víctima de sus propios sueños y frustraciones.

Se levantó del sofá. Se puso en cuclillas frente a ella y estrechó sus manos de nuevo.

—No dejaré que te hagan daño. Te lo juro, confía en mí. Si intentan cualquier cosa, no tienes más que llamarme. ¿Me oyes?

De repente, sintió que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón. Lo miró un momento. Tenía tres llamadas perdidas de Carmen a distintas horas del día. Ni se había dado cuenta. Pero ahora todo había cambiado. Se sentía fuerte. Acababa de decidir que su tiempo había terminado. No le devolvería las llamadas. Que siguiera insistiendo, que se arrastrara a suplicarle, se lo merecía. Que pagara por todo el sufrimiento que estaba ocasionando a su alrededor. Justicia cósmica.

Alguien caminaba en sentido contrario pegado al muro de Merlachoca. La luz de la farola de la esquina iluminó su rostro. Era una mujer. Carmen. Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Habría venido a buscarlo para pedirle que volvieran? Por eso le había estado llamando. Finalmente, se había rendido a sus sentimientos. Aceleró el paso.

Su dicha apenas duró muy poco. Al aproximarse, comprobó que ella

caminaba sin prisa, muy concentrada en sus pensamientos, en plena reflexión, como haría por los pasillos de un hospital yendo de un paciente al otro. Nada que ver con el andar y los apremios del amor.

Ella también lo vio acercarse y se paró.

Ambos permanecieron por unos instantes a cierta distancia quietos, solo mirándose, como si aquello fuera un duelo y quisieran protegerse el uno del otro. En su muñeca derecha, bajo las pulseras, brilló una lucecita roja intermitente. Llevaba una pulsera igual que las de Laura y Pablo.

—Tienes mala cara.

Luis, en un acto reflejo de autodefensa, prefirió el enfrentamiento seco y directo.

—Vienes de hablar con mi tía, ¿no? Para hablar de mí, imagino.

La oscura melena le caía por los hombros. En la penumbra de la noche, su piel, sin embargo, lucía bronceada bajo su ceñida camisa blanca. Ahora iría a la playa con el tipo ese, o con cualquier otro.

Ella no cambió de expresión.

—No. Te estaba buscando precisamente a ti. Estoy muy preocupada por Laura. Sé que la ves bastante últimamente.

O sea que era eso. De haberlo sabido, se habría pasado al otro lado de la calle para no cruzarse con ella o se habría escondido. Quiso herirla.

—¿Qué te pasa? ¿Estás celosa? Pero ¿de quién? ¿De mí o de Laura? —Su tono sarcástico delataba toda la rabia que sentía, una rabia incontrolable que recuperaba con facilidad su espacio dentro de él. Carmen no se inmutó, pero el tono de su voz empezaba a mostrar cierto nerviosismo.

—Si ves algún cambio brusco en su comportamiento, está un poco ida o habla de cosas sin sentido, por favor, avísame. Da igual la hora que sea. —Se quedó un momento en silencio. Medía sus palabras—. Aunque te cueste hacerlo porque te lo pido yo, hazlo. Es por su bien, tengo que saberlo. Estoy

teniendo mucho trabajo en el consultorio y no puedo estar pendiente de ella todo el día.

Una punzada de dolor le atravesó el estómago. Su crueldad era tal que encima se atrevía a pedirle un favor. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Él no le importaba nada. Cualquiera era más importante. Ella continuó.

—Laura está muy alterada. Te lo digo a ti en confianza, Luis, porque sé que le tienes mucho cariño. Estoy pensando que lo mejor es volver a internarla, le hace falta. Sería solo por unos días. Ni se te ocurra comentarle nada, por favor.

Los salvadores del mundo, los ansiados mesías, que destrozaban a sus criaturas entre sus torpes manos cuando ya no les seguían. Ella era igual.

—¿La quieres encerrar? Me parece muy bonito. Pero si ella no está bien, es por toda esa mierda que le metéis en el cuerpo. Cada día está más zombi. — Otra colaboradora del sistema, para tenerlo todo controlado y que nada cambiase. Era otra vendida. Cuánto lo había engañado para engatusarlo—. Es alucinante. Después de todo lo que me contaste sobre lo que pensabas de las pastillas, lo que hacían con los pacientes para que no molestasen, que los drogaban todo el día. Se supone que por eso habías dejado la psiquiatría. Todo es mentira, eres otra cómplice del sistema que tanto criticas.

Carmen se le acercó un poco más. Su voz de profesional se había tornado ahora en una súplica.

—Laura está mucho peor de lo que parece. De verdad, Luis. Tú no sabes nada de su vida, escúchame. Está muy enferma y puede perder el control.

Para Luis, sin embargo, sus palabras eran igual que la jerga de un médico nazi, tratamientos, internamientos, que ellos trabajaban por el bien de la comunidad. Viva la ciencia.

—Pero ¿tú qué te piensas? ¿Que las personas somos muñecos? Esos

abrazos y esas caricias. ¿Qué piensas que le pasaba por la cabeza a alguien tan sensible como ella? Laura ahora está muy jodida y no tiene a nadie, está completamente sola. No hay que estudiar tanto para entenderlo. —Al decirlo, se dio cuenta de que en realidad estaba hablando de sí mismo, y no quería hacerlo de ninguna de las maneras. Volvió al ataque—. ¿Por qué no te relajas y piensas por una puta vez en ti? ¿En esa absurda vida que llevas? Tu marido era un cabrón, vale, y te lo hizo pasar muy mal, pero ¿tú no le hacías nada? ¿Eras una santa? Por lo poco que te conozco, seguro que no lo dejabas ni respirar. Ya me lo había advertido Guillermo. A ti lo que te gusta es el control, controlarlo todo, a todos. —Su voz, sin que pudiera evitarlo, se quebró de la emoción—. Y a mí, que quiero que me controles, que estoy deseando que me asfixies con tu amor, me abandonas como a un perro. —Hizo un esfuerzo por recomponerse y refugiarse de nuevo en su rabia. No podía consentir que ella sintiese pena por él, eso jamás. Sí, se sentía como un perro, pero un perro rabioso, que quería morder—. ¿Qué quieres, Carmen? ¿Estar sola toda tu vida? No siempre vas a poder encontrar a un niño como yo que se enamora de ti y que no le importe abandonar sus sueños para vivir contigo. —Había sido capaz de pronunciar aquellas palabras, «abandonar sus sueños». Nunca, ni en los peores momentos después de haber suspendido las oposiciones, se había atrevido a planteárselo. De alguna manera, siempre había sido o todo o nada, o el éxito o la muerte, porque aquello era el eje de su vida, su justificación. Y ahora que podía tener su sueño al alcance de la mano, ¿sería, de verdad, capaz, como acababa de decirle, de abandonar todo por el amor de aquella mujer prepotente y egoísta?

Carmen también perdió el dominio de la situación. Sus ojos se fueron cubriendo de lágrimas de emoción. Sin que él pudiera reaccionar, ella avanzó y extendió sus brazos, envolviéndolo.

Luis se estremeció, había vuelto a su cárcel de amor. Otra vez juntos, para

siempre. Al instante regresaron a su memoria las tardes en el monte, la dicha infinita de aquellos días. La niña de tantos miedos, la de los paseos sin rumbo cogidos de la mano, la que luego salía corriendo entre los árboles para que él la alcanzase. La oscura masa de sus cabellos en su pecho, sus cuerpos unidos. No podían vivir separados. Se dio cuenta de que era la primera vez que la veía llorar así. No de orgullo, como cuando la detención de Guillermo, sino de fragilidad. Él la protegería.

Ella, quejumbrosa, se estrechaba contra su cuerpo con fuerza.

—Yo te quiero, pase lo que pase. Nunca pienses lo contrario.

Las manos de Luis despertaban y recorrían su espalda. El calor de la noche fundía la tela de su fina camisa con su piel.

Ella continuó hablando:

—En tu vida lo has pasado muy mal, lo sé, lo has llevado todo por dentro. Poco a poco te irás liberando de esa carga del pasado, ya verás. Y te sentirás mejor. Porque vas a triunfar, eres muy fuerte, aunque no te lo creas.

Su voz lo acariciaba cerca del corazón, como antes. La apretó contra sí mismo, no la dejaría ir. Su cuerpo parecía derrumbarse entre sus brazos. Cuánto sufría. ¿Por qué se negaba al amor si tanto lo necesitaba?

—Ahora me odias, Luis, lo sé. No me importa, ya lo entenderás.

Su discurso, sin embargo, también terminó por ceder y se transformó en un sonoro sollozo, a pesar de sus esfuerzos por mantener ese tono de madre controladora que él tan bien conocía. Sí, era otra vez su niña. No quería oírla, solo sentirla. Tuvo ganas de taponarle la boca porque seguían llegando sus palabras.

—Luis, también yo lo estoy pasando mal aunque no lo creas. Pero he sufrido mucho a causa del amor. No puedes ni imaginar cuánto. —Le costaba continuar—. El amor, el amor total, sin límites, es sufrimiento, una tortura. Lo destruye todo. Nos convierte en monstruos, monstruos egoístas que se devoran

el uno al otro. Y no quiero volver a pasar por lo mismo, nunca más. —Se calló un momento como para recuperar el aliento—. No sabes nada de mi vida. Mi relación con Gabriel, al final, se convirtió en la peor de las pesadillas, créeme.

El fantasma de Gabriel reaparecía como el ángel exterminador, arrasándolo todo. El cuerpo de Carmen se deshacía entre sus dedos.

—Es mejor así, ser amigos de verdad, ayudarnos. Ya verás.

Un escalofrío le recorrió la espalda como un rayo. Todo era mentira. De nuevo, lo volvía a repetir, que la historia había acabado. No había marcha atrás. El pozo se abría de nuevo en su estómago, negro, profundo. Pero esta vez él no se dejaría manipular. No. Ya no lo podía aguantar más.

Luis la tomó con fuerza por los hombros y la empujó contra el muro. Era una zorra, como Marta, como las demás. En un esfuerzo sobrehumano, congeló la expresión de su cara para que esa máscara de hielo fuera la última imagen que Carmen conservara de él.

—¿Sabes una cosa? No me interesa para nada tu pena, no quiero dar pena a nadie. ¿Me oyes? Creo que lo mejor es que me vaya a Madrid para no verte más. —Quiso mirar en sus ojos hasta hacerse daño, que aquel fuera el punto final, definitivo.

Carmen temblaba mientras seguía llorando.

—Adiós. Hasta nunca.

Luis echó a andar sin mirar atrás. Por dentro, se iba muriendo.

Las ventanas de Merlachoca aparecían iluminadas. Un brillante trasatlántico que surgiera en medio de la noche. Luis entró. No se oía nada. Ni el ruido de la televisión. Extraño. Se fue hacia al salón movido por la curiosidad. Metió la cabeza. Se dio un pequeño susto. Su tía, sentada en su sillón y con Loira a sus pies, lo esperaba.

—Pasa, por favor. —Su voz, habitualmente autoritaria y segura, parecía cansada, marchita. Ese «por favor» era auténtico—. Siéntate. Tenemos que hablar.

Por un momento, flaqueó. Tenía ganas de mandarla a la mierda y subir corriendo a su cuarto a encerrarse. Se sentía destrozado. Cuando ellas pronunciaban aquella frase, «tenemos que hablar», era para acabar con la historia, era el preámbulo del final. Como si el demonio se hubiera apoderado de sus almas, crueles, tenían que verbalizarlo. Pero él nunca había tenido fuerzas para rebelarse. Inclina la cabeza ante ellas para el golpe final.

—Está bien. —Lo único que se le ocurrió para proteger su ya debilitado corazón fue ponerse una copa. Rara vez lo había hecho delante de su tía. Abrió un falso cajón de debajo de una de las vitrinas. En su interior iluminado había viejas frascas de cristal tallado que contenían licores caobas y dorados. Escogió el más oscuro. Imaginó que sería el más fuerte. Sacó la frasca y una copa, y las puso sobre la mesa frente al sofá. Serían sus testigos de cargo. Se sentó y comenzó a servirse. Los golpes era mejor recibirlos todos de una vez, esa noche.

—Lo primero que debo hacer es pedirte perdón. —Él levantó la mirada

para observarla. Sorprendente, la vieja leona pedía disculpas—. Eres lo único que tengo en la vida, Luis. Durante mucho tiempo, en lugar de enfrentarme con tu madre, mi forma de vengarme de ella y de sus estupideces, y que Dios me perdone, ha sido ignorándote. Pero ahora ella ya no está aquí. Solo quedamos nosotros, tú y yo.

Le dio un trago a la copa. Era whisky, muy amargo, debía de llevar allí desde la época del abuelo.

—En realidad, solo quedas tú de todo esto. Yo estoy ya en el último trecho. —Los ojos de la vieja leona recorrieron brevemente la estancia, su guarida—. Sin embargo, a ti te da igual. Desprecias esta casa, este mundo, y lo que significa. Crees que la historia, tu historia, no vale para nada, que es un estorbo para tu vida.

Era la misma cantinela otra vez, el rancio discurso del abuelo. Su tía era como un papagayo, la pobre, tantas veces debía de haberla escuchado. Qué pobreza mental. Se relajó.

—Pero es lo que de verdad te hace diferente a los demás. Como se dice ahora, tu identidad. Sin ella no eres nadie. Y para poder ser alguien en la vida uno tiene que aceptar lo que es, de dónde viene, de qué está hecho. De lo contrario, te conviertes en un viajante sin rumbo, un alma perdida que nunca encuentra su sitio y sufre porque no sabe lo que quiere, solo escapar a cualquier parte como un desesperado. —Hizo una pausa—. Ahora vas de revolucionario, de rebelde, no quieres crecer. Bueno, te queda poco para caerte del guindo. O te caes solo o te acabarán empujando. Y te darás cuenta de lo importante que es el pasado. En realidad, es lo único que existe, lo que nos justifica. En este momento, te encuentras en el final del principio de tu vida.

¿Eso era todo lo que tenía que decirle? Se incorporó en el sofá para levantarse y largarse.

—Luis, lo que te voy a decir te lo digo de todo corazón. Llevo tiempo meditándolo. Creo que debes dejar las oposiciones.

Ese era el golpe que le faltaba, directo a la cabeza. Un enorme telón se abatía en ese instante sobre él y el vacío regresaba corriendo a buscarlo.

—Es normal que hayas pasado el primer examen. ¿Cómo no lo ibas a conseguir después de tantos años estudiando? Pero lo tienes muy difícil para el siguiente, bien lo sabes. Cada día veo el esfuerzo que haces, todas esas horas estudiando en el monte, y a veces en casa, sin horarios.

Otra vez conmiseración, pena. Aunque no tenía ya fuerzas para reaccionar como hubiera querido, desapareciendo. Las palabras de su tía, pesadas como yunques, se lo impedían, tiraban de él hacia todo lo que ella representaba.

—Y es que tú no te encuentras bien. En realidad, hace mucho tiempo que no te encuentras bien y yo no he querido verlo. Siempre me ha cegado la mala relación que tenía con mi querida hermana, tu madre.

¿Cómo podía seguir aguantándolo? Debía de tener un lado masoquista, seguro. Tuvo la tentación de sacar su bolsa de tabaco y ponerse a liar un porro en sus narices para mostrarle cuánto le importaba lo que le estaba contando.

—Encerrarte todos estos años a estudiar oposiciones ha sido un gran error, una huida para no dejar a tu madre, que es lo que tenías que haber hecho cuando acabaste la carrera. Haberte ido de casa. Ser libre, viajar, conocer otras gentes, otros lugares. Ya bastante habías soportado desde que eras pequeño, menudo sacrificio que bien lo sé yo. Nada habría cambiado. Lo de Beatriz, la pobre, era un final que se iba continuamente retrasando, una amenaza que se convirtió en costumbre. Hasta que un día, el más inesperado, el destino se cumplió. Y se acabó el maleficio, Luis. —Suspiró—. Ya no tienes que luchar por ella, ya se fue, por fin, a descansar. No supo enfrentarse a la vida. Lo había tenido todo para ser feliz: belleza, inteligencia, dinero,

alguien que la amaba, un hijo. Pero algo arrastraba en su interior, una pena inconsolable, no sé. Que Dios la tenga en su gloria.

Esa vieja bruja quería quitarle ahora la única ilusión que le quedaba en la vida. Pues no lo iba a conseguir. Además, él triunfaría, estaba seguro, aprobaría. En un año, su vida cambiaría de forma radical. Viviría en Barcelona, la ciudad de sus sueños, iría allí a la escuela de práctica judicial, viviría en el Raval. Ese era el viaje que llevaba toda la vida anhelando. Nunca regresaría. Y se olvidaría de su tía y de todos. Habría vencido.

—Tú no llegaste a conocer a tu abuela, a nuestra madre. Era una de esas mujeres que solo vive para su marido y que nunca deberían tener hijos porque enseguida se olvidan de ellos, no les interesan, carecen de todo instinto maternal. Mi madre estaba locamente enamorada del abuelo. No hay día que no me acuerde de ella. Cada rincón de esta casa parece retener su espíritu. Se pasaba muchas horas aquí sola, aparentemente sin hacer nada, solo mirando por el ventanal, o fumando en el cuarto de estar o en el jardín, esperándolo. Si te acercabas de improviso se molestaba, como si la interrumpieras en sus pensamientos, que eran lo único que podía merecer su atención. Bueno, también pasaba horas encerrada en su habitación, arreglándose para estar guapa cuando él llegase. —La mirada de Luis instintivamente se dirigió hacia el cuadro que presidía el salón. Su abuela vestida con el traje regional de camisa blanca, corpiño y falda bermellón, con un mantón sobre los hombros. Le quedaba como un disfraz de carnaval—. Le gustaban mucho las revistas de modas. Se las enviaban por correo y ella las estudiaba como una obsesión. Fíjate que con quien más hablaba era con una modista de Arealonga, que era la que le copiaba los modelos de las revistas. Quería estar siempre elegante, perfecta para él, a la última. Verla bajar por la escalera cuando estaba lista era todo un espectáculo para tu madre y para mí. —Los ojos azul turquesa de su abuela en aquel retrato siempre le habían intrigado. Eran pequeños,

enigmáticos. Ninguna de sus hijas los había heredado. Ahora le transmitieron un brillo de maldad, de puro egoísmo—. Viajaban mucho, siempre solos, sin nosotras, le estorbábamos. A nosotras, nos dejaban en esta casa, solas, a cargo de las muchachas. Aunque ninguna duraba mucho, mi madre las echaba con cualquier excusa, sobre todo si eran jóvenes o veía que nos hablaban demasiado. Porque, además, era una celosa compulsiva y le daban como arrebatos de un día para otro. —Su tía estaba haciendo su particular ajuste de cuentas con su madre, y únicamente él podía ser testigo del sacrilegio—. A pesar de todo, nosotras la adorábamos, siempre tan elegante, tan perfecta. Con ese amor tan total por nuestro padre. Pero la gente aquí en Ramil no la quería, era una extraña en el valle. Se mostraba siempre distante y eso no gusta aquí, ya sabes, lo sienten como un desprecio. —Su tía era, desde luego, todo lo contrario. Afable, cercana, aunque retorcida, claro, como buena lugareña—. El abuelo y ella se habían conocido en el vagón restaurante del tren a Madrid cuando la travesía duraba un día entero. Alguien los presentó y ella no paró hasta enamorarlo. Le encantaba contarle. Había sido el gran éxito de su vida, el único. El resto ya le daba igual. Para eso la habían educado. Aquí no se relacionaba con nadie, no tenía amigas, nunca hizo el menor esfuerzo por tenerlas. Cuando se murió, la gente solo vino a la misa por tu abuelo. A él sí que le quería todo el mundo. —La abuela, la misteriosa mujer de la fotografía que su madre tenía en la mesilla de noche, junto a sus novelas. Su madre siempre le había hablado de ella con fascinación, como si se tratara de una artista de cine. De creer a su tía, en realidad, había sido una mala madre, una madre sin amor de madre—. De pequeña, tu madre era muy tímida. Quién lo hubiera dicho, ¿verdad? Pero estaba obsesionada con mamá. Recuerdo cómo la espiaba mientras se arreglaba, cómo imitaba sus gestos o se ponía sus zapatos. Cogía un lápiz entre los dedos y se ponía a fumar como ella delante del espejo. Cuando mamá enfermó de cáncer y se pasó un año en cama, Beatriz

no salía de su cuarto. Se escondía detrás de una butaca para que ella no la viera y la echara. Solo quería mirarla. El día después de su muerte, me acuerdo que se encerró en su cuarto y hubo casi que tirar la puerta para sacarla. Se la encontraron debajo de la cama, lívida. Tuvieron que darle una bofetada para que reaccionara. —Su madre, la pobre, qué sola debió de sentirse aquí, cuánto tuvo que sufrir. Una soñadora—. Luego, cambió de la noche a la mañana. Las monjas del colegio dijeron al abuelo que no podían con ella, tenía ataques de furia, pegaba a las otras niñas. Había padres que se habían quejado. A mí, que hasta entonces era su mejor amiga, me cogió manía, huía de mí, como si yo quisiese vigilarla por orden de papá. Nos volvimos dos extrañas viviendo en la misma casa. Cada una encerrada en su cuarto. Con el abuelo, como sabes, tenía una relación complicada. Lo mismo lo abrazaba como una loca nada más verlo que buscaba provocarlo como si estuviera resentida con él porque fuera culpable de la enfermedad de nuestra madre. En cambio, a él se le caía la baba con ella y le consentía todo lo que a mí se me había negado.

Recordó. La llegada a Ramil en vacaciones era siempre un número. Notaba su agitación durante todo el trayecto, primero en el tren y después en el autocar. El abuelo nos esperaba en la plaza. Su madre, nada más verlo, se levantaba del asiento. En cuanto se abría la puerta, ella salía la primera, corriendo, a abrazarlo, a zarandearlo, como si fuera su novio. Él se quedaba en segundo plano observando la escena lleno de vergüenza. Aquella alegría duraba pocos días. Luego venían los reproches, y, finalmente, los silencios, hasta que tomaban de nuevo el autocar hasta Arealonga y luego el tren de regreso a Madrid.

—Libros, discos, fiestas en otros pueblos y en casas de amigos, irse a estudiar a la universidad en Madrid, lo que quisiera. Y, sin embargo, nada terminaba de hacerla feliz. Seguían sus ataques de furia inesperados. Le

habíamos cogido miedo y nos asustaban sus regresos. Hasta que, terminando la carrera, conoció a tu padre y pareció calmarse. Estaba loca por él. Por fin, respirábamos. Cuando vino a presentárnoslo, nos encantó. Siempre imaginamos que nos traería a un rojo, barbudo y desarrapado, y tu padre era un señor con muy buena pinta, ingeniero. —Su padre, una adaptación de su abuelo, pero pasada por la calle Goya. ¿Qué habría sido de él? A lo mejor había rehecho su vida, tenía otra familia, otros hijos tan pijos como él. Los ligues de noche de su madre también habían sido del mismo estilo, caballeros de buena pinta caídos como ella en el abismo. Con alguno de ellos había tropezado en el portal. A ella le encantaba hacerlos esperar, aumentar la tensión.

Su tía proseguía contándole la triste historia de Beatriz.

—Quedamos tranquilos, aquello era como un milagro, la fiera se había calmado y encima se había convertido en una mujercita enamorada. Se casaron aquí, en la iglesia. Naciste tú. Estaba tan feliz... Pero los viajes de trabajo de tu padre volvieron a trastornarla, se había obsesionado con él, igual que nuestra madre. Pero ella de la peor de las formas. Lo acosaba, le montaba numeritos de celos en sitios públicos. A mí me llamaba al día siguiente para contármelo entre lágrimas, arrepentida. Yo ya veía que aquello iba a terminar mal. Y claro, llegó un momento en el que él ya no pudo más. Regresaba a casa y se la encontraba bebida. El abuelo, entonces, por medio de un primo suyo, consiguió un psiquiatra y tu madre empezó a visitarlo, pero no funcionaba, tu madre no quería someterse a ninguna terapia. La internaron en una clínica de reposo y salió de allí como si hubiera estado en un crucero, al poco tiempo volvía a la carga. Decía que eran solo nervios. Que lo que necesitaba era que tu padre cambiase de trabajo e irse los dos de vacaciones para solucionarlo. Contigo era todo amor, eso sí, tú lo sabes, siempre estuvo pendiente de ti.

Aunque de la historia de sus padres tuviera vagos recuerdos y sensaciones,

una historia que le llegaba desde detrás de la puerta de su cuarto, le resultaba raro oírlo en otra persona, parecía el argumento de una película muy antigua y de la que ya conocía el final. ¿Por qué narices le estaba contando todo eso ahora?

—Que otra se cruzase por el camino de tu padre fue solo cuestión de tiempo. A mí nunca me cayó mal, con nosotros fue siempre muy correcto. Llamó al abuelo para contárselo él mismo. Fíjate, lo único que le reprocho ahora es que no te llevara con él. Hubiera sido lo mejor para todos. Pero, a pesar de que los informes médicos explicaban claramente cómo se encontraba tu madre, ante sus ruegos de que te necesitaba con ella, el abuelo consiguió el mejor abogado. Beatriz despertó por unos meses de su caos y luchó por ti, y al final el juez le dio a ella la custodia. Aquella decisión fue un desastre, solo tenías diez años.

A partir de ahí, conocía la historia a la perfección. Era su propia historia.

—Yo, al principio, quise irme a vivir con vosotros a Madrid. Lo intenté, pero aquello fue imposible, tu madre me echó de vuestra casa al cabo de una semana. El abuelo quiso entonces traerte aquí a Ramil y ella también se negó. Volvió a recaer, la internaron por primera vez en aquel sanatorio, ya para personas con problemas de salud mental. Y tú tragándotelo todo, como si fuera tu obligación de hijo. Fuimos unos cobardes. Ahora me doy cuenta. Era otra época, no sé, las decisiones se tomaban sin tener en cuenta a los niños. Tienes que perdonarnos, Luis. —Su voz se apagó un momento por la emoción.

Él no quiso mirarla para que no le afectase. Continuó dando tragos a su copa.

—Todavía queda algo de dinero de las últimas ventas. Luis, podrías irte a vivir donde quisieras: Londres, Berlín, Nueva York. Creo que te duraría por lo menos para un año. No tendrías que hacer nada, ni pensar en nada. Solo intentar disfrutar de la vida y conocerte, saber lo que de verdad quieres para

ti. ¿Para qué continuar con esta agonía de vida, todo el día estudiando cuando no se sabe si va a haber más oposiciones con esta crisis que no acaba nunca? Si quieres, mañana bajamos a Arealonga y empezamos a mirar billetes de avión. ¿Te parece?

La temblorosa sonrisa que esbozó su tía fue la gota que hizo rebosar el vaso de su paciencia. Giró el rostro y la miró fijamente a los ojos.

—¿De dónde sacas esta mierda de discurso tan bien elaborado? Esa no eres tú. Ha sido Carmen, ¿verdad? ¿Es ella la que te ha ayudado a darte cuenta del drama de mi vida? Tantas sesiones de fisioterapia dan para mucho, por supuesto. Te ha estado psicoanalizando y tú sin darte cuenta. Por eso salías llorando de las sesiones. Debía de habérmelo imaginado, menuda manipuladora. —Se llenó otra vez la copa. Aquello era otro juego de la verdad, como el de Pablo, y jugaría hasta que no quedara más whisky en la frasca.

Adoptó un tono sarcástico.

—¿Le confesaste a Carmen también cuál era la verdadera razón por la que dejaste de venir a Madrid? Me parece alucinante que te atrevas a insinuar que mi madre te odiaba. Eso es una mentira. Lo único que mamá no soportaba era tu provincianismo y tus tonterías de señorita de pueblo. Tú no lo sabes, pero a mamá la llamaba a veces Angelita. Sí, no pongas esa cara. Tu amiga Angelita, que sois todas unas cotillas. Imagino que lo haría por una mezcla de pena y de morbo, le encantaba comentar tus andanzas a mi madre. Hablaban medio en clave para que yo no me enterase, pero ahora lo entiendo todo. La misma Angelita me lo dio a entender aquí el día de la comida. Tú siempre estuviste enamorada de Antonio, desde antes de la época que estuvo detrás de mi madre. Y cuando mi madre se fue a Madrid y te dejó el campo libre, te liaste con él. La señorita del pueblo, qué vergüenza, sin que se enterase el abuelo, claro, a escondidas. Mi madre, por lo menos, lo hizo abiertamente. Todo para

que luego te dejase tirada y se largase a Alemania. Y al regresar, treinta años después, os hicisteis amigos de nuevo, como si tal cosa, a pesar de que él tuviera mujer y dos hijos. Debisteis de ser la comidilla de todo el valle, lo pasarían bomba con vosotros. Luego, claro, al quedarse viudo, vuestra amistad se hizo más entrañable, ¿a que sí? Por eso dejaste de venir a Madrid, porque aquí te lo pasabas muy bien. Luego, cuando ella murió, el abuelo ya no estaba aquí para incordiar y ahora eres el ama y señora de lo que nos queda. —Bebió un trago largo y lo paladeó en la boca un instante. El whisky ya se aposentaba plácidamente en su estómago—. Este último año, habéis recorrido juntos las fincas tonteando, jugando a negociar un precio, y al final, como una idiota, has malvendido muchas de ellas. De lo único de lo que estoy seguro es de que no te has acostado con él. Y no por falta de ganas, sino por ñoña y clasista. Ahora debes de estar muy arrepentida. —Luis se rio sin ganas, solo para molestarla.

La vieja dama se agachó para acariciar a la perra y retomar fuerzas.

—Qué simple eres, hijo. Cómo se nota que no sabes nada de la vida todavía. Antonio es la persona más importante que ha pasado por mi vida. Es verdad que las sesiones de fisioterapia con Carmen se transformaron en otra cosa. Por una vez en mi vida, alguien me escuchaba. Me desahogaba con ella. No me importó, se lo conté todo, mi mente se abrió como un libro cuyas páginas costase despegar. Pero, con sus preguntas, me ayudó a entender el comportamiento de mi madre y de mi padre, sus propios problemas y cómo me afectaron. También la relación que tuve con tu madre, y contigo. Aunque salía dolida de su consulta, porque removía todo mi pasado, al final me aliviaba. Un rompecabezas en el que nunca había querido entrar y que, de repente, cobraba sentido. Las piezas empezaban a encajar. Nuestra mente intenta esconder los traumas del pasado para que podamos seguir viviendo. Pero basta que hurgues un poco y empiezan a salir. Sí, Carmen fue la que me animó a hablar con Antonio de lo que había pasado entre nosotros hace tantos años. Había algo

que le había ocultado desde entonces y que me remordía la conciencia. —Los ojos de su tía brillaban acuosos, pero hablaba con total serenidad, paz. En contraste, él nadaba en su propia confusión mental—. Al mes de haberse ido a Alemania, me di cuenta de que estaba embarazada. Fueron las semanas más felices de mi vida. Hice planes para irme yo también a Alemania. Quería dar a Antonio una sorpresa. —Hizo una pausa. Se produjo un silencio desolador. Luis ya no entendía, todo eran mentiras a su alrededor—. Pero cuando faltaban pocos días para mi viaje, comencé a sangrar. Lo perdí. Nadie supo nada, me lo tragué todo yo solita. Todo mi dolor, toda mi amargura, los escondí. Y pagué por ello, me cambió el carácter, me agrié. Era una pena que arrastraba por mucho que la tuviera muy bien escondida. No tenía que haberlo hecho. Y el no poder hablar de ello con Antonio cuando él regresó era una tortura diaria. La única forma de superarlo era enfrentarme con la verdad. Carmen me ayudó a prepararme para poder hacerlo. Por eso discutimos aquella noche, lo vio como una venganza y se marchó de aquí muy enfadado, el pobre.

Luis se había quedado atónito con lo que acababa de escuchar. El personaje de Antonio, ahora más poderoso, le resultó aún más odioso.

—Luego, él recapacitó y vino a pedirme disculpas. Es un hombre cabal, bueno, no podía haber sido de otra forma. El pasado no se puede cambiar, pero hay que afrontarlo para que no nos coma, porque lo llevamos dentro, vayamos donde vayamos. Antonio y yo ahora somos dos personas solas, ya mayores, a las que no nos queda más remedio que vivir en este pueblo. Somos amigos, nos tenemos un cariño inmenso, y así será siempre hasta que nos muramos, aquí. Aunque te moleste, que te crees que no me doy cuenta de cómo te comportas con él. Nos ha ayudado mucho, no me canso de repetírtelo. Por favor, no seas ridículo.

Su tía, liberada de su carga, entró en el único tema que le interesaba a él.

—Y sí, hablé de ti con Carmen. Ella es una mujer muy sabia. Me ha hecho

ver el callejón sin salida en que estás metido. Toda esa droga que te fumas cuando yo no te veo te calma mucho la ansiedad, pero ataca tu memoria. Te desorganiza la cabeza, me lo ha dicho Carmen, que sabe mucho de todo esto. Seguro que por eso no has podido aprobar las oposiciones en todos estos años. Te quedabas en blanco delante del tribunal, que luego me lo contaba tu madre. Era un imposible, claro. Pero, al mismo tiempo, no podías dejarlas, las necesitabas para huir de la enfermedad de tu madre. Eso es todo, Luis, nuestras mentes son así de sencillas, para lo bueno y para lo malo.

El whisky le estaba haciendo un agujero en las tripas. Aquello era un complot. Carmen le había lavado el cerebro a su tía. Si no había aprobado antes había sido porque no se sabía bien los temas y se ponía muy nervioso. Los porros le habían ayudado a no caer en la senda de su madre, le relajaban, le hacían ver que todo era pasajero, el futuro era lo único seguro en su vida y debía de aferrarse a él. Ser juez era su sueño, no una escapatoria.

—Que Dios me perdone el decirlo porque sé lo mucho que te duele, pero solo cuando mi pobre hermana ha muerto, has empezado a desatascarte, a tener menos ansiedad y a sentirte mejor. ¿No te das cuenta? Solo así has podido pasar el primer examen. —Su tía se inclinó y extendió la mano para acariciarlo.

Él se echó hacia atrás para que no lo tocara.

—Déjalo todo y enfréntate a la vida, a lo que de verdad quieras, que todavía no lo sabes. No hagas como yo, tragarte tu dolor y encerrarte en una casa, o meterte en un trabajo que no te va a hacer feliz. Piénsalo, todavía eres joven, tienes toda la vida por delante. Vamos, reconócelo, eres inteligente, pero como juez serías un desastre. En este país, un inocente como tú, con tantos ideales, no puede ser juez. Se te comerán. Además, Luis, tú lo que en verdad quieres es someter el mundo a un juicio y condenarlo, por todo lo que te ha hecho sufrir, y eso es imposible. Hijo, hazme caso. Piénsalo, por favor.

Luis consiguió encontrar las fuerzas suficientes para levantarse del sofá.

—Hice lo que tenía que hacer y lo volvería a hacer. Mi madre estaba enferma y me quedé con ella hasta el final. El amor consiste en eso, en entregarse hasta el final, no en dar consejos de mujer amargada. Yo no tengo que arrepentirme de nada como tú. Y estoy muy feliz por haberlo hecho. Lo volvería a hacer aunque supiera que iba a suspender las oposiciones por ello.
—Cogió la frasca y la copa y salió al jardín.

El silencio lo reconfortó. Rellenó de nuevo la copa hasta vaciar la frasca y se la bebió de un trago. Hervía su interior. Contempló el cristal vacío a la luz de la luna. Destellos metálicos, blancos, ceniza. Las luces de Merlachoca se fueron apagando. El trasatlántico partía en la oscuridad, dejándolo solo. Su tía se iría a acostar muy tranquila después de su hazaña. En un arrebato de dolor, lanzó contra el muro del jardín la copa y la frasca, una tras otra. Al estallar sobre la piedra, su hiriente sonido le hizo recordar unas palabras que, sin que hubiera una razón concreta, a su madre le gustaba proclamar en alto por casa justo cuando pasaba por delante de la puerta de su cuarto: «¡Qué asco de vida!». Para que la oyese bien, como si él fuera el culpable de su desgracia. En ese instante, odiaba también a su madre con toda su alma. Puede que su tía tuviera razón en lo que le había dicho, pero ya era demasiado tarde.

Luis sacó la bolsa de tabaco del bolsillo y cogió de dentro el paquetito que contenía la hierba. La puso toda en un montón sobre el suelo. Sacó entonces el mechero, lo encendió y prendió fuego a la pequeña pira. Al momento, comenzó a arder. Aspiró su humo de aroma agridulce hasta calmarse. Ese era el último sacrificio que haría en su vida, no había vuelta atrás.

QUINTA PARTE

Al despertar, agradeció la presencia del sol entrando por la ventana. Era el primer día del resto de su vida.

Saliendo de su cuarto, volvió a sorprenderse del silencio que se había adueñado de la casa desde la noche anterior. No se oía ni el sordo deambular de la perra por el pasillo. Su tía seguía durmiendo. Doña Perfecta tampoco se libraba de tomar pastillas para sus largas noches de angustia. No se escapaba nadie. Irrumpió en la cocina con sigilo. Solo el tímido revoloteo de las cortinas daba muestras de vida. Merlachoca aún se hallaba atrapada por el sueño. Sagrario había salido, pero había dejado hecho el café y unas tostadas ya frías. Desayunó mirando al jardín, su incesante vida. Como la naturaleza, él también estaba predestinado a continuar su rutina. Ese era su único plan de emergencia, su único plan. Pero no podía seguir allí, en Ramil. Ya no. Si se quedaba fracasaría. No podía arriesgarse. Ese fin de semana haría la maleta y regresaría a Madrid. El lunes próximo estaría de nuevo en las cavernas de la biblioteca del Ateneo, sumergido en su paz, devorando el temario junto a sus hermanos vampiros. Olvidaría, para siempre. Le invadió otra vez la congoja. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Empujó la vieja puerta de roble claveteado de la ermita.

—¡Laura! ¿Estás ahí? —No hubo respuesta, el silencio le perseguía. Cruzó la nave y ascendió por los andamios hasta la estructura que protegía la bóveda. No se encontraba allí. Aunque sí se hallaban sus cosas: los pinceles preparados, limpios, el disolvente en la cubeta, los brillantes pigmentos de

colores primarios listos para la mezcla. Se sentó un momento en una banqueta para observar los avances de la restauración.

El mural del infierno había recuperado el fulgor de sus tinieblas. Una multitud de condenados, resignados, se precipitaba en una gran hoguera en la que ya ardían reyes y obispos.

Quería ser juez y lo conseguiría. Le faltaba poco. Su deseo no era vengarse como había dicho su tía, sino hacer justicia, justicia para todos. Poner fin a tanta degradación. El sistema estaba condenado y la crisis mantenía al país en un permanente estado de emergencia. Pero tampoco era un ingenuo como debía de suponer Javier, el filósofo. Su atracción por la idea de la revolución y por las manifestaciones de los llamados indignados, en el fondo, no era más que un soplo de aire fresco para poder seguir soportando la podredumbre. La gran marmita del capitalismo no estallaría por la presión popular. El propio sistema había creado mecanismos internos que lo impedían como la mezquina adicción al consumismo. Pero también estaba ese creciente sentimiento de desamparo colectivo y la angustiada sensación de que no había alternativas, fórmulas mágicas. El problema era otro, tenía que ver con el alma, la colectiva y la de cada uno de ellos.

Los ojos de Dios lo miraban muy abiertos desde el centro de la bóveda. Siglos atrás, las gentes del valle también habrían buscado consuelo en su serenidad. Sin embargo, no había por qué resignarse. Él, y otros como él, desde dentro del monstruo, mostrarían las manipulaciones en los ingredientes que habían desvirtuado la fórmula original. Y el propio sistema, como un viejo pecador, por sí mismo, para no caer en el caos del infierno, se transformaría para eliminar aquella podredumbre y procurar el bienestar del hombre. El bienestar de todos, y no de unos cuantos, los de siempre y los advenedizos del momento. El resultado, como pretendían los viejos filósofos, sería, por fin, la

búsqueda de la felicidad universal. Su sueño de ser juez no era un refugio para evadirse de su madre, era su misión en la vida.

Al recoger la mochila del suelo para irse, se fijó en algo. Junto al mono de trabajo azul de Laura doblado sobre la lona, se hallaba la agenda de tapas rojas de Carmen. Muy probablemente, ella había estado en la ermita a primera hora de la mañana y se la había dejado olvidada. Su acoso a la restauradora no admitía ningún respiro. Luis se indignó, se había presentado allí para convencerla y llevársela a la clínica. Qué mujer, solo vivía para eso, para meterse en los problemas ajenos. Otra falsa salvadora, otra obsesiva. Pobre mundo si se lo dejaban en sus manos. No pudo resistirse, cogió la agenda y la abrió. Necesitaba conocer toda la verdad ahora que había decidido irse de Ramil. Enfrentarse a la realidad, fuera la que fuera. Y si nunca lo había querido era mejor saberlo para no tener jamás la tentación de mirar hacia atrás.

Intentó leer una página al azar. No pudo. No se entendía lo que estaba escrito, resultaba imposible. Miró otras páginas. Era igual. Decían que los médicos tenían una letra terrible, pero aquello lo superaba con creces. Palabras y letras irreconocibles, como piqueteadas, casi tachones. Para mayor confusión, no había ningún orden, las líneas se retorcían y mezclaban, invadiendo los márgenes. Se quedó perplejo, quizá fuera un código secreto para que nadie lo comprendiera. No, aquello era otra cosa. En ese desbarajuste de notas ilegibles había algo infantil, inmaduro, incluso salvaje, algo totalmente impropio de una profesional de la categoría de Carmen. En lugar de un diario personal o de un cuaderno para el seguimiento pormenorizado de sus pacientes parecían los pensamientos de una mente profundamente atormentada que se desahogase mediante la escritura hasta llegar a deformar y retorcer sus signos. Le entró un escalofrío. Cerró la agenda

de golpe. ¿A él qué le importaban ya las tribulaciones de una cuarentona desequilibrada?

Al descender por los andamios, no obstante, recuperó su imagen de cuerpo poderoso, el inmenso placer que aquella mujer le había dado. ¿Cómo habría convencido Carmen a Laura para que la acompañase? ¿La habría seducido? Las imaginó entonces juntas, abrazadas. La joven asexual penetrando a su amada con los dedos de forma compulsiva. Sintió al instante una erección que rechazó de inmediato. No. Apretó los dientes. La paranoia regresaba y esta vez no se dejaría arrastrar. Los porros eran punto final desde la noche anterior. Aprendería a comerse la ansiedad al precio que fuera. Nunca más, como la marea negra de hidrocarburo que un día asolará la cercana costa. Nada impediría su sueño. Cerró la puerta tras de sí y echó a correr como si lo persiguiera alguien.

Lo repitió bien alto, con total precisión. El principio *in dubio pro reo* era un principio general del derecho dirigido al juez que establecía que, cuando las pruebas presentadas en el juicio hubieran dejado alguna duda en su ánimo sobre la existencia de la culpabilidad del acusado, debía absolverlo. Ese principio envolvía un problema de conciencia sobre apreciación del conjunto de las pruebas presentadas, una decisión sobre su propia ética y sentido de la justicia. Y para mayor trascendencia, esa decisión del juez no podía ser revisada por ninguna otra instancia superior.

No lo había querido reconocer ante su tía. Este segundo examen de la oposición nada tenía que ver con el anterior, empezaba de cero. Los temas que entraban en el primero, los había estado macerando en su cerebro durante años, desde que había comenzado a estudiar judicaturas. Todo su esfuerzo se había concentrado en ese primer examen que tanto le había costado aprobar. Ahora, para el segundo, todos los temas le eran nuevos, le costaba memorizarlos mucho más.

Lo que también resultaba cierto, y que su tía había mencionado igualmente, era que si había suspendido en otras ocasiones, había sido por culpa de la ansiedad, una ansiedad que el día del examen encerraba su estómago en un puño provocándole hipos y náuseas desde por la mañana. Más tarde, ya en el palacio de Justicia, esperando la hora de presentarse al tribunal, la ansiedad se convertía en pánico. De repente, no se acordaba de nada y solo veía a su madre, tan guapa, tan arreglada, toda sonriente a su lado, repitiéndole: «Ya verás como esta vez sale todo bien, vas mejor preparado», mientras él se descomponía por dentro al recorrer juntos aquellos pasillos sin fin. Cuando, por fin, entraba en la sala, el pánico desembocaba en un vacío aterrador. El secretario del tribunal leía los títulos de los cinco temas correspondientes a las bolas que acababa de sacar y él los apuntaba en un papel sin que pudiera acordarse todavía de nada, como un autómata al que le hubiese fallado un circuito. En esos momentos, su cabeza era un campo yermo, solo desolación. Durante los angustiosos quince minutos de cortesía que le dejaban para hacerse los esquemas que le servirían de guion en su exposición oral, los nervios apenas permitían reaparecer fragmentos, definiciones incompletas, artículos a medias, algunas palabras clave pero inconexas. De improviso, un tsunami había arrasado todo lo que había venido construyendo en el último año. Y con aquellos restos, debía dar la cara y reconstruir al menos doce minutos de discurso coherente por cada tema. Como no podía haber sido de otra forma, aquella cruel campanilla estaba indefectiblemente condenada a sonar al poco de comenzar su exposición para interrumpir aquella farsa.

Solo recordarlo, le ponía fatal, le entraba taquicardia. Pero su madre, como había dicho la desgraciada de su tía, ya estaba descansando y le había liberado a él de su carga. Esta última vez, la de su victoria, el día D, sus ansiedades y pánicos habían desaparecido milagrosamente. Eran ya como si hubieran sido los síntomas de una enfermedad, por suerte, ahora superada. Se

había encontrado solo y había superado la prueba. A partir de ese momento, el problema era otro, uno nuevo, memorizar todos los temas del segundo examen partiendo de la nada. En definitiva, estudiar y estudiar. Y para ello, necesitaba paz, solo paz, lejos de las mujeres y sus retorcidos tentáculos.

Como un surtidor de gases subterráneos, un haz de humo blanco grisáceo surgía de la masa verde del monte opuesto. Luis continuó recitando el tema hasta el final mientras su atención permanecía fija en aquel punto del horizonte. Al terminarlo, intentó repasar el siguiente, pero le era imposible, el humo seguía allí, manando con fuerza. Nadie podía estar quemando rastrojos en aquella espesura. Era fuego, no cabía duda. Y el monte era una colosal pira de leña reseca por el fuerte calor de las últimas semanas. Estaba listo para arder. Alguien estaba quemando el monte.

Otra vez la pesadilla, la maldición de aquella tierra. Buscó su móvil y marcó el número de emergencias. Sonaron tres pitidos eternos hasta que le cogieron la llamada.

—¿Hola? Estoy viendo humo en el monte. A unos tres kilómetros de Ramil, por la carretera que va a Arealonga, del lado de Ventosa. —Sintió su propia voz agitada al hablar.

Le contestó una mujer inexpresiva.

—Muchas gracias, tomamos nota. —Y se cortó la comunicación sin saber muy bien si quien tomaba nota era una agente de policía o una teleoperadora a miles de kilómetros de distancia.

Nervioso, se puso de pie para otear mejor el paisaje. Ni una nube en el cielo, el mismo sol implacable. El criminal había esperado el momento más oportuno, el día más tórrido. Para su horror, descubrió dos nuevos surtidores de humo en puntos distantes. Bufidos de monstruos que se hallaran escondidos en lo más profundo del monte, monstruos escapados de las pinturas de la ermita.

Llamó otra vez a emergencias.

—He llamado antes, estoy en Ramil. Ahora estoy viendo tres focos de humo.

Una voz parecida, impersonal, sin ser la misma que la anterior, le contestó cordial:

—Muchas gracias. Tomamos nota. —Volvió a cortarse la comunicación.

Siguió vigilando los puntos de humo como si su mirada pudiera detenerlos o incluso extinguirlos. No se oía nada. Cuánto hubiera dado por escuchar el zumbido de alguno de aquellos helicópteros que rozaban los tejados de Madrid los días de manifestación. Jodido país, país de funcionarios, donde nadie mueve el culo hasta que la orden no viene desde arriba del todo. El miedo secular a sacar la cabeza. Un país de conejos.

Dejó pasar un tiempo prudencial. Los bufidos de los monstruos se hicieron más potentes, su aliento se extendía imparable. Podía distinguir ya las llamas entre las copas de los árboles. Cogió otra vez el móvil.

—¿Es que no van a mandar a nadie? ¡El fuego se está extendiendo!

Al otro lado no se inmutaron por su exabrupto.

—No se preocupe. La Guardia Civil ya está avisada y se están haciendo cargo del asunto. Muchas gracias por su llamada. —Y cortó de nuevo.

Luis se imaginó a la operadora de emergencias en la barra de una cafetería deseando cortar con él para continuar hablando con otra compañera sobre sus planes para el fin de semana. Le entró el pánico. No aparecería nadie hasta que estuviera ardiendo medio monte. Pero él no se quedaría allí mirando, como si tal cosa, el dantesco espectáculo de las llamas asolando aquella belleza. Metió sus apuntes en la mochila y corrió en dirección al pueblo.

Las fincas de cultivo se hallaban desiertas. A esas primeras horas de la tarde, una modorra complaciente amordazaba el valle. Una camioneta rodaba por la carretera en dirección contraria. Luis le hizo señas para que se

detuviera. El conductor le saludó con la mano, sonrió con gesto de disculpa y continuó a toda velocidad sin detenerse. País de indolentes.

Al entrar en Ramil, encontró las calles vacías, el empedrado sonaba hueco bajo sus pies. ¿Habrían sido todos víctimas del sopor en el peor momento? En la plaza, el bar de Pablo tenía también los cierres echados. Estaría durmiendo la siesta con su motero. Sin dudar un instante, se dirigió a la tienda de ultramarinos, que los vecinos llamaban «el corte inglés» por tener de todo y estar siempre abierta.

Asomó por la puerta.

—Buenos tardes. ¿Han visto que hay fuego en el monte?

Los dueños, un matrimonio entrado en años y en carnes, estaban atendiendo a dos mujeres.

—Bueno, hombre, ¿y por dónde? —Lo dijo casi por cumplir.

Él dio detalles de los lugares. El interés inicial del grupo pronto se disipó al comprobar que no amenazaba ninguna de sus propiedades.

—Pero se está extendiendo. —Advirtió en tono dramático.

Sus rostros no se alteraron, era inútil insistir. Las mujeres se fueron con sus compras y el matrimonio, con aire ausente, giró sus cabezas hacia la pantalla gigante de televisión que tenían colgada entre los productos de limpieza. No había nada que hacer. Salió y se apresuró hasta llegar a Merlachoca.

Sagrario pelaba patatas en la cocina, y su tía, sentada a su lado, hojeaba una revista del corazón con una taza de té en la mano.

—¡Hay fuego en el monte! —les gritó al entrar.

Su tía adoptó un tono de fatalidad.

—Estamos a principios de julio y ya empezaron los fuegos. Mira que llevábamos algunos años buenos. Otra vez lo mismo, qué desgracia. ¿Por dónde están? —Luis, de mala gana, explicó de nuevo dónde los había visto.

Ella tampoco mostró ninguna emoción especial. Era la misma actitud, solo

le interesaba saber si afectaba alguna de sus fincas.

—Por allí tenemos algo, pero poco. Quienes tenían mucho en Ventosa eran estos parientes de papá, los Señorans. No sé si te acuerdas de ellos. Una hija creo que todavía vive en Arealonga. No sé si Antonio llegó a comprarles también aquello. —Luis se indignó. Mucho hablar de la familia y de sus valores, pero ella en el fondo compartía la misma visión mercantilista de la naturaleza que el resto del pueblo.

—El monte es de todos, da igual quién sea el propietario. ¡Y se está quemando!

Las dos mujeres permanecieron en silencio. No iban a mover un dedo para salvar el monte. Pero él no iba a renunciar. Intentó controlar su exasperación.

—He llamado a emergencias y dicen que la Guardia Civil está avisada, pero no me fio nada. Si nadie hace nada el fuego se va a extender rápidamente, el monte está todo seco.

La señora del lugar se recompuso la bata.

—Ya sabes quién es la única persona que puede hacer algo: Antonio. Conoce al comandante. —Lo decía orgullosa—. Si tanto te preocupa, haz de tripas corazón y vete a hablar con él. A estas horas, suele estar en su casa, ya sabes dónde es.

La rabia de la noche anterior regresó en tromba a su conciencia.

—Es verdad, tía. Es mejor que vaya directamente a hablar con el mismo que los ha provocado. Él es el único que puede pararlos. Qué asco me dais todos.

Luis corrió a la calle. Se cruzó con otros vecinos. El mismo mirar indiferente y cerrado. Ni se molestó en pararse, todos eran iguales. A lo lejos, vio a Pablo conduciendo una moto a gran velocidad. Otro indolente, no había esperanza. Entonces vio a Javier que salía de un callejón y caminaba pegado del lado de la sombra.

—¡Javier! ¡Javier! —lo llamó, y corrió a su encuentro.

El hombre se detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Se ha proclamado la república? Lo que nos faltaba — comentó con sorna.

—No, hay fuego en el monte. Estoy intentando movilizar a la gente, pero a nadie le importa. —En ese instante se dio cuenta de que el filósofo no paraba de parpadear. Un hilo de saliva colgaba de sus labios. Aquel hombre no se encontraba bien—. ¿Qué tal vas?

—Es el calor. Me afecta mucho. Me he quedado sin Coca-Cola y voy a comprar más.

Luis lo observó mejor, Javier estaba temblando. Aquel hombre estaba enfermo, no le podía ayudar en nada.

—Bueno, yo tengo que ir a avisar a la Guardia Civil. Me voy corriendo. Cuidate y no dejes de beber líquidos, te hará bien. —No sabía muy bien qué decirle. No quiso aconsejarle que llamara a Carmen, la salvadora profesional.

Salió corriendo de nuevo hacia la entrada del pueblo. A su espalda oyó la voz de Javier muy alterado, gritando.

—¡Son ellos! ¡Están todos compinchados! ¡No vas a conseguir nada! ¡Arderá todo y nosotros dentro!

El portalón de entrada era de hierro. Un enigmático telefonillo automático vigilaba a los visitantes desde un recoveco del muro. El muy cabrón no escatimaba en gastos. Por supuesto que era el amo del valle. Se acercó y apretó al botón.

—¿Quién es? —El fuerte acento musical del habla local contrastaba con tanta modernidad.

—Soy Luis, el sobrino de doña Cristina. ¿Está don Antonio?

Pasaron unos minutos. Desde allí, volvió a escrutar el monte. El aire se

había enrarecido, olía ya a amenaza, el fuego estaría avanzando implacable por Ventosa. Oyó unos ladridos del otro lado y luego el ruido sordo de apertura del portalón. Se acordaba del jardín tan cuidado, con su pretenciosa fuente adornada por la exuberante sirena de piedra. Cómo olvidarlo, lo había contemplado encaramado a lo alto del muro el día en que había conocido a Laura. Pobre, ahora su amiga debía de estar ya en alguna de esas clínicas, drogada. Carmen estaría muy satisfecha por haberla salvado.

—¿Pasa algo? —Antonio, en mangas de camisa, salió a la escalinata de la casa. Un jugueteón cachorro de mastín apareció entre sus piernas, ladrando de felicidad.

—Hay fuego en el monte, del lado de Ventosa.

El nuevo cacique de Ramil puso los brazos en jarras.

—Sí, ya me dijeron. Es el calor. ¿Tenéis todavía algo por allí? Pasa adentro y tomamos algo.

El tiempo era precioso. No perdería ni un minuto de más allí. No se movió de donde estaba.

—¿Podrías llamar al comandante de la Guardia Civil? Llevo llamándolos desde por la mañana y aún no se ve a nadie.

Antonio se agachó para acariciar a su perro.

—Estas cosas tienen su ritmo. Hay unos protocolos que tienen que seguir. No te preocupes. Estarán ya preparándose para venir para acá y eso lleva tiempo. ¿Qué tal tu tía?

Luis no pudo contenerse más.

—Estás tú detrás, ¿verdad? No vas a hacer nada, lo suponía. ¿Qué ganas con quemar el monte? No lo entiendo, con todo el dineral que tienes. ¿Tu venganza contra nosotros no tiene límite?

Antonio se incorporó, los rasgos de su rostro se habían petrificado. Le costó un poco entender la lógica de la acusación de Luis.

—¿Venganza de qué? ¿Contra vosotros? Ah, ya sé de qué hablas. ¿Porque tu madre se fuera a Madrid y acabara casándose con tu padre? No digas tonterías. La única persona que comprendía a tu madre era yo, pero estaba enferma, siempre lo estuvo. —Se calló unos segundos. Bajó la mirada y el tono de su voz se quebró. Era un tema del que nunca había hablado—. Tú no sabes nada. El verano que regresé de Alemania nos vimos aquí. Salimos a pasear algunos días. Conversamos mucho. Fue como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros. Tu madre era un ser único, una mujer fuera de serie.

Era evidente. Había estado loco por su madre. Era él quien nunca la llegó a olvidar.

—Aunque vosotros ya no regresasteis, yo volví a verla en Madrid varias veces. También hablábamos mucho por teléfono. No me extraña que no sepas nada de esto, ella no quería contártelo. Estudiar tanto no debe de ser tan bueno. Anda, no metas más la pata. Vete para casa y cuida de tu tía, que estará preocupada.

Luis no quería oír aquello. Antonio agarró por el pescuezo al cachorro con intención de darse la vuelta y regresar a la casa.

—No he venido aquí a hablar de mi madre contigo. A ella no le importabas una mierda, por eso nunca me habló de ti. Si hablaba contigo era porque estaría aburrida.

El cachorro se puso otra vez a ladrar. La mirada de Antonio ahora hervía de furia. Soltó al perro.

—Escúchame bien, que parece que naciste ayer. Tu padre os abandonó, a tu madre y a ti. Yo nunca lo habría hecho, nunca. ¿Me oyes? Porque yo amaba a tu madre. Yo la habría cuidado como necesitaba, y ahora ella no estaría muerta porque no habría sido una desgraciada. —Por un instante no pudo continuar. Su voz brotó entonces de un lugar más profundo. El tono se hizo cálido, sus ojos se humedecieron—. Seguro que fue ella misma la que se tiró en aquella

zanja. Ya no quería vivir, no dejaba de repetírmelo cada vez que hablábamos. Si no lo hizo antes, fue solo por ti, decía que nunca te las arreglarías solo porque eras un inmaduro. Y ahora, viéndote, pienso que tenía toda la razón. Lo peor no es que no des un palo al agua, sino que te crees con derecho a decir lo que te pase por la cabeza sin respetar a nadie, ni siquiera a tu propia madre. ¿Cuántos porros te fumaste hoy, chaval?

Aquel tipo era peor de lo que había imaginado. Si su pobre tía lo hubiera escuchado... Menuda amistad. Y encima lo mezclaba a él con esa muerte absurda. Había sido un accidente, lo dijo la policía. Su madre arrastraba una depresión por lo de su padre, pero estaba llena de vida. Además, nunca lo hubiese abandonado.

Luis estalló.

—¡Deja en paz a mi madre! Aquel verano fuiste tú el que quemó el valle. Lo sabían todos, hasta mi abuelo, pero nadie dijo nada. Esa fue tu venganza, la venganza del pueblo contra nuestra familia. Luego empezaste a quedarte con todas las fincas y a controlar el valle. Pero a mí me da igual todo eso, el mundo está cambiando muy deprisa. Aquí no os enteráis de nada. ¿A quién coño le importa quién sea el dueño de la tierra? Si he venido hasta aquí para verte es porque estás dejando que el valle se destruya. Y este valle es de todos, no solo de los que vivís aquí. No os dais cuenta de que si no conserváis esta belleza, no podréis salvar vuestro futuro. Sois unos animales.

El ladrido del cachorro se tornó amenazante. Antonio lo agarró de nuevo.

—No sabía que fueras tan estúpido. No tienes ni idea de quién de verdad maneja todo esto. Los fuegos de antes no tienen nada que ver con los de ahora. Déjate de estúpidas venganzas feudales, no seas cretino. Eres tú el que no conoces el mundo en el que vives. ¿Y tú quieres ser juez? No me hagas reír. Yo no soy nadie. Ahora, nadie es nadie. Todo esto se decide a otro nivel. Por eso no voy a llamar al comandante, ya vendrá cuando lo estime oportuno. Y tú

piensa por un momento en todos los que ganan cuando se quema el monte, para ellos solo es madera.

Luis no quiso perder más tiempo.

—No me interesa vuestra basura de mafiosos de pueblo. Ojalá el fuego respetara los árboles y se os llevara a todos por delante. —Se dio la vuelta para irse.

A su espalda oyó la última puñalada.

—Me parece muy bien, dedícate a estudiar. Y aprende a ser un hombre, que no consiste solo en metérsela a la cachonda del pueblo. Deja ya de martirizar a tu tía, que no tiene ninguna culpa de tus memeces.

Tuvo ganas de volverse y de lanzarse sobre él para partirle la cara.

—Eres un hijo de puta —acertó a decir entre dientes. El sonido de apertura del portalón anuló lo demás. Su desesperación era mucho mayor, no merecía la pena. Salió con paso decidido sin mirar atrás.

Caminaba a toda prisa por la carretera. Pues hablaría él mismo con el comandante, le daba igual. Le iba a oír todo lo que tenía que decirle. No era un idiota, Antonio había metido a todos en el pastel para que los engranajes pudieran funcionar sin problemas. El país se hundía, pero las ratas, siempre hambrientas, morderían el queso hasta el último momento. El olor a quemado era ahora aún más penetrante. A lo lejos, más allá de las huertas, sobre las espesas faldas del monte, el aliento del monstruo se extendía. El ardiente humo envolvía los árboles como para adormecerlos antes de devorarlos entre sus fauces de fuego. El azul del cielo asistía impasible al sacrificio. El sol reinaba, absoluto.

Luis sudaba, tenía la espalda empapada. Para ir más rápido, corría un trecho hasta agotarse, y luego se ponía a andar otro trecho hasta estar recuperado y poder volver a correr. Que él había visto a su madre en Madrid. Que la llamaba por teléfono y hablaban, incluso que hablaban de él, de su inutilidad ante la vida. Que se había tirado ella misma en aquel socavón. ¡Pero si estaba borracha! ¡Se lo insinuaron los médicos! Que quería morirse, y que no lo había hecho antes por él, porque ella le había dicho que él, su hijo, todavía la necesitaba. Todo aquello podía ser cierto menos eso último. Él no era culpable de nada, ni de la vida de su madre, ni de su muerte. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y si era verdad, porque así se lo había dicho ella misma a Antonio, era sencillamente una mentira. Una de esas mentiras que su madre urdía con sorprendente habilidad para justificar su cobardía en esos momentos que le daban de exaltación de su desgraciada vida de niña rica de provincias.

Si quería suicidarse, ¿por qué no lo había hecho cuando su padre los abandonó? El resultado habría sido el mismo para ella, y él se habría liberado antes de su carga, como había reconocido su tía. Ella había sido una egoísta hasta en eso. No la necesitaba. Tampoco a ella la necesitaba ya.

Desde pequeño se había dado cuenta de que, de su madre, cuando estaba en plena crisis, no podía esperar más que mentiras. Mentiras que luego él, como un estúpido, repetía a su tía por teléfono, y a los vecinos en el portal, para justificar sus ausencias o sus torpezas. También repetía esas elaboradas mentiras a esos amantes ocasionales, tan alcohólicos como ella, que la habrían conocido en algún bar a media tarde, y que se habían quedado prendados de su melancólica belleza de princesa de la insatisfacción. Había habido épocas en que durante varios días no habían estado para nadie. El teléfono, como un ahorcado, se balanceaba descolgado en la cocina. Ella no salía de su cuarto. Él se pasaba el día en la biblioteca. Por las noches, al llegar a casa se tragaba lo que echaran por la santa televisión, confiando en que ella no se despertara para ponerle la cabeza como un bombo. A menos que estuviera de suerte y la casada de turno aceptase una cita de última hora en algún hotel para un polvo rápido que calmara su ansiedad. Porque su madre, en su profundo desequilibrio, lo había convertido a él, más que en su cómplice, en parte de ella misma, igual que si fuera su tercer pie o su tercera mano. ¿Necesitarla él? Nunca, todo lo contrario. Cuánto habría dado en ese momento por poder echarse al borde de la carretera bajo un árbol y fumarse un porro para olvidarse de todo. Disfrutaría del incendio contemplando cómo ponía fin a toda posibilidad de recuerdo. Pero la noche anterior había quemado toda la hierba que había traído de Madrid. Había quemado sus naves. Otra estupidez más, los porros le daban la vida, joder.

Del esfuerzo, cada vez le costaba más respirar. No se veía a nadie por la carretera. Los paisanos de valle de Olas, al igual que en la antigua Pompeya,

preferían ignorar la amenaza. Continuar con la inercia de labrar sus mezquinas huertas o adormilarse en sus butacas bajo la envoltura del cobarde frescor de sus casas de piedra. El corazón le golpeaba en el pecho para que no abandonase. Aunque, más que andar, se estaba arrastrando, apenas podía levantar los pies del suelo. El fuego avanzaba inexorable como si tuviese motivos incuestionables para hacerlo. Su cerebro seguía activo. Quienesquiera que fuesen los autores, entre los que no descartaba la complicidad necesaria de Antonio, formarían un equipo altamente eficaz para semejante empresa: botellas rellenas de trapos convenientemente mojados en gasolina, morbosos mensajeros de la muerte galopando sobre veloces motos recorriendo el monte, varios focos simultáneos en distintos puntos para desconcertar y asegurar el resultado. Y la naturaleza reseca, inmóvil, muda, descubriendo su blanco cuello a los asesinos. Los senderos intrincados, las trochas en la espesura, los intermitentes caminos entre pinos y eucaliptos, entre gigantes, también desaparecerían. Sus huellas se mezclarían con la ceniza. Era mejor huir, no regresar. En su mochila repleta de apuntes tenía lo único que le podía importar, un sueño. Que el valle entero se suicidase, sí, como su madre había hecho, para que él también pudiera liberarse de aquella otra carga. Solo cuando soltase hasta el último lastre, podría ascender.

Lo oyó de golpe sacándolo bruscamente de su trance. Venía detrás de él, a gran velocidad. Luis, sin pensarlo, se lanzó en medio de la carretera con los brazos en alto, gritando. El vehículo paró en seco y él corrió a su encuentro llevado por un milagroso impulso de esperanza. En los breves segundos que tardó en alcanzarlo, se dio cuenta de que se trataba de Miguel, el amigo de Carmen. Una vez más, hablaba nervioso por el manos libres.

Al reconocer a Luis, cortó la conversación y bajó la ventanilla.

—Hola. ¿Sabes dónde está Carmen? Desde esta mañana no me coge el teléfono.

Al oír mencionar su nombre, se puso en guardia. Encima se lo estaba preguntando a él.

—Ni idea. Pero ¿no estás viendo que se está quemando el monte?

El médico pareció bajar de una nube. Incluyó un poco la cabeza para poder ver mejor a través del parabrisas.

Él se agarró a la puerta del todoterreno. No lo dejaría escapar.

—Por favor, me tienes que llevar enseguida a Arealonga, a la Guardia Civil. No sé qué pasa. Aquí no aparece nadie. Si no vienen pronto, va a terminar ardiendo todo el valle con la gente dentro.

Miguel, por fin, aterrizó.

—Sí, sube. Voy para allá yo también.

La tortura no cesaba. Ahora le tocaba aguantar al único hombre que Carmen admitía a su lado.

—Si no te importa, me voy a hacer un cigarrillo. Lo necesito. No te preocupes, es solo tabaco.

Se miraron un momento, todavía con cierta desconfianza.

—Fuma si quieres. No pasa nada.

Luis abrió la mochila y rebuscó entre los apuntes hasta encontrar la bolsita. Sus manos le temblaban.

—Sé que estás liado con Carmen. Que sepas que me da igual. Lo mío con ella ha sido un mal rollo para los dos. Es mejor que se haya acabado. —No conseguía controlar lo que estaba haciendo, los dedos le fallaban. Había puesto demasiado tabaco sobre el papelillo y se le cayó por los lados.

Sus palabras no produjeron ningún efecto, el médico tenía puesta toda su atención en conducir a la mayor velocidad posible.

Él prosiguió. No podía contenerse. Necesitaba soltarlo todo aunque fuera a Miguel, su amigo íntimo, la persona menos indicada.

—Carmen no te coge el teléfono porque está con Laura. Ayer por la noche

me la encontré por la calle. Me dijo que estaba muy preocupada por ella, que era mejor internarla en una clínica. Esta mañana me he pasado por la ermita y Laura no estaba trabajando. Vi que Carmen había estado por allí, se había dejado la agenda. Así que imagino que la convencería y ahora estarán las dos ya lejos de aquí. —Hizo una pausa para llenar bien sus pulmones de humo. El mismo humo que habría inhalado si estuviera arriba en el monte, entre las llamas—. Aunque Carmen no lo tenía fácil para convencerla. Últimamente, Laura no la puede ni ver. Dice que no la soporta. Claro que no me extraña, la estaba agobiando porque no quería tomarse las pastillas. La verdad es que desde que las ha dejado de tomar yo la veo mucho mejor, no tan ida, más ella misma. No entiendo por qué queréis internarla.

En ese momento, Miguel se giró y lo miró inquisitivo.

—Laura puede ser peligrosa para ella misma y para los demás.

Lo mismo que había dicho Carmen. Ambos estaban completamente obsesionados con la pobre Laura, no entendía nada.

—Bueno, tiene su genio, y a veces se le ve. Imagino que sabes que fue víctima de un acoso muy grave en su trabajo de la universidad. Tuvo una depresión muy fuerte por eso, me lo contó. No me extraña que a veces tenga ganas de pegar a alguien. Yo también las tengo y por menos.

Miguel cambió de marcha al entrar en una curva cerrada.

—No tienes ni idea de quién es Laura. Ella se llama en realidad Paula de Diego. ¿No te dice nada ese nombre?

Aquel nombre no le decía nada. Miguel insistió.

—¿No recuerdas el caso de la profesora becaria que acuchilló a cinco personas en la universidad, matando a tres de ellas?

Luis recibió un fognazo en el cerebro. Un crimen múltiple. Había ocurrido hacía unos años, él estaba entonces terminando la carrera de Derecho. Las noticias con consecuencias judiciales eran ya las únicas que le interesaban

como un estímulo para estudiar. Le vinieron a la mente imágenes a la puerta de los juzgados en las que se veía al novio de una de las víctimas, otra becaria que trabajaba con la asesina. Tras las sesiones del tribunal, solía hablar, muy afectado, ante las cámaras. Su rostro, marcado por el dolor y la rabia, había dado mucho juego a los necrófilos programas de televisión de por la tarde. El joven consideraba culpables de lo ocurrido tanto a la familia de Paula de Diego como a la propia universidad, que, por negligencia, había ocultado su enfermedad mental al resto del personal. Según él, el decano y la catedrática lo sabían desde hacía tiempo. Su novia y otras personas lo habían advertido y habían lanzado la voz de alarma, aquella chica no estaba bien, hacía cosas raras. Y ahora resultaba que era una enferma mental. Paula sufría de esquizofrenia paranoide. Luego, el novio, como si su sufrimiento no hubiera sido suficiente, había sido acusado por la madre de su novia de querer quedarse con la indemnización. Y otra vez los morbosos medios habían sacado jugo al asunto. Laura era Paula de Diego. Increíble. Miguel no podía estar bromeando.

—Entonces ¿Laura me mintió con la historia de su acoso en la universidad?
—Había sentido tanta pena por ella... Y era una asesina.

—Eso también es verdad. Laura fue seguramente víctima de un acoso laboral en la universidad en toda regla. De no ser así, quizá nunca hubiera tenido esa crisis. Lo más probable es que ahora estaría trabajando normalmente como una profesora más. El acoso continuado de la catedrática y de sus compañeros le provocó una crisis de angustia creciente, se sentía acorralada. Su mente, que tenía esa predisposición a la esquizofrenia, reaccionó provocándole un brote, delirios psicóticos, alucinaciones que realimentaron su angustia y esa sensación de acoso. Como ella misma comentó a los peritos judiciales que la entrevistaron, unas voces la habían incitado a

usar la violencia contra los que la estaban acosando. En su delirio, atacar a sus compañeros no era más que una cuestión de supervivencia, o ellos o ella.

Más recuerdos vinieron a su memoria. La reconstrucción de los hechos durante el juicio nunca entró en analizar las verdaderas causas de la crisis psicótica de la profesora becaria Paula de Diego, todo aquel acoso que ella había vivido antes. Al juez no le preocupó. La policía se limitó a describir cómo ella, el día anterior, había comprado en un comercio chino cercano un cuchillo de cocina de grandes dimensiones. La mañana siguiente, había aparecido en la reunión de departamento con el arma escondida entre la ropa. Primero, se había dirigido hacia su compañera becaria para apuñalarla. Después, había apuñalado a los que la rodeaban. Y, al escapar luego por los pasillos, también había atacado a los que la intentaron detener hasta que unos conserjes consiguieron reducirla.

El médico prosiguió con la descripción de la patología de Laura.

—Se calcula que un uno por ciento de la población tiene predisposición genética a sufrir trastornos psicóticos. En más de un noventa por ciento se trata de personas inofensivas, pasan sus vidas encerradas en su mundo de voces y alucinaciones sin hacer daño a nadie. Muchos de ellos aprenden a vivir con ellas sin tener problemas. Pero hay una pequeña minoría que sí pueden ser peligrosos, y a veces muy peligrosos, para ellos mismos y para quienes los rodean. Estos psicóticos no atacan indiscriminadamente en sus crisis. Atacan a quien, en su trastorno, consideran el culpable de su angustia. Suele ser la persona más próxima a ellos; pueden ser incluso las que más aman, como la madre, el padre o sus parejas. O personas con las que se puedan obsesionar aunque nunca hayan cruzado una palabra con ellas. Desarrollan hacia esas personas, el objeto de su obsesión, una relación de conflicto de muy difícil, por no decir imposible, resolución.

En ese instante, le vino a la cabeza la fotografía que Laura había puesto

hacía poco en la cocina de su casa. No la de la pantalla del ordenador, la otra. La fotografía de Fátima, la chica guapa de rasgos exóticos y dulce sonrisa. Ella había sido su compañera becaria. La que, al principio, tanto la había ayudado frente a la presión del entorno y que, según ella, luego la había traicionado. Fátima era la novia del chico que había visto salir por televisión durante el juicio. Se estremeció. Laura se había enamorado locamente de ella, aunque nunca lo hubiera admitido abiertamente porque no asumía su atracción por las mujeres. Pero Fátima se había convertido después en el peor de sus males. Por ambición o por mera supervivencia en el competitivo mundo de los profesores de universidad, su lugar de trabajo, ella había terminado uniéndose a los acosadores de Laura dirigidos por la catedrática. Y después, ella lo había magnificado todo en su paranoia, de amada había pasado a demonio. Fátima la espiaba, la acosaba, no la dejaba en paz, deseaba que lo hiciese todo mal porque realmente buscaba su hundimiento definitivo, eliminarla para siempre como rival.

De repente, Luis cayó en la cuenta.

—Pues creo que Laura está enamorada de Carmen, ¿lo sabías? —Sintió un escalofrío al decirlo.

Miguel no se alteró.

—Sí, claro, por eso quiero hablar con la Guardia Civil. Debo localizarlas cuanto antes y asegurarme de que todo está bien. Carmen es una profesional y conoce muy bien a Laura. Pero lo que me acabas de contar, que no se haya tomado las pastillas estos últimos días, me preocupa. Para colmo, ni el comandante ni su segundo me cogen el teléfono. Imagino que están muy ocupados con el incendio.

Llegaron al alto desde el que, después del recodo, descendía la carretera hacia la ría. Luis miró hacia atrás y contempló el valle de Olas con su horizonte de humo y llamas imparables. Deseaba con toda su alma que Carmen

y Laura se encontraran lejos de allí. Sin embargo, algo le decía en su interior que no era así. Y a nadie le importaba. Ni los de dentro parecían interesados en escapar ni los de fuera dispuestos a venir a luchar contra el fuego que los estaba destruyendo.

Al torcer la primera curva, una moto saltó de entre los árboles sobre el asfalto. Miguel tuvo que frenar y dar un volantazo para no chocar contra ella. El motorista, por unos segundos, quedó inmóvil en medio de la carretera, incapaz de reaccionar. Bajo el casco, iba embozado con un pañuelo palestino. Vestía todo de negro. Se fijó en sus ojos bajo la visera transparente, eran de un azul muy pálido. Aquellos ojos claros encendidos le resultaron muy familiares.

—¡Es Pablo! ¡Está quemando el monte!

Como si se hubiera sentido reconocido, el motorista reemprendió al momento la marcha a toda velocidad, internándose de nuevo en el monte por el otro lado de la carretera. Miguel, lívido, se ajustó las gafas.

—¿Estás seguro?

Luis no podía estar más seguro. La moto nueva regalada por Antonio, el bidón de gasolina atado al sillín, aquel amante que trabajaba en la fábrica de celulosa, su absoluta irresponsabilidad y quizá un absurdo deseo de vengarse del mundo.

—Sí. Es él.

El médico arrancó, pisando con fuerza el acelerador. El todoterreno recuperó enseguida la velocidad máxima. Luis, asustado, se aferró al agarrador de la puerta, las curvas de bajada se cerraban contra la ladera.

No podía quitarse de la cabeza la idea de que Carmen pudiera seguir todavía en algún lugar del valle junto a Laura, una chica diagnosticada de esquizofrenia paranoide que había matado a varias personas. Entre ellas, la chica de la que había estado enamorada. Pensar que él podía haber provocado

esa situación por haber aconsejado a Laura que dejase de tomar las pastillas, y que Carmen estuviera ahora en peligro por su culpa, lo iba descomponiendo por dentro. Un ácido justiciero lentamente lo cercenaba por dentro. Se había comportado como un idiota los últimos días. Como un niño, un niño caprichoso al que se le niega un dulce y coge el gato de su madre y lo tira por la ventana. La delicada Laura, una joven tímida, de apariencia tan frágil, que le había inspirado el cariño y la protección de un hermano. Un sentimiento de ternura al que se había aferrado en tantas ocasiones para serenarse del desapego de Carmen. Su Laura, la apasionada de la pintura románica, ese universo de princesas, dragones y guerreros, pero, sobre todo, de Dios, un dios primitivo, que miraba directamente a los ojos de los hombres. Él era el que le hablaba en el bosque. Un dios que también se mostraba inmisericorde, porque luchaba contra el demonio que llevábamos todos dentro. Blandiendo su cuchillo de cocina, ella había encarnado la mano de ese dios implacable. Carmen, como buena profesional, había sido muy consciente de todo aquello, de ahí su constante interés por ella.

Luis se pasó la mano por la cara, nervioso. Como intentando borrar así, absurdamente, de su pensamiento lo que estaba sucediendo. Tenía que calmarse. Ella sabría actuar ante cualquier crisis, era una profesional, la mejor. Sin embargo, si durante los últimos días había estado tan preocupada con el tema de las pastillas y había decidido que lo mejor era ingresarla significaba que ya había visto en Laura los primeros signos del delirio. Inmediatamente, vio de nuevo ante sus ojos las tijeras de podar que él había recogido en su jardín. Le entró vértigo, una mano de dedos afilados que se clavase en sus entrañas para arrastrarlo al abismo. Miguel seguía pisando el acelerador después de cada curva. Pero el amor sería más fuerte, no podía ser de otra manera. Contra la locura más absoluta solo cabía a su vez la más profunda irracionalidad. Laura todavía amaba a Carmen. Sufriría por no poder

sentir sus caricias, su voz cercana y tranquilizadora. Aun poseyendo el poder de un dios para destruirla, Laura preferiría siempre tomarla entre sus brazos, hundir las manos entre sus piernas, penetrarla. Si en el momento del delirio Carmen respondía con su amor, podría salvarse. Las volvió a imaginar desnudas, haciendo el amor como dos salvajes sobre la hierba con un fondo del monte en llamas. Se excitó al imaginarlo, aunque enseguida le repugnó de nuevo aquella imagen. El alivio le duró poco, se había olvidado de un detalle trascendental en la historia de Laura. La joven restauradora no asumía sus sentimientos lésbicos, los guardaba en un interior siempre en ebullición. De esa terrible represión surgían todos sus males. Muy probablemente no tendría la fuerza suficiente para permitirse a sí misma dar el paso de entregarse al amor de Carmen, lo único que podría liberarla de las voces que le reclamarían venganza. Los demonios le estarían ya dando instrucciones para acabar con la nueva traidora. Las malditas pastillas habrían conseguido disminuir la presión de su conciencia a costa de anularla, sí, pero de haberlas tomado, habrían evitado esa peligrosa situación. «Carmen estaría a salvo, estúpido.»

Un detalle de la historia de Laura, sin embargo, se le resistía en sus disquisiciones de aspirante a juez. Laura, la Paula de Diego de los periódicos, de acuerdo con la reconstrucción de los hechos puesta de manifiesto durante el juicio, había comprado el cuchillo el día anterior al crimen. Ese acto previo jurídicamente equivalía a alevosía, preparación, estrategia del asesino para asegurarse el éxito de su crimen. Vaya si conocía bien esa agravante del homicidio. Y, precisamente, al hablar con Carmen del caso de Guillermo aquella noche en su coche, ella había recalcado que un esquizofrénico actuaba siempre por un impulso irrefrenable, producto de su delirio, de ahí la irresponsabilidad de sus actos. No cabía estrategia previa ninguna, sería una contradicción. Ahora bien, si Laura había comprado un cuchillo era porque pensaba ir al día siguiente a la reunión de departamento en la universidad con

esa arma, y allí matar a Fátima y a los otros. Eso significaría que había planificado su crimen, lo que no cuadraba en absoluto con el concepto de esquizofrenia. El caso de Laura, como el de Guillermo, podría ser también otro error judicial y, en realidad, ser una psicópata. Se estremeció. Si la chica vulnerable y temerosa era en realidad una psicópata, Carmen tampoco habría sabido reconocerlo a pesar de haber pasado tanto tiempo juntas. Se habría vuelto a equivocarse. Aunque, de haberse dado cuenta, tampoco podría haber cambiado ese diagnóstico años después. Había sido certificado por un juez en una sentencia inamovible, inapelable.

—Miguel, ¿conoces muchos casos de personas diagnosticadas como esquizofrénicas pero que en realidad son psicópatas porque consiguen engañar a los jueces? ¿Qué pasa luego con ellas cuando las internan en el psiquiátrico?

El médico despertó de sus propias preocupaciones.

—A menudo el diagnóstico no es nada fácil. Sobre todo con personas que sufren lo que llamamos trastorno límite de la personalidad, que transitan entre la psicosis y la neurosis, pues también poseen un mundo interno lleno de tensiones aunque no lleguen al delirio. De todas maneras, en el psiquiátrico, a los internos que están diagnosticados como esquizofrénicos se les suministra de forma masiva medicación antipsicótica para tenerlos tranquilos y controlados. Los que en realidad no lo fueran, por efecto de esa fuerte medicación, se «psicotizarían». Es decir, terminarían por comportarse como verdaderos psicóticos, esquizofrénicos con tendencia a tener alucinaciones y delirios si la dejaran de tomar. El cuerpo humano es un mundo complejo en equilibrio. Si lo rompemos artificialmente, reacciona automáticamente en sentido contrario para compensar.

La mente, profundizar en sus recovecos, era penetrar en un cosmos en el que uno solo podía intentar aproximarse a una verdad siempre difusa, en expansión. Luis alucinaba. Pero aquello explicaría la insistencia de Carmen

con la medicación de Laura. Fuera o no fuera una psicópata en lugar de una esquizofrénica, las pastillas anularían también sus impulsos de todo tipo. Estaría bajo control, como con Guillermo. En cualquier caso, no sabía qué opción era mejor para Carmen, si estar en manos de una esquizofrénica en pleno delirio y obsesionada con ella, o en manos de una fría psicópata despechada. Prefirió no oír nada más sobre el asunto. La cabeza le iba a estallar. Esta vez intentó en vano vaciar la mente cerrando los ojos con fuerza. Anularse también a sí mismo, aunque sin medicamentos.

—Cuando entremos en Arealonga, indícame cómo hago para que lleguemos lo más rápido al cuartel. Siempre me pierdo.

Luis no respondió al momento. La pestilencia procedente de la fábrica de celulosa se había colado ya por su ventanilla abierta. Invadido por la angustia de la impotencia ante lo que sucedía, contemplaba la bulliciosa villa marinera con los ojos de un extraño. Con sus enormes moles de cemento tapando la vista sobre la ría, el lugar le pareció ahora un parricidio social y arquitectónico, un crimen contra la belleza de lo único auténtico que permanecía en todos nosotros. Aquello que su tía había llamado la identidad, la historia. El resultado era ese engendro esquizoide de elementos antiguos y modernos, una pequeña sucursal de la babilonia del capitalismo, como tantas otras. El dinero procedente del tráfico de drogas había financiado durante años la construcción acelerada de aquellas horrendas torres de pisos, igualmente estrechos y mezquinos. Habían aplastado las viejas casonas de piedra de antaño. Eran las mismas tiendas y escaparates que en Madrid, el mismo tráfico egoísta, la misma gente ociosa deambulando en busca de un consumo resucitador al menor coste. Pero la crisis galopante no tardaría también en arrollarlos y mostraría también al emperador desnudo. Aunque allí, en el fin del mundo, todo se retrasaba más, hasta lo malo. Y no había nada que hacer. No eran más que un pueblo pobre, de caciques incultos y de campesinos

egoístas, todos ellos alienados ante el espejismo del crecimiento acelerado. Desde la época final de la dictadura, cuando comenzaron a vislumbrar las orejas al lobo, habían emprendido una huida desesperada hacia delante. Si el monte ardía, como en ese día, o si la polución de la Celulosa, la única industria de la zona, lentamente envenenaba los sensibles frutos del mar, todos ellos sin ningún rubor miraban hacia otro lado para poder seguir enganchados al tren del progreso. Con su permanente chantaje en empleos, la fábrica de celulosa reclamaba eso y mucho más, una fidelidad absoluta e inquebrantable en esa larga época de incertidumbre. Habría consecuencias para todos. Laura debería haber tomado sus tijeras de podar para matar a ese demonio de arrogantes chimeneas en lugar de a su amada Carmen. Cuánto la necesitaba. La amaría siempre.

El cuartel de la Guardia Civil era otra mole de cemento en el puerto, pegada por la espalda, cual siamesas, a la de los juzgados. Entraron corriendo y se aproximaron al mostrador de denuncias.

—Buenas tardes. Necesito hablar urgentemente con el comandante. Soy el doctor Ochoa.

Luis observó suspicaz cómo el agente, con gesto indiferente, contactaba por teléfono con su superior. Lo despreció con toda su alma. A nadie le interesaba lo que pudiera estar ocurriendo en Ramil. Seguro que aquel impresentable se pasaba las tardes jugando en el ordenador ajeno a cualquier desgracia que pudiera escuchar.

—Les va a atender el capitán. Un momento.

Acompañados de otro agente, fueron introducidos en una sala de reuniones. El capitán salió del fondo.

—¡Hola, Miguel! ¿Cómo estás? Perdona, el comandante anda muy ocupado con el tema del incendio, y estamos muy liados organizando un convoy con los bomberos y Protección Civil. Ya hemos visto tus llamadas, cuéntame.

Se sentaron los tres en un extremo de la larga mesa. Él, ya más tranquilo, suspiró. Por fin, el lento aparato del Estado se ponía en marcha.

El médico tomó la palabra.

—Estoy muy preocupado por dos de mis pacientes, Laura y Pablo. Creo que han entrado en una crisis y sería conveniente localizarlos para su posible internamiento.

Luis, a su lado, se quedó atónito. Pablo también era un enfermo mental.

El capitán encendió un ordenador portátil que se hallaba abierto sobre la mesa.

—Vamos a ver por dónde andan estos dos personajes. Que tú sepas no se han quitado las pulseras, ¿verdad? —Al instante, una cámara en el techo proyectó un mapa de la comarca de Olas sobre una de las paredes.

—Pensamos que Carmen se encuentra en estos momentos con Laura, pero habría que verificarlo.

Los dedos del capitán se movieron ágiles sobre el teclado.

—Si llevan la pulsera telemática, de la zona no han podido salir porque no habría llegado la señal de alarma. Para nosotros, la prioridad ahora es el incendio, espero que me comprendas, estamos pensando en evacuar a todos los vecinos del valle.

Sobre el mapa habían aparecido unos indicadores de distinto color. Dos de ellos coincidían en un mismo punto.

El capitán se levantó y se acercó a la imagen proyectada.

—La información que nos envía el satélite tiene un margen de unos diez minutos entre la posición que aparece aquí y la real que ellos tienen ahora. Pero, por sus trayectorias durante la última hora, podemos determinar hacia dónde se dirigen con toda probabilidad. —Después regresó al ordenador, tecleó algo y sobre el mapa aparecieron los últimos recorridos—. La línea más larga, que atraviesa el monte desde Santa Eulalia a San Lorenzo, es Pablo,

que se mueve a bastante velocidad. Las otras dos líneas que van en paralelo son Laura y Carmen, que parece que se estén dirigiendo al alto de Abalo. El resto, por el momento, están en sus bases.

Abalo, la finca del abuelo, el lugar mágico de su madre donde había llevado a Carmen aquel día aciago en el que la había dejado a medias. Era como si hubiesen pasado siglos desde entonces. ¿Por qué habrían decidido refugiarse allí? El corazón comenzó a batirle con fuerza.

El guardia civil prosiguió.

—Como te he dicho antes, el problema es el fuego, está avanzando por el monte con mucha rapidez mientras ellos se mueven. El frente del fuego sigue esta otra dirección. Los vecinos de San Andrés ya han evacuado sus casas, según nos han informado. —Su dedo describió un arco, desde un extremo al otro del valle.

La imagen espectral de Merlachoca rodeada de llamas, con su tía dentro viendo impasible la televisión desde su sillón, se apoderó de su mente.

—El objetivo es en este momento evitar a toda costa que el fuego llegue al pueblo de Ramil. Los helicópteros y los hidroaviones de la Diputación están a punto de llegar. Nuestra única preocupación ahora es la protección de la población, como te puedes imaginar. Lo siento, tendremos que dejar para más tarde la detención de tus pacientes.

Luis, que hasta ese instante se había resignado a hacer de convidado de piedra, lo interrumpió, haciendo un gran esfuerzo por controlarse.

—Pero es que Pablo es uno de los incendiarios. Lo hemos visto con nuestros propios ojos en la carretera.

El capitán se giró hacia él, molesto.

—Como acabo de decir, en este momento nuestra prioridad es la protección de la población, no los pacientes ni los incendiarios. De todo eso ya nos encargaremos más tarde.

Evidentemente, el capitán quería dar por terminada la conversación. Las iban a dejar morir. Luis miró a Miguel, buscando una reacción por su parte, pero este parecía superado por la situación. Entonces, elevó la voz.

—¿Y ellas? ¿No van a rescatarlas? ¿Existe el riesgo de que Laura ataque a Carmen! ¡Laura es muy peligrosa! Miguel, por favor, explícaselo tú.

El médico rompió su mutismo sin perder la calma.

—Es cierto. Como sabéis, si Laura entra en una crisis, puede ponerse agresiva, y Carmen, a su lado, se encontraría en peligro. Hay que hacer algo pronto.

El capitán reflexionó durante unos segundos mientras apagaba el ordenador.

—Por ahora, esto es lo que hay. Lo siento.

Luis, lleno de rabia, hizo ademán de levantarse para enfrentarse al capitán, pero Miguel pudo agarrarlo por el brazo.

Ante sus miradas de recriminación, el guardia civil recurrió a un último argumento irrefutable, que parecía esconder cierto placer por la expresión de satisfacción que adoptó su rostro.

—De todas maneras, Carmen tampoco es una niña indefensa, ¿verdad, doctor? —Y sin esperar ninguna contestación, tomó el portátil entre sus manos y se fue hacia la puerta—. Dentro de unos minutos saldrá el convoy antiincendios hacia Ramil. Si quieres, vente. —Después atravesó a Luis con los ojos—. Por cierto, ¿tú quién eres? ¿Un ayudante del proyecto?

Él no tuvo tiempo de abrir la boca de lo furioso que se encontraba. Miguel intervino, cortante.

—Sí, es mi ayudante. Lleva ya unas semanas en el valle, se me había pasado comentároslo. Vendrá conmigo. Subiremos con vosotros.

—Miguel, yo no me voy a quedar de brazos cruzados. Cogemos tu coche, que es un todoterreno, y tú y yo vamos a buscarlas al monte. Conozco muy bien aquello. No tardaríamos mucho en llegar.

Para Luis, el sentimiento más angustiante seguía siendo querer y no poder, esa frustración sin fin. Y él quería poder, necesitaba poder. Carmen en manos de una demente y el fuego persiguiéndolas. «Nuestra prioridad es la protección de la población», había dicho ese cafre. Y aquellas últimas palabras sobre ella tan sibilinas.

—No digas tonterías. Hay que entenderlo, la prioridad ahora es otra y no cuentan con muchos medios.

Miguel, todavía sujetándolo por el brazo, lo condujo hasta la sala de espera. Se hallaban solos. Con aquel calor apenas había denuncias, y cuando se hacían, se dejaban para el final del día.

Frente a la máquina de café, Luis ya no pudo contenerse. En su cerebro, de repente brillaba intermitente la lucecita roja de la pulsera tal y como la había visto la noche anterior, igual que la de Laura y la de Pablo.

—¿Cómo es que Carmen lleva también una pulsera telemática?

Miguel fue metiendo las monedas en silencio. Oyeron cómo caían sin decir nada ninguno de los dos. Un cubilete de plástico se instaló obediente tras la ventanilla de la máquina.

—Dímelo. Tengo que saberlo. ¿Por qué también ella tiene que estar localizada? —Los chorritos del café y de la leche concentraban toda la atención del médico. Su voz se convirtió en una súplica—. Dímelo, por favor.

Un ligero timbrazo anunció que el capuchino estaba listo. Muy lentamente, el médico lo extrajo de detrás de la ventanilla y le dio un sorbo sin levantar la vista. En Miguel no había falta de voluntad en contestarle, simplemente le superaba la situación. Parecía en estado de *shock*. A Luis le dio igual, quería saber la verdad. Con suavidad pero con firmeza, fue él quien lo agarró ahora del brazo y se lo apretó con fuerza.

—Vamos, dímelo, sea lo que sea.

Miguel se quitó las gafas. Sus pupilas eran diminutas, un ratón de laboratorio asustado.

—Carmen es mi amiga, pero también es mi paciente. —Respiró profundamente, como si necesitase más aire—. Por eso tiene que llevar la pulsera. Todos los pacientes que están dentro del proyecto han de llevarla para evitar problemas. No están autorizados a salir de esta zona. Si, por la razón que fuera, un paciente tuviese una crisis o intentase escapar, por medio de la pulsera la Guardia Civil lo localizaría rápidamente y lo podría detener para llevarlo después de vuelta a Forcalent, en Alicante.

El hospital psiquiátrico de Forcalent, en Alicante. Allí Carmen también había trabajado como psiquiatra. No entendía nada.

—¿Carmen, paciente tuya? Entonces ¿Carmen también está loca? —Su madre, mal. Laura, mal. Carmen, mal. Era la peor de las pesadillas, una maldición que le perseguía.

—No, Carmen no está enferma. Aunque, oficialmente, sí lo esté. —Recuperando la compostura, el médico apartó de su brazo la mano de Luis—. Lo que te voy a contar ahora no debe salir de entre nosotros. Si luego me denunciases a la policía, yo siempre negaría lo que te voy a decir, y nunca tendrías pruebas para probar que miento. Siéntate. No tenemos mucho tiempo.

Se sentaron.

—No sé lo que Carmen te ha podido llegar a contar. Soy uno de los

psiquiatras del hospital psiquiátrico penitenciario de Forcalent, y aquí en Ramil, desde hace más de un año, dirijo un proyecto de reintegración psicosocial pionero en Europa. Está ideado para aquellos internos que, a nuestro entender como especialistas, y con el permiso previo del juez, naturalmente, ya han sido estabilizados y pueden abandonar el centro. — Miguel, a pesar de toda la tensión del momento, recuperó su tono profesional, la famosa frialdad de los médicos—. Desde un punto de vista terapéutico, lo más aconsejable es que estas personas comiencen una nueva vida lejos de los entornos donde vivieron anteriormente. Existe una muy alta probabilidad de que, si la persona sufre una crisis aguda de estrés, le dé un nuevo brote y vuelva a entrar otra vez en conflicto por su enfermedad. Claro que ese estrés que les puede alterar tanto casi siempre lo provoca alguien del entorno con quien tienen una estrecha relación, desde un familiar o la persona amada hasta los compañeros de trabajo o el jefe, como te expliqué para el caso de Laura.

Luis se sentó en una silla a escuchar la lección magistral del doctor Ochoa.

—Como bien sabes, porque estudias para juez, los enfermos mentales no son responsables de sus actos. Dejan de ser ellos mismos cuando los cometen, pues actúan impulsados por un delirio, no por su voluntad consciente. Si llegan a cometer un crimen en ese estado, por sentencia judicial a estas personas se las interna en un hospital psiquiátrico penitenciario hasta que estén curadas y puedan reintegrarse en la sociedad. Pero la curación, en realidad, es casi imposible porque se trata de enfermedades crónicas. Aunque, al poco tiempo, superada la crisis, con terapia y medicación adecuada, la mayoría puede llevar una vida normal y podrían regresar a sus casas sin problema. —Miguel detuvo su discurso un instante para mirar su móvil.

Luis aprovechó para dar rienda suelta a sus pensamientos.

—Lo siento, pero no me termino de creer que Carmen pueda tener también esquizofrenia. De estos últimos meses que la conozco, ella es la

personificación del equilibrio y de la serenidad. Siempre se comporta racionalmente, quizá demasiado. Nunca me la imaginaría bajo los efectos de un delirio.

Rebuscó en su memoria. En ningún momento, en ninguno de sus encuentros, había mostrado algún signo de inestabilidad, o que sufriera alucinaciones o perdiera el control, nada. Al contrario, ella representaba, más bien, la imagen de la estabilidad emocional y del dominio interno absoluto hasta un grado inhumano, a veces insoportable. Más aún, bien lo sabía, Carmen vivía obsesionada por los posibles delirios de los demás, por sus crisis, incluida la suya. ¿Cuántas veces Luis se había sentido arrinconado ante sus preguntas o su mirada clínica empujada por el deseo compulsivo de entrar en sus tribulaciones?

El médico respondió bajando la voz a pesar del vacío circundante.

—Carmen fue declarada irresponsable por el juez porque los peritos testificaron en el juicio que ella había sufrido una crisis psicótica que la había enajenado, y que, por tanto, no había sido responsable de sus actos. Pero los peritos del caso mintieron. —Bajó aún más la voz—. Eran también psiquiatras. Uno de ellos conocía a Carmen de la facultad y el otro la admiraba por sus publicaciones científicas. Mintieron para salvarla de la cárcel. El juez la habría condenado a veinte años de prisión. En lugar de eso, Carmen fue internada en el psiquiátrico penitenciario. Allí, ella y yo nos conocimos personalmente y nos hicimos amigos. —Hizo una pausa—. Es una persona excepcional en todos los sentidos.

Luis notó la emoción que ahora escondían sus palabras. Como ya había notado desde que los vio juntos por primera vez, se trataba de una amistad muy especial, que se había mantenido en el tiempo. La mirada de Miguel aquella noche que él los había espiado ya lo había delatado.

El médico se sentó al lado de Luis.

—A mí ya me habían hablado de Carmen otros compañeros. Aunque era una interna más, conseguí ponerla a trabajar conmigo como ayudante. Dormía en la enfermería, no en el módulo. Las otras internas pensaban que era una enfermera. Ella, por si no lo sabías, es una psiquiatra de prestigio, excelente, su trabajo con los pacientes en Forcalent fue extraordinario, la adoraban.

Luis no se sorprendió por el trato privilegiado dispensado a Carmen por sus compañeros. Según contaba su preparador de la academia, el viejo magistrado, aquello era lo habitual en los centros penitenciarios cuando ingresaba un nuevo interno avalado por buenos padrinos dentro del sistema. Se convertía en un intocable para el resto. Apenas se relacionaba con los otros internos. Nada más ingresar, lo mantenían en la enfermería con algún certificado médico falso. Su paso por la prisión podía confundirse con una estancia larga en un balneario alejado. Algunos de estos criminales privilegiados, generalmente políticos corruptos o grandes empresarios estafadores, seguían desde allí moviendo sus hilos con la anuencia del director del centro. Poseían teléfono móvil, acceso a internet. Se había escandalizado al escucharlo. En cuanto uno se ponía a hurgar un poco, enseguida salía a la luz el elevado grado de descomposición del sistema. Repugnante.

—Lo hice por ella y por las otras internas, pero también por nosotros, los que trabajamos allí. Casi nadie en este país sabe que Forcalent, el hospital de referencia para todo el Estado, únicamente dispone de un psiquiatra y de dos psicólogos para más de trescientos internos, hombres y mujeres. Una vergüenza.

La descripción del lugar le sonaba. Carmen ya le había hablado de la situación en ese hospital, pero asumiendo ella el papel de Miguel como profesional responsable del centro.

La voz del médico entonces se fue enardeciendo. Él era también un psiquiatra vocacional.

—Hacer terapia con los internos allí es imposible. Terapia es escuchar al paciente a solas en un espacio adecuado. Tener el ambiente necesario para que la mente se relaje y comience a verbalizar todo lo que le pasa por la cabeza, y entrar así en su mundo interior. Esa es la única manera de tratar una enfermedad mental, ir al origen, desmenuzarlo. Y no lo olvidemos, esa debería ser nuestra obligación, pues no son criminales, son enfermos mentales que solo por algún tiempo, hasta volver a su estado de equilibrio, precisan tratamiento y protección. Lo otro, los medicamentos, son meros parches para superar las crisis, los inevitables ciclos de la enfermedad. En Forcalent, sin embargo, a lo único que da tiempo es a controlar la medicación de los internos, y esto a veces con mucha dificultad. Pero Carmen, como vivía día y noche junto al módulo de mujeres, sí conseguía hacer terapia con los casos más graves. En realidad, no tenía otra cosa que hacer, y además ella estaba encantada, feliz de poder trabajar. Así conoció a Laura, que, al igual que las otras internas, nunca se dio cuenta de quién era Carmen en verdad. Lo que no es de extrañar porque los internos se pasan el día drogados por la medicación que se les suministra diariamente para que no armen ningún follón. Esa es la consigna oficial.

No daba crédito. La becaria asesina, sin ser consciente de ello, se había convertido de esa forma en la paciente de otra supuesta criminal, Carmen. Una relación entre rejas, sin hombres, bajo la pesada atmósfera de la fuerte medicación. Ese afecto de caricias y abrazos venía de esa época de encierro.

—Con la ayuda de Carmen, diseñé este proyecto de reinserción social en esta región perdida en el mapa. Ella es una experta en enfermos psicóticos. Queríamos dar una nueva oportunidad a los internos más conflictivos, y de esta manera evitar la reincidencia. Me fui a Madrid a hablar personalmente con el director general de Prisiones. Al principio, no nos hicieron caso, nos despacharon con que no había presupuesto. Los locos no votan, ya sabes. Pero luego, cuando obtuvimos fondos europeos por nuestra cuenta, ya no pudieron

negarse, habrían quedado en evidencia ante el mundo científico internacional. Aunque también existía otro problema, para ellos crucial, e igualmente de índole política: el impacto de este proyecto en la opinión pública. Ten en cuenta que hablamos de un proyecto de reintegración de enfermos mentales que a menudo han cometido crímenes muy graves, de esos que salen en prensa y en televisión. Era impensable que este proyecto se hiciera público. La gente no está preparada para volver a verlos en la calle a los pocos años. Sería un escándalo. Nadie quiere comprender que estas personas no están condenadas a vivir encerradas el resto de su vida. Judicialmente, son enfermos y su internamiento debe terminar cuando se hayan curado o, por lo menos, se encuentren médicamente estabilizados y ya no representen un peligro para la sociedad. —Un ruido de pisadas interrumpió el relato. Un guardia civil asomó la cabeza en la sala de espera.

—Doctor, el convoy ya está listo. Si van a venirse con nosotros, vayan a por su coche y tráiganlo. Salimos ya.

Se levantaron sin rechistar y lo siguieron al exterior del edificio. Luis no sabía hacia dónde mirar ni qué hacer, Carmen era otra criminal. La naturaleza humana podía ser más imprevisible de lo que nunca habría imaginado. Cabizbajo, como un perro vagabundo, fue tras los pasos de Miguel hasta su coche.

La boca de la ría se abría azul en el horizonte solo interrumpida por la negra sombra de la isla de Sas. Más allá, en el límite, una franja brumosa, como de espuma blanca, advertía sobre posibles cambios futuros. El zumbido de un helicóptero enmudeció a las gaviotas. Pero él ya no veía ni oía nada. En el amplio aparcamiento frente al cuartel y los juzgados, se hallaban ya concentrados varios coches de bomberos provistos de bombas de agua, un par de ambulancias, camiones con material antiincendios y las camionetas de

Protección Civil en las que en ese momento terminaban de acomodarse los efectivos de los retenes.

Un vehículo de la Guardia Civil se puso en movimiento, dando la señal de partida para el resto del convoy. Al ruido de sus motores, se añadió pronto el de las sirenas. El flamante ejército de salvamento se ponía en marcha. Miguel pegó su todoterreno al camión que cerraba la cola. El veloz desfile recorrió las calles de Arealonga sin detenerse. A su paso, los transeúntes apenas se volvían a contemplarlo. Luis los miró con desprecio. Esa indiferencia era la prueba de su complicidad silenciosa, o, cuando menos, de su fatal insensibilidad. Pasaron ante las verjas de la fábrica de celulosa. En el interior de las naves se continuaba trabajando a pleno rendimiento. Afuera, miles de troncos de corteza ennegrecida, apilados en inmensos murallones, esperaban su turno para ser pulverizados en vapor de agua y luego ser convenientemente mezclados con químicos para poder conseguir la sagrada pasta de papel.

—Sigue contándome, por favor. —Aunque intuía con claridad lo que había ocurrido, una parte de él todavía se negaba a creerlo. No podía ser cierto. Le pareció que el médico se hacía el distraído para evitar entrar en el tema.

—¿Que te siga contando el qué?

La ansiedad regresó a las palabras de Luis, su tono se tornó cortante, agresivo.

—Pues la historia de Carmen. ¿Qué va a ser? ¿A quién mató para que quisieran meterla en la cárcel?

El convoy abandonó la carretera general y se internó en la secundaria que ascendía hacia Ramil. Ajustándose las gafas, Miguel parpadeó.

—Carmen fue acusada de matar a su marido.

Lo sabía. Gabriel. El fantasma.

—De hecho, lo mató. Aunque luego, arrepentida, ella misma lo llevó al hospital para intentar salvarlo. Lo había envenenado con un cóctel de

psicofármacos. Pero ya era demasiado tarde, Gabriel entró en coma y a la semana murió.

Una mujer fuera de sí, en el límite, que se convierte en una criminal. Alguien que deja de ser él mismo para convertirse en otro. Carmen. Incluso ella.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo es posible? Carmen es una mujer cerebral, equilibrada, racional. Nunca me la imaginaría matando a su marido. Todo lo contrario, ella vive entregada a los demás. Alguien diría que es la madre de todos. En Ramil, es la estrella entre todos los viejos del lugar. —Volvió a ver su silueta casi imperceptible de pantera, una sombra sigilosa moviéndose tras la puerta biselada de su consulta de fisioterapeuta. Aquellos masajes milagrosos en los que, ahora lo entendía, también aprovechaba para hacer terapia, escuchar, al igual que había hecho en la cárcel bajo la tutela de Miguel. Era su pasión, no podía evitarlo. Y aquellos viejos desahogaban sus conciencias, sacaban los trapos sucios, como su tía, y por fin encontraban la paz. Esa era la labor que, hasta hacía poco, pudieron llegar a hacer muchos curas, sin saberlo, en el confesionario simplemente escuchando las cuitas de sus feligreses. Al instante, se acordó de su tía, otra víctima del tenebrismo del valle, en ese momento, también rodeada de fuego, como la propia Carmen.

—Para que entiendas lo que le pasó, el amor verdadero es una unión de inconscientes, o de espíritus, si lo prefieres. Mucho se habla de las feromonas, de la química entre dos personas, pero eso es tan solo su manifestación exterior, su consecuencia física, como también es el sexo. Cuando dos personas se aman de verdad, no el fugaz enamoramiento de los primeros días, sus espíritus conectan, uno encuentra en el otro la plenitud. Pero esto no suele ser suficiente para que el amor funcione. Esa relación ha de estar equilibrada, oxigenarse, convivir con el mundo que la rodea. Si no es así, puede estar abocada al fracaso. Habrá una ruptura más tarde o más temprano. Pero si se

resisten a romperla y permanecen juntos, la relación, muy probablemente, se volverá destructiva para ambos, tóxica, serán desgraciados. Algunos autores sostienen que el crimen pasional es el único que todos podemos llegar a cometer cuando caemos presas de un ataque de celos, como Otelo, el personaje de Shakespeare; pero, en mi opinión, eso no es cierto.

Los celos. Él no había tenido tiempo ni para eso. Además, siempre había sido el tercero, con aquellas mujeres no había rival. Si las historias acababan era porque ellas mismas caían en la red de sus prejuicios. En sus cabezas, en el fondo, no podían concebir una relación con un hombre joven.

—Es cierto que el crimen pasional, a diferencia de los otros, es transversal, como se dice ahora. No depende de la edad, el sexo, el origen social o el nivel de educación, o el económico. Cualquiera, en principio, puede cometerlo. Sin embargo, sí tiene que ver, y mucho, con nuestra personalidad. Los peritos dijeron que el crimen de Carmen había sido consecuencia de un brote psicótico, una alucinación que le habría alterado su percepción de la realidad y la habría llevado a hacer algo que conscientemente ella nunca habría hecho. Igual que en el caso de Laura, una supuesta auténtica enferma de esquizofrenia paranoide, una psicótica. Los crímenes pasionales, sin embargo, no suelen entrar en este esquema. Son conscientes, se cometen con toda la intención de eliminar a la persona que nos ha sido infiel. Y esa violencia homicida es la consecuencia más terrible que se puede dar cuando existe, en el grado más agudo, ese desequilibrio en el amor que te comentaba, precisamente provocado por la personalidad conflictiva de ambos miembros de la pareja. El caso de Carmen fue así.

En un acto casi reflejo, Luis sacó su bolsita del tabaco y abrió la ventanilla. El intenso aroma a eucaliptos y pinos penetró del golpe en el vehículo. La pasión amorosa como una fuerza destructora, asesina. Otra Carmen. Pero ya no

podía cerrar esa puerta, ella ya estaba dentro y lo miraba fijamente para que él la contemplase por primera vez sin velos ni trampas.

—Carmen ha sido mi única paciente de terapia durante los últimos años. Un par de veces a la semana nos reuníamos en mi despacho del centro penitenciario para tener las sesiones. Ella misma me lo pidió al ser ingresada en Forcalent. Y yo acepté a pesar de todo el trabajo que tenía a lo largo del día, su caso me intrigaba mucho. Carmen tenía muchas ganas de descargar su culpa. Necesitaba analizar el porqué de lo que había hecho, las causas que la habían llevado a cometer ese horrendo crimen para poder comprenderlo y enfrentarse a sí misma. Esa era la única vía para poder seguir viviendo. Aunque también, como profesional de prestigio, le atormentaba una aparente paradoja: ¿cómo había sido incapaz de detectarse a sí misma el trastorno del que ella misma era experta en su detección y tratamiento? Cuando, nada más ser ingresada, fui a recibirla, la encontré destrozada, muy deprimida. —A Luis le costó visualizarla en ese estado—. No fue fácil. No sé si tú has hecho alguna vez terapia. Entrar en el desván y sacar a la luz nuestros trastos del pasado cuesta mucho. Al principio, por puro miedo de lo que vayamos a encontrar, escondemos la llave y nos negamos a encontrarla. Damos rodeos, hablamos de los demás, o del tiempo. O nos quedamos mudos, aterrorizados. Inconscientemente, nos resistimos a enfrentarnos con nuestra imagen en un espejo sin filtros. —Sus cabellos extendidos por el diván, su cuerpo envuelto en un extraño hábito naranja de presidiaria de película americana, su mirada muy seria suspendida en el vacío, Carmen en aquella cárcel para locos—. En su caso, como es lógico, por deformación profesional, ella al principio buscaba racionalizarlo todo, pues conoce a la perfección los mecanismos de la mente humana. Pretendía ser la detective de su propio crimen como la mejor manera de superarlo. Pero eso no funciona así. No basta con comprender cómo funciona la máquina para que seamos capaces de reajustarla si esta forma

parte de nosotros. La catarsis precisa tiempo, paciencia, hay que remover nuestro interior con cuidado para llegar al inconsciente, el lugar en el que anidan nuestros fantasmas.

Cómo se había resistido Carmen a los tímidos intentos de Luis de bucear en su pasado. Los había esquivado muy astutamente. Pero también recordó su último abrazo en la penumbra de la noche, la última mirada de niña asustada por la crisis de Laura.

—Perdona, no te he ofrecido antes, ¿quieres fumar? ¿Te hago un cigarrillo?

Miguel rechazó el ofrecimiento sin hablar, frunciendo los labios en un gesto cómico de exagerada repugnancia. Quería volver a la historia. Él también iba recomponiendo el puzle de la historia de Carmen mientras la iba relatando.

—Supongo que conocerás los personajes de Peter Pan y de Wendy, ¿verdad? Los del cuento. En psicología se utilizan para explicar ciertos arquetipos de comportamiento. Peter Pan es el chico lleno de energía, eternamente adolescente, imaginativo, caprichoso, divertido, pero que se niega a crecer, a madurar, a valerse por sí mismo y huye de la realidad. Prefiere que sea otro el que tome las decisiones y lo proteja. Peter Pan necesita otra persona a su lado para sobrevivir. Alguien que se dedique a él en cuerpo y alma, que le resuelva los problemas del día a día para poder seguir él en su mundo de fantasía. Esa persona es Wendy, que lo hace encantada porque ella, a su vez, necesita con desesperación salvar a alguien, sentir que esa persona depende de ella para todo como un hijo pequeño y ser el centro de su vida. Ojo, pero también queriendo ser ella siempre el único adulto de la relación. De esta forma, Wendy vive entregada a su héroe, ese ser inmaduro. Peter Pan es, en realidad, su niño, y ella disfruta decidiendo la vida de ambos para que el pobre no sufra ninguna decepción. —Miguel desarrollaba su discurso con una precisión académica, sin rastro de emoción—. Se trata, en definitiva, de una relación simbiótica, los dos se necesitan mutuamente, se retroalimentan en

sus carencias y necesidades. Podríamos decir también que es como si se devoraran mutuamente sin llegar nunca a saciarse. Se trata de una relación casi materno-filial, pero de una forma obsesiva y agobiante. La mujer, al sobreproteger al hombre, lo termina castrando al fomentar su inmadurez y su irresponsabilidad. Y ella, a su vez, se convierte en una víctima del egoísmo sin límites de él. Lo entiendes, ¿no?

Luis asintió con la cabeza. Lo entendía perfectamente, y el escucharlo le estaba haciendo daño. En aquellas semanas de idílica relación con Carmen, se había sentido así, un muñeco entre sus manos. Siempre pendiente de sus estudios, de cómo se vestía o de cada uno de sus gestos. Su mirada escrutadora necesitaba captarlo todo para poder controlarlo. Él se había sentido muy molesto, pero había sido incapaz de rebelarse para no contrariarla.

—Bueno, pues Peter Pan era Gabriel y Carmen era Wendy. Gabriel pasó de los brazos de su madre a los de Carmen sin rozar el suelo. Nunca dio un palo al agua. Era abogado, pero nadie en su sano juicio le habría encargado la defensa de ningún caso. Era un vago redomado. Así que se dedicaba al turno de oficio, a llevar casos de personas que no tenían recursos económicos para tener un abogado de pago. Sin importarle, en el fondo, ninguno de ellos lo más mínimo.

Aquí su discurso comenzó a volverse emocional. Carmen no había sido una paciente cualquiera, sino alguien cuya historia le había afectado personalmente por haber creado, sin duda, un vínculo muy estrecho con ella desde el principio. Como Luis, él también se había comparado con el marido de Carmen.

—Gabriel nadaba en el caos, sus escritos jurídicos eran defectuosos, perdía documentos, llegaba tarde a los juicios. Su despacho era una jungla, pero no tenía que rendir cuentas ante nadie. Los desgraciados que caían en sus manos

nunca protestaban al colegio de abogados por sus desaguisados. Y siempre andaba quejándose de lo mucho que trabajaba, cuando la mayor parte del tiempo lo perdía en tonterías, viendo escaparates o tomando café con alguien. Eso sí, era un hombre encantador, divertido, atractivo, interesado por todo y por nada, siempre impecablemente vestido, muy presumido, un bailarín excelente, el alma de todas las reuniones y guateques, siempre animando para que la fiesta no decayese hasta el amanecer.

El retrato del famoso Gabriel era devastador. Un personajillo, un pobre hombre. ¿Por qué Carmen lo habría elegido precisamente a él? Luis se removió en su asiento.

—A su lado siempre descubrías a Carmen, el verdadero sostén de su vida, una bella mujer de carácter fuerte, dominante, una psiquiatra de gran éxito profesional que se creía destinada a una misión redentora en el campo de la ciencia, pero que escondía en su interior una gran carencia afectiva. El padre de Carmen murió cuando ella era muy pequeña. Su madre, una mujer frágil e insegura, recriminaba a su marido muerto todas sus desgracias, y la niña Carmen creció con la sensación de haber sido abandonada por un padre al que apenas había conocido. Aquello la traumatizó y marcó su angustiada búsqueda de un amor eterno. Por esa razón, en su inconsciente, necesitaba a su lado a alguien que nunca la fuese a abandonar, fiel hasta la eternidad. Y la única garantía la podía tener con un hombre que fuese totalmente dependiente de ella, como una mascota, alguien como Gabriel. Solo así podía alcanzar esa seguridad.

Luis no pudo evitar sonreír para sus adentros. Esa descripción de la relación que habían tenido le resultaba trágicamente cómica, dos desequilibrados equilibrándose.

—Cuando se conocieron, aún estudiaban los dos en la universidad. El flechazo fue instantáneo, como dos polos magnéticos opuestos. Ella le reía

todas las gracias, le seguía en todos sus disparatados planes, le fascinaba la expansiva personalidad de Gabriel, y pagaba después los platos rotos sin reproches. El precio era un amor absoluto, total, en el que él dejaba a Carmen tomar todas las decisiones importantes de su vida. La mirada de ella era la de un ama paciente que le consintiera todo con tal de que él siempre volviera cariñoso a sus pies después de sus correrías de inmadura hiperactividad. Más tarde, con sus pacientes, ella se comportaría de una manera parecida. Podían llamarla cuando quisieran, ella se encontraba siempre disponible para escucharlos. Se entregaba a ellos y a sus problemas, pero a cambio también exigía una fidelidad absoluta. Si antes de terminar la terapia alguno decidía prescindir de sus servicios o dejaba de aparecer por la consulta, se enfurecía, se sentía abandonada. Lo veía como una falta terrible de ingratitud, pues, a entender de Carmen, por supuesto, ella era la única vía que ellos tenían para poder solucionar sus problemas psíquicos.

El aire que entraba por la ventanilla comenzó a hacerse más denso. Aunque todavía no se viese nada, el fuego, en su avance devastador, no andaría muy lejos. Tuvo miedo de sacar la cabeza y observar las cumbres de los montes. Prefirió concentrarse de nuevo en la terrible tragicomedia de Carmen y Gabriel.

—Durante los primeros años de matrimonio, la relación funcionó sin problemas. Con el tiempo, sin embargo, Gabriel, por su insaciable insatisfacción y por el agobiante control de Carmen, cuya mirada le seguía a todas partes, comenzó a buscar nuevas diversiones, nuevas amistades, nuevos territorios donde ella no pudiese llegar. Dejó de dar señales de vida desde por la mañana, como solía hacer antes. Al mismo tiempo, de forma paralela, ella, en un afán controlador, iniciaba un lento descenso al infierno de la ansiedad, llamándolo al móvil a todas horas para saber exactamente lo que estaba haciendo. Hasta que, a última hora del día, desde algún bar, le respondía.

Carmen oía aterrorizada su voz con un fondo de risas anónimas. Entonces, salía corriendo a buscarlo allí donde estuviese. Aunque no siempre le era posible. Trabajaba a destajo, y se debía a sus pacientes, como te he explicado, lo que aceleraba su ansiedad. Poco a poco, su impotencia ante las desapariciones de Gabriel la fue llevando a la angustia, temiendo inconscientemente un posible abandono, y empezó, por su propia inseguridad, a aumentar su deseo de control y a asfixiarlo más sin querer. Gabriel también fue más allá. Para liberar su creciente nerviosismo ante el acoso de Carmen, se lanzó a tener aventuras con mujeres anónimas. Las conocía en las barras, bebiendo solas, consumiendo sus penas de soledad. Aventuras que apenas duraban unas horas porque él, a su vez, tampoco podía prescindir del control de Carmen. Se había convertido en un adicto. Era lo único que daba sentido a su caos interno. Necesitaba sentirla a su lado para no perderse.

El amor como una auténtica enfermedad. Luis nunca lo habría imaginado. Nada que ver con los cuentos rosa.

—Ella se dio cuenta de sus infidelidades desde el principio. Conocía a su marido a la perfección. Ya fuera por la ropa que llevase aquel día, por un gesto o por su tono de voz al teléfono, entendía enseguida en qué momento emocional se encontraba. Sin embargo, para proteger su frágil equilibrio, prefirió ignorarlo. No comentarle nada. Pero comenzó a sufrir paranoia, Gabriel se la daba con todas. Se obsesionó. En su mente, las desapariciones y las infidelidades, reales o imaginarias, fueron en aumento mientras su actitud hacia él cambiaba, sin ella misma darse cuenta. De la madre sobreprotectora y cariñosa pasó a ser la madre arisca y de maltrato psicológico. Su amor fue disminuyendo, y su rabia, aumentando. El fantasma del abandono la torturaba, no le cabía en la cabeza que Gabriel pudiera haber dejado de amarla. La mínima sensación de soledad, en cualquier momento del día, le reproducía en su interior un estado de ansiedad del que no conseguía desprenderse. En la

consulta, haciendo la terapia con sus pacientes, por muchos esfuerzos que hiciese para evitarlo, terminaba por desconectar, evadirse del drama que escuchaba a su lado para embarcarse en el doloroso pensamiento de cómo recuperar la idealizada fidelidad de su marido. Como una adolescente, a escondidas de sus pacientes, sacaba el móvil para mirarlo. ¿Dónde estaría ese desgraciado? Y le enviaba un mensaje. La tensión entre ambos se fue elevando sin que ninguno de los dos se atreviese a hablar del tema. Los fines de semana se les hacían ahora eternos porque ante la insistencia de Carmen por organizar planes, él respondía con excusas de agobio por trabajo y se encerraba en su despacho. Hasta que sucedió el hecho desencadenante de la ruptura de la relación. Llegó el día de la fiesta de Navidad de la Asociación Nacional de Psiquiatría en el Casino de Madrid. Yo también estaba allí, con mi mujer. Sabía de ella por sus artículos en revistas científicas, pero no nos habían presentado todavía. El tontorrón de Gabriel se emborrachó y, en la entrada de los baños, se lio con una chica bastante vulgar que había venido acompañando a algún colega. Eso pasó a la vista de varios compañeros, la humillación fue espantosa. Luego, un amigo me lo comentó como la gran anécdota de la noche. Carmen, con rostro desencajado, sin haberlos visto todavía intuía lo que podía estar pasando en los baños. Se había quedado lívida, incapaz de reaccionar, parada en el otro extremo de la sala. Pero cuando el acompañante de la chica apareció allí y quiso pegar a Gabriel, al oír el griterío no tuvo más remedio que acercarse. Cuando los vio con sus propios ojos se desmayó. Tuvieron que recostarla en un sofá hasta que recuperó la conciencia. Se despertó envuelta en una extraña serenidad y la acompañaron afuera a coger un taxi. Gabriel, asustado, había salido huyendo y tardó varios días en aparecer por su casa. Carmen estaba en estado de *shock*, totalmente paranoica. Él nunca se había atrevido a algo así. Su amado Peter Pan había encontrado una nueva Wendy y estaba a punto de echarse a volar lejos de ella. Fue entonces cuando, en un

impulso de pánico, lo envenenó. —Un silencio agudo, como un filo de navaja que rasgase el ambiente, se apoderó del instante. Cada uno concentrado en sus pensamientos. La historia había llegado a su clímax.

Unos versos llegaron a la mente de Luis, *La balada de la cárcel de Reading*, de Oscar Wilde:

Y sin embargo, cada hombre mata lo que ama. [...]

Unos lo hacen con una mirada torva,

otros con la palabra halagadora,

el cobarde lo hace con un beso,

con la espada el valiente.

[...] El acto se comete a veces entre llantos

y otras sin un suspiro.

Pues todos matan lo que aman,

aunque no siempre se mueran.

—Es tan buena profesional que no tuvo ningún reparo en analizar conmigo cada uno de los detalles de su relación con Gabriel durante la terapia que hicimos en Forcalent. A pesar de la dificultad de separar su condición de terapeuta y de paciente a un mismo tiempo, supo reconocer el porqué de aquella agresión fatal contra la persona que era el centro de su vida. —Luis se volvió hacia Miguel. Comprobó con amargura la profunda admiración amorosa que irradiaba su mirada. Sin saberlo, el médico era otra de sus víctimas.

La carretera torció abruptamente para bajar hacia el valle de Olas. El convoy disminuyó la velocidad. El aire venía ya mezclado con humo, envenenado por el fuego. En ese instante, un extraño insecto que raudo llevase una presa hasta su nido para devorarla atravesó el cielo casi rozando las copas de los árboles. Era un helicóptero provisto de un depósito colgante de agua. Comenzaba el contraataque. Por fin.

—Pero, perdona que insista, ¿cómo una persona normal puede llegar a matar a su pareja si tanto la ama? ¿No es eso la negación del amor? Carmen tenía que estar muy mal para hacerlo.

Durante un rato, concentró su interés en el paisaje buscando alguna respuesta. El monte había enmudecido. Pájaros, zorros, alimañas, todos habían huido.

La lección magistral de Miguel se reanudó:

—Es que no podemos hablar de amor verdadero en una relación así, sino, más bien, de una degeneración del amor. Normalmente, es el amor el que protege al amado de la rabia destructiva de su pareja cuando esta cree que va a ser abandonada. Carmen, cuando Gabriel desapareció después de la fiesta, tuvo deseos de suicidarse. Su vida había perdido todo su sentido. Vivía por y para él. En ese preciso momento, dejó de amarlo y empezó a odiarlo. Por eso no llegó a hacerlo, su propia muerte ahora habría sido solo una ventaja para Gabriel y sus planes de largarse con su nueva Wendy. Cuando él finalmente regresó a casa, confiado en el amor incondicional que Carmen siempre le había profesado, no se dio cuenta de que ella ya no era la misma. Durante algunos días, ambos pretendieron haber recuperado su rutina de pareja. Sin embargo, la convivencia ya no era posible entre ambos. Un sentimiento irreprimible de repugnancia los devoraba por dentro. Las discusiones, cada vez más hirientes, se sucedían una detrás de otra por cualquier motivo. Hasta que una compañera le comentó a Carmen que los había visto otra vez juntos, a Gabriel y a su amante, la chica de la fiesta, en una cafetería. Aquella noche, ella lo acorraló y esta vez él no lo negó, incluso se mostró irónico, se jactó de ello. De alguna forma, se sentía orgulloso de haberse liberado de la opresión de Carmen, podía vencerla. Esa nueva humillación fue para ella insoportable. Ya no era una cuestión de amor, sino una defensa de su «yo», de lo que ella

consideraba su identidad. Ya no podía aceptarlo; era él o ella, no había alternativa.

Por la carretera, en sentido contrario, varios coches pasaron rebosantes de bultos. Miradas compungidas. Los vecinos cuyas casas se adentraban más en el monte se ponían a salvo a toda prisa, a la desesperada.

—La Carmen que tú conoces no es la misma que la de entonces. En aquella época, tanto en su vida social como en la profesional, se veía a sí misma como una triunfadora, no tenía límites, nunca los había tenido. Había sido la número uno de la especialidad y estaba destinada a llegar a lo más alto en el mundo de la psiquiatría. Estaba totalmente convencida. Sin embargo, era, en su vida, una mujer arrogante, prepotente, muy territorial con todo lo que ella consideraba de su propiedad, como Gabriel y sus pacientes. Él era su marido y no se lo podía quitar nadie. Porque toda esa apariencia de amor ciego a su marido y a su misión redentora en su profesión escondía un gran amor hacia sí misma; en realidad, un fuerte egoísmo. Y en esa pelea final entre ellos dos, eso era lo que estaba en juego. La grandiosa imagen que había construido de su persona, como mujer poderosa y respetada por todos, se desmoronaba por un acto de traición inaceptable. No podía consentir que Gabriel se fuera, de ningún modo. Debía destruirlo para que su abandono no la destruyera a ella, o mejor dicho, lo que ella pensaba que era.

A lo lejos vieron cómo el humo cubría ya las laderas que guarecían Ramil por el norte. El valle ardía, desaparecía. Aquella carretera era el cordón que todavía lo unía a la vida. Contemplándolo, Luis se sintió como el paisaje, destruido. Un rayo acababa de conmocionar todo su interior, dejándolo fundido, a oscuras. Carmen era un monstruo. Se quedó en silencio, vacío.

Una nueva caravana de vehículos que escapaban del fuego los cruzó en sentido contrario. En uno de ellos, distinguió a Sagrario y a su marido. En el asiento de detrás iba su tía con la perra.

—¡Por favor, para un momento! —Saltó del coche y corrió, gritando y haciendo señas para que se detuviesen—. ¡Tía! ¡Sagrario!

Por suerte, lo vieron. Su tía bajó la ventanilla. Tenía los ojos desorbitados, estaba furiosa, toda ella temblaba. La perra apoyó el morro sobre el cristal. Antes de que Luis pudiera abrir la boca, ella estalló:

—Pero ¿adónde vas? No seas imbécil. ¿No ves que se está quemando todo? ¡No va a quedar nada! —Su voz se quebró en un llanto. Loira se puso a gemir a su lado.

Luis también se emocionó. Una nueva marea de sensaciones comenzó a abrumarlo: los muros de Merlachoca, los delirios de grandeza del abuelo, los ajados retratos familiares enmohecidos en la humedad del tiempo aprisionado. Su madre, observándolo todo desde su asfixiante infelicidad. Una extraña energía le revolvió por dentro.

—Tía, vengo para luchar contra el fuego. Vamos a pararlo, ya verás. —Posó su mano sobre la puerta para que la perra se la lamiese. Eso era lo único que importaba.

—¡No! ¡Tienes que vivir! Eso es el pasado. ¿No lo entiendes? Luis, haz el favor, olvídate. Tienes toda la vida por delante. Yo no pienso volver. Me moriría de pena. —Un sollozo volvió a ahogar sus palabras.

Luis se acercó y la besó en la mejilla.

—Cálmate. Luego, cuando se haya acabado todo, te llamo a casa de Angelita. —Acarició con la mano los hombros de Sagrario y de su marido. Les sonrió—. Gracias por todo.

Ellos reiniciaron la marcha y él regresó con prisa al coche de Miguel. Esa nueva energía seguía fluyendo en su interior. Abrió con fuerza la puerta.

—¡Corre, que hemos perdido a la caravana!

Después se sentó y permaneció en silencio. Se fue serenando. No importaba lo que fuera a ocurrir. Quedarían las piedras. Y bajo ellas, la tierra, siempre

viva, anhelante. En su torturada mente deslizó una gran roca de granito sobre la imagen de Carmen. Una Carmen que, como una torre en enloquecida construcción hacia el cielo, no había dejado de crecer en su interior, repleta de ventanas y de balcones abiertos.

SEXTA PARTE

Antonio hizo como que no lo veía. El amo del valle, junto a la Guardia Civil, el jefe de bomberos y los de Protección Civil, organizaba los retenes y los distribuía sobre el terreno. Él también había cambiado, nada quedaba de su arrogante parsimonia. Sus gestos eran tensos, incluso coléricos. Luis, indiferente, no se acercó a saludarlo y se mantuvo alejado. Aunque sí admitió su mando, él era sin duda el más cualificado para liderar la resistencia y salvar al pueblo del ejército de fuego que lo asediaba. Entre los voluntarios, reconoció otras caras. La mayor parte de los vecinos, hombres y mujeres, también se habían quedado para defender sus propiedades. Tampoco en ellos quedaba rastro de su antigua indolencia. Ahora era lo suyo lo que estaba en peligro, y se dejarían la piel en su defensa. Sus rostros demacrados transmitían rabia, indignación. A los incendiarios, el crimen se les había ido de las manos, había ensañamiento. Ellos no se lo esperaban. En esta ocasión superaba con creces cualquier suceso del pasado. Pero, quizá, esa había sido la intención oculta de las manos homicidas desde el principio, acabar con todo de una vez y para siempre.

¿Estarían allí, mezclados con el resto, otros pacientes de Miguel? No pudo evitar pensarlo. Cualquier rostro forastero era ahora para él sospechoso. A pesar de lo ocurrido con Pablo y con Laura, ¿no seguían teniendo derecho a empezar una nueva vida sin prejuicios? ¿No eran, al fin y al cabo, enfermos mentales, personas por definición irresponsables de sus actos? No quiso pensar más en ello ni preguntar nada a nadie. En aquella multitud, habría alguno de ellos también dispuesto a enfrentarse a las llamas y defender el

pueblo. Miguel se perdió en medio de la confusión y Luis no intentó buscarlo, bastante tendría con lo suyo. Le dieron un chaleco fosforescente y, para batirse con el fuego, una larga estaca con una placa de varillas en su extremo. Se montó en el primer camión que vio sin dudarlo dos veces. Su cuerpo y su mente le pedían acción, luchar hasta el final. Todos sus pensamientos fluirían en esa dirección para no derrumbarse. No se permitiría el menor resquicio por el que pudiera colarse la desesperación.

A su retén, los llevaron cerca del arroyo que bajaba del viejo molino. Hasta aquella zona tan próxima al pueblo, el fuego ya penetraba en incursiones punzantes, devorando árboles y maleza. La orden era aplastarlo a golpes y, después, crear una barrera de tierra para asegurar la posición. Luis, como si se hubiera unido a un batallón suicida, se entregó a la tarea al borde mismo de las llamas. Y cada vez que en su mente intentaba deslizarse el rostro de Carmen, golpeaba con más fuerza hasta apagarlo. Aquella era la mejor terapia, la aniquilación.

Rojo.

En lo alto, para impedir su avance, avionetas y helicópteros bombardeaban con agua de la ría más allá de la línea del frente. Él había perdido toda noción del tiempo. Sus brazos se elevaban y caían aferrados a su varita mágica cortafuegos y «cortapensamientos». El sudor, mezclado con la ceniza, se hacía hollín que teñía su piel. Se había convertido en una bestia para poder matar a la gran bestia. Era una lucha sin cuartel, sin leyes de la guerra. Al otro lado, las llamas persistían en sus ganas. Buscaban atajos, para rodearlos y abrasarlos sin piedad. Por momentos, ellos lograban internarse entre el enemigo, tratando de emboscarlo, para más tarde retroceder despavoridos ante sus garras. El humo seguía siendo la mejor arma de los invasores. Silencioso,

se les colaba por la nariz o por la boca, descendía a los pulmones y allí les envenenaba la sangre. La tos no era más que un golpe reflejo del organismo para poder expulsarlo. Había que toser al mismo ritmo con el que batían el fuego.

Al cabo de unas horas, habían logrado abrir la zanja salvadora, como una trinchera. Después, sin tiempo de descansar, continuaron trabajando hacia el cruce de la carretera. La única estrategia posible era romper el frente creando posiciones seguras cada vez más distantes entre sí.

—¡Eh, mirad ese loco! Pero ¿adónde va ese? ¡Eh, para ahí! ¡Para ahí!

Luis miró hacia atrás asustado. En el otro lado del camino que llevaba al molino, un hombre desnudo intentaba penetrar en el monte en llamas. Dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a detenerlo. Alguien cogió unas mantas. Envueltos en ellas para no quemarse, Luis y otro compañero fueron tras él. Por fortuna, apenas había podido internarse en los confines del incendio y pudieron agarrarlo a tiempo. Todo su cuerpo era una pura convulsión, no opuso resistencia.

Como había intuido al verlo de espaldas, se trataba de Javier, el filósofo. El fuego le había dejado las piernas en carne viva hasta las rodillas. Lo sacaron en volandas para ponerlo a salvo. Como el resto de los nuevos vecinos del valle, Javier era otro paciente de Miguel. Ahora entendía esos afanes de Carmen por conversar con él. Lo quería tener vigilado, comprobar su evolución dentro del proyecto.

Lo recostaron sobre un tronco mientras llegaba la ambulancia. Había tenido una crisis; la sabiduría popular ya decía que el calor y los incendios afectaban mucho a los enfermos mentales, los desequilibraba. No obstante, el proyecto no lo había tenido en cuenta al emplazar el proyecto en aquella región tan famosa por los incendios salvajes.

Aún medio inconsciente, el filósofo entreabrió los ojos, quería hablar.

—Elena, perdóname. Yo no, Elena, yo solo quería darte un masaje. Te gustan mis masajes, díselo, por favor. Te gustan mucho. A mamá también... — Después su relato desapareció en un largo sollozo—. Perdóname, mi amor...

A Luis no le hizo falta oír más. En un brote psicótico repentino, el filósofo seguramente había estrangulado a aquella Elena. Una mujer que lo amaba después de una larga convivencia, y que para nada se esperaba una reacción así. Se había entregado confiada a sus manos como en tantas otras ocasiones. Pero, por alguna razón que él no alcanzaba a imaginar, una oscura conexión se había producido en el cerebro de Javier y el hecho se había desencadenado sin remisión. Posiblemente, aquel impulso llevara oculto en su mente desde la infancia, desde su nacimiento, a saber. Y una gran carrera periodística se había truncado en ese instante.

La sirena de la ambulancia congeló sus reflexiones. En cuestión de pocos minutos, se hicieron cargo de Javier y desaparecieron con él. Luis y sus compañeros retomaron la lucha. El fuego había ido ganando terreno por su ausencia. Enseguida sus mentes y sus manos arrinconaron el incidente.

El sol entró en su última fase, coloreando el oeste como en una vidriera. La esperanza en el frescor de la noche alivió a los combatientes. El fin de la tenaza celeste anunciaba una tregua, el fuego también daba muestras de cansancio. Un camión surgió procedente del pueblo. El conductor saltó de la cabina y se dirigió a él.

—¿Tú eres Luis?

Incapaz de contestar por el agotamiento, todavía ensimismado, asintió con la cabeza.

—Te están buscando. Vente.

Intentó adivinar quién podría ser, pero se dio cuenta de que no podía pensar. Se sentó a su lado en la cabina. Se alejaron del frente del incendio. Apoyó la cabeza sobre sus piernas y se quedó dormido.

El conductor se detuvo junto a un coche de la Guardia Civil. Como si hubiera tenido un presentimiento, él se despertó en ese instante. Se bajó casi sonámbulo y se acercó. Miguel le hizo una seña desde el interior del vehículo.

—Sube. Antonio no puede venirse con nosotros, pero nos ha sugerido que tú nos acompañaras para ayudarnos a encontrar un lugar donde poder aterrizar allá arriba.

Sin fuerzas, se dejó caer junto al médico en la parte de atrás.

—Por las pulseras saben que Carmen y Laura siguen en Abalo. No se han movido de allí desde hace horas. Antonio dice que seguramente se han refugiado del fuego dentro de la casa. El comandante acaba de mandar un helicóptero para recogernos e ir a por ellas antes de que anochezca.

Carmen. Laura. Sus nombres reaparecieron como relámpagos furiosos.

—¿Están vivas? —preguntó con voz temblorosa aunque ya intuyera la respuesta. Las posibilidades eran múltiples: o bien ambas yacían allí abrasadas por el fuego, o bien Laura había matado a Carmen, y esta yacía a su lado. También era posible que Carmen, que como había dicho el guardia civil no era una mosquita muerta, hubiera conseguido defenderse y la que yaciese muerta a su lado fuera Laura. Aunque tampoco podía descartarse que las dos estuvieran vivas y estuvieran haciendo el amor sin parar rodeadas de llamas. En cualquier caso, las luces rojas de sus pulseras seguían emitiendo sus correspondientes latidos.

—Eso no podemos saberlo hasta que lleguemos allí.

De golpe la angustia regresó en tromba a su estómago y su cansancio desapareció. Su huida no había funcionado. Había querido huir de sí mismo.

—Por cierto, han detenido a Pablo. Como tú habías dicho, es uno de los presuntos incendiarios. Lo encontraron hasta arriba de coca y en pleno delirio en medio del monte. Por ahora, se lo llevan a Arealonga, al cuartelillo, pero mañana vendrá una ambulancia especial para volver a internarlo en Forcalent.

Luis sintió pena. Pobre chico. Su único amigo en Ramil. Habían manipulado su frágil voluntad con la droga. Aquel novio motero, que, como no podía ser de otra forma, trabajaba en la fábrica de celulosa. Al final, el filósofo tendría razón, una conspiración permanente. Pablo era la coartada ideal para un crimen perfecto, otro loco que, con el calor, entraba en crisis e incendiaba miles de hectáreas. Un titular clásico de las crónicas periodísticas veraniegas.

—¿Cuál es la historia de Pablo? Solo sé que no se llevaba bien con sus padres.

Estaban llegando al prado donde los esperaba el helicóptero. El médico volvió la cabeza y se miraron a los ojos. Se le veía agotado, llevaba horas sin parar para asegurarse de que el resto de sus pacientes se encontraban bien y evacuarlos.

—Confío en tu total discreción. Pablo, como los demás, es un psicótico. Tiene diagnosticada esquizofrenia paranoide. La potencialidad de desarrollar la enfermedad la tenía ya, era congénita. Como ya te conté con el caso de Laura, si el entorno no altera su interior, esa potencialidad nunca llega a activarse y permanece dormida de por vida. Pero en el caso de Pablo, su entorno no fue el más favorable. En Valencia, era un chico normal, tal vez demasiado inocente e influenciable, hijo único, seguramente protegido en exceso durante su infancia. La relación con sus padres, desde luego, no era buena. Eran personas sencillas que no sabían cómo enfrentarse a su homosexualidad, y, sin querer, lo maltrataban por ignorancia. Pensaban que era un capricho, un vicio. Su única salida habría sido huir a alguna parte, pero solo alcanzaba a llegar a las discotecas los fines de semana. Una de esas noches de alcohol y drogas le dio un brote. En su delirio, oyó unas voces que lo animaban a acabar con aquello. Al regresar a casa de madrugada mató a sus padres. Por eso estaba internado. Carmen y yo lo incluimos en el proyecto de reintegración porque había evolucionado muy bien en Forcalent y,

evidentemente, no podía regresar a su vida de antes. Nadie de su familia lo habría acogido. Al igual que Laura, posee un fondo muy bueno, es muy joven para tenerlo encerrado de por vida. Casi desde que ingresó, lo teníamos estabilizado. Es una pena. No le habían dado más brotes en todo este tiempo. Teníamos muchas esperanzas puestas en él, se había integrado muy bien en Ramil reabriendo el bar del pueblo. Lo de la coca no lo explica suficientemente. Ha tenido que pasarle algo mucho más fuerte en estos últimos días.

Vieron cómo se abrían las portezuelas del helicóptero, estaban listos. El médico, con aire pensativo, salió por su lado del coche. A Luis le costó reaccionar. El amor. A Pablo también le había perdido el amor, el amor ciego por su motorista incendiario.

Carmen. Cerró los ojos con fuerza por un momento. «Dios, si de verdad existes con tu mirada de justicia allá en la ermita, no la mates, mantenla viva. Yo seré el cordero de tu sacrificio, pero déjame que pueda llegar a verla. Aunque solo sea por última vez.»

En un gesto reflejo, miró entre sus rodillas. No tenía la mochila con él. Su mochila con los temas de la oposición y los esquemas para desarrollarlos que tanto tiempo le habían costado hacer. Horror, se la había olvidado en algún sitio mientras trabajaba en el retén. El fuego la habría destruido. Todo aquello tenía un mismo sentido, dejar el pasado atrás, empezar una nueva vida, como le había dicho su tía. Qué importaba ya. Abrió su puerta y avanzó hacia ellos sin prisa. Le pesaban los pies.

El giro alucinante de las aspas alcanzó la potencia de vuelo y comenzaron a elevarse. La luz del atardecer transformaba el desastre que se abría bajo sus pies en un espectáculo de trágica belleza. El trajín de coches y camiones de los sufridos defensores. Los incansables frentes del fuego cercando las casas. Humo en fulgurante expansión como olas de lava gris que asolasen el mundo.

El milagroso verde de la naturaleza exterminado a conciencia. Contemplar el panorama era tener una visión del infierno. Miles de moribundos vegetales consumiéndose entre las llamas, una terrible negrura extendiéndose hasta los confines del valle. La iglesia parroquial de Ramil, alargando el pétreo cuello de su torre, parecía lanzar un grito mudo de socorro. Merlachoca también se hallaría allí abajo, bajo el humo, luchando por su supervivencia. Un inesperado dolor de tristeza estrechó su garganta. El Dios de la ermita tiraba todavía más de la soga que apretaba su cuello.

Púrpura.

Apartó la mirada del abismo. Los dos guardias civiles que los acompañaban charlaban entre ellos. Miguel se mostraba ahora ausente, la aparente inhumanidad de los médicos. Luis, sin embargo, seguía necesitando más.

—Pero ¿ella está completamente curada?

El médico regresó de sus pensamientos y adoptó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres saber si Carmen volvería a matar en las mismas circunstancias?

Luis se preparó para un nuevo golpe.

—La palabra «nunca» no existe en psicología. ¿Es que ninguno de nosotros sería capaz de matar por alguna causa aunque nos comportemos siempre de manera normal? Mira las guerras, las venganzas familiares, los líos entre vecinos. La mente humana, por definición, es impredecible. La ciencia solo conoce una pequeña parte. El resto es un agujero negro. Es lo que algunos llaman «irracionalidad» y otros «inconsciente»; incluso «magia», «alma», el lado animal que, una vez desatado, nos llena de imágenes, impulsos, deseos. Todos lo tenemos. Nuestra tarea debería ser aprender a prever nuestros arrebatos, entender cómo funcionan, qué los provoca, para conseguir

dominarlos y que no nos lleven a autodestruirnos o a destruir a los demás. Esa es nuestra responsabilidad. Ante ese riesgo permanente de inestabilidad, lo fácil, lo más barato también, claro, es drogar a todos los criminales potenciales. En realidad, drogarnos todos, y así, eliminar esos impulsos, las emociones, el odio, el amor. Esa es la solución que prefiere el sistema en que vivimos. El hospital de Forcalent es un ejemplo de esta política tan cobarde. No solucionamos los problemas, simplemente los tapamos, creando una sociedad en la que, como dijo Foucault, nos convierten, por las drogas o por el consumo masivo, en peces de colores que se mueven lentamente, silenciosos, en su reducida pecera.

Las mismas palabras de Carmen. Sus ojos retornaron al infinito ahora también incendiado por el crepúsculo.

—Si me preguntas si Carmen tenía que haber ido a la cárcel por su crimen, no lo creo. Claro, yo no soy juez. A través de la terapia que hicimos en el hospital, pienso que Carmen ahora es muy consciente de su lado oscuro y ha aprendido a dominarlo. Al principio, cuando ingresó en el hospital, me planteé la posibilidad de que ella tuviese un perfil de psicópata, que fuera una persona que careciera de toda empatía hacia el resto del mundo y solo actuara de acuerdo a sus propios sentimientos egoístas. Un ser sin moral, sin culpa, y sin límites cuando sintiese una pulsión agresiva y destructiva. Y, en consecuencia, que la muerte de su marido no habría cambiado nada en ella. Sin embargo, en nuestras sesiones de terapia, y también al observar su trabajo con las otras internas durante todos estos años, he podido comprobar que sí tiene sentimientos auténticos hacia los demás y sufre por ello. Es muy sensible detrás de ese caparazón de profesionalidad. Y es capaz de amar y de entregarse. Carmen es solo una mujer insegura, una Wendy que, como te explicaba antes, por fin ha comprendido que otro Peter Pan en su vida podría ser muy peligroso y va a saber tomar otro camino a tiempo cuando aparezca.

¿Otro Peter Pan en su vida? Luis entonces lo vio todo claro, pero no por ello se sintió mejor. Para Carmen, él era otro Peter Pan, un inmaduro, un ser disperso lleno de sueños irrealizables como el de querer ser juez. Alguien que al salir de las faldas de su madre había querido meterse bajo las suyas. Alguien eternamente dependiente y condenado al fracaso. Por eso había huido de sus brazos. En cuanto había detectado el peligro, se había encendido en su mente la señal de alarma. Y había reaccionado como uno de esos perros de laboratorio a los que han enseñado a asociar el dolor con ciertas señales visuales y en cuanto las ven salen corriendo. Era evidente, ella había huido de él, de sí misma. Por nada del mundo se consentiría convertirse en su protectora. Se habría puesto en una situación igual a la que había vivido con Gabriel.

Y había cortado la historia no solo para salvarse a sí misma, también para salvarlo a él. Qué absurdo, y qué triste, pensó. Carmen había confundido su amor sincero e incondicional con la sumisión y la necesidad. Pero él tan solo era una víctima de una madre enferma y egoísta, y de una familia decadente. Y eso era únicamente su pasado, que ya nunca volvería. Había quedado definitivamente arrasado, no quedaría piedra sobre piedra.

El helicóptero disminuyó la marcha, quedando por un momento suspendido en el aire.

—¿Y el proyecto? ¿Va a continuar?

Luego siguió bajando más lentamente casi a ras de lo que hasta hacía unas horas había sido un bullicio de hojas y ramas entrelazándose hacia el cielo. Si el proyecto se acababa, todos regresarían al psiquiátrico penitenciario. Carmen perdería su libertad. Sería el fin.

—Mucho me temo que lo van a interrumpir para evitarse más problemas. La detención de Guillermo por la muerte de los perros los puso ya muy nerviosos. Además, no quieren darle una solución adecuada a su caso para que no se

entere la prensa del error judicial que hay detrás. En lugar de mandarlo a prisión, aun siendo un psicópata peligroso, lo meterán de nuevo en Forcalent y lo tratarán otra vez como hasta ahora, con pastillas, como un psicótico que no fuera responsable de sus actos. —Miguel estaba visiblemente apesadumbrado—. Nosotros nunca quisimos incluirlo en el programa, no nos inspiraba confianza. Ahora, en perspectiva, creo que nos engañaba con la medicación. No se la tomaba, por eso no afectó a su estado. Su comportamiento solía ser excelente, claro, porque su patología era otra. Sin embargo, hubo que añadir su nombre en la lista. Guillermo contaba en las altas esferas del ministerio con un fervoroso admirador de su arte. Y, encima, Pablo ahora implicado en el incendio por la policía. El proyecto está condenado. Qué desastre.

Al rebasar la ladera, entraron en el páramo de brezo y retama que llegaba hasta Abalo.

—Todos regresarán al psiquiátrico, a pudrirse atiborrados de pastillas. Dificilmente podrán tener alguna vez una vida normal. Y si en un futuro salen para volver a vivir con sus familias, caerán probablemente en la reincidencia. Pero los autores de los crímenes más mediáticos, lo más seguro es que nunca recuperen la libertad aunque hayan dejado de ser un peligro. Los medios de comunicación lo impedirán, tratando el asunto como un escándalo público intolerable. Los políticos no se arriesgarían.

Luis no escuchó el final de su discurso. Su interés de repente se hallaba en otra parte.

—¿Tú crees que Laura habrá matado a Carmen?

El médico no pudo responder porque en ese momento el copiloto volvió la cabeza para hablarles.

—Luis, dinos dónde podemos aterrizar. No puede haber rocas.

Él se levantó y se acercó para indicarles. No era fácil. Sobrevolaban ya la finca. Ahí seguían el viejo muro desmochado y la capilla sin tejado, abierta al

cielo como un niño desnudo. Desde el aire, la casa, el palomar y las cuadras formaban un amasijo de sillares, tejas y negros maderos, una anciana agotada que habiendo caído al suelo fuera ya incapaz de levantarse por sí misma y esperase la muerte en silencio. La agonizante luz del sol extinguiéndose hacía refulgir el verde del páramo. Y, más allá, las grandes rocas de granito expectantes. Todo permanecía igual desde la última vez, con Carmen. El cobarde fuego no se había atrevido con aquel lugar sagrado. Contempló el campo donde según su abuelo antiguamente se habían cultivado patatas y maíz para alimentar un regimiento. Extendió el brazo, señalándolo.

—Allí se puede.

El piloto inició el descenso en medio de un estrépito ensordecedor.

Sin esperar a que las aspas se hubieran detenido totalmente, Luis saltó del helicóptero y corrió hacia la casa. Escaló por la montaña de peldaños vencidos. Pero al llegar al umbral, se detuvo. Se sentía confundido. Gritó sus nombres:

—¡Carmen! ¡Laura! ¿Estáis bien? ¡Hemos venido a buscaros!

No hubo respuesta. Estaba aterrorizado, dudaba en entrar. ¿Estaría Laura esperándolo para matarlo a él también? Sin pensarlo más, empujó el portalón. Tenía que salvar a Carmen.

En el interior había cascotes por el suelo, muebles despanzurrados. El olor a humedad y a madera en descomposición mareaba. No sabía muy bien si le convenía seguir gritando y se calló.

Avanzó procurando no hacer ruido.

—Carmen, ¿estás bien? —susurró. Entró en el salón. La araña de cristal se hallaba deshecha en el suelo. La sorteó evitando pisar sus lágrimas. Una paloma, sorprendida por su presencia, salió volando por el hueco de una ventana. La recia chimenea de oscuras entrañas, dominando ese decorado de abandono, resultaba ser la única superviviente del naufragio.

Se quedó quieto un momento para poder escuchar mejor. Algo se movía en el piso de arriba, como arrastrándose. Vio un atizador apoyado contra una pared e instintivamente lo cogió. Un desconocido deseo de venganza se imponía a todos sus miedos. Subiría para verlo con sus propios ojos. Fuera lo que fuera.

Se dirigió hacia la escalera interior. Comenzó a ascender con cuidado. En la esquina del rellano, se tropezó con un jersey azul en buen estado. Era el de Laura. Ya no había ninguna duda, se encontraban todavía allí arriba.

Fue saltando las vigas de madera carcomida que se cruzaban en los últimos tramos de la escalera. Sentía el corazón que se le salía. Casi ni respiraba.

Al pisar, por fin, el piso superior de madera, sintió con horror cómo crujía todo. Ellas ya debían de saber que se acercaba alguien. La Guardia Civil tenía que estar a punto de entrar en la casa junto con Miguel. Otras palomas echaron a volar por los agujeros que se abrían en el tejado. Midiendo sus pasos mientras avanzaba entre los cascotes, su imaginación emitía imágenes del horror: el cuerpo ensangrentado de Carmen, descuartizado; Laura, con la mirada perdida, sosteniendo las tijeras de podar en sus pequeñas manos. Luis, sin aliento, iba pegando el oído a las puertas que daban al pasillo.

Entonces, un gemido surgió desde el fondo. Se quedó helado. Estaban follando, esas putas estaban follando. Qué estúpido había sido. Carmen lo había estado engañando desde el principio. La odiaba con toda su alma. Comprobó que llevaba bien agarrado el atizador. Sin preocuparle ya el crujido de sus pisadas, recorrió a grandes zancadas el resto del pasillo. Oyó otro gemido más suave. ¡Dios! Cómo lo había engañado la muy zorra. El fuego no había podido con ella, pero con él tampoco. Unas voces llegaron desde abajo, los otros ya se hallaban dentro de la casa. No tenía tiempo que perder.

—¡Luis! ¡Espérate! ¡No hagas nada! —Era la voz de Miguel desde abajo. Acompañado por la Guardia Civil, habían empezado a subir por la escalera.

Apretó los dientes con fuerza y con el hombro cargó contra la última puerta. De golpe, irrumpió en la habitación. Con ojos desorbitados, descubrió junto al ventanal un colchón ennegrecido sobre una cama hundida. No había nadie.

—Luis.

Él se giró a la derecha.

Sentada sobre un sillón destripado, Carmen sostenía entre sus brazos a Laura. La joven yacía con la cabeza caída, su corta melena sobre la cara.

No podía creerlo. La había matado, como a Gabriel, por despecho. Estaba loca.

Ella le sonrió.

—No hagas ruido. Por fin se ha quedado dormida. —Luis rompió a llorar. Soltó el atizador y se abalanzó a abrazarla.

Epílogo

La rojiza cordillera, reseca y polvorienta, cerraba el horizonte. Un desvío de la autopista conducía directamente hasta el complejo carcelario del que el hospital psiquiátrico penitenciario constituía un mero apéndice. En la radio, se oía a Vetusta Morla a todo volumen. Él también cantaba, con fuerza: «... No fue un golpe maestro, dejaron un rastro, ya pueden correr, ya vuelve la sed...».

Aparcó el coche en el lugar más alejado. Le dio una última calada al porro y lo apagó aplastándolo con delicadeza en el cenicero. Después, guardó la colilla en una bolsita que metió debajo de su asiento. Salió y se agachó un momento para mirarse en el espejo retrovisor. Se ajustó la corbata a cuadros escoceses que había comprado especialmente para la ocasión. Ese peluquero del Raval, tan modernillo, no le había dejado mal después de todo. Le había cortado bastante, pero seguía conservando la melena de siempre. El aire turbio de sus ojos también era el acostumbrado. Perfecto. Apretó el resorte oculto de su llave, y, con un dulce chasquido, las puertas del descapotable quedaron herméticamente cerradas. Caminó sin prisa hasta la garita de la entrada.

Eran las nueve de la mañana y ya hacía calor. El policía lo observó desde el otro lado del cristal al verlo aproximarse.

Luis se dispuso a sacar su documentación.

—Buenos días. —Aquel ritual se repetiría con frecuencia a partir de ese día.

—Buenos días. ¿Es usted una visita o viene como letrado?

Sin responder, pasó su nueva identificación por la rendija del mostrador.

El policía la recogió y la retuvo unos segundos entre sus manos.

—Señoría, pase, por favor, y espere un momento, que aviso al director para que vengan a acompañarlo.

A diferencia del módulo de hombres, que contaba con varios edificios divididos por distintos patios separando a los internos según la gravedad de su enfermedad, el módulo de mujeres estaba localizado en un único edificio de reducidas dimensiones. El patio adyacente, minúsculo, rodeado por una alta alambrada, parecía una jaula. Las internas a esa hora se hallaban paseando. Lo hacían muy lentamente, casi arrastrando los pies, en silencio, ensimismadas. Sí, eran como peces de colores en una reducida pecera.

Las celadoras salieron a recibirlos. Miguel y él se entretuvieron con ellas un rato. Luis quería presentarse a todo el personal. Ser alguien accesible desde el primer día al que pudieran recurrir si lo necesitaban. Ellas enseguida se pusieron a quejarse por los recortes. Habían alargado los turnos, suprimido el autocar de funcionarios y los bonos de comedor. Sin embargo, por desgracia, en eso él no podía hacer nada. Regía la separación de poderes.

Miguel supo cortar a tiempo.

—El señor juez también ha venido a ver a la interna Carmen Salelles.

Lo observaron con curiosidad. Una de ellas respondió:

—Está en la enfermería, hablando con otra interna.

No podría haberla imaginado de otra forma. Sentada al lado de la ventana enrejada abierta de par en par al patio, su oscura melena recogida en una coleta y vestida con un chándal gris y zapatillas deportivas, escuchaba el relato de una chica muy joven que se mordía las uñas compulsivamente.

La celadora las interrumpió.

—Carmen, el nuevo juez de vigilancia penitenciaria ha venido a verte. Verónica, por favor, sal un momento.

Ella se volvió hacia Luis con calma, como si no se sorprendiera de su visita. Se miraron a los ojos. Había pasado poco más de un año.

La chica salió de la sala acompañada de la celadora y se quedaron solos.

Luis se sentó en la silla vacía. Carmen, sonriente, cerró una agenda roja que tenía entre las manos.

—Enhorabuena. No sabes cuánto me alegro de tu éxito.

Él se estremeció. Su belleza continuaba intacta, fría y cautivadora por igual. Tanto esfuerzo había merecido la pena, volvían a estar juntos. Para siempre.

—Gracias. Yo a ti te veo muy bien. —Con cierto temor, extendió la mano sobre la mesa hasta encontrar la de ella—. ¿Qué tal está Laura?

Se acariciaron los dedos torpemente, como dos adolescentes.

—Está muy bien. Ha empezado a estudiar aquí psicología. Vamos a formar un equipo estupendo. ¿Y tu tía? ¿Qué tal se encuentra?

El amor es una fuerza imbatible. Ya nadie podría separarlos.

—Sigue en Arealonga, en casa de Angelita. Todavía no quiere regresar a Ramil. Quizá para el verano. —Casi podía reconocer su añorado cuerpo bajo la bata blanca. Se fijó en la camilla que había detrás. Aquellos días de dicha pronto volverían.

De repente, el gesto de Carmen se endureció. No había cambiado en nada.

—Espero que, ahora que lo has conseguido, no te olvides de los principios por los que decías luchar.

Luis suspiró fascinado.

—Para nada. Voy a intentar cambiar las cosas. Desde dentro.

El tiempo se estiraba, se contraía, infinitamente flexible. El pasado ahora apenas existía para él. Tan solo una ligera desazón en tardes de lluvia. El presente era amplio, fluido, con un atisbo de futuro luminoso al que asomarse sin miedo.

Ella sonrió de nuevo, iluminándolo.

—Sí. Desde dentro.

Su seguridad era pegajosa, lo impregnaba todo. Su ansiedad era ya un

recuerdo. Ella prosiguió midiendo cada palabra.

—Además, aprovecharemos tus visitas para hablar, ¿te parece? Pediremos a Miguel que nos deje su despacho para estar más tranquilos. Lo haremos cada semana.

Él apretó su mano entre los dedos.

—Sí, tengo muchas ganas de empezar.

Podría estar así hasta el final de sus días.

Como los perros que dormitan bajo el sol, entornó los ojos de felicidad.

En un apacible valle gallego, lleno de silencios y suspicacias, surge un triángulo amoroso que irá difuminando los límites entre la pasión y la locura



Luis es un eterno opositor a judicatura que decide aislarse en ese entorno rural para preparar el examen definitivo. Allí conocerá a Carmen, una mujer madura que trabaja como fisioterapeuta, y a Laura, una joven dedicada a restaurar las pinturas de la ermita. Pero las cosas no siempre son lo que parecen, y el lector se verá pronto arrastrado a una oscura espiral en la que todos guardan secretos sobre su pasado.

Eduardo Soto-Trillo es jurista internacional y autor de tres libros de ensayo sobre su experiencia en países en conflicto: *Voces sin voz* (2002), *Los olvidados* (2004) y *Viaje al abandono: por qué no permiten al Sáhara ser libre* (2011). *Yo nunca* es su primera novela.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Eduardo Soto-Trillo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Mario Arturo / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-170-0134-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Yo nunca

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Segunda parte

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Tercera parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Cuarta parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Quinta parte

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Sexta parte

Capítulo 29

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Eduardo Soto-Trillo

Créditos